VIAJE SIN RETORNO

EL PROYECTO ORFEO

LIBRO 1

FRANK J. CAVILL

Viaje sin Retorno

El Proyecto Orfeo - Libro 1

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **www.frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **Facebook**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Ilustración portada por Pilar García (**www.pilargarcia.net**)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**www.susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

Prólogo

06 de octubre de 2249

5 horas para el impacto

Boston, Massachusetts

Karen Rhodes recogía a toda prisa la última de las cajas de cartón del porche mientras su marido, Gregory Rhodes, se afanaba en bloquear la entrada de la puerta con unos viejos tablones. El terrible momento que el planeta entero esperaba había llegado por fin, y todo el mundo dedicaba las últimas horas de tranquilidad en quién sabe cuánto tiempo en prepararse e intentar proteger a los suyos de lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Te falta mucho? —preguntó Karen.

—No —respondió él—. Ya casi está.

—Ya se empiezan a ver —murmuró ella con la vista levantada hacia el cielo.

Gregory se dio la vuelta.

—Han dicho que los primeros llegarían antes y que serían visibles —dijo, siguiendo la mirada de su mujer.

—¿Y si se han equivocado y al final caen aquí? —preguntó ella nerviosa.

Él le pasó un brazo por encima del hombro para intentar tranquilizarla. Sentía ansiedad, congoja y miedo, y no pudo evitar que una lágrima recorriera su mejilla y cayera sobre la caja de cartón que llevaba en las manos.

—Tenemos que intentar ser fuertes —le dijo sin soltarla—. Sé que es difícil mantener la calma, pero ya lo hemos hablado, tenemos que hacerlo por ellos.

Karen intentó respirar hondo y armarse de valor, pero notó que le temblaban las piernas. Él la besó en la cabeza.

—Confiemos en la ciencia —siguió Gregory—. Han repetido mil veces que la Costa Este está a salvo, al menos de momento.

Karen suspiró, algo más tranquila.

—Te espero abajo —se despidió.

La pesadilla había comenzado hacía más de tres años, en febrero de 2246, cuando el observatorio Campbell anunció la detección de un artefacto meteórico que se cruzaría en la trayectoria de la Tierra a

gran velocidad. Tras el revuelo inicial y los cálculos preliminares, la comunidad científica convino que, por desgracia, las probabilidades de que colisionara con el planeta eran enormes.

Después del anuncio llegaron los problemas. Tras el caos inicial comenzaron las protestas, y tras ellas, los disturbios. Los gobiernos adoptaron medidas represivas y en muchos casos declararon la ley marcial. Sin embargo, consiguieron encender un rayo de esperanza al anunciar una misión sin precedentes para intentar acabar con la amenaza.

Habían pasado ya diez meses de aquella misión.

El asteroide, de unos cuarenta y cinco kilómetros de diámetro, había sido bautizado como Belial y clasificado como un «destructor total». Su nombre no podía ser más apropiado, ya que era el de uno de los demonios mayores que se mencionan en las Escrituras de diversas religiones.

Los gobiernos de todos los países del mundo desarrollaron en un tiempo récord una misión espacial no tripulada cuyo cometido sería hacer detonar una gran cantidad de explosivos en el asteroide. El propósito principal no era destruirlo, sino desviarlo de su trayectoria lo suficiente como para evitar la colisión.

La misión no pudo calificarse de éxito ni de fracaso. La detonación provocó que el asteroide se dividiera en fragmentos más pequeños, pero que seguían teniendo un importante poder destructivo. Después, ya no hubo tiempo para muchas más ideas, así que la humanidad se la estaba jugando todo a la siempre peligrosa carta del azar.

Gregory acabó por fin de apuntalar la puerta de su casa y echó un último vistazo al cielo. Multitud de pequeños restos comenzaban a llegar a la atmósfera. No podía negar que la imagen era espectacular, aunque les esperaba una noche angustiosa.

No pudo evitar entonar una breve plegaria a pesar de no ser un hombre especialmente religioso.

—Que Dios nos proteja —susurró para sí.

Dobló la esquina de la casa de estilo neovictoriano en la que vivía con su mujer y sus dos hijos, George y Steven. Sus salarios como abogados en una importante firma les habían permitido comprar esa casa en uno de los mejores barrios de Boston.

Echó un último vistazo al vecindario antes de bajar al sótano. La puerta automatizada se cerró detrás de él con un sonido hidráulico al que siguió el inconfundible silbido que anunciaba su aislamiento del exterior. Bajó las escaleras y accedió a la estancia principal, donde los dos pequeños, de once y nueve años, veían la televisión en el sofá abrazados a su madre.

—¿Ya está? —preguntó Karen con la congoja reflejada en su mirada.

—Sí —suspiró él.

—Ya solo queda esperar.

—Así es. —Se acercó a su familia y se sentó junto a ellos.

—¿Estaremos bien? —siguió ella.

—El sótano está perfectamente adaptado —le aseguró Gregory—, creo que es el mejor lugar en el que podemos estar.

No se trataba de un refugio antinuclear, pero hacía ya unos cuantos meses que lo habían reformado, forrando las paredes con hormigón y añadiendo lo necesario para poder aguantar un par de semanas en el interior. La demanda de este tipo de refugios se había disparado, por lo que tuvieron que gastarse una fortuna y echar mano de algunos de sus contactos.

—¿Qué me he perdido? —preguntó al sentarse al lado de George, su hijo mayor.

—Todavía no ha habido ningún impacto —respondió el pequeño con la voz quebrada mientras abrazaba a su padre.

Se esperaba que los primeros restos comenzasen a impactar con la Tierra sobre las ocho de la tarde de ese mismo día. Muchos fragmentos se habían desviado lo suficiente y evitarían la órbita terrestre, pero otros amenazaban el Pacífico, desde la zona más oriental de Asia hasta la totalidad de la Costa Oeste de los Nuevos Estados Unidos, además de Australia y los pequeños archipiélagos del océano.

Las autoridades de los países amenazados llevaban meses coordinando la evacuación, pero muchas personas se habían negado a abandonar sus hogares. No todo el mundo estaba dispuesto a empezar de nuevo en otro lugar.

Su padre los miró pensativo. No sabía qué decirles. Cabía la posibilidad de que el mundo se desintegrara ese mismo día, ¿cómo podía explicarles la situación a dos niños de nueve y once años? Recordaba las historias de penurias y hambre que su padre le contaba cuando era pequeño. Había sobrevivido a la gran pandemia de 2198 y, por si eso no fuera suficiente, también tuvo que combatir en la Cuarta Guerra Mundial. El mundo por desgracia, podría volver a verse sumido en el más profundo de los caos.

—¿Queréis que os prepare algo de cenar? —preguntó intentando aparentar normalidad.

Ambos negaron con la cabeza.

—Papá, ¿es cierto que el asteroide lo va a destrozar todo y que

nuestra vida no volverá a ser igual? —preguntó Steven al cabo de un rato.

—Claro que no hijo, ¿quién te ha dicho tal cosa?

—No sé, la gente —respondió el niño—. Todo el mundo dice que después de esto vendrá la Quinta Guerra Mundial y que los padres que sobrevivan al asteroide tendrán que ir al frente.

—Eso no va a pasar —zanjó Gregory—. Es verdad que los restos del asteroide pueden causar grandes daños en la costa del Pacífico, a miles de kilómetros de aquí, pero no va a haber ninguna guerra, te lo aseguro.

—¿Y si algún trozo cae en Boston? —preguntó George.

—Eso es muy improbable. No soy un experto, pero a la hora a la que impactarán la mayor parte de los fragmentos Boston estará ya en la parte oculta de la Tierra —explicó.

—¿Y si hay algún trozo que cae más tarde? —insistió Steven, asustado por la pregunta de su hermano.

—Los científicos dicen que eso no va a pasar —intentó tranquilizarlos su padre.

—¿Y si hay un tsunami? —siguió George.

—Bueno, en el caso de que se produzca un tsunami, sería en el océano Pacífico, que está en la Costa Oeste, y Boston está en la Costa Este, no hay manera de que un tsunami nos alcance, así que estate tranquilo. Los dos, estaos tranquilos.

«Son muy inteligentes, pero están asustados. Todos lo estamos», pensó mientras cruzaba una mirada con Karen.

Karen y Gregory habían discutido la semana anterior sobre si deberían permitir que sus hijos presenciaran en directo por televisión el momento de las colisiones de los fragmentos del asteroide. Sabían que tarde o temprano conocerían la crudeza de los acontecimientos, así que prefirieron que al menos lo hicieran junto a ellos. Quedaban pocos minutos para que el grueso de los fragmentos cruzara la órbita terrestre, aunque alguna pequeña fracción ya era visible en el cielo de la Costa Oeste. Las imágenes que emitía el canal nacional eran sobrecogedoras.

—Ya ha empezado —susurró Karen con las manos a la cara.

Cientos de restos de roca se desintegraban por completo al contactar con la atmósfera y formaban una estela de fuego a su paso. El conjunto de todos esos fragmentos, que ni siquiera llegaban a tocar tierra, producía un espectáculo visual sorprendente y aterrador a partes iguales. Cualquiera de esos trozos podía provocar una catástrofe de proporciones épicas. Parecía solo cuestión de tiempo que alguno

consiguiera superar el escudo natural que proporcionaba la atmósfera del planeta y sembrara el caos en la superficie terrestre.

—Podemos ver cómo miles de fragmentos están entrando en la atmósfera en estos momentos —comentaba la presentadora del informativo especial—. Les recordamos que las imágenes están siendo emitidas en riguroso directo desde el observatorio Morrison, en San Francisco. Doctor White —añadió, girándose hacia uno de los presentes en el plató—, ¿podría explicarnos qué es lo que estamos viendo ahora mismo?

—Bien —empezó el interpelado con la mirada fija en la pantalla—, lo que estamos viendo son pequeños fragmentos de asteroide. Su tamaño va desde un simple grano de arena hasta el de una canica. Se desintegran por efecto de la fricción, lo que provoca esa estela de fuego que observamos —explicó el científico, que parecía estar muy tenso.

—Entonces, estos fragmentos son demasiado pequeños para atravesar la atmósfera —siguió la presentadora.

—Correcto. —el científico movió la cabeza de arriba abajo—. Son similares a los que se pueden observar cada mes de agosto en la lluvia de meteoroides que conocemos como Perseidas. Esa, eh… lluvia de estrellas se produce porque la Tierra, en su constante movimiento de traslación alrededor del Sol, atraviesa la estela de restos que el cometa Swift-Tuttle deja a su paso. Y, en efecto, el tamaño de esos meteoroides es totalmente inocuo para nosotros.

—¿Cuál es el tamaño de los restos que cabe esperar que impacten hoy?

—La inmensa mayoría de los fragmentos que entrarán en contacto con la Tierra serán como una roca de entre media tonelada y una tonelada de peso. Este tipo de meteoroides son los que empezarán a impactar con la Tierra. Aunque los daños que producirán estos fragmentos serán relativamente limitados —explicó el experto—, conviene recordar que este meteorito es en su mayor parte de composición rocosa, formado por elementos como olivino, piroxeno y plagioclasa, que tienen una mayor capacidad para soportar las altas temperaturas y presiones de la entrada en la atmósfera que otros materiales, como el hierro.

La familia, abrazada en el sofá del sótano, seguía la entrevista en silencio mientras vigilaban las estelas de fuego que podían verse detrás de la presentadora.

—¿Qué otros factores, a parte del tamaño y la composición, afectan al daño que puedan causar? —quiso saber la periodista.

El doctor White se pasó la mano por el pelo. En la pantalla, los

pedazos de asteroide eran cada vez más grandes.

—Bueno… eh… —empezó un tanto distraído—, aparte de lo que ya hemos comentado, obviamente la propia masa del fragmento y su velocidad son los factores más importantes, pero también lo es el ángulo de entrada. Me explico: a mayor ángulo, el fragmento deberá atravesar la atmósfera durante un tiempo superior, lo que hará que su temperatura aumente significativamente y, por lo tanto, habrá más posibilidades de que se desintegre o de que, al menos, reduzca su tamaño de forma considerable —concluyó mientras gesticulaba con una mano para describir el ángulo de impacto de un meteorito en su puño cerrado que representaba a la Tierra.

—¿Cuáles son los momentos clave de este acontecimiento?

El experto frunció el ceño un instante.

—La misión Prometeo, que consiguió el año pasado impactar con el asteroide, fue capaz de destruirlo como tal. Pero una gran parte de los fragmentos resultantes tienen un tamaño lo bastante grande como para preocuparnos. Por suerte, la mayoría de ellos pasarán a millones de kilómetros de distancia de la Tierra. Sin embargo —añadió—, existen un puñado de un tamaño considerable que continúan trazando una trayectoria de impacto con nuestro planeta. Esos fragmentos tienen entre cien y quinientos metros de diámetro y son los que más deberían preocuparnos.

—Gracias por estas aclaraciones, doctor White. —La presentadora intentó sonreír, aunque la tensión y los nervios eran muy evidentes.

—¿Cuánto son quinientos metros? —preguntó Steven.

—Es casi la distancia que hay hasta la casa de la abuela Margaret —respondió Karen, que no pudo reprimir una lágrima al ser consciente de la magnitud de las rocas.

La voz de la presentadora del informativo resonó de nuevo en el salón subterráneo.

—Tenemos hoy también con nosotros al teniente general Lynch, de las Fuerzas Aéreas de los Nuevos Estados Unidos.

—Buenas noches —saludó cordial el militar.

—¿Qué puede decirnos sobre las medidas que los ejércitos aliados han estado llevando a cabo durante estos meses?

—Las Fuerzas Aéreas, coordinadas con el resto de fuerzas aliadas y el mando internacional, calcularon, tras el éxito de la misión Prometeo, la trayectoria de todos y cada uno de los fragmentos potencialmente peligrosos. En un ejercicio de colaboración sin precedentes —continuó—, se han desarrollado una serie de haces de láser de altísima potencia que llevan varias semanas apuntando a los

más peligrosos. El láser calentará el fragmento para que, o bien este se subdivida en otros más pequeños y por tanto menos peligrosos, o se caliente lo suficiente como para que la atmósfera pueda desintegrar la mayor cantidad de material posible —explicó el militar mientras una infografía mostraba en pantalla el funcionamiento de dicha tecnología.

—¿Y qué resultados ha aportado esta iniciativa?

—Hasta el momento se ha conseguido dividir en trozos más pequeños decenas de restos lo bastante grandes como para causar una auténtica catástrofe de proporciones planetarias. Recordemos que, cuando se detectó su presencia, el diámetro del asteroide era de aproximadamente cuarenta y cinco kilómetros. Las iniciativas llevadas a cabo gracias a la cooperación de los gobiernos mundiales han hecho que los fragmentos más grandes en estos momentos sean de medio kilómetro de diámetro y la mayoría de ellos ni siquiera tienen una trayectoria cercana a la Tierra. Adicionalmente —siguió el militar—, las fuerzas aliadas vienen coordinando desde hace meses las tareas de evacuación de la población civil de las zonas que casi con total seguridad se verán afectadas por el evento. En nuestro caso, se ha evacuado en menos de un año a un total de ciento cinco millones de nuevoestadounidenses. Esta cifra, sumada a las de nuestros aliados, suponen un hito sin precedentes en la historia de la humanidad.

—El chico nuevo de mi clase, Ron, es de San Diego —dijo George —. Dice que su ciudad va a ser destruida y que no quedará nada de ella.

—No podemos estar seguros de eso —respondió su padre con una calma que no sentía—. Por desgracia, no sabemos con exactitud dónde caerán los pedazos.

—Pero yo no quiero que nadie pierda su casa —se lamentó George entre lágrimas.

—Nadie lo quiere, cariño —lo consoló su padre abrazándolo con fuerza—. Nadie lo quiere.

La presentadora de televisión irrumpió de nuevo en la pantalla.

—Son las siete de la tarde en la Costa Oeste, conectamos de nuevo con el observatorio Campbell en San Francisco. Vemos que la concentración e intensidad de los fragmentos que entran en la atmósfera va aumentando poco a poco. Es de esperar que tarde o temprano alguno de ellos impacte en tierra o en el océano. A lo largo de este programa especial conectaremos con el observatorio Mauna Kea, en la isla de Hawái, que por su ubicación geográfica es uno de los más importantes y avanzados del mundo. Y también dispondremos de imágenes en directo desde otros países aliados, como Australia o Japón. Doctor White —dijo, girándose hacia el experto—, ¿qué

repercusiones se espera que tenga el asteroide respecto a nuestros vecinos en el Pacífico?

—Es difícil predecir qué pasará, pero básicamente corren el mismo peligro que toda nuestra Costa Oeste. Además del riesgo directo de sufrir un impacto, están las más que seguras alertas por tsunami y los temblores que pueden llegar inmediatamente después de los impactos, incluso días más tarde.

—Vamos a conectar ahora con el observatorio Mauna Kea, en Hawái —anunció la periodista—, donde vemos una actividad muy similar a la de toda la zona del Pacífico.

Las diferentes cámaras del observatorio Mauna Kea, situadas en lo alto del volcán del mismo nombre, a unos cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar, proporcionaban una vista inmejorable de las diferentes bahías de la isla, e incluso de otras islas del archipiélago. Sería una imagen idílica si la situación fuera diferente.

La presentadora, que aparecía en ese momento encuadrada en una esquina de la pantalla, pareció escuchar atentamente instrucciones de alguien. Luego enderezó la espalda y empezó a hablar con voz trémula.

—Me informan de que ya tenemos imágenes de varios fragmentos que han impactado en el mar, a pocos kilómetros de la Bahía de San Francisco.

En las imágenes se veía cómo una enorme bola de fuego impactaba en el océano, con el Golden Gate como testigo directo. El choque contra la superficie fue tan violento que generó una cantidad considerable de agua y vapor, visible a simple vista desde la propia costa.

—¡Dios mío! —exclamó la presentadora—, ese impacto puede generar una ola inmensa, ¿verdad?

No obtuvo respuesta. La tensión en el plató era más que evidente.

Steven, que miraba la televisión de refilón mientras continuaba pegado a su madre, comenzó a sollozar al ver la magnitud de ese primer impacto. Su madre, muy nerviosa, intentó calmarle sin éxito.

—Tranquilo, mi amor —le dijo—. Ese ha caído muy lejos.

Cuando el realizador mostró una de las cámaras situadas a nivel del mar se vio con todo lujo de detalles cómo se formaba una gran ola que se dirigía hacia la costa a toda velocidad. El agua desapareció de repente de la bahía de San Francisco, reclamada por el mar, que se preparaba para devolverla a la orilla y golpearla con toda la fuerza de la naturaleza. Los barcos que habían quedado amarrados allí se encontraron de repente sobre el lecho marino, descansando en posiciones imposibles. La enorme masa de agua llegó a superar los

cuarenta metros de altura y se dirigía sin compasión ni descanso hacía el Golden Gate, el icónico monumento de la Costa Oeste.

Las alertas por tsunami, que llevaban sonando toda la tarde a lo largo de toda la costa, cobraron especial intensidad a esa hora. La gigantesca cresta comenzó a engullir gran parte del terreno como si nada, avanzando hasta llegar a las dos torres rojas del puente que, a pesar de la violencia del choque, consiguieron aguantar el envite.

La presentadora dejó escapar un sonoro suspiro.

—Bueno, vemos cómo… disculpen—. Hizo una pausa para intentar recomponerse—. Acabamos de ver cómo el primero de los fragmentos que ha logrado evitar la desintegración en la atmósfera… acaba de golpear en el océano Pacífico, a solo unos pocos kilómetros de la ciudad de San Francisco. El impacto ha causado un tremendo tsunami que ha llegado hasta la costa, anegando una gran extensión de tierra firme. Parece que el Golden Gate sigue en pie. ¿Qué puede añadir a estas terribles imágenes, doctor White?

—Bueno… son desde luego unas imágenes… sobrecogedoras, sin duda. Sin embargo, lamento decirles que esto solo acaba de comenzar —añadió el experto con una amarga expresión—. Teniendo en cuenta que los pilares del puente se encuentran a unos noventa metros de profundidad, podemos decir que esa primera ola no ha llegado a los cincuenta metros de altura. Considerando la velocidad de los fragmentos, cercana a los veintisiete metros por segundo… eso nos da una pista de que el diámetro de la roca que acaba de impactar sería de unos cincuenta metros… así que, mucho me temo que esto solo ha sido una pequeña demostración sin importancia…

La presentadora se quedó sorprendida por la cruda respuesta de su colaborador y dio paso a unas imágenes por satélite que acababan de recibir sobre el impacto en la bahía. La mayoría de los satélites habían modificado su órbita habitual para evitar ser destruidos por la lluvia de meteoritos, pero unos pocos seguían allí, los más antiguos y prescindibles, para proporcionar imágenes que pudieran servir no solo para informar en tiempo real, sino para controlar la magnitud real de la catástrofe.

En ellas podía verse cómo el agua se retiraba en dirección al punto de impacto y después, tras la inmensa ola, regresaba con violencia para cubrir una enorme extensión de terreno. Vieron también, con suficiente nitidez, otros numerosos impactos de menor tamaño en otras localizaciones, dentro y fuera del océano.

—Nos acaban de informar de que numerosos fragmentos han comenzado a tocar tierra en diferentes lugares de la Costa Oeste. Los Ángeles, San Diego, Portland y Seattle han recibido multitud de impactos que han provocado gran destrucción a su paso.

La periodista contuvo un sollozo y se tapó la cara con las manos para que no la vieran derrumbarse en directo.

Karen se secó las lágrimas mientras los dos niños sollozaban al contemplar la demostración de fuerza de la naturaleza.

—Discúlpenme, esto es… ciertamente… muy duro —intentó continuar—. Nos acaban de informar de un gran impacto en el continente australiano. Esta vez ha sido en tierra firme y está provocando una enorme columna de polvo y ceniza… Vamos a intentar mostrarles las imágenes por satélite, pero esto es… muy desesperanzador… disculpen —repitió con la voz rota.

Las imágenes a las que se refería, procedentes de un segundo satélite, eran también aterradoras. El continente entero parecía una enorme chimenea con múltiples columnas de humo, pero había una que destacaba sobre las demás, en el estado de Queensland. También vieron cómo el agua había comenzado a inundar por completo las ciudades de Sídney y Brisbane, y algunas más de la Costa Este del país. Nueva Zelanda y el resto de los archipiélagos de la zona corrieron una suerte muy similar, las ciudades costeras aparecían engullidas por la fiereza del mar y decenas de columnas de humo eran visibles desde el satélite.

—¡Dios mío! —exclamó Karen, horrorizada.

—Cuando son ahora las doce horas y trece minutos de la noche en la Costa Este, donde nos encontramos… —anunció la presentadora con gran congoja—, les informamos de que el fragmento más grande hasta el momento ha golpeado de pleno a la isla de Japón… Les advertimos de que las imágenes que van a ver a continuación son especialmente duras.

Emitidas a cámara lenta, las imágenes permitían ver una gran cantidad de impactos en la atmósfera que, tras dejar una enorme estela de fuego, impactaban en la superficie. De repente, una de esas estelas, seis o siete veces superior a las demás, cayó sobre la isla, provocando una gigantesca onda expansiva y una posterior columna de humo y cenizas que en poco tiempo se expandió por gran parte del continente asiático y el Pacífico, impidiendo la visión en gran parte del océano.

Karen no pudo evitar gritar horrorizada, lo que provocó el llanto de sus dos hijos, a los que, derrumbado, acabó por unirse también Gregory, que abrazó con fuerza a su familia. Acababan de presenciar el acto de destrucción más importante en la historia de la humanidad y que a buen seguro iba a marcarles a todos de por vida.

Mientras tanto, la presentadora, muy afectada, comenzó a sollozar mientras intentaba sin éxito continuar con su locución. La realizadora

de la cadena comenzó a mostrar imágenes de los diferentes puntos de conexión. En todos ellos se veían importantes impactos. Era el apocalipsis.

Pero, por desgracia, lo peor estaba aún por llegar y la actualidad no tardó en golpearles de nuevo. La televisión mostró, sin previo aviso, la imagen más terrible de la noche.

—Yo… —balbuceó la periodista entre lágrimas— no sé cómo darles esta noticia… discúlpenme.

Los colaboradores que se encontraban en plató estaban hundidos, algo terrorífico acababa de ocurrir. Las imágenes que se estaban emitiendo confirmaban uno de los peores escenarios imaginables.

Uno de los fragmentos más grandes del meteorito acababa de colisionar con la Luna. El impacto, que fue repetido en multitud de ocasiones y a diferentes velocidades, fue de una violencia tal que provocó que el satélite de la Tierra se partiera en dos. Multitud de pequeños fragmentos salieron despedidos en la dirección del impacto, formando una densa nube de polvo y restos de lo que antaño fuera inspiración para artistas y amantes.

El mundo entero contuvo el aliento al ver semejante calamidad. Gregory y Karen se levantaron asustados de sus asientos. Ese impacto lo iba a cambiar todo. De repente, sintieron el pánico de verse atrapados en un lugar del que no tenían salida, en una situación para la que nadie los había preparado. Era el fin del mundo tal y como lo conocían.

Gregory reaccionó al cabo de un rato, soltó a su hijo George y corrió hacia la salida. Pulsó un enorme botón rojo y la puerta hidráulica comenzó a abrirse de nuevo. En cuanto tuvo suficiente espacio, salió al exterior lo más deprisa que pudo. Y aunque tardó algo en localizar su posición en el firmamento, por fin la encontró. La Luna estaba hecha pedazos.

Nadie pudo dormir en la que más adelante se conocería como La noche del Juicio Final, y muy pocos consiguieron hacerlo en las noches venideras. Lo que no quedó reducido a cenizas esa noche, fue ahogado en los posteriores tsunamis. Los terremotos y sus réplicas se dejaron sentir en todo el mundo a través de las placas tectónicas y acabaron por destruir lo poco que quedaba, sumiendo a esa parte del mundo en el más absoluto de los caos.

El impacto lunar desestabilizó el perfecto equilibrio de la Tierra con su satélite. Los pedazos de lo que en el pasado fuera la luz de las noches más oscuras corrían el riesgo de abalanzarse sobre la superficie terrestre. Cambios en las mareas; corrientes marinas que podían desaparecer; cambios bruscos en el comportamiento humano;

extinciones animales masivas… La lista de posibles daños colaterales no tenía fin.

Poco después comenzó a formarse un halo alrededor de la tierra formado por los escombros de la colisión que pronto afectó a las comunicaciones globales. Y lo peor era que uno de esos pedazos de roca inerte se dirigía lenta pero inexorablemente hacía la Tierra.

Se calculó que, si nadie lo remediaba, la vida en el planeta sería imposible en un máximo de sesenta años, cuando la Luna impactara sobre el hasta entonces Planeta Azul.

1
La separación

2 de febrero de 2287

48 horas para el lanzamiento del arca Galileo

Orlando, Florida

—¿Qué tal ha ido la reunión? —preguntó Steven Rhodes a su interlocutor.

—Bien, creo que van a acabar entrando —respondió David Green con su voz grave desde el otro lado.

—Espero que las cosas mejoren a partir de mañana —añadió Steven.

—Sí, estoy seguro. A la mayoría solo les falta un pequeño empujón.

—¿Cuántos suman ahora con los de la semana pasada?

—Casi tenemos ya tres mil quinientos pasajeros.

—Bueno, todavía hay margen hasta llegar a los diez mil.

—Sí, y no me cabe duda de que completaremos la financiación de la tercera —dijo David—. En cuánto partáis, me temo que no tendré efectivos para atender la demanda.

—Por supuesto, no hay mejor campaña publicitaria que un caso de éxito —respondió Steven—. Pero no hay que perder el foco, la principal motivación es la de llevar a los mejores.

—Ya conoces mi opinión, es un precio razonable para poder llevar a otros diez mil técnicos.

—Eso es. Pero vigila las filtraciones, nos jugamos mucho —advirtió Rhodes—. Tal y como está la situación, lo último que nos conviene es que se hagan públicas las condiciones de la tercera.

—Lo tengo todo controlado, y deja ya de preocuparte. ¿Has acabado de hacer la maleta? —preguntó Green, cambiando de tema.

—Todavía no, me está costando dejar todo esto atrás —reconoció, mirando a su alrededor.

—Bueno, supongo que tu caso es bastante peor que el mío, es comprensible.

—Prométeme que les echarás un ojo de vez en cuando, David —pidió Steven.

—No te preocupes por eso, estaré muy atento. Las ayudaré en todo

lo que pueda.

—Supongo que Emily está ya en esa edad en la que va a necesitar apoyo más que nunca y, aunque su abuela se quede aquí con ella, no es justo que su padre tenga que abandonarla de esta manera.

—Estará bien, es una chica muy inteligente, sabe lo que significa todo lo que estamos construyendo, por lo que hemos luchado todos estos años. Y tú y yo sabemos que será un activo muy valioso para el proyecto —añadió David—. Además, lleva media vida escuchándonos hablar sobre los detalles de la misión, algún día será una líder fantástica. Mucho mejor que dos viejos rockeros como tú y yo.

—Bueno, aun así, quiero que estés pendiente de que no les falte de nada a ninguna de las dos.

—De verdad, no te preocupes —repitió David—. Y, por favor, acaba de hacer la maleta, que te queda poco tiempo para despedirte. Nos vemos en un rato.

—Sí, me pondré a ello —asintió—. Nos vemos luego.

Steven cortó la llamada con un pequeño gesto y permaneció pensativo durante unos instantes. Necesitaba ordenar sus ideas.

—Alan, que el transporte esté listo dentro de media hora —ordenó Steven mientras apagaba el visor en el terminal de su despacho.

—De acuerdo —respondió una metálica voz proveniente del techo de la estancia—. Transporte confirmado para las cuatro en punto, señor —añadió al instante.

—Perfecto —susurró Steven.

Pensó que sería un tanto grosero que el director del proyecto llegara tarde al lanzamiento. Se levantó de la silla de su despacho y se dirigió a la puerta.

Antes de salir echó una última ojeada a la estancia, donde el orden brillaba por su ausencia, como de costumbre. El caos era algo habitual en su día a día, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de asuntos que siempre tenía sobre la mesa. Sin embargo, siempre había sido capaz de desenmarañar la madeja. Por algo su predecesor le ofreció el puesto de director hacía ya varios años.

Se dirigió a su habitación, al otro lado del pasillo. En la cama podía verse todavía su maleta abierta de par en par. Había estado dilatando el momento, aún no se hacía a la idea de dejarlo todo atrás, de abandonar su hogar y partir hacia un futuro incierto. Ya era muy tarde para echarse atrás. Hacía ya años que era demasiado tarde.

Se paró a pensar e hizo un repaso de lo que quería meter en la maleta. Las normas eran claras y las medidas de seguridad muy estrictas, así que necesitaba ser muy meticuloso con su equipaje. Ser el

director no te eximía de cumplir las normas, pero tampoco quería desperdiciar un solo hueco.

Dentro ya había un par de libros antiguos, un jersey azul marino y unos pantalones, nada fuera de lo normal. Steven Rhodes nunca se había sentido muy apegado a los objetos, así que no tenía nada importante que guardar, aparte de las esperanzas de encontrar un nuevo hogar. Aun así, reparó en la pequeña fotografía que asomaba por una esquina. Era la última foto de los tres juntos, su posesión más preciada.

—Creo que está todo —se dijo a sí mismo sin demasiada convicción mientras giraba nervioso su anillo dorado en el dedo anular.

Cerró la maleta y la dejó en el suelo. En el lateral, una etiqueta que rezaba PROYECTO ORFEO, junto a un logotipo de la Tierra sostenida por varias manos, de diferentes colores.

Agarró el asa y se dispuso a salir de su habitación. Esta vez reparó en el espejo que había junto a la puerta. Observó al hombre que le devolvía la mirada desde el otro lado. Se pasó la mano por el pelo. Hacía tiempo que las canas habían ganado la batalla, pero juraría que se habían multiplicado en los últimos meses. Incluso su barba de dos semanas parecía un gran manto blanco en su desmejorada cara. El estrés acumulado durante esta última fase del proyecto había provocado que perdiera algo de peso: retrasos, contratistas, políticos, modificaciones de última hora… Ni tener el apoyo de todos los gobiernos del mundo, ni disponer de crédito ilimitado, había podido evitar que el camino hubiera estado lleno de baches.

Pero el enorme esfuerzo de todos los miembros del proyecto había conseguido que el arca estuviera por fin dispuesta para llevarlos a todos a buen puerto.

«A buen puerto», pensó. Le vino a la memoria un viejo refrán marinero que decía «A barco desesperado, Dios le encuentra puerto». Nunca había sido creyente. De hecho, consideraba los credos y dogmas religiosos como algo perteneciente a épocas más oscuras, casi olvidadas. Pero, aun así, daba la impresión de que esta vez, cuando más necesaria era, tampoco iba a llegar la caballería. La humanidad estaba sola.

A Steven nunca le había gustado esa sensación de que algo dependiera de factores externos o de un simple golpe de suerte. Pero esa era justo la impresión que tenía en esos momentos. Con todas las eventualidades inesperadas posibles que podían encontrarse durante el largo viaje, era fácil dejarse llevar y pensar que el éxito de la misión dependía de la diosa fortuna. «¿Y si todo este esfuerzo ha sido en vano y la humanidad está escribiendo las últimas páginas de su historia?»,

se preguntaba a veces. Tal vez, pero no podía permitirse el lujo de tirar la toalla, había demasiadas vidas en juego. Cualquier sacrificio merecía la pena.

Cerró la puerta de su habitación tras de sí y se dirigió por fin al piso inferior. Al llegar a las escaleras, se detuvo un instante antes de bajar el primer escalón. Miró a su derecha y extendió el brazo. El holograma de una mujer joven, de cabellos del color de la miel con un bebé en brazos, le regalaba una última sonrisa antes de partir.

—Te echo tanto de menos —le dijo a la imagen en un susurro—. Ojalá estuvieras aquí, ojalá no tuviera que irme y pudiéramos volver a estar los tres juntos, como antes. Ojalá pudieras ver en lo que se ha convertido tu hija, ojalá supieras lo que está destinada a conseguir.

Por desgracia, una larga y dura enfermedad la había apartado de su lado, dejándolos solos con la tristeza. Las lágrimas pugnaban por salir, pero se esforzó por mantener la compostura, no quería convertir la despedida, ya dura de por sí, en un completo drama.

Comenzó a bajar las escaleras despacio, eludiendo el momento de enfrentarse a lo que le esperaba. Las imágenes de los momentos más felices de su vida iban pasando a su lado como árboles en el arcén de una carretera. Observó de reojo una antigua fotografía entre tanto holograma moderno. Sus padres, su hermano George y él posaban en una de las tradicionales postales navideñas de la familia. Tras la traumática muerte de su padre, hacía ya muchos años, él y su hermano George habían discutido con vehemencia y terquedad. Steven no recordaba ya los motivos de la discusión. Su hermano rehízo su vida con su familia en Boston y Steven se mudó a Orlando para estar más cerca de la sede de la Agencia Espacial Internacional. No habían vuelto a verse ni hablarse desde hacía más de diez años.

—Lamento tanto que las cosas no hayan salido bien entre nosotros, George —le habló a la imagen de nueve años de su hermano mayor—. Te deseo la mejor de las suertes aquí abajo.

Dos peldaños después se topó con el holograma de dos astronautas. Sonrió al ver lo joven que era, igual que David, el joven de color que posaba a su lado con una amplia sonrisa que dejaba ver su nacarada dentadura. Atesoraba grandes recuerdos de su época de misiones espaciales. Eran dos jóvenes soñadores que querían solucionar todos los problemas del mundo. Sin embargo, el destino, siempre irónico, les había deparado a ambos una responsabilidad incluso mayor.

Continuó bajando, pero no pudo evitar detenerse una última vez más. Allí estaba Emily, su tesoro más preciado, el día de su graduación. La primera de su promoción en el instituto a pesar de que tenía tan solo catorce años. Siempre había sido muy inteligente, la que más. Se pasó la infancia resolviendo problemas, arreglando

cachivaches o reprogramando a Alan para gastarle bromas a su padre. La iba a echar muchísimo de menos.

Solo puso una condición cuando su antecesor le propuso ocupar el puesto de director del Proyecto Orfeo: que su hija viajara en la segunda arca. Le hubiera gustado que fuera en la Galileo, junto a él, pero la normativa en ese aspecto era tajante. El proceso de criogenización suponía demasiado riesgo para una adolescente de dieciséis años, así que tuvo que conformarse con que la aceptaran en la Copérnico, cuya partida estaba prevista para cinco años más tarde, tiempo más que suficiente para desarrollarse por completo, acabar la carrera e incluso, si todo iba bien, conseguir su doctorado.

Bajó hasta el recibidor de la casa. Dejó con suavidad la maleta y miró a su derecha. Allí estaba ella, como siempre, con su pelo castaño recogido en un improvisado moño y esa holgada y desgastada ropa que tanto le sacaba de quicio. De nuevo pensó, como tantas otras veces, si todo esto merecía la pena, si había sido buena idea prepararla durante todos estos años para lo que se avecinaba. Ella todavía no era consciente de lo importante que iba a ser para el destino de la humanidad.

Steven respiró hondo y entró en el salón.

—Pues ya está todo —comentó en alto, intentando que no se le quebrara la voz.

Emily dio un respingo en el sofá, soltó el circuito integrado que estaba manipulando y se dirigió hacia su padre.

—Supongo que ya has pedido el transporte —preguntó con voz suave.

—Llegará en dieciséis minutos —intervino la voz metálica.

—Gracias, Alan, eres único interrumpiendo las conversaciones dramáticas —respondió la joven con cierto tono sarcástico—. Avisa a la abuela, ya es la hora.

—Entendido —respondió Alan.

Emily observó a su padre durante un par de segundos. Él seguía plantado como un pasmarote, sin saber muy bien cómo reaccionar. A pesar de que ambos se habían imaginado la escena mil veces, estaba bloqueado. Así que, sin pensarlo más, lo abrazó. Lo abrazó con todas sus fuerzas.

Steven, sorprendido, tardó unas décimas de segundo en reaccionar, pero le devolvió el abrazo con la ternura que solo un padre es capaz de transmitir.

«Ojalá este momento durara para siempre», pensaron los dos.

Karen, la madre de Steven, apareció en el salón. Escucharon sus

sollozos desde el pasillo. Estaba llevando muy mal la situación, sobre todo estos últimos días. No era fácil asimilar que nunca más volvería a ver a su hijo. Y, además, la incertidumbre de un viaje de cientos de años de duración hacia lo desconocido no ayudaba en absoluto a mejorar su estado de ánimo, y mucho menos saber que su nieta seguiría el mismo camino cinco años después.

Padre e hija hicieron un hueco a la mujer y los tres se fundieron en un sentido abrazo. Las lágrimas se abrieron paso entre ellos como un torrente de emociones que ya nadie pudo ni quiso contener.

Tras un intenso lapso de tiempo, Steven fue el primero en reaccionar. Con un gesto que indicaba que se acababa de acordar de algo, sacó un pequeño estuche alargado de terciopelo azul de uno de los bolsillos interiores de su cazadora.

—Emily, llevo años guardando esto para esta ocasión—dijo Steven, enjuagándose las lágrimas e interrumpiendo los sollozos.

La joven se pasó la manga del jersey por sus ojos enrojecidos y extendió la mano hacia el estuche.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Ábrelo.

Lo hizo y descubrió un colgante, un corazón de metal cepillado de un color gris apagado con una fina cadena color plata. Emily lo cogió con la otra mano. A juzgar por el peso y el color, parecía de titanio.

—Es precioso, papá —exclamó Emily mientras intentaba colocárselo torpemente. Tuvo que apartar algún mechón de pelo rebelde que había escapado del desordenado recogido y que le caía por detrás del cuello.

—Era de tu madre —le contó Steven mientras le ayudaba a colocárselo.

—No me lo quitaré jamás —aseguró ella, tan emocionada que las lágrimas volvieron a empañarle los ojos. No pudo evitar volver a abrazar a su padre con tanta fuerza que casi le corta la respiración.

—Señor, su transporte está llegando —advirtió de nuevo la inoportuna voz metálica.

«No, no pienso soltarle», pensó Emily. Pero notó que su padre aflojaba el abrazo. Al final acabó cediendo, pero no sin presentar batalla.

—Hijo mío, cuídate mucho. —La desconsolada madre apenas podía hablar mientras se acercaba a darle un último abrazo.

—Ha llegado la hora —anunció Steven—. Cuidaos la una a la otra, sed fuertes —añadió, mirándolas a ambas. Cogió de nuevo el asa de su maleta y abrió la puerta de salida. Fuera, la lluvia de un día gris

parecía acompañar su estado de ánimo.

Corrió hacia el aerotransporte, pero antes de entrar se giró hacia su casa y gritó mientras hacía un gesto con la mano:

—¡Nos vemos en cinco años!

—¡Querrás decir en 1517 años! —le corrigió Emily desde el quicio de la puerta.

«Siempre le gustó corregirme, para ella suponía una pequeña victoria sobre mí», pensó Steven, mientras se cerraba la portezuela. Emily conocía los detalles de la misión mucho mejor que algunos de los colaboradores más cercanos de Steven.

Y, por supuesto, tenía razón. Desde el punto de vista de la Tierra, la Galileo tardaría aproximadamente 1512 años en alcanzar su destino, teniendo en cuenta que la velocidad de crucero de la estación espacial sería de 0,79 veces la velocidad de la luz y que había que tener en consideración los procesos de aceleración y desaceleración.

El piloto automático lo recibió con un cordial saludo. Luego, elevándose sobre el aguacero, Steven supo que nunca volvería al lugar al que una vez llamó hogar.

2
Agradecimientos

28 de noviembre de 2290

22 meses para el lanzamiento del arca Copérnico

Orlando, Florida

—¿Qué más quieres que haga? —le preguntó Emily a Karen mientras esta se afanaba en preparar el pan de maíz con el que iba a rellenar el pavo que descansaba en una bandeja fuera del horno.

—¿Ya has acabado de cerrar todas las empanadas? —preguntó su abuela.

—Sí.

—Pues coge un tenedor y pínchalas un poco por la parte de arriba —le encargó.

—¿Pincharlas? —preguntó con curiosidad.

—Sí, así no se inflarán en el horno por el calor.

—Ah, de acuerdo.

Emily cogió un tenedor limpio del cajón de los cubiertos y se dispuso a pinchar todas las pequeñas empanadillas de calabaza y queso cheddar que acababa de preparar. No tardó mucho en terminar y solicitar nuevas tareas.

—Bate un huevo y dale unas pinceladas con una brocha a las empanadas por la parte de arriba —le pidió Karen—. Así quedarán brillantes y doradas.

Emily obedeció las instrucciones y untó un poco de huevo batido por encima de las empanadas.

—¿Por los bordes también? —preguntó.

—Sí, dale también.

—Vale ¿y ahora? —preguntó al acabar—. ¿Las meto en el horno?

—Déjame ver. —Karen revisó el trabajo de su nieta—. Muy bien, sí, mételas al horno.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinticinco minutos.

—¿Y temperatura?

—Ciento ochenta grados centígrados.

—¿Alan? —llamó Emily mirando hacia el techo de la cocina.

—Entendido. Veinticinco minutos a ciento ochenta grados centígrados —dijo la voz—. Hecho.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó de nuevo Emily mientras se lavaba las manos.

—Pela las batatas y córtalas en rodajas de un dedo de grosor —ordenó su abuela.

—¡A la orden, chef!

Emily se afanó pelando la irregular superficie de las dos enormes batatas que había comprado su abuela. Una vez peladas y lavadas cortó unas gruesas rodajas, tal y como le había pedido. Luego las colocó en la bandeja con el jamón de cerdo y se ocupó de la salsa. La charla y la compañía eran un bálsamo para las dos mujeres.

Emily metió la bandeja en el horno y se cruzó de brazos, satisfecha.

—Esto ya está, ¿qué más hay que hacer? —preguntó.

—Nada más —respondió su abuela—, acabo de rellenar el pavo, así que creo que te puedes ir a preparar. Nuestro invitado está al caer. Yo me encargo de poner la mesa.

Emily le dio un cariñoso beso en la mejilla y subió las escaleras hasta su habitación. Abrió el armario y empezó a rebuscar entre el desorden de sus perchas y cajones, intentando encontrar algo cómodo que ponerse para la velada. Había refrescado algo estas últimas semanas pero la casa estaba templada, así que desechó los jerséis de punto y eligió unos desgastados tejanos con algo de pedrería y una camiseta de una banda de música antigua. La combinación perfecta entre moda y comodidad.

Se duchó al compás de una de las canciones que Alan seleccionaba para ella. Se secó la larga melena color miel y se vistió con la ropa que había elegido. Desechó la idea de maquillarse, nunca le había gustado hacerlo y tampoco entendía aquella antigua costumbre. Prefería sentir su piel al natural, bien hidratada, eso sí.

El olor del pavo y el jamón asado impregnaba toda la casa, hasta tal punto que Emily comenzó a salivar. Había muchísima comida para tres personas, así que dio por sentado que comerían sobras hasta el domingo.

El invitado todavía no había hecho acto de presencia, así que Emily decidió encender la televisión. A pesar de ser Acción de Gracias, los programas se centraban sobre todo en los avances del Proyecto Atlas, la iniciativa que los gobiernos de las diferentes naciones habían ideado para intentar evitar que el gigantesco fragmento de la Luna acabara provocando una extinción masiva. Por suerte para todos, las

previsiones iniciales fueron demasiado catastrofistas y la colisión tardaría unos cuarenta años más de lo previsto en producirse, así que el proyecto continuaba su curso. Las autoridades guardaban el más absoluto secreto al respecto, pero los periodistas no dejaban de especular en sus programas.

El Proyecto Orfeo, del que su padre era el director, había sido considerado desde su anuncio como una especie de Plan B para la humanidad. Se le dio el nombre del antiguo personaje griego porque consistía en enviar dos estaciones espaciales tripuladas, con algo más de veinte mil personas a bordo de cada una, a Kepler-442b, un planeta a mil ciento noventa y cinco años luz de la Tierra, ubicado en una de las estrellas de la constelación Lyra, bautizada así en la antigüedad por representar la lira del mítico personaje griego llamado Orfeo.

Al tratarse de un proyecto no esencial para el planeta, pasaba casi desapercibido en las noticias y debates televisivos. Pero todo había cambiado desde la partida del arca Galileo, sobre todo porque cierto sector de la población fomentaba un sentimiento de rechazo hacia una iniciativa de tal envergadura que los rumores de sabotaje, actos vandálicos e incluso terrorismo eran constantes. Muchos grupos políticos y movimientos sociales habían catalogado los procesos de selección de los tripulantes como elitistas y poco transparentes. «¿Por qué son siempre los hijos de las élites mundiales los seleccionados?», gritaba hacía un par de meses un conocidísimo líder social, autoproclamado referente de la causa.

A pesar del amplio historial de corrupción de la humanidad, lo cierto era que se habían analizado más de quinientos millones de candidatos y se habían seleccionado con sumo cuidado los especímenes genéticamente más perfectos de cada una de las mal denominadas razas humanas. A pesar de que desde un punto de vista biológico solo existe una única raza dentro de la especie *Homo Sapiens*, el proyecto había estimado necesario que cada uno de los pueblos que conformaban la sociedad humana tuvieran un número similar de representantes. La decisión no se tomó solo por cuestiones de justicia social, sino por motivaciones biológicas, ya que se buscaba evitar la endogamia y el empobrecimiento de la calidad genética de la futura colonia.

Otro factor de gran peso fueron los conocimientos y desempeños individuales. Se eligió a los mejores científicos e ingenieros en cada una de sus ramas y también a personas que, aunque no tuvieran una formación reglada, fueran referentes profesionales de un sector diferenciable. Así pues, también se llamó a artesanos, modistos, panaderos, cocineros, escritores, artistas, etc. hasta conformar una pequeña representación de todas y cada una de las diferentes facetas

humanas.

Pero quizá en esa búsqueda de la perfección residía el talón de Aquiles del sistema de selección de candidatos, ya que las élites tenían un mejor acceso a terapias génicas y a determinadas carreras universitarias que el candidato de clase media o baja. De ahí las reticencias y demandas de estos movimientos sociales, muchos muy radicalizados.

El caso es que, a pesar de que el debate llevaba algún tiempo instaurado en la sociedad, este había subido de tono desde la partida de la Galileo, en parte empujado por la falta de soluciones o de transparencia de los gobiernos para resolver el problema más inmediato y urgente al que se enfrentaba el planeta.

Emily estaba ya empezando a cansarse del constante debate televisivo, así que empezó a zapear en busca de algo más entretenido y menos vital. La programación para ese día, salvo en los canales de noticias y actualidad, era bastante recurrente. Las típicas comedias familiares o románticas cuya trama gira entorno al día de Acción de Gracias. Seguía sin encontrar algo interesante que ver cuando sonó el timbre.

—Es el subdirector Green —anunció Alan.

Emily se levantó del sofá y se acercó a la puerta que se abrió sola cuando estuvo ya delante de ella.

—Hola, Emily —saludó el subdirector Green con su sonrisa habitual.

—¡David! —le devolvió el saludo con un cariñoso abrazo—. Pasa.

—¡Llegas tarde! —le recriminó Karen con una sonrisa en la cara—. Hasta en eso te pareces a mi Steven.

—¡Hola, Karen! Yo también me alegro de verte —bromeó.

—Ven aquí y dale un abrazo a esta señora mayor —ordenó sonriente.

David obedeció a pesar de la reprimenda. Luego sacó una botella de vino blanco de la bolsa que llevaba consigo.

—Vaya, Cabernet Sauvignon, esto estará delicioso —se relamió Karen mientras se daba media vuelta—. Voy a ponerla a enfriar.

—Dame la cazadora —pidió Emily.

—Para ti la sorpresa vendrá después —le dijo David con un guiño mientras le entregaba su cazadora de cuero.

—¿Sorpresa? —preguntó extrañada Emily—. Es Acción de Gracias, no Navidad.

—Lo sé, por eso es una sorpresa —argumentó—. Si no, seguro que esperarías algo.

—Supongo que es un buen punto —rio Emily—. Vamos a la cocina.

David había coincidido con su padre en multitud de misiones espaciales cuando concluyeron sus estudios en el MIT. Ambos habían seguido carreras muy similares y se llevaban muy bien fuera del trabajo. A pesar de eso, eran bastante diferentes. David era más alocado, aunque sin llegar a ser irresponsable. A buen seguro habría dejado aparcada su moto en la acera, era de los que les gustaba conducir en lugar de utilizar el aerotransporte.

Cuando el padre de Emily fue nombrado director, no dudó ni un momento en ofrecerle el puesto de subdirector del proyecto. Había estado en multitud de ocasiones en su casa, visitando a su padre. La mayoría de ellas había sido por cuestiones de trabajo, pero también cuando querían relajarse y disfrutar de un buen bourbon y un poco de jazz.

David no tenía familia, valoraba mucho su libertad. Era un amante de las motos clásicas; de hecho, tenía un par de modelos antiguos de Harley Davidson que mimaba como si fueran sus propias hijas. Siempre había sido muy amable con Emily. Recordaba alguna barbacoa en casa del subdirector, un auténtico fanático de la carne asada. A Emily le parecía que hubieran pasado cien años desde esos días. «Las mejores costillas de todo el suroeste americano», solía presumir.

Desde que se marchó su padre las había visitado varias veces y hablaba con Emily con asiduidad sobre la universidad, el futuro y sobre el viaje que harían juntos en la Copérnico. Ella imaginaba que lo hacía por petición expresa de su padre, pero no por eso lo apreciaba menos. Además, le encantaba conversar con él, había llegado a admirarle mucho.

En la cocina, Karen daba los últimos retoques al pequeño festín que habían preparado.

—¡Guau, Karen! —exclamó—. Huele de maravilla.

—Y más te vale que no digas lo contrario —bromeó.

—¡No me atrevería! —aseguró entre risas.

—La abuela lleva toda la tarde preparando cosas —le aseguró Emily—. Tenemos langostinos frescos con salsa de mantequilla y limón, empanadas de calabaza y queso cheddar y, de plato fuerte, pavo asado con relleno de pan de maíz, acompañado de salsa de arándanos y *gravy* de pavo, y jamón glaseado con miel y mostaza con guarnición de batatas asadas con canela y nuez moscada —recitó de memoria como si fuera el maître de un restaurante elegante.

—Se te ha olvidado el puré de patatas con crema agria y cebollino fresco —añadió Karen.

—Cierto —concedió Emily—. Y el postre: pastel de calabaza con crema batida.

—Madre mía —dijo David, asustado—. ¿Esperáis visitas?

—No, pero me da que tenemos la comida hecha de aquí al fin de semana —rio Emily.

—Bien, ya está todo —anunció Karen—. ¡A la mesa!

Karen y Emily llevaron los aperitivos mientras David se encargaba de una pequeña cubitera con hielo y la botella de vino. Una vez sentados, Karen extendió las manos hacía ambos lados y esperó a que Emily y David le ofrecieran las suyas.

—En este día, damos las gracias por la comida en nuestra mesa, por la compañía de nuestros seres queridos y por todas las bendiciones que hemos recibido. Que recordemos siempre la importancia de la gratitud y la generosidad hacia los demás. Amén.

—Amén —repitieron Emily y David.

—Bien, pues vamos a empezar con esto —exclamó Karen.

La comida transcurrió entre la charla animada y las anécdotas que David contó de cuando Steven y él estudiaban todavía en el MIT o de su primer viaje a la base de Marte. Emily desconocía muchas de esas historias y disfrutó mucho oyéndolas. Pudo recordar a su padre con una sonrisa.

Karen también aportó su granito de arena contando las suyas de cuando Steven era pequeño, del miedo que le daba la oscuridad y de cómo su hermano George había cuidado de él. No pudo evitar entristecerse al recordar esa época, ya que Steven y su hermano no se llevaban tan bien como antes. Tras la muerte de Gregory, ambos se habían distanciado. Los dos estaban muy unidos a su padre, pero ninguno supo contener sus propias frustraciones y acabaron pagándolo con el otro. Karen tuvo que soportar la pérdida de su marido mientras contemplaba cómo su familia se desintegraba delante de sus ojos. Fue una época muy complicada para ella. Ni siquiera pudo conseguir que se reconciliaran antes de que Steven abandonara la Tierra, eran demasiado orgullosos para admitir que ambos habían actuado mal.

—Voy a por los platos fuertes —anunció Karen.

—Te ayudo —se ofreció David.

Karen sacó del horno las dos bandejas de asado y colocó la comida en fuentes de porcelana para llevarla a la mesa.

—Qué buena pinta tiene todo —exclamó David.

—Sí, huele todo fenomenal —aseguró Emily frotándose la tripa—. Creo que no debería haberme comido esa última empanada.

Sin embargo, dieron buena cuenta del asado mientras continuaban

conversando, esta vez sobre la situación geopolítica. No pudieron evitar centrarse en el proyecto Atlas.

—Realmente nadie sabe lo que están construyendo en el fragmento lunar —reconoció David—. Ni siquiera nosotros tenemos más información por trabajar en el otro proyecto.

—Hay demasiado secretismo —comentó Karen—, y en este caso es muy preocupante.

—Sí, no acabo de entender por qué nadie da explicaciones —reconoció David.

—Bueno, seguro que algo acaban haciendo —dijo Emily.

Siguieron charlando durante el postre, para el que pensaban que no tenían hueco, pero acabó casi entero en sus estómagos.

—Karen —dijo David muy serio—, creo que se acaba de liberar un puesto de cocinera en el arca Copérnico.

—Uy, no, no —rio Karen—. Yo ya estoy muy mayor para un viaje así, hijo. Lo único que te pido es que cuides bien de mi Emily.

—Por supuesto, sabes que puedes contar con ello —respondió—. Y hablando de Emily, ¿ya has decidido la temática de tu tesis?

—Pues la verdad es que no lo tengo nada claro. Mi profesora me ha dado algunas ideas, pero no me acaba de convencer ninguna.

—Bueno, pues yo si quieres, te puedo dar una. —David se levantó y cogió la bolsa que había traído.

Sacó una pequeña caja de dentro y se la ofreció a Emily.

—¿Y esto? ¿Qué es? —preguntó la joven, emocionada mientras sostenía la caja en sus manos.

—Ábrelo y lo verás.

Emily abrió la caja y sacó una tarjeta con el logotipo del proyecto Orfeo impreso en una de las caras.

—¿Qué es esto? —preguntó

—Eso es una tarjeta con acceso ilimitado a Alan, pero no al que tenéis aquí —puntualizó—. Si no al que vamos a instalar en la Copérnico.

—¡¿Qué?! —exclamó Emily con una súbita alegría—. ¡¿En serio?! ¿Voy a poder estudiar y adaptar a Alan?

—Eso es —confirmó David, satisfecho—. Si te parece bien, nos gustaría que basaras tu tesis en la inteligencia artificial. El director de ingeniería de la Copérnico necesita a alguien con ese perfil y le he hablado de ti. Tendrías acceso ilimitado a los recursos del proyecto.

—¿Si me parece bien? —dijo sonriente— ¿Cuándo empiezo?

—Bueno, no te embales —rio David—. Primero tienes que acabar

la carrera. Pero si te gusta la idea, empezaré a prepararte el camino para que comiences cuanto antes.

—Gracias, David —se levantó y le dio un abrazo.

—No se merecen. Además, sé que lo harás genial así que, en cierto sentido, forma parte de mi trabajo.

—Pero tú ahora céntrate en acabar la carrera —dijo Karen.

—Sí, abuela.

Pasaron una agradable velada hablando del futuro, de la familia y de un montón de temas. Después, David agradeció con sinceridad la cena y se preparó para marcharse.

—Ya es tarde. Muchas gracias por todo, Karen. Estaba todo estupendo.

David abrazó a la madre de su mejor amigo y miró a Emily.

—Ya hablaremos sobre tu tesis.

—Claro, me muero de ganas por empezar.

Se despidió de ellas desde la verja de entrada a la propiedad y, tras fijarse el casco y atarse su cazadora de cuero, montó en su motocicleta y se alejó.

3
El incidente

14 de junio de 2292

Tres meses para el lanzamiento

Estación espacial Copérnico

Robert Beaufort acabó por levantarse de su litera. Los ronquidos de Bryan Murphy, uno de sus compañeros de camarote, acabaron por desvelarlo del todo. Miró su muñeca en la oscuridad y su implante ocular le mostró la hora sobreimpresionada: las 04.47 de la madrugada.

Permaneció unos momentos entre las sábanas de su litera. Estaba a gusto, pero le asaltó la conocida sensación de no estar aprovechando el tiempo. Observó a su alrededor en la penumbra que la luz de emergencia del camarote le proporcionaba y escuchó un recital de ronquidos y respiraciones fuertes totalmente descompasadas. Ya casi ni los tapones le permitían descansar bien.

Su condición de oficial le permitía disfrutar de un camarote individual, pero prefería dormir con el resto de su pelotón. Era una buena manera de conocerlos a todos y de que ellos le conocieran a él también.

Se incorporó, sacó los pies de la cama y sintió la goma del suelo. No estaba demasiado fría, pero en comparación con el interior de las sábanas era lo bastante fresco como para obligarlo a ponerse en marcha.

—Infrarrojo —susurró.

Su ojo derecho comenzó a percibir luz en la oscuridad. Recogió su petate de debajo de la cama y extrajo un par de pantalones cortos y una camiseta dobladas con perfección. De otro bolsillo sacó una pequeña bolsa de tela enrejada con su ropa interior. Se calzó unas zapatillas sin ajustarse los cordones y salió del camarote.

Su implante ocular desactivó el modo infrarrojo de manera automática para evitar el fogonazo de la luz del pasillo. El camarote disponía de ducha, pero no quería despertar a sus compañeros, así que se dirigió a uno de los gimnasios de la estación.

Tuvo que recorrer unos cuantos metros hasta llegar allí. El pasillo estaba desierto. Entró en el vestuario de hombres y se puso el pantalón corto, doblando meticulosamente el que llevaba puesto. Dejó

toda su ropa en una taquilla y recogió una toalla pequeña de un dispensador.

Se subió a la cinta estática y dijo:

—Playlist de running, diez minutos, diez kilómetros por hora. —La cinta comenzó a moverse poco a poco y por su implante auditivo comenzó a sonar música.

El calzado que el ejército les proporcionaba para realizar su servicio en el arca Copérnico distaba mucho de ser el adecuado para hacer ejercicio, pero era lo bastante cómodo como para correr sobre una cinta.

Robert llevaba solo dos meses asignado a las tareas de cooperación con el proyecto Orfeo. Se había graduado hacía un par de años en la École Spéciale Militaire de Saint-Cyr, una de las academias militares más prestigiosas de Francia.

A pesar de ser de familia humilde, Robert Beaufort había destacado siempre por su inteligencia y rendimiento académico en su Marsella natal. Sus comienzos no fueron fáciles. De familia obrera y en un barrio peligroso, lo lógico habría sido esperar que acabara tirado en cualquier esquina, trapicheando con sustancias prohibidas o formando parte de alguna banda callejera.

Sin embargo, Robert estaba hecho de otra pasta. «Estás destinado a hacer grandes cosas», solía decirle su abuelo cuando era pequeño. Fue un alumno muy aplicado, lo que le valió una beca de estudios en la academia militar, pero también le provocó numerosos problemas con otros jóvenes de su edad. Pero él no era de los que rehuía el enfrentamiento, y si bien su físico no le proporcionaba un aspecto temible, tenía condiciones más que de sobra para poner en aprietos a los matones de tres al cuarto.

Era muy habitual verle llegando a casa con la cara marcada y la mochila del colegio hecha jirones. Su madre, preocupada, le recomendaba evitar los enfrentamientos, pero desde que tenía apenas nueve años respondía que, si lo hacía, nunca dejarían de abusar de él. «En la calle, o eres el más fuerte, o estás perdido», afirmaba.

Acabó por aceptar la beca e ingresó en la academia, convencido de que le iría bien comenzar de nuevo en otro lugar. Sin embargo, durante los primeros meses la situación no cambió demasiado. La mayoría de sus compañeros, de familias mucho más nobles y agraciadas, lo veían como el niño pobre que venía de los suburbios. Así que las peleas y abusos continuaron. Pero Robert había conseguido mucha más experiencia que ellos con el paso de los años, así que no fueron pocas las veces que mandó él solito a cuatro cadetes a la enfermería.

Eso le supuso numerosos arrestos, noches de hospital y alguna que otra amenaza de expulsión. A pesar de todo, su rendimiento académico continuaba siendo excepcional, y los mandos de la academia acabaron viéndolo como un activo muy valioso para el ejército.

Tras su graduación, el teniente Robert Beaufort decidió apuntarse al programa de reclutamiento del proyecto Orfeo. Y, a pesar de no haber sido concebido bajo ningún tipo de terapia génica, fue capaz de superar todos y cada uno de los test de acceso al programa.

Y aquí se encontraba ahora, comenzando su jornada a las cinco de la mañana porque no soportaba los ronquidos del soldado Murphy.

La notificación de los diez minutos le avisó de que su calentamiento había finalizado. Se bajó de la cinta y se secó el sudor de la cara y los brazos. Realizó respiraciones acompasadas para bajar sus pulsaciones y se dirigió a uno de los bancos de pesas.

Llevaba ya su segunda tanda de press de banca cuando apareció otra persona en el gimnasio. Robert se levantó al verlo y se cuadró delante de él.

—Descanse, teniente. Es muy pronto, ¿no podía dormir?

—No, mi capitán.

El capitán Garth lo observó sorprendido.

—Bien, me gusta, significa que está tenso por la misión. Eso le ayudará a sobrevivir en los momentos críticos —comentó Garth—. Pero no pare, continúe con su rutina.

El capitán Garth era un cuarentón tosco pero con un estado físico envidiable. Su arreglada barba, su profunda mirada de pocos amigos y la cicatriz de su cara le daban un aspecto bastante temible. Era bien conocido por su carácter autoritario y por no tolerar la debilidad en sus tropas. Se rumoreaba que antes de entrar en el proyecto había dirigido un pelotón de élite del ejército neoestadounidense y que había llevado a cabo misiones de desarticulación de comandos terroristas. Se había ganado cierta fama de sanguinario despiadado.

A Robert no le intimidaba en absoluto, estaba de sobra acostumbrado a tratar con matones, pero provocaba muchos nervios en el resto del pelotón. Era de esas personas a las que sin duda era mejor tener de tu parte.

Robert cogió unas mancuernas de dieciséis kilos y comenzó a ejercitar sus bíceps. Al cabo de un rato, el capitán colocó una serie de pesas en la barra del press de banca y volvió a dirigirse a Robert:

—¿Le importaría, teniente?

—Por supuesto que no, capitán.

Robert se levantó y ayudó a Garth a descolgar la barra con las pesas en los extremos. Ciento setenta kilos en total. Un peso considerable, incluso para alguien tan entrenado como el capitán.

Cogió la barra con un fluido movimiento y sus músculos comenzaron a tensarse y relajarse en un rítmico ir y venir. Robert contó quince alzadas sin apreciar ni un leve desfallecimiento en el ritmo.

Al concluir la serie, el capitán apoyó la barra en el colgador con un ruido sordo. Robert permanecía atento para ayudarle. Se levantó del banco de entrenamiento con una sonrisa satisfecha y apenas una gota de sudor cayéndole por la sien.

—No hay nada mejor que despertarse por la mañana con una buena ración de ejercicio, ¿verdad? —fanfarroneó el capitán mientras soltaba sus brazos y pectorales.

—Cierto, señor —respondió marcial.

—Muy bien… ¡segundo asalto!

Robert hizo de ayudante en un par de tandas más hasta que el capitán, ya empapado de sudor, le permitió que continuará con su rutina. Robert volvió a sus mancuernas y acabó el resto de los ejercicios de pectorales y bíceps que tenía previstos para esa mañana.

Tras concluir, se despidió del capitán con un saludo marcial y se metió en la ducha del gimnasio.

Más espabilado, con ropa limpia y fresco después de asearse, se sintió menos cansado por la falta de sueño. No era la primera vez que tenía problemas para dormir. Esta vez habían sido los ronquidos de Murphy, pero era bastante habitual que se desvelara dándole vueltas a las cosas en la cabeza. En circunstancias normales se habría relajado practicando algo de yoga, tal y como le enseñó su madre, pero en la nave era difícil encontrar un lugar tranquilo y apartado que no estuviera lleno de gente frenética.

Dejó la ropa sucia en el conducto de la lavandería y se dirigió a uno de los comedores para desayunar. Le sorprendió que al llegar ya hubiera tres personas. Era muy temprano. Parecían discutir de forma airada, pero cuando repararon en él, le observaron de una manera muy extraña. Sin embargo, lo más raro fue que se callaron en el acto. A Robert no le sonaban sus caras, a pesar de que era bastante buen fisonomista. Debían de haber llegado en alguno de los transportes de carga que llevaban semanas llegando a los diferentes módulos de la estación, así que no le sorprendió en absoluto ver caras desconocidas.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —le respondieron los tres casi al unísono.

Robert se dirigió a la cafetera y seleccionó un espresso. Mientras la máquina trabajaba aprovechó para acercarse a la dispensadora de comida. Seleccionó un croissant en la interfaz y al cabo de unos segundos apareció uno en la bandeja.

Mientras, los tres hombres comenzaron de nuevo a hablar entre ellos. Robert notó algo muy diferente en la conversación. Ocupó una mesa algo separada del grupo y comenzó a remover su café.

Intrigado, prestó atención, pero procurando que ninguno de ellos lo notara. Lo que le llamó la atención no era que hubieran bajado el tono a poco más que un susurro, sino que estaban hablando en francés. Cuando llegó, estaba convencido de que estaban hablando en inglés.

Intentó oír lo que decían, aunque apenas levantaban la voz.

—Tenemos… sincronizarnos… asalto… —consiguió escuchar al que parecía el cabecilla de los tres.

—¿… hora? —preguntó uno de ellos.

—11.30… corriendo… empezará… huir —respondió el cabecilla.

—¿no… antes? —preguntó el otro.

—antes… sospechoso… rescate… cápsula… 7C —le respondió.

Cápsula 7C. Robert sabía a qué se referían. A lo largo de la estación se habían distribuido diferentes cápsulas de salvamento. Cada letra pertenecía a un módulo de la nave. A, Ingeniería; B, Criogenización; C, Habitáculo. Justo donde se encontraban en ese momento.

Robert oyó cómo cambiaban de tema, y mientras se terminaba su croissant, se levantaron de su mesa y le saludaron.

—Que pase un buen día —dijo uno de ellos en un perfecto inglés.

—Buen día —saludó Robert.

No sabía qué tramaban, pero estaba seguro de que algo iba a ocurrir.

Robert depositó los restos de su desayuno en la basura hermética del comedor y se dirigió en busca de su capitán. Ya no estaba en el gimnasio, ocupado ahora por dos soldados de otro de los pelotones que durante estas últimas semanas se estaban encargando de controlar los transportes de mercancías.

Los saludó cordialmente y tras mirar en los vestuarios, abandonó la zona.

—Alan, ¿dónde está el capitán Garth? —preguntó.

—No estoy autorizado a proporcionar tal información —comunicó de manera monótona la inteligencia artificial de la nave a través de su implante auditivo.

Hoy no tenían ninguna reunión agendada y todos tenían claras las

tareas del día, por lo que podría darse el caso de que no coincidiera con el capitán en toda la mañana. Eran las ocho, tenía media hora para presentarse en el muelle de carga de ingeniería, donde estaba asignado, y algo más de tres horas para llegar a la cápsula de salvamento 7C. Esperaba encontrar al capitán antes de ese momento.

De cualquier manera, decidió enviarle un mensaje.

—Alan, graba una comunicación para el capitán Garth.

—Entendido —respondió Alan—. Dicta el mensaje después del pitido.

—Capitán, soy el teniente Beaufort. Acabo de coincidir en el comedor con tres sujetos que tenían un comportamiento en apariencia sospechoso. Quizá no sea nada, pero me gustaría comentarlo con usted, si tiene un momento. Estaré toda la mañana en Ingeniería, controlando la carga de combustible.

Robert se dirigió a la cápsula de transporte más cercana y puso rumbo a Ingeniería. Su equipo era el encargado de supervisar todas las entregas de las lanzaderas que llegaban cargadas de combustible para los reactores, básicamente hidrógeno. Era un trabajo bastante rutinario. Ese día, además, estaba siendo bastante aburrido. Habían informado de ciertos problemas con el control de licencias de transporte en tierra, así que todos los transbordadores estaban parados en origen. No era la primera vez que se producía este tipo de trastorno por culpa de los plazos y las prisas. Robert temía que al día siguiente tendrían el doble de trabajo si el problema no se solucionaba pronto.

Pasaron un par de horas y la inquietud de Robert se acrecentó. No habían solucionado el problema en tierra, así que todo el equipo de ingeniería estaba mano sobre mano. Y, además, todavía no tenía noticias del capitán, ni siquiera sabía si había leído su mensaje.

En torno a las diez y media recibió por fin una llamada del capitán.

—Teniente, he recibido su mensaje. Reúnase conmigo de inmediato en el puesto de mando —le ordenó.

Robert advirtió a dos de los soldados a su cargo que abandonaba la sección y corrió hacia el punto de encuentro.

El puesto de mando no era más que una zona restringida de la Lavadora, el único módulo de la nave con gravedad artificial. Cogió la cápsula más cercana en el centro de la circunferencia y se desplazó hasta el extremo de la enorme rueda giratoria.

Las puertas del puesto de mando se abrieron cuando llegó. En el interior había una sala repleta de pantallas, gráficos, cámaras y una gran mesa de operaciones. Sentados alrededor de ella le esperaban la suboficial Mei, el comandante Bauer y el propio capitán Garth.

—Siéntese, teniente —le ordenó el capitán.

Robert obedeció y ocupó una de las sillas que estaban, como todo el mobiliario, ancladas al suelo.

—Cuéntenos con todo detalle lo que ha oído esta mañana en el comedor —le pidió a continuación.

Procedió a explicarles todo lo que había podido oír, tal y como lo escuchó, sin ahorrarse ningún detalle. Sus interlocutores no interrumpieron su relato en ningún momento. Eran las 10.50.

—Entonces, la amenaza es real y puede ser inminente —murmuró preocupado el comandante Bauer.

—¿Qué podemos hacer al respecto, capitán? —preguntó la suboficial Mei.

El capitán se quedó un rato pensativo y luego se dirigió al teniente Beaufort.

—Inteligencia nos ha advertido esta misma mañana de un posible sabotaje que algún grupo reaccionario estaría intentando llevar a cabo en la estación —comenzó—. Necesito que envíe a todo aquel que tenga disponible a peinar las zonas menos transitadas de la estación en busca de cualquier movimiento sospechoso. Después, reúnase conmigo en la sala que hay cerca de la cápsula 7C. Interceptaremos a los sospechosos allí. Vaya a organizarlo.

—Sí, señor —respondió Robert mientras se levantaba de la silla y se dirigía a la puerta de salida.

—Suboficial Mei —continuó el capitán— debemos proceder a la evacuación de inmediato, por seguridad… —oyó decir mientras abandonaba la sala.

—Alan, localiza a todo aquel que tenga el día libre y contacta también con el Pelotón 9. Necesito a todo militar ocioso en menos de diez minutos en el comedor C de la Lavadora.

—Sí, teniente —respondió la inteligencia artificial de la nave.

Robert se dirigió al comedor C, donde poco a poco fueron llegando todos los militares que no tenían asignada ninguna tarea en ese momento o que tenían el día libre. Eran cerca de veinte personas, que formaron delante del teniente.

—Iré al grano —comenzó—. Inteligencia cree que algún grupo de reaccionarios puede tener la intención de sabotear la estación. Se dividirán en diez parejas y cada una se dirigirá a los diferentes módulos de la estación —ordenó Beaufort—. Ustedes dos se dirigirán al módulo A, Ingeniería —dijo, señalando a los dos soldados más a la derecha—; ustedes, al B, Criogenización —señaló a los siguientes—. Y así hasta cubrir todos los módulos. Si encuentran algo fuera de lo

normal, avísenme de inmediato. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué es lo que buscamos, señor? —preguntó uno de los soldados.

—No lo tenemos claro —confesó Robert—, cualquier cosa fuera de lo común. Algo o alguien que no deba estar ahí. Cualquier cosa que les extrañe, investíguenla. Puede ser desde un virus informático hasta armas o explosivos. ¿Alguna duda más? —Hizo una pausa, en espera de una pregunta que no llegó—. En marcha.

—¡Sí, señor! —gritaron todos mientras rompían filas y comenzaban a distribuirse por la estación.

Robert se dirigió a su encuentro con el capitán Garth que llegó un par de minutos después. Su semblante era muy serio, más de lo habitual. Robert nunca le había visto así.

—¡Sígame, teniente! —ordenó—. Si estos malditos desgraciados piensan que pueden venir a mi nave a joderme, se han equivocado de pleno.

—¿Qué ha sido del comandante y la suboficial? —preguntó Robert.

—Acaban de abandonar la estación en el transporte que teníamos más a mano.

Continuaron en dirección a la cápsula de escape 7C. El pasillo estaba desierto.

—Alan, abre este camarote —solicitó el capitán.

Al instante, el camarote frente a la cápsula de salvamento se abrió a su paso. Ambos entraron en el interior y esperaron. Robert notaba cómo las mandíbulas del capitán rechinaban y crujían mientras miraban la pantalla de la mirilla.

—En cuanto aparezcan esas tres sabandijas, salimos y les metemos su sabotaje por el culo.

—Sí, señor.

El primero de ellos hizo acto de presencia en un par de minutos; el segundo tardó otros tres más. Tras cinco minutos seguían esperando al tercero. Los dos tipos miraban nerviosos su reloj y giraban la cabeza hacía ambos lados del pasillo, impacientes.

—Me estoy hartando —susurró el capitán Garth, que sin pensarlo más accionó el picaporte electrónico de la puerta.

Todo ocurrió muy deprisa.

La puerta se abrió hacia un lado y el capitán echó a correr para bloquear a los dos individuos, pero antes de que diera el segundo paso se oyó una violenta explosión. Las luces se apagaron, la Lavadora se detuvo y la gravedad desapareció.

La luz volvió tras unos caóticos segundos. Los cuatro flotaban en el

aire, pero los individuos todavía no habían reparado en su presencia. Tenía que ser ahora o perderían el factor sorpresa.

Ambos se apoyaron en el marco de la puerta del camarote y se lanzaron a por ellos. La violencia del choque fue brutal. Robert empujó contra la pared contraria a su rival, que se llevó un fuerte golpe en la cabeza.

El capitán se abalanzó como un animal desbocado hacía el suyo y lo golpeó en la cara. Una intensa hemorragia nasal llenó el ingrávido aire de la estancia de pequeñas perlas de sangre que flotaban en todas direcciones.

La pareja de baile de Robert consiguió reaccionar al golpe que había recibido y empezó a forcejear con él. Robert se zafó de la embestida de su oponente y lo agarró por la espalda. Por suerte, su rival no estaba acostumbrado a la ausencia de gravedad. Eran las ventajas de llevar un tiempo en la estación.

Las alarmas comenzaron a sonar. La luz parpadeaba de vez en cuando, pero de momento podían ver sin mayor problema. Varios pilotos rojos emitían ráfagas de luz intermitentes, indicando que algo no iba bien en la estación. Se comenzó a oír un mensaje por megafonía.

«Estructura de la nave comprometida. Esto no es un simulacro. Abandonen la estación».

El capitán volvió a coger impulso y cargó con todo el peso de su cuerpo sobre el otro individuo que tampoco pudo zafarse esta vez y fue a parar de bruces contra el suelo.

Robert trató de impulsar a su rival hacia abajo para intentar inmovilizarlo. Aunque este intentaba escapar de la llave que ejercía sobre él, incluso sin gravedad y sin un punto de apoyo, se encontraba a merced del mucho más experimentado teniente Beaufort, que consiguió sacar de uno de sus bolsillos un par de bridas de detención. Luego, con un movimiento felino agarró de ambos brazos al individuo y lo embridó a la espalda.

El capitán, loco de ira, había agarrado de la pechera a su rival y golpeaba sin piedad su cara con una violencia fuera de lo normal. El individuo estaba ya inconsciente y su rostro, irreconocible, parecía una amalgama sanguinolenta de huesos y carne destrozada.

—¡Hijo de puta! —le gritaba— ¡Pagarás con tu vida!

Robert dejó al hombre inmovilizado, cogió algo de impulso e intentó poner fin a la barbarie que estaba perpetrando el capitán. Logró agarrarle del brazo.

—¡Capitán, ya es suficiente! —le gritó.

El capitán se giró hacía él con los ojos desencajados y lo apartó de un manotazo.

—¡Ni se le ocurra cruzarse en mi camino, teniente! —bufó—. Esta escoria merece la muerte. ¡Están destruyendo la estación!

El capitán volvió a centrar su atención en el cuerpo inerte que agarraba con su mano izquierda. Al ver que ya no suponía ninguna amenaza se giró hacia el segundo, que flotaba boca abajo con las manos atadas a la espalda. Sacó su pistola sónica y sin mediar palabra lo ejecutó allí mismo.

Robert ahogó un grito.

El capitán volvió a dirigirse hacia él y lo cogió por el cuello.

—¡No vuelva a agarrarme del brazo nunca más! —le gritó a un palmo de su cara—. Si piensa por un momento que porque lleve usted el mismo uniforme que yo voy a dudar un instante en reventarle su puta cabeza, está muy equivocado. —Lo soltó y ladró—: ¡Ordene la puta evacuación de los efectivos que queden en pie!

—Sí… Señor —contestó Robert con la rabia contenida y los puños apretados.

4
El doctorado

14 de junio de 2292

Tres meses para el lanzamiento del arca Copérnico

Orlando, Florida

—… y, en conclusión, este método permitirá mejorar exponencialmente la capacidad cognitiva de las redes neuronales actuales, además de propiciar la aceleración del proceso de entrenamiento.

—Bien, ¿tiene algún miembro del tribunal alguna pregunta más para la señorita Rhodes? —preguntó la presidenta del tribunal de defensa del doctorado de Emily. El resto de miembros del tribunal negaron con un ligero movimiento de cabeza—. Entonces, con esto damos por concluida la ponencia. Muchas gracias, señorita Rhodes —dijo—. Le agradecemos enormemente el detalle y concisión de su exposición. También quiero aprovechar este momento para, en nombre de esta institución, desearle la mejor de las suertes en la empresa que está a punto de abordar —añadió—. La supervivencia humana dependerá en buena parte de ello.

—Gracias, señora —respondió Emily con un leve gesto de asentimiento.

—El tribunal se retirará ahora a deliberar y le informaremos de los resultados de su evaluación con la mayor brevedad posible. Muchas gracias a todos —concluyó, dirigiéndose a la decena de asistentes a la ponencia. Luego apagó su terminal, se levantó junto con el resto de miembros del jurado y abandonaron la sala por una de las puertas laterales.

Emily se giró mientras soltaba un profundo y sentido suspiro. Ya estaba hecho. Tan solo le quedaba esperar la deliberación. Bajó del atril y se dirigió hacia la primera fila del público. Allí la esperaban su abuela y Laura, su compañera de carrera y mejor amiga, que sonreía y hacía gestos de aprobación. Se acercó a ellas y las abrazó.

—Ya está, por fin —dijo aliviada— ¿qué tal lo he hecho? —les preguntó.

—¡Has estado genial! —le contestó entusiasmada Laura.

—Yo no me enterado de nada —reconoció su abuela, a la que su dilatada carrera en la abogacía no le había aportado los conocimientos

necesarios para entender la ponencia—, pero el tribunal parecía muy interesado en lo que decías. ¡Has estado fantástica! —añadió— Un poco nerviosa al principio, no parabas de mover las piernas, pero enseguida te has soltado.

—Sí que he empezado nerviosa —reconoció Emily—, pero a medida que hablaba se me ha ido pasando. ¿He meneado mucho las piernas?

—Sí —respondió Laura—. Lo habitual cuando estás nerviosa.

—Hola, Emily —oyó a su espalda.

Se giró y pudo ver una alegre sonrisa en la cara de Suresh Patel, el director de ingeniería de la estación espacial Copérnico y uno de los colaboradores más estrechos de su padre.

—¡Director Patel! —exclamó Emily—. ¡Qué sorpresa verle por aquí!

El director Patel había sido muy amable con Emily durante estos últimos meses. Si la tesis había sido un éxito, en gran medida se debía a la total predisposición del director, que había colaborado con frecuencia con ella para desarrollarla.

—¡Cómo iba a perderme la ponencia! —respondió él—. Ha sido todo muy interesante. Has hecho un magnífico trabajo.

—Gracias, director Patel. Significa mucho para mí que se haya acercado —añadió emocionada.

—No se merecen, es lo menos que podía hacer. Y, además, espero que podamos poner en práctica todo esto en el futuro, a muchos años luz de aquí.

—Claro, señor director. Confío en estar a la altura.

—Por supuesto que lo estarás, no me cabe ninguna duda. Supongo que nos veremos en los próximos meses. Ahora, si me disculpan —se excusó al comprobar que tenía una llamada entrante—, me reclaman. Estamos en contacto.

—Sí, director —dijo Emily—. Muchas gracias por venir.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Karen a su nieta.

—Pues nos toca esperar. Supongo que el tribunal no tardará demasiado en deliberar. Al fin y al cabo, entregué la memoria hace varias semanas. Entiendo que ya lo tenían todo más que revisado antes de la ponencia —respondió Emily—. En una hora o dos a lo sumo deberíamos conocer la decisión final.

—¿Tomamos un café mientras esperamos, doctora Rhodes? —preguntó Laura con tono jocoso mientras hacía una torpe reverencia.

—¡Por supuesto, doctora Andersson! —le respondió Emily, devolviéndole la broma con otra genuflexión.

Las tres se dirigieron a la cafetería de la facultad de Ingeniería. El curso casi había concluido, así que el bullicio no era el habitual. Apenas unas decenas de personas conversaban alegremente en sus respectivas mesas mientras se relajaban de sus quehaceres.

En el gigantesco panel lateral, la televisión nacional mostraba cómo los tertulianos de turno discutían, para variar, sobre los pocos avances conocidos del proyecto Atlas.

Había que tener en cuenta que evitar que un pedrusco inerte de casi el tamaño de Francia y más de veinticinco billones de toneladas colisionara con la Tierra no era un problema fácil de solucionar. Y, por supuesto, siempre había opiniones e ideas para todos los gustos. Los había que minimizaban los posibles efectos de la colisión, los que opinaban que los gobiernos no estaban haciendo el esfuerzo adecuado e incluso había cultos que advertían del fin del mundo y de que Dios castigaba a la humanidad entera por sus pecados.

Las religiones, sobre todo las sectas fundamentalistas, habían experimentado un fuerte auge desde el descubrimiento de Belial. Aun existiendo una profunda crisis social y económica, resultaba un tanto desesperanzador contemplar cómo, en los tiempos más complicados, el ser humano era capaz de agarrarse a un clavo ardiendo si con eso creía dar cierto sentido a su existencia.

Y a pesar de todo, la vida continuaba, el planeta seguía girando y los gobiernos trabajaban en encontrar una solución que fuera factible. «Estamos trabajando en ello», solía declarar con asiduidad Adam McAllister, director del proyecto Atlas, cuando se le preguntaba por los avances. Una de las pocas cosas que se había filtrado a la prensa, era que se habían evaluado diferentes métodos y soluciones. Pero tras el incidente infructuoso con Belial, destruir la amenaza no parecía ser la primera de las opciones en la lista del director del proyecto. Se barajaban otras ideas, como la construcción de reactores en la propia roca para intentar alejarla o evitar el impacto mediante algún tipo de sistema electromagnético, y aunque algunos abogaban por reducirlo todo a cenizas y polvo, todas las ideas presentaban diversos problemas y efectos secundarios intolerables, así que eran objeto de constantes discusiones, críticas y debates televisados a todas horas. Solo se sabía con certeza que el proyecto realizaba continuos viajes entre la Tierra y el gran bloque que antaño formó parte del satélite.

Laura llevó dos cafés a la mesa en la que esperaba Karen. Emily la siguió tras pagar la cuenta y recoger la infusión de menta y jengibre que había pedido su abuela.

—Cuidado, que lo tuyo está muy caliente —advirtió a la anciana mientras tomaba asiento.

—Bueno, y ahora, ¿qué piensas hacer estos tres meses? —preguntó

Laura.

—La verdad es que voy a estar bastante ocupada. El lunes empiezo a recibir la formación. Ya sabes, nos enseñarán las normas de convivencia, protocolos de actuación para un sinfín de posibles acontecimientos… —explicó Emily con cierta resignación— Parece todo muy emocionante, pero la verdad es que es tan rígido que no dejan casi espacio para la improvisación.

—Bueno, es comprensible. Al fin y al cabo, estamos hablando de perpetuar la especie, hay que poner ciertas reglas, si no, todo sería un caos —rebatió Laura.

—Sí, sí, tienes razón, pero le quita emoción saber que hay un protocolo para cada improbable situación —confesó Emily, que recordaba la cantidad de tiempo que le había llevado a su padre confeccionar una especie de acta fundacional de la futura colonia.

—¡Ah! y te tendrán que poner ya los implantes, ¿no? —preguntó de nuevo Laura con interés.

—Sí, en un par de semanas me colocarán las ópticas y una semana más tarde el implante auditivo —respondió Emily emocionada.

El proyecto proveía de implantes cibernéticos a parte de la tripulación, que sumados al transpondedor que desde hacía décadas se implantaba por ley a todos los seres humanos, les permitía estar permanentemente comunicados y localizados y recibir información a través de sistemas de realidad aumentada.

—A mí esas cosas me dan mucho repelús —reconoció Karen—. No entiendo nada de esos chismes.

—Hoy en día es algo normal, abuela, muchas personas en el ejército llevan años usando tecnología similar —le explicó Emily en tono jocoso, divertida por la falta de cultura científica de su abuela.

—El de los chismes siempre fue tu padre. A tu abuelo y a mí nunca nos interesaron —se defendió Karen encogiéndose de hombros.

Un murmullo comenzó a extenderse por la cafetería, las conversaciones de las demás mesas subieron de tono a la vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Laura, extrañada por el creciente alboroto.

—No lo sé —dijo Emily mientras se giraba a uno y otro lado buscando lo que había provocado la ola de cuchicheos.

En ese momento se interrumpió el debate en la televisión. Apareció el rótulo de ÚLTIMA HORA y la presentadora, con rostro serio, anunció lo que acababa de ocurrir. En el rótulo inferior se podía leer: UNA EXPLOSIÓN INUTILIZA EL ARCA COPÉRNICO. MÁS DETALLES A CONTINUACIÓN.

Emily se levantó de la silla de un salto y gritó al responsable de la cafetería:

—¡Suba el volumen, por favor!

El responsable, que se encontraba limpiando la barra, levantó la cabeza, sobresaltado.

—Televisión, volumen normal —dijo, y de inmediato comenzó a oírse la voz de la periodista en mitad de una frase.

—… la autoría de estos terribles actos, que como decimos ha provocado destrozos de magnitud todavía desconocida en el arca Copérnico. —La periodista acercó la mano a su oreja izquierda y continuó—: Me comunican que tenemos imágenes en directo del estado de la estación.

El realizador pinchó las imágenes que se emitían desde el canal oficial del proyecto en directo a través de internet. El propio proyecto tenía varios canales que emitían imágenes en tiempo real sobre la colosal estación espacial que orbitaba a unos novecientos kilómetros sobre la Tierra.

Las imágenes eran desoladoras. La descomunal arca, de casi cinco kilómetros de longitud, estaba literalmente partida por la mitad. Miles de fragmentos de diferentes tamaños comenzaban a precipitarse hacia el planeta. En las imágenes se veía cómo los más adelantados comenzaban ya a brillar por la acción del rozamiento provocado por la atmósfera terrestre. Especialmente preocupante era la mitad delantera de la estación, cuyo ángulo presentaba una inclinación tal que hacía pensar que iba a precipitarse sin remedio sobre ellos.

Emily no pudo contener un grito ahogado y se derrumbó abatida en la silla con las manos en la boca.

—Las imágenes que estamos viendo son muy impactantes —prosiguió la locutora con voz en *off*—. Estamos viendo cómo se ha producido una especie de deflagración en algún lugar de la parte central de la estación espacial Copérnico. Cientos, miles de fragmentos se están precipitando hacía la Tierra. —Y tras una dramática pausa, prosiguió—: Como les decíamos, si acaban de sintonizarnos, cuando son ahora mismo las 11.45 de la mañana, se ha producido una fuerte explosión en la estación espacial Copérnico, de la que todavía se desconocen las causas. No sabemos si se trata de un accidente o si algún grupo radical ha atentado contra la nave. Les recordamos que la estación acababa de concluir su periodo de ensamblaje y había comenzado ya la fase de provisión de materiales y suministros. En tres meses debía comenzar su viaje hacía Kepler-442b siguiendo la estela del arca Galileo.

Karen se acercó a su nieta y la rodeó con el brazo, intentando sin

éxito consolarla.

—Mi padre… —sollozó Emily— no voy a volver a ver a mi padre…

—Todavía no hay ningún tipo de pronunciación oficial, más allá de las imágenes que les estamos mostrando —continuó la voz en *off*—. Estamos a la espera de que el control de misión se pronuncie sobre el incidente, del que, como ya les decimos, desconocemos la naturaleza y la magnitud reales. Ignoramos también el número de bajas que se han producido, pero a tenor de la cantidad de personas que trabajan en el proyecto, intuimos que la cifra podría ser importante. Lo que sí que queda claro al ver las imágenes es que los daños materiales causados pueden ser irreparables.

La presentadora, muy afectada, continuó comentando la situación durante unos eternos cinco minutos sin añadir mucha más información. Solo se interrumpió para añadir:

—Nos acaban de informar de que el control de misión ha convocado una rueda de prensa para dentro de una hora. Volveremos a conectar en breve para seguir informándoles sobre la que sin duda es la noticia del año: Una explosión ha destruido la estación espacial Copérnico. Les mantendremos informados de cualquier detalle que nos llegue a la redacción —concluyó, justo antes de dar paso a otro de los allí presentes para que diera su opinión sobre aquel acto tan terrible.

Emily continuaba sollozando con amargura y en estado de shock. Toda su ilusión, todas sus esperanzas, tiradas por los suelos en menos de cinco minutos. Cuando todo parecía ir por el buen camino, la vida le daba otro revés. Tanto Laura como Karen trataban de consolar sin éxito a una Emily completamente hundida.

—Seguro que hay algo que se pueda hacer, aunque se tarden unos años más —intentó relativizar Laura. Sin embargo, nada parecía sacarla de su desconsuelo.

Condujeron en silencio hasta casa, donde esperaron noticias.

Poco más de una hora después, la cadena de televisión mostró una imagen estática de la sala de prensa. En el atril se podía ver el logotipo del proyecto Orfeo y, detrás de él, varias banderas de la Federación Mundial de Países del Mundo fundada tras la cuarta guerra mundial, conocida como Global Nexus, o GN, por sus siglas.

Al cabo de unos minutos apareció el portavoz del proyecto Orfeo, Erik Ljundberg, ataviado con un elegante traje y un terminal forrado en cuero en la mano. Decenas de flashes se encendieron de forma desacompasada y se escucharon los obturadores de las cámaras tomando las fotos que abrirían al día siguiente las ediciones de todos los medios de comunicación del mundo.

El portavoz se aproximó al atril, posó con cuidado el terminal y,

tras aclararse la voz, se dirigió a los medios de comunicación presentes:

—Señoras y señores, les hemos convocado a esta rueda de prensa para intentar aclarar los hechos de los que ya todos tenemos constancia y que han afectado a la integridad del arca Copérnico —comenzó el portavoz—. Como saben, esta mañana se ha producido una deflagración de origen desconocido en la estación espacial. A esta hora todavía desconocemos qué es lo que ha podido provocar dicha explosión, pero lo que sí sabemos ya es que no se ha tratado de un accidente, si no que todo apunta a que se trata de una acción de sabotaje deliberado.

Tras una breve pausa, acompañada de las correspondientes ráfagas de luz, continuó:

—Desde el control de misión del proyecto Orfeo queremos mostrar nuestro más contundente rechazo a los terribles actos que han tenido lugar en la estación espacial Copérnico, y esperamos que los responsables sean llevados ante la justicia para que caiga sobre ellos todo el peso de la ley.

»Hasta el momento se desconoce el número de víctimas de lo que parece ser un terrible atentado. Los grupos de rescate se encuentran realizando las tareas pertinentes para salvar cuantas vidas humanas sea posible. Sí que podemos trasladarles que, en los momentos previos a la explosión, había unas cuatro mil quinientas personas a bordo o en las proximidades de la estación espacial.

El portavoz se aclaró de nuevo la garganta y prosiguió con la intervención.

»Como habrán podido comprobar en las imágenes, la explosión se ha producido en uno de los módulos centrales, concretamente en el denominado Invernadero, destinado al cultivo de vegetales y hortalizas mediante avanzados sistemas hidropónicos. Por suerte, las tareas de aprovisionamiento acababan de comenzar y el módulo se encontraba casi sin carga —aclaró—. Sin embargo, la explosión ha provocado que los módulos situados en la parte delantera de la nave, los módulos “granja”, los hangares y el arsenal, todos ellos, como les digo, prácticamente vacíos, se hayan desprendido del resto de la estación espacial, que por el momento continúa en órbita. Dichos módulos, junto con el de terraformación, situado en el extremo delantero por ser el más pesado de todos, se dirigen ahora mismo en caída libre hacía la atmósfera. Los cálculos preliminares estiman que los fragmentos más grandes impactarán en algún punto del Océano Atlántico dentro de unas once horas.

Tras manipular de nuevo su terminal, se preparó para concluir su intervención.

»En estos momentos, tanto el subdirector Green como el resto de la plana mayor y los directores técnicos de la misión se encuentran reunidos para realizar una exhaustiva evaluación de daños. Solo les puedo adelantar que el lanzamiento de la misión ha sido aplazado *sine die*. Les informaremos en las próximas horas con los nuevos datos que podamos recabar. Gracias a todos y a todas por su atención.

Al instante, apagó su terminal y se dirigió hacía el lateral por el que había accedido a la sala ignorando a la multitud de preguntas que los periodistas trataron de hacerle.

La conexión fue devuelta a la presentadora del informativo y durante el resto del programa continuaron informando y opinando sobre el acontecimiento, que por desgracia daría para varias semanas de contenido televisivo.

Emily no acababa de creérselo. Uno de los días que estaban marcados en su calendario como una celebración se había convertido en una pesadilla. Solo le quedaba asumir que tendría que compartir destino con el resto de la humanidad, pero por encima de todo, que no volvería a ver a su padre. Su padre. ¿Qué iba a ocurrir ahora con el arca Galileo? Las dos misiones se habían diseñado para disponer por duplicado de todos los sistemas necesarios en el destino, para tener un repuesto si alguno de los módulos o sistemas fallaba. También se construyeron y se iban a lanzar de forma separada para evitar riesgos en el desplazamiento y acontecimientos que pudieran poner a ambas misiones en peligro. La cruda realidad era que ahora la Galileo se encontraba sola.

Poco después, el terminal de Emily emitió una tímida alerta que la hizo reaccionar. Tenía una notificación en la bandeja de entrada: «Enhorabuena, la Universidad de Florida le informa de que su tesis doctoral ha sido calificada con *magna cum laude*».

5
El Plan B

Finales de junio de 2292

Orlando, Florida

Emily pasó el resto de la semana recluida en su cuarto, completamente hundida. Durante los siguientes días casi ni probó bocado y apenas pudo conciliar el sueño. Nunca, ni siquiera cuando se separó de su padre, había tenido esta sensación de soledad. Ni su abuela con todos sus pequeños proyectos domésticos fue capaz de sacarla de la espiral depresiva en la que acababa de entrar.

Desde que era muy pequeña, lo único que había deseado era poder explorar el espacio, encontrar un nuevo hogar lejos de allí. Lo único. Pero sobre todas las cosas, lo que anhelaba era poder hacerlo con su padre. Y ahora no había nada que la atara a este planeta.

«Perdóname abuela —se arrepintió para sus adentros, sintiéndose un poco culpable por pensar de esa manera—. Sabes que te quiero muchísimo, pero esto no es lo que tenía planeado».

Al día siguiente del atentado había recibido una notificación del proyecto advirtiéndole de que se suspendían todas las operaciones relacionadas con la estación Copérnico y que, por lo tanto, no era necesario que acudiera a las citas que tenía agendadas.

En la televisión no se hablaba de otra cosa y estaba segura de que seguirían con el mismo tema durante un largo periodo de tiempo. La única buena noticia, contra todo pronóstico, había sido que la explosión solo se había cobrado las vidas de dos trabajadores. Aunque no había trascendido nada más por parte de los responsables del proyecto, algunos periodistas sostenían que fue la propia inteligencia artificial de la nave quién detectó el problema y dio la orden de evacuación. Además, los módulos dañados o destruidos no habían causado bajas ni daños significativos en tierra. Por una vez, los cálculos fueron certeros y los fragmentos que no se desintegraron en la atmósfera cayeron sobre el Atlántico, causando apenas algún daño material en las islas Azores.

Un grupo radical conocido como Justicia Global había reclamado la autoría del atentado, argumentando que «mientras los gobiernos no aporten soluciones justas y equitativas para los problemas de este planeta, no permitiremos que las élites lo abandonen como ratas». En el comunicado, difundido de manera global a través de las redes,

lamentaban el fallecimiento de los dos trabajadores del proyecto y suplicaban el perdón de las familias de aquellos que consideraron «daños colaterales» de una lucha por la justicia e igualdad globales.

Por el momento se desconocía cómo los terroristas habían conseguido infiltrarse dentro de las entrañas del proyecto y provocar semejante desastre. Ni siquiera había trascendido el nombre o nombres de los responsables. No tenían nada.

Con los días, Emily fue aceptando poco a poco su nueva situación. Tendría que empezar a moverse, quizá buscar un trabajo, solicitar una beca de investigación o colaborar con el proyecto Atlas… Nunca había entrado en sus planes tener una vida normal, así que no sabía muy bien qué camino tomar.

—Podrías pedir plaza en la universidad —le sugirió Karen mientras le preparaba unos huevos revueltos para desayunar.

—No sé, no me veo dando clase a gente mayor que yo —contestó Emily, convencida de que, con solo veintiún años, le costaría que la tomaran en serio.

—Bueno, eso sería al principio, luego serás más mayor —la intentó convencer.

—Siempre me había imaginado corriendo aventuras con papá a millones de kilómetros de aquí —reconoció Emily con el recuerdo de su anterior proyecto de vida.

—Pero tenemos que ser realistas y empezar a buscar otros objetivos. Y no pasa nada, estoy segura de que tu padre estará perfectamente.

—Sí, todavía no están ni a cuatro años luz de aquí. Acaban de salir del vecindario, como quien dice. Además, para cuando lleguen allí tú y yo no seremos ni un recuerdo, ni aunque consigan dar con la solución para el proyecto Atlas.

—Hija, no me gusta que hables de esa manera tan fría… —riñó Karen a su nieta.

—Perdona, tienes razón —respondió Emily. Su abuela siempre intentaba enseñarle que la vida son más que números, ecuaciones y algoritmos probabilísticos.

Karen siempre había sido algo crítica con la educación que su hijo había proporcionado a su nieta, que solo fomentara su curiosidad científica. Desde luego, había sido una niña muy inteligente, aún lo era, pero siempre había estado rodeada de máquinas, computadoras y cachivaches. Laura era prácticamente la primera y única amiga que había tenido. Y sí, era una chica encantadora y cariñosa, de eso no

había duda, pero estaba convencida de que le hubiera venido bien disfrutar más de su infancia, como una niña normal.

—¿Qué vas a hacer hoy? —la preguntó Karen.

—Ahora saldré a correr un rato, necesito despejarme. Y por la tarde igual voy al centro con Laura, ¿por qué lo preguntas?

—No, por nada. Me parece muy bien que salgas, te vendrá bien airearte.

—Supongo que tendré tiempo para pensar durante los próximos meses.

Emily había cogido la buena costumbre de salir a correr por la zona casi todas las mañanas. Nada más cruzar los límites de su urbanización, un pequeño camino empedrado la llevaba hacía un parque cercano que estaba muy bien habilitado para hacer deporte. Había numerosos circuitos y zonas delimitadas para todo tipo de actividades al aire libre. Normalmente hacía uno de los dos circuitos de diez kilómetros, pero si se encontraba bien de ánimo se lanzaba a hacer alguno más largo.

Como tantas otras mañanas, se puso unas mallas y su camiseta técnica, se sujetó el pelo en una coleta y se colocó los auriculares.

—Ada, pon la playlist para correr —ordenó Emily nada más cerrar la verja de entrada.

—Enseguida —comentó una voz femenina a través de sus audífonos. Al momento comenzaron a sonar una selección de éxitos de los últimos veinte años con un ritmo que invitaba a mantener la cadencia de paso que habitualmente marcaba Emily.

Ada era la nueva personalidad de la inteligencia artificial que gobernaba la casa. Hacía ya varios meses que Emily había decidido realizar múltiples actualizaciones y mejoras en la personalidad del estirado y aburrido Alan. De hecho, gran parte de su tesis doctoral se había puesto en práctica con ella.

Ponerle un nombre no fue una tarea muy difícil. Ada encajaba a la perfección en una IA: era un nombre corto, un palíndromo, es decir, que se lee igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda, y además era el nombre de la primera programadora informática de la historia, Ada Lovelace. Así que Emily no dudó ni un instante. La pena es que le habría gustado que Alan, la IA que controlaba el arca Galileo, y Ada, se conocieran algún día. «Quién sabe si hubieran saltado chispas virtuales», solía pensar divertida. Pero todo parecía indicar que eso ya no ocurriría jamás.

Emily procuró apartar todo lo referente a la misión de su cabeza y centrarse en el presente inmediato, que era nada más y nada menos que correr diez kilómetros en menos de cincuenta minutos.

Llevaba ya recorridos los cuatro primeros, marcando un buen ritmo de 4:51 minutos el kilómetro, cuando Ada bajó el volumen de su playlist.

—Emily, sé que no debería interrumpirte, pero acabas de recibir un mensaje del señor Green, el subdirector del proyecto Orfeo. Parece importante —dijo Ada—. ¿Quieres que te lo lea?

Emily redujo el paso hasta pararse.

—Sí, léemelo —pidió jadeando.

—De acuerdo —Ada hizo una pausa, carraspeó ceremoniosa para aclararse su garganta virtual y comenzó a leer el mensaje modulando la voz a partir de los registros de las intervenciones públicas del subdirector que obtuvo en tiempo real.

> Estimada doctora Rhodes, permítame en primer lugar felicitarle por su reciente éxito académico. He podido ojear su tesis doctoral y he de decirle que me ha parecido francamente interesante e innovadora, estoy convencido de que será capaz de explotar sus ideas muy pronto.
>
> Y hasta aquí las formalidades, Emily. Sé perfectamente cómo debes de sentirte ahora mismo, créeme cuando te digo que todos nos encontramos en la misma situación, ha sido un golpe muy duro. Pero también entiendo que para ti sea todavía más desesperante si cabe. Y también creo que, por lo que tu padre ha significado para todos nosotros, te debemos una explicación más allá de un formal correo y unas meras disculpas oficiales.
>
> Me gustaría que vinieras mañana al control de misión, donde te pondremos al día. Y por supuesto, me encantaría poder ver las aplicaciones que tu tesis pueda ofrecer al mundo.
>
> Si te parece bien, responde a este mensaje y un transporte pasará a buscarte por tu casa a las 11.
>
> Un fuerte abrazo.
>
> DAVID GREEN. SUBDIRECTOR DEL PROYECTO ORFEO

Ada concluyó la imitación del subdirector Green.

—¿Quieres que le conteste? —preguntó a continuación.

—Sí, dile que sí, que allí nos vemos.

—De acuerdo. Mensaje enviado —confirmó Ada—. ¿Quieres seguir corriendo?

—Sí, ¡dale caña! —respondió Emily mientras volvía a acelerar el paso.

Emily se secó el pelo de manera instantánea con su cepillo *Dyson* y se dirigió a su armario con la toalla atada a la altura de las axilas. Necesitaba algo no muy elegante, pero tampoco demasiado informal.

«Mucho me temo que tendré que descartar el chándal», pensó divertida para sus adentros. El hecho de que la invitaran al control de misión le había devuelto parte de la motivación y el ánimo que había perdido en los últimos días.

Ada le había preparado una playlist más moderna que sonaba por el sistema de audio de la casa. Emily había empezado a sincronizarse con el ritmo de la canción del momento para ir pasando las perchas del armario. Cuando algo le llamaba la atención lo colocaba encima de la cama. Ya tenía algunos finalistas.

Dudó entre un elegante traje azul marino con una camisa blanca o un jersey de cuello vuelto color beige que le regaló su abuela las pasadas navidades. El primero le pareció demasiado formal, teniendo en cuenta que iba a visitar a David, el subdirector del proyecto y al que conocía desde que era pequeña. Luego desechó el jersey por estar en pleno verano; a pesar de que era bastante fino, decidió que iba a pasar demasiado calor.

Así que, tras darle muchas vueltas, escogió una americana negra con unos finos bordes dorados, la camisa blanca y unos *jeans* azules. Le gustaba esa americana. Era elegante, pero le daba un aspecto desenfadando si se recogía las mangas.

Las diez y media, tenía tiempo todavía, así que recogió la ropa descartada y volvió al baño. Se maquilló ligeramente, convencida de que esta era una de esas ocasiones en las que merecía la pena hacerlo. Eso sí, eligió una base y colores muy naturales, de los que a veces te hacen dudar de si alguien lleva o no maquillaje.

Tras recoger todos los utensilios, bajó las escaleras y esperó en el salón.

—El transporte ya está aquí —informó Ada.

—Ok, pues vamos allá. —Se levantó y se dirigió a la puerta. Notó cómo Ada cerraba la casa a su salida, ya que Karen se había acercado al centro de la ciudad a hacer algunos recados.

El aerotransporte se encontraba detrás de la verja de la propiedad, como Ada le había adelantado. Al entrar en el vehículo, una voz metálica le dio los buenos días y comenzó a darle conversación mientras despegaba.

—Parece que tenemos un buen día esta mañana —dijo la voz masculina del transporte no tripulado—. Tenemos unos agradables veintinueve grados en la zona del Cabo, a donde nos dirigimos. El viaje durará unos veinticinco minutos aproximadamente —le informó la voz—. Póngase cómoda. Si desea algo, no dude en pedírmelo.

—No gracias, está todo bien —respondió Emily mientras miraba por la ventanilla del vehículo.

Era el típico día de junio en Orlando, pocas nubes y mucha humedad. Emily observó los tejados de las residencias de Winter Park, un barrio residencial al este de la ciudad en el que su padre había decidido establecerse cuando la familia se trasladó desde Boston. Era un barrio de clase alta, con elegantes casas victorianas y restaurantes de cierto renombre. A ella le encantaba esa casa, aunque la verdad es que no conocía demasiado el vecindario. Salvo cuando viajaba en aerotransporte, no solía reparar en los cientos de distinguidas propiedades que rodeaban su hogar.

El transporte cumplió su palabra y en veinticinco minutos aterrizaban en el parking para visitas del centro de lanzamiento Kennedy, en Cabo Cañaveral. Había muy poco movimiento desde el atentado y Emily pudo comprobar cómo decenas de transbordadores se encontraban esparcidos por toda la instalación, ociosos.

Hacía ya unas decenas de años que el control de misión de la extinta NASA se trasladó a Florida. Tras todos los acontecimientos y calamidades acontecidas en los últimos tiempos, el gobierno de los Nuevos Estados Unidos decidió que era lo más apropiado.

Emily se dirigió a la entrada del enorme y moderno edificio de cinco plantas situado en la misma bahía que los propios complejos de lanzamiento de naves y transbordadores espaciales. La puerta de entrada se abrió a su paso. En el interior, un guardia con aspecto aburrido la esperó al lado del arco de seguridad. Cruzó sin que el agente le dirigiera ni una palabra y mientras se encendía una luz verde en la parte superior, una voz masculina comenzó a recitar:

—Doctora Emily Rhodes, el subdirector Green la espera en la quinta planta. Tome el ascensor y una vez arriba siga el pasillo de la derecha. El despacho del subdirector se encuentra al final del mismo. Que tenga un buen día.

«Doctora Emily Rhodes —pensó con satisfacción—, me gusta cómo suena».

Siguió las instrucciones del asistente y en pocos minutos llegó ante una puerta con el rótulo SUBDIRECTOR DAVID GREEN. En realidad, Emily conocía de sobra el camino, era prácticamente el mismo que había seguido multitud de veces acompañando a su padre. El suyo era el despacho de al lado. Intentó no pensar en ello, no parecería muy profesional entrar en el despacho con una lágrima asomándole por el ojo. Así que suspiró y tocó a la puerta.

Emily oyó unos pasos acercándose y la puerta se abrió. Al otro lado se encontraba David. Llevaban varios meses sin verse, aunque a Emily le constaba que había estado demasiado ocupado como para hacer visitas sociales. Llevaba puesta una camisa de cuadros un tanto informal, y a juzgar por sus ojeras y las ya más que evidentes canas

que asomaban por su otrora oscura barba, Emily dedujo que estos últimos meses había envejecido más de la cuenta. Aun así, se notaba que seguía en muy buena forma física.

—¡Emily! —exclamó el subdirector con una amplia sonrisa que dejó entrever su perfecta dentadura— ¡Me alegro mucho de verte! —añadió mientras la abrazaba.

—Hola, David —contestó Emily—. ¿Cómo estás?

—No te voy a engañar —respondió—. No son los mejores momentos, pero poco a poco vamos saliendo del agujero, supongo. ¿Tú qué tal estás?

—Bueno, supongo que parecido.

—Siéntate por favor —la invitó—. Hacía mucho que no te veía. De hecho, ya eres toda una doctora —sonrió de nuevo.

—Sí, por fin —asintió Emily con una sonrisa de alivio.

—No he podido leerme tu tesis, no te voy a engañar —se sinceró—. Pero el director Patel me ha dicho que está muy impresionado. Que es muy brillante y que va a ser de gran utilidad.

—Vaya, gracias, aunque no sé si merezco tanto halago. En parte, todo eso te lo debo a ti.

—Bueno, el talento y el trabajo lo has aportado tú.

Emily se encogió de hombros, un tanto incómoda por recibir tantos halagos.

—¿Qué tal está tu abuela? —preguntó David.

—Muy bien, la verdad, ¡está a tope!, casi mejor que yo —confesó Emily. La verdad era que tenía mucha vitalidad para tener casi ochenta años.

—Me alegro mucho —comentó David mientras su gesto se tornaba serio—. Pero no te he hecho venir hasta aquí para tener una agradable charla distendida ¿verdad? —preguntó retóricamente— Entiéndeme, te conozco desde que eras así —su mano se situó a unos pocos palmos del suelo—, y puedo imaginar que lo habrás pasado muy mal estos últimos días. No te voy a engañar, la situación ha sido muy complicada para todos —se levantó de la silla y se dirigió a la ventana. No quiero hablarte del atentado —prosiguió—, hemos delegado todo eso en las autoridades y estamos colaborando con ellos todo lo posible. Además, supongo que tampoco querrás oír los detalles más escabrosos de lo ocurrido, ni de lo que esto puede llegar a suponer para la humanidad.

—La verdad es que no —confirmó Emily.

—Lo que voy a contarte es estricto secreto. No voy a obligarte a firmar ningún contrato de confidencialidad ni nada por el estilo, pero

¿puedo confiar en tu discreción? —preguntó, girándose hacía Emily.

—Por supuesto que sí, David. Puedes confiar en mi —afirmó Emily intrigada por el tono misterioso de la conversación.

—Muy bien —sonrió el subdirector— Como ya sabes, las misiones se concibieron a la vez, pero comenzaron a desarrollarse con cinco años de diferencia. Quisimos duplicarlo todo. El doble de misiones, el doble de posibilidades —continuó mientras comenzaba a pasear tras su silla—. De hecho, ambas estaciones llevan lo necesario para afrontar cualquier imprevisto. De tal manera que, si una de ellas tuviera un problema con cualquiera de los módulos o elementos esenciales, la otra nave pudiera suplir con garantías esas necesidades.

—Redundancia —apuntó Emily.

—Correcto —confirmó David—. El caso es que, ahora mismo, la Galileo se encuentra sin ese factor de redundancia. A pesar de ello, he de decir que no me cabe duda de que a tu padre la irá bien, es un hombre inteligente y tremendamente resolutivo. Estoy convencido de que sabrá cómo actuar en cualquier circunstancia.

Emily agachó la cabeza con preocupación. No podía imaginarse la soledad y la angustia que podría llegar a experimentar su padre. Iba a esperarla durante el resto de su vida, sin llegar a saber jamás cuál había sido el destino de la Copérnico.

—Lo que nadie sabe es que hace diez años empezamos a construir en secreto una tercera arca, la Asimov —David soltó por fin la bomba.

Emily dejó escapar sin querer un gemido de sorpresa.

—¡¿Qué?! ¿Me estás diciendo que todavía hay posibilidades de enviar ayuda a la Galileo? —preguntó Emily en un tono demasiado alto para tratarse de un tema que era alto secreto.

—Sí —respondió David mientras le pedía que bajara la voz con un gesto de la mano—, te estoy diciendo justo eso. Y queremos que tú, Emily, formes parte del proyecto.

6
Primera visita

12 de marzo de 2297

Cuatro meses para el lanzamiento

Estación científica de Summit, Groenlandia

Emily se dirigió a la terminal de lanzamiento de la estación científica, una especie de módulo improvisado desde el que se enviaban casi sin descanso lanzaderas hacía la nueva arca.

La antigua estación científica de Summit, en Groenlandia, había sido el hogar de Emily durante los últimos dos años. El gobierno danés había ofrecido sus instalaciones al proyecto Orfeo cuando este decidió mantener en secreto la construcción de la tercera de las arcas.

La latitud de la base era perfecta para estar lo más cerca posible de la órbita geoestacionaria de la nueva estación espacial, próxima al polo norte y a mucha más distancia de la superficie que la Copérnico. Además, permitía tener un mayor control sobre los trabajos que se realizaban al estar lejos de miradas indiscretas y de la opinión pública. La dirección quería evitar a toda costa un segundo sabotaje que tirara por los suelos todos los esfuerzos realizados.

Si desde el comienzo del proyecto la estación se había convertido en el hogar improvisado de cientos de científicos, ingenieros y trabajadores, tras el atentado terrorista en la Copérnico esa cifra se había multiplicado por cinco.

Emily entró en la terminal, dejando atrás la heladora temperatura ambiente del lugar, muy por debajo de los cero grados Celsius. Allí le esperaba el director Patel.

—¡Emily! —saludó con su habitual entusiasmo.

—Hola, director Patel —devolvió el saludo.

—Por favor, llamadme Suresh. Si no, parece que soy alguien importante —rio.

—De acuerdo, Suresh.

—Bien, ¿nerviosa? —preguntó.

—Un poco, la verdad.

—Bueno, ya verás cómo disfrutas de la visita.

—Sí, seguro que sí.

—Y la intervención es muy sencilla, ni te enterarás. Creo que todavía falta un rato para el despegue, así que sentémonos aquí. Te presentaré al resto del equipo.

El director Patel y Emily se acercaron a un pequeño grupo de cuatro jóvenes en una especie de zona de espera.

—Os presento a la doctora Emily Rhodes, responsable de la inteligencia artificial del arca —dijo el director—. Este es Gorka Martínez, ingeniero jefe del departamento de electrónica y mecánica —señaló a un joven de hombros anchos, corte de pelo mohicano y una poblada barba algo desaliñada que le daban un aspecto bastante rudo —; Este de aquí es Otto Schulz, responsable del equipo que gestionará los motores de la estación espacial. —Un joven muy alto, un poco entrado en carnes y de pelo tan rubio y ojos tan azules que evocaban a los vikingos de las leyendas del Valhala la saludó con la cabeza—. Y estos de aquí —siguió el director Patel dándose la vuelta— son Marko Babic, responsable del equipamiento médico y de consumo —dijo mientras ponía su mano en el hombro de un atractivo joven de metro noventa, ojos claros y pelo castaño bien arreglado—, y por último, pero no por ello menos importante, Paula Gonçalves, ingeniera de telecomunicaciones. —Presentó a una joven menuda y de aspecto muy jovial que llevaba el pelo negro azabache, con las puntas de un color rubio casi blanco, recogido en una larga coleta.

—Hola —saludó Emily.

—Hola —le respondieron todos.

—Bueno, creo que, salvo Otto, que ya ha estado en el arca supervisando el proceso de instalación de los diferentes motores, ninguno de vosotros ha estado arriba todavía, ¿verdad?

—Yo no he estado, desde luego —dijo Paula, que además de ser la única chica del grupo parecía también la más joven.

—Yo tampoco —convino Marko.

—Entonces, quizá convenga que os refresque a grandes rasgos cómo es el arca Asimov —propuso el director Patel mientras sacaba de su bolsa de transporte un proyector holográfico portátil.

Ante sus ojos apareció un holograma con el arca Asimov y las diferentes secciones en las que estaba dividida diferenciadas por colores.

—¡Es impresionante! —murmuró el ingeniero al que había presentado como Gorka.

—Sí, sí que lo es —convino Emily, que ya había visto muchas veces la forma de las estaciones espaciales.

—Bien, aunque en este holograma puede parecer pequeña —

comenzó el director—, la nave tiene algo más de cinco kilómetros de longitud, lo que significa que llegar desde una punta a la otra de la nave nos llevará bastante tiempo. Sobre todo teniendo en cuenta que no dispondremos de gravedad en la mayoría de los módulos del arca.

—Pero tenemos botas electromagnéticas para poder caminar por las zonas sin gravedad artificial —apuntó el ingeniero llamado Otto.

—Correcto —confirmó el director—. Pronto comprobareis el funcionamiento de las botas. Es un poco engorroso al principio, pero te acostumbras enseguida. La nave dispone de dos tipos de motores —continuó Patel—. Por un lado están los de pulsos electromagnéticos, que se utilizan en condiciones en las que existe gravedad. La mayor parte de estos motores se encuentran en la parte trasera de la estación, aunque hay multitud de ellos distribuidos por el resto de la nave y que permiten desplazarla en cualquier dirección. —Señaló los cuatro costados de la nave.

»Por otra parte, tenemos los motores gravitatorios que nos permitirán, una vez fuera de la atmósfera terrestre, alcanzar velocidades cercanas a la de la luz —explicó mientras señalaba de nuevo la parte posterior de la nave.

—Y todos ellos alimentados por los diferentes generadores de fusión fría que están distribuidos por el arca —completó Otto.

—Así es —confirmó el director Patel—. Disponemos de generadores de fusión para proveer de suficiente electricidad a toda el arca. Aunque la mayoría se sitúan cerca de la zona de los motores, en la parte posterior. En la siguiente sección —dijo señalando la zona contigua— se encuentra el módulo de criogenización. Está dividido en cuatro zonas diferentes y será el lugar donde pasaremos más tiempo en toda nuestra existencia —rio—. Unos pocos siglos de nada.

—Hasta que lleguemos al planeta ¿no? —preguntó Marko.

—Bueno, unos meses antes de la llegada se despertará a la tripulación esencial y a los técnicos necesarios para poner a punto el arca y prepararla para la actividad normal de la estación.

—¿Y qué es esa rueda de al lado? —preguntó Paula señalando la sección colindante, una especie de gigantesca rueda de bicicleta que sobresalía del resto de la estructura.

—¿Eso? —preguntó el director Patel—. Eso es el habitáculo principal. Es el único módulo de la nave que dispone de gravedad artificial. Todo por cortesía de la fuerza centrífuga que proporciona el movimiento de giro constante que tiene el módulo. Aquí nos gusta llamarlo la Lavadora.

—Parece enorme —dijo Gorka.

—Lo es —admitió el director—. Ya veréis que lo es. Tiene unos

cinco kilómetros de pasillos. Al ser el único módulo con gravedad, a lo largo de su perímetro se encuentran todos los camarotes de la tripulación. Además, se han distribuido multitud de instalaciones de todo tipo: laboratorios, puestos médicos, gimnasios, comedores, centros de entrenamiento, centros de control de la nave…

—Hay hasta un pub —añadió Otto.

—Sí, aunque todavía está sin estrenar, me temo —rio el director—. Bien, ¿por dónde iba?

—Hablaba de las instalaciones del habitáculo —refrescó Marko.

—¡Ah! Sí —recordó—. Bien, justo en la siguiente sección —continuó, señalando el holograma—, tenemos el módulo de cultivos hidropónicos, al que solemos llamar el Invernadero por razones obvias. Hay diferentes subsecciones en este módulo donde se pueden cultivar diferentes alimentos con diversas condiciones atmosféricas.

—Pero también se cultivarán plantas que no servirán de alimento —añadió Otto de nuevo, que parecía querer corregirlo todo.

—Eso es. La idea es cultivar también todo tipo de especies vegetales para poder plantarlas más adelante en el planeta. Pero ya llegamos a esa parte, ya que la siguiente sección es el Silo. En este módulo encontraremos todo tipo de semillas y de embriones animales criogenizados para poderlos utilizar en Kepler-442b una vez el planeta se haya terraformado lo suficiente. Dependiendo de las condiciones que nos encontremos y del trabajo que haya realizado la tripulación de la Galileo en los diez años que deberían llevar ya allí, habrá especies que serán más adecuadas que otras.

»En la siguiente sección —continuó sin interrupciones ni preguntas—, encontraremos el módulo Granja, aunque técnicamente deberíamos llamarlo módulo de bioingeniería. En él se desarrollarán los embriones de las diferentes especies animales que el arca lleva consigo. Y antes de que alguno lo pregunte: sí, llevamos embriones de casi la totalidad de especies animales que había en la Tierra, como aquel personaje de la religión cristiana… ¿cuál era su nombre? —preguntó sin poder acordarse.

—Noé —respondió el de siempre. Otto.

—Eso, Noé —confirmó el director Patel—. Bien, este otro módulo de aquí —apuntó a la siguiente sección en dirección a la proa—, es el módulo con la bodega. Ahí se almacenará durante las próximas semanas todo el material necesario que nos llevaremos: repuestos, alimentos y otras cosas de utilidad. El siguiente módulo es el hangar, que llevará todos los transbordadores y transportes aéreos que se utilizarán en el destino. Hay diferentes secciones, en función del tipo de transporte.

—Aunque nosotros hoy no atracaremos allí, sino en otro —matizó Otto—. Hay diferentes muelles de atraque y esclusas a lo largo de toda el arca.

—Para evitar tener que transportar el material entre módulos, todas las secciones de la nave disponen de muelles. Otras veces hemos atracado en la sección de ingeniería, donde se encuentran los motores y los generadores. No sé dónde lo haremos hoy. Bien —continuó—. Estamos llegando al final. Esta sección de aquí, la segunda comenzando desde la proa, es el módulo con el arsenal militar.

—¿Qué hay en ese módulo? —preguntó Gorka.

—Ni yo lo sé —reconoció el director—. Supongo que todo tipo de vehículos militares y armamento. Pero ese módulo es de acceso reservado, así que ni siquiera yo tengo suficientes privilegios para poder entrar.

—Vaya —dijo Paula—. Cuanto secretismo.

—Bueno, ya sabes cómo son los mandos militares de celosos con sus juguetes —comentó Otto.

—Bien, y por fin, la sección delantera de la nave —continuó Patel —. El módulo de terraformación, que al ser el más pesado de todos se equilibra con la sección de ingeniería que tenemos en la popa.

—¿Cuál es su función exacta? —preguntó Marko.

—Ese módulo lo componen una serie de submódulos capaces de modificar la composición de la atmósfera a nivel planetario. Se diseñaron hace muchas décadas, cuando llegamos a Marte, pero no se había construido nada similar hasta que el proyecto Orfeo cobró forma. Incluye diferentes artilugios que son capaces, por ejemplo, de crear una capa de CO2 lo bastante densa como para que la temperatura de un planeta aumente unos grados, o producir una capa de ozono como la de la Tierra que nos proteja de los rayos ultravioletas procedentes de la estrella del sistema solar.

—¡Vaya! —exclamó Paula—. Suena todo muy interesante.

—Sí, sí que lo es. Parece increíble que hayamos sido capaces de construir semejante coloso en tan poco tiempo —indicó Emily, que ya conocía las diferentes secciones de la nave y los módulos que la componían por haber compartido hogar durante muchos años con el mismísimo director del proyecto.

El director apagó el holograma y se dirigió a una de las puertas de la sala. Allí, un hombre consultó su terminal y le habló en voz baja.

—En cinco minutos llega nuestro transporte —anunció el director.

Puntual como un reloj, pasados cinco minutos oyeron el sonido electromagnético de los motores de un transbordador.

—Muy bien, vamos allá —los animó Patel.

Accedieron al transbordador, solo un poco más grande que una camioneta de reparto, por la rampa de la parte posterior y se fueron acomodando uno por uno en los asientos repartidos en dos hileras a cada lado del pequeño pasillo central.

El piloto del transbordador ajustó las fijaciones de los seis pasajeros antes de regresar a su cabina. Una vez dentro, cerró la rampa de entrada y escucharon cómo el mecanismo que presurizaba el habitáculo comenzaba su trabajo.

Emily fue consciente de que el aparato comenzaba a coger altura y se giró hacia las pequeñas ventanas de bordes redondeados desde donde pudo ver los helados tejados de los edificios de la estación científica. En pocos minutos percibieron la resistencia que el casco de la nave ejercía sobre la atmósfera, lo que provocó un ruido ensordecedor por la fricción. Emily no podía apartar la vista de las llamas generadas por el calor que soportaba el casco de la nave. El transbordador estaba soportando en ese momento varias Ges de aceleración, lo que hizo esa parte del viaje bastante incómoda y tensa.

Todos permanecieron en silencio, nerviosos. Gorka, el ingeniero que se había sentado junto a Emily, agarraba con fuerza su asiento mientras continuaban el ascenso hacia la estación espacial. «Así que esto es lo que soportó papá tantas veces en su época de astronauta», pensó para sus adentros.

Unos momentos después comenzaron a notar cierta sensación de ingravidez y pudieron relajarse. Emily supo que acababan de superar la línea Kármán, lo que significaba que llevaban recorridos casi cien kilómetros del trayecto. La vista desde la ventanilla era digna de ver. Estaban a tal altura que el cielo ya no era azul claro, sino oscuro, y era evidente la curvatura de la Tierra. En su campo de visión solo aparecía el blanco del hielo eterno del Ártico.

—¿Podría mostrarnos el arca por uno de los lados? —le pidió Patel al piloto.

—Claro, señor director —respondió el piloto mientras viraba la nave hacía la derecha y hacia abajo.

Emily dejó de mirar a la Tierra para poder contemplar la colosal estación espacial que era el arca Asimov. A pesar de haberla visto multitud de veces en los informes de su padre, en la televisión y hace unos minutos en el holograma del propio director, contemplarla a tamaño real y tan cerca hizo que no pudiera contener un gemido de admiración.

—¡Guau! —exclamó Gorka a su lado.

—¡Es increíble! —oyó también a Paula desde el asiento de delante.

El piloto mantuvo esa inclinación durante unos minutos más para que los pasajeros pudieran contemplarla hasta que recuperó su trayectoria original para continuar con la aproximación del transbordador. El arca Asimov se encontraba a casi seiscientos kilómetros de altura, lo que permitió a Emily hacerse una idea de la distancia desde la que estaban mirando la Tierra.

Unos minutos después la nave viró de nuevo. Se sobresaltaron al escuchar un inesperado sonido metálico procedente del techo, aunque pronto comprendieron que el transbordador tenía una esclusa en él. Estaban atracando.

La esclusa se abrió para dejar paso a una joven que flotaba ante ellos vestida con un uniforme de color gris con una franja azul que recorría de arriba abajo su indumentaria.

—¡Hola! —saludó—. Bienvenidos a la estación espacial Asimov.

—Bien, ya podéis soltaros las fijaciones —les indicó el director Patel mientras comenzaba a flotar hacía el techo del transbordador.

Todos lo imitaron y atravesaron uno por uno la esclusa, que daba a un pequeño pasillo de unos diez metros de longitud que derivaba en una esclusa similar. Una vez estuvieron todos en el pasillo, la joven cerró una y abrió la siguiente, que accedía a otro corredor un poco más amplio. Emily y sus compañeros estaban disfrutando de su primera travesía en estado de ingravidez.

—Por aquí —dijo el director Patel, mientras seguía el pasillo hacia la derecha.

Este daba a una especie de estancia octogonal tras la cual había un gigantesco rotor que hacía girar la que parecía ser la descomunal estructura del habitáculo que el director había mencionado. Los radios de la enorme rueda hacían las veces de hueco para viajar desde el centro de la estructura hacia el perímetro de la misma.

—Ahora tomaremos la cápsula 4, que nos llevará a la enfermería —anunció el director, y acto seguido hizo pasar a Marko, Paula y Otto al estrecho habitáculo que los conduciría hasta otra zona en el extremo de la estructura. Poco después, la cápsula volvió a aparecer en el mismo lugar y el resto de los viajeros se acomodaron en su interior. El director pulsó un botón y el transporte comenzó a moverse. A medida que se iban desplazando comenzaron a notar la gravedad y pudieron posar los pies con suavidad en el suelo de la plataforma. Al llegar al otro extremo, la gravedad era solo un poco más débil que en la Tierra. Sus compañeros los esperaban pacientes en el pasillo de la estructura.

—La gravedad ahora mismo es de 0,7G —les informó el director—. Eso facilita las labores de los trabajadores que están transportando e instalando el material y los equipos en la zona. Supongo que cuando

lleguemos a Kepler-442b la gravedad aumentará para que podamos acostumbrarnos a la gravedad del nuevo planeta.

Tener gravedad era de suma importancia en una misión de estas características, ya que permitía prevenir los efectos negativos de la ingravidez a largo plazo, como la pérdida de masa muscular y ósea. Además, gran parte del instrumental que llevarían a bordo se había fabricado para trabajar en entornos que dispusieran de gravedad.

La zona periférica del módulo era bastante parecida a un inmenso hotel. Había multitud de puertas a ambos lados y, a pesar de tener una buena iluminación, disponía de unas placas transparentes en el techo que permitían ver casi cualquier punto del infinito pasillo si mirabas hacia arriba. Pero había que tener cuidado ya que, al encontrarse la nave en una órbita geoestacionaria y el módulo en constante movimiento, mirar por la claraboya era como estar dentro de una lavadora. Tu cerebro cree que giras, pero tu cuerpo no. Era una sensación bastante extraña, aunque había que reconocer que la vista era espectacular, ya que podía observarse la Tierra desde la zona superior del giro.

—Bien, el centro médico está aquí al lado —siguió el director.

Tuvieron que andar un par de minutos hasta llegar a una zona del habitáculo un poco más ancha de lo normal. Allí encontraron una pequeña puerta rotulada como QUIRÓFANO CIBERNÉTICO, en cuyo pasillo había unas pocas sillas fijadas al suelo.

—Sentaos, voy a avisar de que estamos aquí —les pidió el director mientras atravesaba la puerta.

Fuera, los compañeros de viaje de Emily comenzaban a ponerse nerviosos.

—Espero que sea rápido —musitó Paula—. No sé si seré capaz de aguantar mucho tiempo esperando aquí.

—Sí, yo no pensaba que iba a estar tan nervioso —reconoció Otto.

—Es una intervención muy sencilla —apuntó Marko, que parecía más tranquilo—. Además, los implantes nos permitirán comunicarnos entre nosotros de una manera muy eficiente. La inteligencia artificial de la nave se encargará de que solo los interlocutores que queramos escuchen nuestra voz. Y el implante ocular nos proporcionará mucha información. Reconocimiento facial, interpretación de gestos, detección de movimiento y un sinfín más de funcionalidades interesantes para cuando estemos en Kepler-442b.

Emily había llevado bastante bien lo de ponerse los implantes, lo tenía tan asumido y lo había asimilado desde hacía tanto tiempo que para ella era un proceso normal. Sin embargo, tras escuchar los comentarios de sus compañeros notó que empezaba a ponerse algo

tensa. Su pierna derecha se movía arriba y abajo en un rítmico baile. Pronto, el movimiento se contagió a su pierna izquierda.

—¿Llevas mucho tiempo visitando el arca? —preguntó Emily a Otto, ya que había demostrado conocer tan bien la nave.

—Desde hace un par de años, sí —explicó, agradeciendo la distracción—. Los motores gravitatorios se empezaron a implantar hace algo más, pero yo he estado supervisando la instalación de los reactores de fusión y la alimentación de todos los motores.

—Suena complicado —apuntó Gorka, que apenas había hablado.

—Bueno, todo lo que hay en el arca lo es, pero supongo que uno se acostumbra a ello.

No tuvieron que esperar demasiado. El director Patel volvió a aparecer con una enfermera ataviada con uniforme sanitario y una mascarilla quirúrgica.

—¿Otto Weber? —llamó la enfermera.

—Soy yo —dijo el aludido.

—Adelante. Empezamos contigo.

Otto se levantó de su silla y entró en el quirófano. El director Patel observó al resto del grupo.

—Os veo nerviosos —dedujo.

—Sí que lo estamos —reconoció Paula sin tapujos.

—No tengáis miedo, es una intervención muy sencilla —les aseguró el director—. Un poco de anestesia local y en media hora ha acabado. Durante unos segundos no oiréis nada, ni veréis nada por el ojo derecho, pero pronto todo volverá a la normalidad, solo que mejor.

—Ya, pero que te abran el ojo y el oído da algo de impresión —argumentó Paula.

—Todos hemos pasado por eso —los tranquilizó el director.

Unos minutos más tarde la puerta volvió a abrirse.

—¿Marko Babic? —preguntó de nuevo la enfermera.

Marko se levantó de su sitio y Otto se sentó en su lugar.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Paula cuando la puerta se cerró de nuevo.

—Muy bien, no me he enterado de nada —dijo Otto—. Supongo que me habrá dejado alguna marca —les mostró su ojo derecho sin tocárselo.

—Sí, tienes una pequeña incisión un poco roja —le dijo Emily.

—Me han recomendado que evite lavarme el ojo y el oído durante un par de días.

—¿Y qué tal funciona? —preguntó Gorka con curiosidad.

—Solo hemos podido hacer una pequeña prueba. La calidad de la imagen todavía no es buena, ya que está el ojo un poco hinchado —explicó—. Me han dicho que mañana podré utilizarlo sin problemas, pero ahora todavía veo un poco borroso.

—Qué bien —exclamó Paula—. De repente me han entrado ganas de que me hagan la intervención.

Marko salió poco después con una gran sonrisa en la cara.

—¡Siguiente! —exclamó.

—¿Emily Rhodes? —llamó la enfermera.

Emily se levantó de su asiento y siguió a la enfermera por un pasillo que la llevó hasta un distribuidor en el que había varias puertas cerradas. La enfermera abrió una de ellas y la invitó a entrar. Dentro había un hombre y una mujer. El hombre se dirigió a Emily:

—Siéntate en la silla —le indicó—. Voy a administrarte dos pequeñas dosis de anestesia. Una en la zona inferior del ojo derecho y la otra detrás de la oreja izquierda. Ponte cómoda, estate tranquila y apóyate en el reposacabezas.

Emily se recostó en el asiento e hizo lo que le había indicado el sanitario. Una vez estuvo bien colocada, el hombre manipuló un terminal y un brazo robótico se acercó a la cara de Emily. Luego, con un ligero pinchazo en la zona inferior del ojo le administró una pequeña dosis de anestesia.

—Bien, ahora recuéstate sobre tu lado derecho —siguió.

Emily obedeció y de nuevo el brazo robótico comenzó a moverse. Esta vez el pinchazo fue en la parte posterior de la oreja izquierda. Emily solo notó un pequeño pellizco.

—Muy bien —intervino la mujer, que parecía la cirujana—. Vamos a comenzar con el implante ocular. Vuelve a la posición original.

Emily se volvió a recostar mirando hacia adelante.

—Perfecto. Ahora vamos a hacer una pequeña incisión para introducir una pequeña sonda a través del globo ocular —le explicó—. Esa sonda se encargará de acoplarte en el nervio óptico el dispositivo que permite proyectar las imágenes para que tu cerebro las interprete como reales.

—De acuerdo —confirmó Emily.

La cirujana manipuló la misma consola de antes y otro brazo mecánico se acercó al ojo de Emily. El propio autómata se encargó de realizar una pequeña incisión con láser y de introducir la sonda dentro del globo ocular. Emily no notó nada, aparte del ligero olor a quemado que provocó el láser.

—Ahora dejarás de ver durante unos segundos —anunció la cirujana.

De repente, Emily se quedó ciega del ojo derecho. Tras unos instantes, tal y como le había dicho la doctora, recuperó la visión.

—Ya está —anunció.

—¿Ya? —preguntó Emily sorprendida.

—Sí, ¿a que no ha sido nada? —preguntó.

—No, la verdad. Casi ni me he enterado.

—Bien. Empezarás a ver algo borroso y a pesar de que te hemos aplicado un antiinflamatorio en el ojo, se te hinchará algo —advirtió.

Manipuló el terminal y Emily pudo ver a través de su ojo derecho una serie de rayas y formas rojas, verdes y azules.

—¿Has visto unas formas de colores? —preguntó.

—Sí, sí. Algo borrosas, pero sí.

—Es normal, se te pasará en un par de días —le aseguró la doctora —. Ahora vamos con el oído. Recuéstate sobre tu lado derecho.

Emily obedeció y el proceso volvió a comenzar de manera muy similar a la que acababa de experimentar con el ojo. El brazo mecánico introdujo de nuevo una sonda y casi en el acto Emily dejó de oír a través del oído izquierdo. De nuevo, y en pocos segundos, recuperó la capacidad auditiva.

—Pues ya estaría —dijo la cirujana—. Vamos a probar el implante. Oirás pitidos de diferentes tonalidades.

Emily comenzó a oír una serie de pitidos que recorrían todas las longitudes de onda audibles por el ser humano, e incluso longitudes no audibles de manera natural.

—¿Los has oído de manera continuada? —preguntó la doctora.

—Sí.

—Muy bien, pues hemos terminado —anunció satisfecha—. Recuerda que durante un par de días no deberías bañarte o nadar, y procura que, si te duchas, el agua no te entre en el ojo o en el oído.

—Entendido —dijo Emily con una amplia sonrisa en la cara—. Muchísimas gracias.

—A ti.

La enfermera la acompañó a la salida del quirófano y llamó a Paula en su lugar. Emily estaba satisfecha con el transcurso de la jornada, había visitado la estación espacial y ya tenía los dos implantes preparados para funcionar.

7
La pérdida

25 de mayo de 2297

Dos meses para el lanzamiento

Estación científica de Summit, Groenlandia

Emily cerró la puerta del barracón tras de sí e intentó calentarse las manos con el vaho de su boca todavía con las manoplas puestas.

—¡No soporto este frío! —exclamó mientras comenzaba a quitarse las capas extra de ropa que la iban a empezar a sobrar en breve.

—Pues ya te puedes acostumbrar pronto. Dentro de poco tendrás que aguantar temperaturas mucho más bajas durante unos cuantos cientos de años —añadió una voz masculina y joven con cierta sorna.

—No creo que me entere mucho de ese tipo de frío —rio—. Buenos días, por cierto —saludó Emily.

—Buenos días —le devolvió Michael, uno de los ingenieros del proyecto que estaba bajo la dirección de Emily. Por supuesto, se refería al proceso de criogenización al que se iba a someter a los pasajeros del arca Asimov durante el viaje.

La temperatura en el interior del barracón era muy agradable, unos veintiún grados. Comparado con los veintisiete bajo cero del exterior, era como estar en la gloria.

—¡Necesito un café caliente! —exclamó Emily mientras se lanzaba a por la cafetera repleta de café recién hecho—. ¿Has llegado hace mucho?

—No, solo llevo aquí un cuarto de hora.

—¿Has podido ver si han acabado los test?, ¿ha ido todo bien? —preguntó Emily ansiosa mientras se servía una generosa cantidad de café en su taza.

—Pues hay buenas y malas noticias —respondió Michael, haciéndose el interesante.

—Las malas siempre primero —pidió Emily.

—Los test no han acabado —desveló Michael mientras se recolocaba las gafas—. Solo hemos completado 2,67 millones de baterías —hizo el gesto de las comillas al pronunciar la palabra «solo».

—Mmmm, ¿por qué esta vez están tardando tanto? —preguntó Emily con cierta preocupación.

—Teniendo en cuenta que en las últimas dos compilaciones no llegamos a pasar todas las baterías de test y que cada vez tenemos que compartir a La bestia con más y más equipos. No tenemos tantos ciclos de CPU como hace un par de años —se quejó Michael.

La bestia era el gigantesco cerebro del arca Asimov, un moderno ordenador cuántico de última generación que llegaba a duplicar el rendimiento del instalado en el arca Galileo.

—Entiendo. Supongo que no podemos hacer nada al respecto, salvo cruzar los dedos y que esta vez sea la definitiva —respondió Emily—. Bien, ¿y cuál es la buena noticia?

—La buena es que todavía no ha fallado ninguno —respondió divertido el joven.

—¡Bien! —gritó por lo bajo Emily mientras golpeaba suave y rítmicamente con las puntas de sus dedos en la cabeza de Michael. Se llevaba tan bien con él que, a pesar de ser su superior, solían hacer un poco el gamberro y gastarse bromas a todas horas. Era la única manera que tenían de distraerse en un barracón en el que solo trabajaban ellos dos.

En la creación de la nueva inteligencia artificial del proyecto estaban implicadas decenas de personas a lo largo y ancho del planeta, pero la mayoría ni siquiera sabían cuál era el uso que se le iba a dar. Tan solo Michael estaba al tanto de la verdadera naturaleza del proyecto. Y sin su ayuda, Emily no habría podido conseguir todos los avances que habían hecho estos últimos años. Era un joven muy brillante. Por eso era el único con el que compartía el exiguo barracón que hacía las veces de improvisada oficina.

Era una pena que el subdirector hubiera denegado la petición de incluirlo en la tripulación de la Asimov. Iba a echar de menos al joven miope, pero sus pequeñas deficiencias genéticas, le hacían no apto para el viaje.

Emily pudo entender en cierta manera lo injusto que podía resultar la manera en la que el proyecto elegía a sus tripulantes. Michael era sin duda un profesional muy valioso, imprescindible desde el punto de vista de Emily, pero su miopía y el hecho de que fuera asmático habían sido determinantes en el rechazo de su solicitud.

No cabía duda de que, de haber nacido en una familia más adinerada, Michael habría sido un activo muy valioso para el proyecto.

—¿Cuánto crees que tardarán en acabar? —preguntó Emily.

—No lo sé, dependerá de la demanda de proceso que haya durante la mañana —respondió el joven—, pero a este ritmo, como mínimo, otras ocho horas.

—Vaya rollo —se quejó Emily—. Pretendía entregar la versión definitiva esta semana.

—Ya, pero bueno, si lo piensas bien, hemos triplicado las capas de la red neuronal con respecto a las especificaciones iniciales, lo que supone casi siete veces más que las de Alan. Creo que el esfuerzo extra está mereciendo la pena —comentó Michael con tono triunfal.

El joven y enclenque muchacho, fan de la comida asiática y del cine de acción indochino, estaba en lo cierto. La nueva versión de Ada era capaz de realizar billones de tareas con las que Alan ni siquiera podía soñar. Además, tenía la característica de ser modular, por lo que podría ejecutarse en dispositivos mucho más ligeros, cargando solo aquellos módulos necesarios en cada momento. Y también era mucho más auténtica, más humana.

—Sí, a ese respecto todo el mundo está muy contento —aseguró Emily—. Desde luego, el director Patel está encantado con los resultados, pero si no tuviéramos que compartir a La bestia sería mucho mejor —añadió Emily con cierta decepción.

El día de la presentación de Ada la habían hecho pasar por una persona real delante del consejo de dirección del proyecto, fingiendo que era una de las responsables. Ella misma mantuvo el subterfugio y dirigió, supuestamente en remoto, su propia presentación en sociedad, siendo capaz no solo de responder a las preguntas de los asistentes, sino de realizarlo en un tono distendido y ameno, casi humorístico.

Emily todavía recordaba las caras de los asistentes a la presentación cuando ella misma desveló su auténtica identidad. Nadie había conseguido nunca nada parecido, habían logrado que Ada se desenvolviera con maestría en cualquier tipo de materia y que aparentara ser totalmente humana. Si había una inteligencia artificial capaz de pasar el test de Turing, encargado de evaluar la capacidad de una máquina de emular el comportamiento humano, esa era ella.

Pero los engorrosos estándares de calidad del proyecto les exigían cubrir un alto porcentaje de testeo para todos aquellos imprevistos que pudieran surgir en los diferentes módulos que conformaban las arcas. Y eso eran muchos test, muchísimos.

—Te habrás acordado esta vez de quitar el modo DEBUG de la bitácora, ¿verdad? —preguntó Emily con suspicacia.

—Eh… no —reconoció el joven Michael—. Se me ha vuelto a olvidar.

Era la enésima vez que se le olvidaba quitar el modo de depuración de los logs del sistema. Esos logs arrojaban información muy valiosa a la hora de comprobar que los sistemas funcionaban tal y como se esperaba. El problema era que generaba cantidades ingentes de

información, por lo que no era una buena práctica utilizarlos en un sistema productivo. A Michael, que era brillante pero algo despistado, siempre se le olvidaban este tipo de detalles. Las primeras veces que testearon a Ada, cuando todavía estaba en una fase preliminar, tuvieron que solicitar duplicar la capacidad de almacenamiento porque lo habían llenado con información de depuración.

—Bueno, no pasa nada, ahora tenemos espacio de sobra, pero te lo voy a tatuar en la frente. En fin, empezaré a redactar los últimos informes que me quedan —suspiró Emily con resignación—. ¿En qué momento me convertí en una mera gestora? —se quejó con amargura.

—Yo ahí no te puedo ayudar, pero si pudiera… tampoco querría —se rio Michael.

Un par de horas después, cuando apenas había acabado el primero de tantos informes, sonó el teléfono, una antigualla de principios del siglo XXI que tan solo se utilizaba para comunicarse con el exterior de la base.

Tras el atentado, la seguridad en las instalaciones relacionadas con el proyecto se había intensificado mucho. Una de las políticas más curiosas era que, al no poder utilizar ningún tipo de terminal que no estuviera aislado del resto del mundo, las contadas llamadas con el exterior debían pasar por una antigua centralita telefónica que era constantemente monitorizada por seres humanos, en ningún caso se utilizaba ningún sistema informatizado que pudiera hackearse.

A cada miembro del proyecto solo se le permitía recibir llamadas desde un único punto, así que únicamente podía haber una persona al otro lado del aparato. En el caso de Emily era Karen.

Su abuela se había ido a vivir con su tío George, de vuelta a Boston, donde tenía un taller de reparación de aerotransportes. Su padre y él nunca se habían hablado demasiado, Emily creía que era por alguna disputa del pasado cuando falleció el abuelo, al que ella no llegó a conocer. Cada uno continuó con su vida en diferentes ciudades, pero su padre nunca había hablado demasiado sobre ello, cosas de familia.

Emily descolgó el auricular y contestó:

—¿Sí?

—Emily —respondió la operadora—, es tu tío George, te paso.

Después de una breve conversación llena de monosílabos y frases cortas, Emily dejó caer el auricular y se echó a llorar.

Era un día lluvioso en Boston. Emily tuvo que esperar un buen rato a la intemperie hasta que el aerotransporte llegó a buscarla, así que, al

entrar en el taxi, sus vaqueros habían absorbido tanta humedad que se sintió incómoda durante el resto del trayecto. «Pobre abuela —pensó para sus adentros—, todos estos años sufriendo la enfermedad en silencio».

Karen tenía un defecto congénito que le hacía más propensa a desarrollar ciertos tipos de enfermedades. Ella no tuvo la suerte que tuvieron sus hijos, que fueron concebidos mediante tratamientos génicos que evitaron que ciertos marcadores genéticos se traspasaran a sus descendientes. Era uno de tantos problemas de haber nacido en una familia con escasos recursos económicos.

Aun así, Emily no podía entender cómo su querida abuela no había sido capaz de decírselo nunca durante estos años. Hasta cierto punto, estaba enfadada con ella. Ahora empezaba a entender los motivos de sus frecuentes desplazamientos al centro de la ciudad, supuestamente de compras, aunque casi siempre volvía con las manos vacías.

«No he encontrado lo que buscaba, hija», solía decirle.

El aerotaxi, menos elegante que los de Orlando, aterrizó en la misma puerta de la propiedad de su tío. La casa era moderna, pero con un toque neovictoriano, y estaba situada en una de las zonas residenciales más elegantes de Boston. No se correspondía para nada con el nivel adquisitivo del dueño de un taller de aerotransportes, así que Emily supuso que la pequeña fortuna que heredó del abuelo le había permitido a su tío George vivir con cierta holgura y adquirir esa casa.

Tuvo que abrir el paraguas solo para recorrer los apenas veinte metros que la separaban del porche. Una vez allí, se colocó bien los cuellos de la camisa y tocó el timbre.

A los pocos segundos, una mujer de mediana edad, de cabellos dorados y complexión más bien fuerte, abrió la puerta.

—¡Emily! —exclamó su tía Linda—, ven aquí hija mía —exclamó mientras le daba un abrazo que habría partido a un oso en dos—. Pasa, pasa, no te quedes ahí. Dame el paraguas.

—Gracias tía Linda —respondió con amabilidad mientras su tía le arrancaba el paraguas de la mano.

—Que alegría me daría verte si no fuera en estas circunstancias —añadió su tía—. ¡Eres toda una mujer! La última vez que nos vimos no eras más que una mocosa —bromeó—. Ven por aquí. Tu tío está en la cocina. ¡George! ¡Tu sobrina ha llegado! —gritó la mujer.

Emily recordaba vagamente a su familia de Boston, pero esa energía de su tía Linda le resultaba muy familiar. Avanzó con timidez hacía el origen de un leve bullicio. Al instante, procedente de lo que parecía un enorme salón, apareció su tío George. Emily tuvo la

sensación de estar viendo a su padre, solo que unos cuantos años mayor: la misma barba, la misma nariz redonda… Su tío tenía apenas dos años más que su padre, pero se notaba que se había pasado la vida trabajando en condiciones diferentes a las de su hermano menor, el otrora astronauta y famoso director del proyecto Orfeo.

—Hola, Emily —saludó su tío con apenas un hilo de voz. Sus ojos rojos e hinchados indicaban que no había pasado una buena noche.

—Hola, tío George —respondió Emily dándole un sentido abrazo que su tío, tras un breve titubeo, correspondió con ternura.

A pesar de que se había prometido durante el viaje mantenerse fuerte, las primeras lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Ambos compartieron su duelo durante unos segundos, hasta que dos hombres, en apariencia algo mayores que Emily, aparecieron siguiendo los pasos de su tío George.

—No te acordarás de ellos porque eras muy pequeña, pero estos son tus primos James y George Junior —presentó él.

—¡Hola! —saludó Emily con timidez.

Sus primos también presentaron a Emily a sus esposas y a sus hijos, dos niños por parte de James y una niña por parte de George. Los tres eran preciosos, con bucles dorados y ojos claros. El mayor apenas tenía cinco años y, a pesar de su comprensible timidez inicial, se notaba que estaban en esa edad en la que todo les parecía divertido y novedoso.

Su tía Linda volvió tras dejar su paraguas y le enseñó la planta de abajo con todo lujo de detalles antes de ofrecerle un refresco.

—Un vaso de agua, gracias —aceptó, sedienta del viaje.

El entierro de la abuela sería el día siguiente, pero Emily había querido compartir unos momentos con la única familia que le quedaba en la Tierra. A pesar de una cierta timidez inicial, la velada fue muy familiar y agradable. Además, la cena estuvo fantástica. Linda era cocinera en un conocido restaurante de la ciudad y demostró sus habilidades culinarias con un pequeño festín: sopa de verduras, ensalada de brotes con tomates frescos y aceite de oliva, salmón al horno acompañado de arroz integral y un salteado de verduras. Y para los niños, pollo asado con puré de patatas. De postre, la tía Linda había hecho una exquisita tarta de manzana que acompañó con un poco de helado casero de vainilla y sirope de arándanos.

Tras la comida, Emily estuvo a punto de desatarse el botón del pantalón. Sobre todo teniendo en cuenta que, como buena anfitriona, su tía Linda insistía una y otra vez en servirle más comida o incluso en preparar otra cosa si se había quedado con hambre.

—¿Qué tal ha sido el viaje? —le preguntó Linda después de recoger

los platos del postre.

—Bien, supongo —respondió—. Aunque se me ha hecho un poco largo, la verdad.

—¿Largo? —preguntó su tía, dando por hecho que había viajado desde Orlando.

—Es que estaba en Europa.

—¡Ah! Yo pensaba que estabas trabajando en alguna cosa para el gobierno.

—Sí, así es. Pero lo hacemos en colaboración con otros gobiernos —explicó Emily sin dar mucha más información sobre su trabajo.

—Vaya, ¿y de qué se trata? —preguntó indiscreta su tía—. Pensaba que desde que atentaron contra el arca ya no se haría nada más.

—Linda, no puedes hacer ese tipo de preguntas. —George acudió al rescate de Emily—. ¿No ves que son cosas que no se han hecho públicas por motivos de seguridad?

—¡Oh! Supongo que tiene sentido. Lo siento, Emily —se disculpó.

—Tranquila, está bien.

—¿Y novios? ¿o novias? —preguntó.

—¡Pero Linda! —exclamó George con una sonora carcajada—. No puedes interrogar a los invitados con preguntas indiscretas…

Emily notó como sus mejillas se ruborizaban.

—No, tía —respondió—. Supongo que no tengo mucho tiempo para esas cosas.

—Qué pena, con lo guapa que eres seguro que no te costaba nada encontrar pareja —añadió su tía, consiguiendo que se ruborizara aún más.

Emily recordaría ese día por muy diversos motivos, pero mantener conversaciones distendidas, aunque fueran indiscretas, ver a los niños jugar y compartir mesa con alguien que no hablara de cómo implementar complejas soluciones algorítmicas le hizo recordar tiempos mejores en los que el peso de la responsabilidad no recaía sobre sus hombros. Se acordó de su padre, de su abuela, de su madre y de lo mucho que los extrañaba a todos.

Observar a su tío George aupar a su nieto, jugar y bromear con él, le produjo cierta catarsis. La hizo comprender por qué luchaban. No era una simple cuestión de progreso, de colonizar el espacio o de la gloria personal, ni siquiera de salvar a la raza humana. Se trataba simple y llanamente de eso, de un abuelo jugando con su nieto, de una familia alrededor de una mesa, de salvar todo aquello que nos convierte en humanos.

Por la mañana, a primera hora y tras un breve pero completo desayuno, toda la familia, salvo las esposas e hijos de los primos de Emily, se acercó al tanatorio donde se encontraba el cuerpo de Karen. Tras el correspondiente papeleo y finalizar el proceso de cremación, les entregaron la urna que guardaba las cenizas. Era una urna sencilla, de aluminio cepillado y sin demasiados adornos, tal y como fue ella en vida.

Apenas hablaron de vuelta a casa, nadie se atrevió a romper el silencio con palabras vacías, como si todos estuvieran rindiendo un sentido homenaje. Emily abrazaba la urna sobre su regazo, incluso llegó a apoyar su mejilla sobre ella para poder sentirla todavía más cerca.

La ceremonia en casa de sus tíos fue muy emotiva. Emily no pudo contener las lágrimas cada vez que alguien mencionaba lo maravillosa que era Karen. Fueron especialmente conmovedoras las palabras de su tío George, que contó un par de anécdotas que hicieron ver la calidad humana de su abuela.

Su tía había preparado unos aperitivos que repartía por todos lados, mientras las decenas de personas que acudieron a dar el pésame comentaban lo buena cocinera que era o le preguntaban por la receta de la salsa que se sirvió con los canapés, que estaba deliciosa.

Emily permaneció sentada casi toda la velada. De vez en cuando alguien se acercaba a dar el pésame o solo para hablar de lo encantadora que había sido su abuela o de que valiente era su hijo Steven y de cómo ella se parecía a él.

Había preparado la maleta justo antes de que empezara el convite, ya que su vuelo salía esa misma noche. Por desgracia, la humanidad seguía gravemente amenazada y no podía permitirse perder ni un minuto más, así que tuvo que rechazar una y otra vez las insistentes invitaciones de su tía Linda para que se quedara unos días más con ellos.

Unas horas más tarde, cuando todo el mundo se había marchado, Emily pidió un aerotransporte y comenzó a despedirse de todos, de sus primos, de todos sus hijos, de su tía, a la que tuvo que volver a rechazar con toda la amabilidad que le fue posible…

El aerotransporte la esperaba.

—Te acompaño hasta la puerta —le dijo su tío George.

Ambos aprovecharon que no llovía para acercarse poco a poco hacia la verja de entrada a la propiedad.

—Gracias —dijo Emily—, gracias por todo. Ha significado mucho para mí poder pasar estas horas con vosotros, con tu familia. Me ha recordado lo que significa esa palabra.

—No tienes por qué darlas —respondió su tío—. Eres parte de esta familia.

—Bueno, aun así, gracias de verdad.

—Escucha, Emily, sé que no debería saber nada acerca de tu trabajo. Pero sé que, aunque te diga que esta siempre será tu casa, no volverás jamás —comenzó su tío George. Luego, tras una breve pausa, continuó—: Pero no quiero cometer contigo el mismo error que cometí con tu padre, así que me gustaría despedirme como es debido —hizo otra pausa—. Es que… ya ni siquiera me acuerdo de por qué dejamos de hablarnos… —Una lágrima cruzó su mejilla izquierda y se perdió entre las canas de su barba— Así que, dile a ese cabezota cuando lo encuentres, que su hermano mayor le quiere y que, ocurra lo que ocurra, siempre lo hará.

Emily no pudo contenerse y abrazó a su tío, intentando consolarle.

—Descuida, se lo diré.

—Y hay algo más. Tu tía Linda tuvo una idea antes de que llegaras —añadió George cambiando de tema—. Te hemos hecho esto. —Sacó una pequeña pulsera del bolsillo y se la entregó a Emily—. Tiene un pequeño colgante con el chip de identidad de tu abuela, a ella le habría gustado que te lo quedaras. Será como si estuviera siempre contigo, allá donde vayas.

—Gracias tío, es preciosa —confesó, visiblemente emocionada.

Emily se colocó la pulsera allí mismo. Tras un último abrazo, se dio cuenta de que tenía que marcharse.

—Voy a perder el avión. Muchas gracias por todo, tío George.

Ya en el transporte, mientras se ajustaba la pulsera en la muñeca, pudo ver cómo su tío volvía al calor de su hogar. «Ya nunca estaré sola», pensó Emily mientras observaba el pequeño colgante que se balanceaba por debajo de su muñeca derecha.

8
El embarque

29 de julio de 2297

Un día para el lanzamiento

Estación científica de Summit, Groenlandia

Emily observó con detenimiento la maleta abierta de par en par encima de su catre. Cambió de ángulo, volvió a cambiar y regresó al punto de partida.

«Esto no va a cerrar», pensó.

Volvió a sacar todo lo que había metido: dos conjuntos; un vestido; dos pares de calzado; unos vaqueros; un chándal para estar cómoda; un pijama; enseres de aseo; un antiguo reloj de pulsera; un colgante con una extraña piedra oscura con tonalidades rojizas que su tía Helen le había regalado hacía muchos años; un peluche de cuando era pequeña y dos libros que su padre le regaló cuando empezó el instituto: *El caballero de la Laguna* y *El día de mañana*. Dos clásicos del siglo XXIII de la fantasía y la ciencia ficción.

Normalmente, por estrictos motivos de seguridad las misiones espaciales no permitían ningún tipo de equipaje u objeto personal, pero claro, en este caso ninguno de los viajeros volvería jamás, así que la dirección había creído conveniente abrirse a esa posibilidad. El proyecto proveía de todo a los más de veintiún mil pasajeros, pero siempre podía haber un pequeño hueco para los recuerdos.

Emily distribuyó todo el contenido por encima del catre.

—Ada, maximiza el espacio aprovechable en la maleta y prioriza lo que sea más difícil de sustituir —pidió Emily.

—Vale —dijo Ada a través del implante auditivo.

En su implante ocular Ada mostró a Emily, gracias a la realidad aumentada, el volumen, peso y una estimación del valor sentimental de cada una de las prendas, así como una simulación de la combinación que mejor cumplía las premisas formuladas por Emily.

—Muy bien, supongo que habrá chándales de sobra en el arca —asumió Emily mientras empezaba a doblar la ropa y a colocarla tal y como le había indicado Ada.

La maleta ignífuga cerró esta vez a la perfección.

Emily apagó las luces y cerró la puerta tras de sí. Era un día algo

más caluroso de lo normal en la estación científica de Summit. Solo había trece grados bajo cero esa mañana, así que decidió no cubrirse del todo el rostro para poder sentir por última vez el aire de la Tierra, aunque este fuera helador.

Estaba a solo unos minutos a pie del edificio principal, donde la habían citado para acceder a la lanzadera que la llevaría definitivamente a la estación espacial Asimov, la que sería su nueva casa durante los próximos siglos.

Miró hacía el cielo. Tardó unos segundos, pero enseguida la localizó. A pesar de tener unos cinco kilómetros de largo, la Asimov parecía minúscula desde tierra.

Por otra parte, desde hacía un par de días, cuando comenzaron las tareas de embarque de los pasajeros, se habían relajado las medidas relativas a las llamadas al exterior. No solo era lógico sino humano permitir que los pasajeros se despidieran de sus seres queridos, exigiéndoles al mismo tiempo la máxima discreción.

—Ada, llama a casa —pidió Emily.

—Enseguida —respondió Ada.

—¡Hola! —saludó Laura desde el otro lado— ¿qué tal?, ¿ya estás preparada?

—¡Sí! Bueno… no… supongo que no del todo —reconoció Emily, riendo por sus repentinas dudas—. No lo sé, estoy muy nerviosa.

—Bueno, es lo normal en estos casos, supongo —relativizó su amiga—, vas a comenzar el viaje de tu vida.

—Pues sí, tengo muchas ganas de llegar y ver a mi padre —confesó Emily—. Pero me da mucha pena dejar todo esto atrás.

—¡Eh! ¡No vale arrepentirse! —bromeó Laura— Que ya he vaciado las cajas y llenado el armario de tu habitación —añadió divertida.

—Ja, ja, tranquila, ¡que no voy a echarme atrás! —aseguró Emily— ¿Qué tal va todo por ahí?

—Muy bien, un poco agobiada por el trabajo, pero bien.

—¿Y el niño? ¿Ya duerme mejor? —se interesó Emily. Laura había sido madre hacía casi un año de un niño precioso.

—Sí, esta semana ha dormido ya mejor, solo ha sido la fiebre y las molestias de los primeros dientes.

—Bueno, me alegro. No me queda mucho más tiempo, en cinco minutos llegaré al edificio principal y ya de ahí, al espacio —le contó Emily, consciente de lo dramático que sonaba.

—Te voy a echar mucho de menos Emily —sollozó Laura. Emily pudo verla a través de su implante ocular.

—Y yo a ti, mucho —reconoció Emily, que se había emocionado al ver a su amiga.

—Ten mucho cuidado y mucha suerte. Todos la vamos a necesitar —concluyó Laura.

—Tú también, y cuida de ese niño. Te echaré de menos —repitió Emily—. Buena suerte.

Emily había dejado todo legalmente atado. La casa familiar pasó a ser propiedad de su gran amiga Laura, que la aceptó con gusto para poder disfrutarla con su nueva familia. El resto, el dinero y los efectos personales de la familia, se lo envió a su tío George. Emily ya había dejado de ser oficialmente una ciudadana neoestadounidense para ser una colona.

Llegó enseguida al edificio principal del improvisado campamento científico, ahora casi desierto. La inmensa mayoría de los tripulantes ya se encontraban a bordo, en sus cápsulas de criogenización. Para el último día se habían dejado a los responsables científicos de las diferentes áreas, los militares de mayor rango y la cúpula de gobierno del arca. Algo más de cien personas en total de las veintiún mil setenta y seis que conformaban el pasaje.

Emily empujó su maleta por la terminal del improvisado centro de lanzamiento. En la sala, la misma en la que había estado unos meses antes, esperaban apenas unas pocas decenas de personas. El silencio era impresionante, apenas interrumpido por el comentario de algún pasajero. En su mayoría, la gente esperaba a solas, sin ningún conocido con el que conversar. A Emily le sonaba alguna cara, pero no creía haber intercambiado mucho más de dos palabras con ninguno de los presentes.

La mujer que parecía responsable del proceso de espera comprobó en su terminal la identidad de Emily en cuanto entró por la puerta. Luego le hizo un ademán para que se acercara.

—Hola, Doctora Rhodes. Tenemos un pequeño retraso con la lanzadera: todavía se encuentra en la estación Asimov —le informó—. La mantendré informada, pero quizá tengan que esperar un rato —advirtió, señalando los asientos libres que había en la sala.

—Sin problema —respondió Emily, que se dio la vuelta y buscó un sitio libre. Se sentó al lado de un hombre negro de unos treinta años, de aspecto tímido y pinta de científico.

—Hola —saludó el hombre tras un pequeño lapso de tiempo—. Soy el doctor Williams, pero puedes llamarme Chad. Chad viene de Chadrick, es un nombre un tanto peculiar, por eso todo el mundo me llama Chad. Bueno, no aquí, aquí nadie me conoce. Soy biólogo, bueno, más bien astrobiólogo. Supongo que me encargaré de estudiar

todo aquello que nos encontremos en el nuevo planeta, si es que encontramos algo que esté vivo allí arriba, claro.

—Yo soy Emily —se presentó—, y estoy fascinada por cómo has podido decir todo eso casi sin respirar. —Le estrechó la mano con una sonrisa en la cara.

—La verdad es que estoy un poco alterado —confesó Chad pasándose la mano por la cabeza—. Y cuando estoy nervioso, supongo que hablo más de la cuenta. Todo el tema de la criogenización y el viaje, el hecho de que dure tanto tiempo, me pone muy nervioso. Supongo que no estar familiarizado con los procesos y las tecnologías de la estación hace que me suden las manos.

—Puedes estar tranquilo, el proceso de criogenización está más que probado —mintió Emily—, y las cápsulas garantizan un tiempo efectivo de funcionamiento de varios milenios. Estamos en buenas manos.

—Supongo que sí —se encogió de hombros—, pero todo eso del viaje, lo de la dilatación temporal y la teoría de la relatividad… No termino de entenderlo.

—Yo puedo aclararte las dudas que tengas sobre el viaje, si eso te tranquiliza —se ofreció Emily—. Para empezar, el viaje durará aproximadamente mil quinientos doce años, pero solo desde el punto de vista de los que se quedan aquí. Gracias a la teoría general de la relatividad de Albert Einstein sabemos que el tiempo transcurrido depende del lugar desde donde se encuentre el observador. Así que, teniendo en cuenta de que viajaremos a una velocidad máxima de 0,79 veces la velocidad de la luz, unos 236.835 kilómetros por segundo, eso supone una dilatación temporal del sesenta y uno por ciento, lo que nos permite estimar que para nosotros el viaje solo durará unos novecientos noventa y dos años.

»Todo eso se consigue gracias a los ocho motores gravitatorios de última generación que permiten a la nave doblar parcial y temporalmente el espacio para que el arca pueda ir, digamos, “cuesta abajo”. Además, nunca se superarán aceleraciones de más de 4G para no dañar los equipos más sensibles, ni las cápsulas de criogenización. Y para más seguridad —añadió Emily—, la nave incorpora un sistema de vacío que en cuanto todos estemos en nuestras cápsulas, el aire de la estación se reabsorberá para evitar la oxidación y la corrosión de los materiales de la nave. Eso permitirá, además, igualar la presión entre el exterior y el interior, restando tensión a las estructuras durante el viaje y evitando que salgamos despedidos de ella. Así que, sí —exclamó con las manos en alto—, se puede decir que será un viaje bastante seguro. Pero lo mejor de todo es que para nosotros será como un abrir y cerrar de ojos.

—¡Guau! —exclamó Chad— Debes de ser una auténtica friki de los viajes estelares.

—¡Ya lo creo! —comentó una voz delante de ellos— Ha sido una explicación muy convincente —añadió el desconocido—. Perdonen mi intrusión, soy el doctor Taro Murakami, uno de los expertos en geología exoplanetaria del proyecto. Y lo siento, pero no he podido evitar escuchar su explicación, señorita. Ha sido usted muy esclarecedora, se lo agradezco —añadió con una sutil reverencia—. Creo que estamos todos un poco nerviosos con respecto a los detalles en torno a este viaje.

Ambos observaron a la persona que se dirigía a ellos, un hombre de mediana edad y rasgos orientales, aunque su propio nombre ya adelantaba que era originario de la malograda nación nipona.

—Muy amable —respondió Emily, un tanto avergonzada por haber levantado la voz más de lo previsto. Pero era algo que la apasionaba, no podía evitarlo.

La mujer que se encargaba de gestionarlo todo se dirigió a los presentes en voz alta:

—¡Atención por favor! El transporte llegará en cinco minutos. Colóquense en fila con sus respectivas pertenencias. —Luego comenzó a hacer gestos para señalar la dirección en la que se debía formar la hilera.

Todo el mundo comenzó a levantarse de sus asientos y formaron una fila más o menos recta. Emily se quedó con sus dos nuevos amigos. Era agradable tener alguien con quien compartir estos momentos históricos.

—Nuestros últimos instantes en la Tierra —comentó Chad con un suspiro—. Quién iba a decirnos esto hace unos años, ¿eh? Supongo que echaré de menos Nueva York, leer un libro en Central Park, las hamburguesas del Cheddar Star… —hizo una pausa y se relamió con el recuerdo—. La semana pasada comí allí tres días seguidos. ¿Habéis estado alguna vez? —esperó a que los dos hicieran un gesto negativo con sus cabezas—. No se sabe lo que es una hamburguesa de verdad hasta que comes en el Cheddar Star. Es una lástima que ya no podáis probarlas.

—Me temo que no comeremos muchas hamburguesas durante el viaje —respondió Emily.

—Vaya —dijo Chad de repente—. Tienes un ojo de cada color.

—Eh… sí.

—¡Heterocromía! —exclamó Chad—. Es una mutación muy poco común en la que ambos ojos pueden tener colores diferentes entre sí o, como en tu caso, tonalidades diferentes. ¡Tienes uno marrón y el otro

es de color miel!

Chad había dicho que hablaba mucho cuando estaba nervioso, y ahora mismo parecía estarlo. Y mucho.

Una vez que la encargada dejó pasar a los primeros de la fila, salieron uno a uno de la sala a través de la puerta de embarque. Atravesaron un arco automático que escaneaba que ningún pasajero llevara algún objeto prohibido o peligroso.

Todo parecía ir según lo previsto, la gente cruzaba el arco cuando les correspondía y este les permitía el paso mediante una luz verde. Pero al paso de un hombre de mediana edad el arco comenzó a parpadear con una alarmante luz roja mientras una voz metálica se dirigía al individuo:

—¡Señor Johnson! Extraiga los elementos prohibidos de su equipaje y colóquelos en el cajón de su derecha.

El hombre, desconsolado, comenzó a abrir nervioso su maleta mientras la voz continuaba repitiendo en bucle:

—¡Señor Johnson! Extraiga los elementos prohibidos de su equipaje y colóquelos en el cajón de su derecha.

Tras rebuscar durante unos instantes que se hicieron eternos, consiguió encontrar lo que buscaba. Emily pudo ver lo que parecía una daga con empuñadura nacarada y una enorme hoja de unos veinte centímetros envuelta en una funda de cuero negro. El hombre, que parecía avergonzado por la situación, colocó el arma en la bandeja lateral, tal y como le había indicado la voz y, tras unos momentos de tensión, pudo continuar hacía el transporte.

—Pero ¿a quién se le ocurre intentar traer un cuchillo escondido? —preguntó Chad.

—Para poder hacerlo —dijo Taro mientras señalaba un maletín plateado y alargado que llevaba consigo—, hay que declarar que los objetos peligrosos tienen un valor cultural o sentimental que no deje lugar a dudas.

Tras ese aislado incidente, el resto del pasaje fue atravesando el arco sin más problema. En cuanto Emily salió a la pista de despegue, un golpe de frío la azotó en la cara. Había estado un buen rato calentita en la sala de espera y su cuerpo se había acostumbrado a la temperatura agradable.

El transporte era mucho mayor que el anterior en el que había viajado Emily. Llegar hasta la rampa de acceso que se había abierto por la parte trasera del mismo fue un tanto complicado. Entre el ruido de los cuatro reactores electromagnéticos, la gente taponando la entrada mientras fijaban sus equipajes en el habitáculo y que parecía que muchos… ¡se estaban agachando para besar el suelo!

Parecía una locura, pero teniendo en cuenta de que se trataba de la última vez que todos ellos iban a pisar la Tierra, el gesto cobraba sentido. Cuando llegó su turno, Emily se quitó el guante derecho y, agachándose, puso su palma sobre la superficie helada de la pista, cerró los ojos y pensó: «Hasta siempre, Tierra».

Emily consiguió fijar su maleta en la parte superior de su asiento mediante unas cinchas. La nave, un simple carguero de material VTOL, había sido habilitada para el transporte de pasajeros. Disponía de cuatro reactores electromagnéticos direccionales que le permitían despegar y aterrizar en vertical. En la bodega de carga había dos pasillos con cuatro filas de asientos enfrentados que comenzaban en la parte trasera de la nave y que acababan prácticamente en la cabina de los pilotos. No era un vuelo comercial, así que todo tenía un aspecto bastante espartano, ni asistentes de vuelo, ni servicios, ni objetos *tax free* para adquirir durante el viaje.

Una vez que estuvieron todos sentados y fijados a sus asientos, tanto la piloto como su copiloto revisaron uno por uno a los pasajeros. En breve pasarían a estado de ingravidez, así que era normal que quisieran asegurarse de que ninguno de ellos flotara por el transbordador.

En cuanto se aseguraron de ello, ambos volvieron a la cabina y la rampa de entrada comenzó a cerrarse. Luego escucharon los sonidos que indicaban que la presurización del habitáculo se estaba llevando a cabo.

—Bueno, supongo que aquí acaba nuestra estancia en el planeta. La próxima vez que notemos una gravedad real será de aproximadamente 1,3G —comentó Taro, que estaba sentado al lado de Emily.

Y, al menos en teoría, así era. Se estimaba que Kepler-442 tenía una masa de 2,34 veces la de la Tierra, lo que se traducía en un treinta por ciento más de gravedad.

—¿No os da miedo pensar que vamos a estar encerrados en un lugar a millones de kilómetros de nada que no signifique una muerte horrible? —preguntó Chad un poco asustado. Se había sentado enfrente de sus dos nuevos amigos— Yo tengo una sensación ahora mismo de angustia que, comparado con mi pánico a volar, aquello parece una nimiedad. Tendría que haberme tomado el segundo calmante —pensó en alto—, pero ya no puedo. ¡Oh Dios mío! ¡Creo que voy a vomitar!

Las dos personas que Chad tenía a su lado reaccionaron de inmediato, alejando sus piernas del asiento del biólogo en cuanto este pronunció la palabra «vomitar». Pero, por suerte para ellas, pudo controlar el reflujo antes de que saliera despedido de su boca.

Tras unos tensos momentos, logró calmarse y dominar su estómago.

—Estoy bien, estoy bien —aseguró mientras inspiraba y espiraba aire de manera ostentosa—, ya se me está pasando.

En ese instante, los motores comenzaron a aumentar su potencia, emitiendo un rítmico y grave sonido que inundó todo el habitáculo. Casi de inmediato, y a pesar de no disponer de ventanas, tan solo una molesta luz roja, todos sintieron cómo el transporte comenzaba a ascender con un ligero ángulo hacia la parte delantera. No había pasado demasiado tiempo cuando el ruido que provocaba la fricción anuló cualquier otro sonido dentro del habitáculo.

Emily vio la tensión en muchas de las personas que se encontraban a su alrededor, hasta el punto de que hubo más de un desmayo. No era para menos, estaban siendo sometidos a varias Ges de aceleración y no todo el mundo es capaz de soportarlas. Incluso ella se notaba algo tensa a pesar de tener cierta experiencia.

En pocos minutos, el ruido comenzó a descender de nivel y todos sintieron cómo sus cuerpos pesaban cada vez menos. Emily pudo ver cómo los brazos de Chad se elevaban por encima de su cabeza: había perdido el conocimiento. Se rio por lo bajo, pero al instante se sintió algo mal por haberlo hecho. Le estaba dando cierta pena el biólogo. Miró a su derecha y Taro le mostró una sonrisa socarrona. Él no parecía arrepentirse por divertirse a costa del pobre Chad.

—Bueno, ¿qué te ha llevado a alistarte en el proyecto? —preguntó Emily a Taro para intentar distraerse mientras llegaban al arca.

—Supongo que la responsabilidad —respondió este.

—¿Responsabilidad?

—Sí. Como sabrás, la nación japonesa se encuentra desperdigada desde hace años —comentó con cierta melancolía—. En cierta manera somos apátridas, nuestra cultura corre el riesgo de desaparecer fagocitada por las de los países que muy gentilmente nos han aceptado en sus sociedades.

—Entiendo —dijo Emily.

—Me crie en Chicago, yo no había nacido cuando Japón desapareció. Mis padres ni siquiera se conocían, tuvieron la suerte de encontrarse porque compartieron ciudad de destino. Al vernos desplazados y sin hogar, el pueblo japonés siempre ha sentido la presión de mantener viva nuestra cultura, nuestro idioma y nuestras costumbres.

—No puedo ni imaginarme lo que se siente en una situación así. Debe de ser muy angustioso.

—Lo es, y a pesar de que la gente que nos ha acogido ha sido muy amable, nunca me he sentido del todo neoestadounidense. Pero claro, tampoco me siento del todo japonés. Para mí, esta es una oportunidad de encontrarme, de empezar de cero. Pero también de permitir que algo de mis antepasados prevalezca en un nuevo hogar.

—Es un propósito muy encomiable, Taro.

—Gracias. Yo lo único que quiero es dejar de ser una especie de *ronin*.

—¿*Ronin*? —preguntó Emily, que no entendía su significado.

—Ja, ja —rio Taro—, claro, disculpa. Un *ronin* en la cultura japonesa es un samurái que ha perdido a su señor feudal o que ha sido deshonrado. En esas circunstancias, los samuráis se quedaban sin su propósito vital y eran repudiados por la población, convirtiéndose en poco menos que parias.

—¡Vaya! —exclamó Emily—, espero que nadie te haya repudiado a ti.

—No, no, para nada. Tan solo es una manera de expresar que siempre me he encontrado perdido, sin un objetivo claro en la vida.

—Creo que lo entiendo —sonrió Emily.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que te ha llevado a alistarte? —preguntó Taro.

—Bueno, en mi caso no me quedaban muchas más opciones —rio.

—No entiendo…

—Mi padre es el director del proyecto —dijo, sonriendo por la confusión causada.

—¿Eres la hija del director Rhodes?

—Así es, me llamo Emily Rhodes —y extendió la mano para estrechársela.

Tras otros veinte minutos de travesía llegaron a la estación. Chad se había espabilado un poco, pero continuaba un tanto alelado, para disfrute de Taro.

Notaron cómo el techo de la nave emitía unos breves sonidos metálicos y, tras ellos, unos silbidos. Alguien estaba igualando las presiones entre los dos compartimentos. A los pocos segundos se abrió una escotilla por encima de sus cabezas y vieron aparecer a una mujer vestida con un pantalón militar, una camiseta de algodón verde y el pelo rojo anudado en una larga coleta. Se dirigió a los recién llegados con un tono que no parecía demasiado amigable:

—¡Bienvenidos a la estación espacial Asimov! Soy la sargento Cameron. Atiendan a las indicaciones que tanto mis compañeros como yo misma vamos a darles a continuación. —Hizo un ágil movimiento

para encontrarse en un entorno sin gravedad y se cuadró delante de todos antes de dar paso a otros dos soldados—. No olviden que en este momento no disponemos de gravedad. La Asimov solo cuenta con un módulo con gravedad, la Lavadora, el módulo-habitáculo en el que pasarán la noche y donde serán recibidos en un par de horas por el subdirector Green.

»Desabróchense de sus fijaciones —ordenó—. Recuerden que están en estado de ingravidez. Se acostumbrarán enseguida, pero deben tener especial cuidado durante estos primeros minutos. No nos gustaría tener que llevar a nadie a la enfermería por haber recibido un codazo del vecino.

Cuando todo el mundo estuvo liberado de las sujeciones el pasaje se convirtió en una especie de convención de burbujas de jabón flotando en el aire sin apenas control.

—Desestiben ahora sus equipajes y diríjanse con calma y en orden hacia la posición en la que me encuentro yo —continuó la sargento Cameron. Por el acento parecía británica—. Pueden utilizar las diferentes barras y agarres que se encuentran encima de sus asientos. Una vez arriba —siguió—, cruzarán el acceso a la estación de uno en uno. Nuestros compañeros del interior les darán las instrucciones pertinentes. Se les ha asignado un camarote individual dentro del módulo habitacional. Si tienen cualquier problema, creo que ya conocen a Ada. Ella resolverá todas sus dudas a partir de este momento. ¡Adelante!

9
La ceremonia

29 de julio de 2297

Diecisiete horas para el lanzamiento

Estación espacial Asimov

Emily se despidió de sus nuevos amigos, que tenían sus camarotes en otra de las secciones del módulo. Tuvo que arrastrar su maleta durante un buen rato. Por suerte, ya volvía a disponer de gravedad y no le exigió realizar ejercicios de malabarismo.

«Esto es enorme», pensó.

Tras un largo paseo llegó al camarote 103 de la estación.

La puerta se deslizó hacia la izquierda a su llegada y Emily accedió a su dormitorio. No era muy grande, pero resultaba acogedor. Solo iba a pasar allí una noche, pero comparado con el barracón de la estación científica en el que había vivido durante los últimos años, esto parecía un hotel de cinco estrellas.

El cuarto disponía de una cama pequeña y un ojo de buey en la cabecera que evocaba un ambiente marítimo. Enfrente había un pequeño escritorio y un armario y, tras una pequeña puerta a la derecha de la entrada, un diminuto aseo con ducha. Le constaba que había camarotes compartidos en el módulo así que podía considerarse afortunada de que le hubieran asignado uno individual.

—¡Bienvenida, Emily! —Oyó la inconfundible voz de Ada a través del sistema de audio de la habitación—. Me alegro de verte.

—¡Hola, Ada! —respondió— ¡Por fin ha llegado la hora!, ¿qué tal está todo por aquí arriba? —preguntó curiosa.

—Francamente bien —afirmó—, todo va según lo planificado. Ahora mismo hay ya veinte mil novecientas ochenta y dos personas criogenizadas. Este último mes ha sido un constante goteo de transbordadores y personas llegando a la estación. No pensaba tener que decir esto —continuó—, pero voy a agradecer unos cuantos siglos de tranquilidad —bromeó.

Emily soltó una carcajada.

—Vas a tener bastante tiempo para pensar en tus cosas. ¿Has traído algún pasatiempo?

—Bueno, teniendo en cuenta que dispongo de todo el conocimiento

humano a mi alcance en unos pocos nanosegundos, creo que me podré entretener durante unas pocas horas —presumió.

—Cuéntame más, ¿todo está en su sitio? —preguntó Emily mientras colocaba la maleta encima de la cama y sacaba ropa cómoda.

—Todo en orden por ahora —respondió—. Los generadores de fusión fría, en orden; el motor gravitacional, en orden; el módulo de criogenización, en orden; el módulo habitáculo ya has comprobado tú misma que está en orden. El puesto de mando, en orden; el módulo de cultivos hidropónicos, en orden; el módulo silo, en orden; el módulo granja, en orden; hangares, en orden; bodega, en orden; el módulo arsenal, lo siento, no tienes privilegios suficientes; y el módulo de terraformación, en orden —recitó en estricto orden desde la parte trasera hasta la delantera del arca.

Emily, una de las responsables de ingeniería y la encargada de la creación y control de la IA, tenía privilegios elevados para controlar, o al menos consultar, el estado de casi toda la estación. Sin embargo, el módulo del arsenal estaba bajo el mando del almirante O'Connell. Si algo no iba a cambiar en absoluto en esta nueva sociedad era quién tendría el control en exclusiva de las armas.

—¡Genial! —respondió Emily. Abrió el armario y comprobó que le habían dejado ropa cómoda en el interior.

Mientras se colocaba el pantalón de chándal gris con una gruesa línea naranja que cruzaba de arriba abajo por la parte derecha, con camiseta y sudadera a juego en la que se podía leer ASIMOV en vertical, le preguntó a Ada:

—¿Cuál es el plan para esta noche?

—A las diecinueve horas está prevista una pequeña recepción con el subdirector Green y la capitana Mei en el atrio —respondió Ada—. Recibiréis la bienvenida y un pequeño lunch, en el cual, lo lamento, no se servirá ningún tipo de bebida alcohólica. El subdirector tiene previsto dirigirse a todos vosotros para dar por concluida la fase de embarque y comenzar con el lanzamiento. El evento será grabado y emitido mañana a la misma hora y en diferido para todo el mundo. Se pretende así dar a conocer el arca a la humanidad y evitar cualquier tipo de incidente con algún grupo radical. Para la hora de emisión ya estaremos a miles de kilómetros de aquí.

La colaboración internacional había sido vital para mantener en estricto secreto la misión. No querían que se repitiera lo que ocurrió con la Copérnico. El mundo descubriría mañana que los gobiernos habían hecho todo lo posible para perpetuar la especie.

—A las 08.32 de mañana estás citada para comenzar con tu proceso de criogenización —continuó Ada—. Serás sedada y te

realizarán un vaciado completo del sistema digestivo, para ser posteriormente criogenizada. El proceso es rápido e indoloro, así que puedes estar tranquila. La partida está planificada para las doce del mediodía, hora en la que la totalidad del pasaje debería de estar en estado de criogenización. Hecho lo cual —siguió Ada—, se procederá a la reabsorción del oxígeno de la estación hacia los tanques y se desconectarán todos los sistemas del soporte vital, manteniendo tan solo en funcionamiento los sensores, sistemas de propulsión, la criogenización y a mí misma, por supuesto.

Emily acabó de ponerse su nuevo uniforme y se observó en el espejo. La ropa era cómoda y abrigada. Se sentó en la cama y reparó en el ojo de buey. Miró a través del cristal y lo que vio la dejó sin palabras. La Tierra era majestuosa, irremplazable. Desde allí tenía una perfecta visión del Ártico, que era mucho más pequeño de lo que se veía en las ilustraciones que desde hacía siglos se utilizaban para enseñar geografía.

También reparó en el anillo de polvo lunar que desde hacía varias décadas se había formado alrededor de la Tierra. Y, por supuesto, allí estaba lo que antaño había sido inspiración para artistas y románticos. O al menos, lo que quedaba de ella. La amenaza continuaba siendo muy real y el mayor de los pedazos de la Luna seguía dirigiéndose inexorablemente hacia el planeta.

Poco se sabía todavía del Proyecto Atlas, que los gobiernos mantenían en un estricto hermetismo. Lo que sí se sabía era que se estaba construyendo algo en la propia roca, quizá algún tipo de dispositivo propulsor o un silo para cabezas nucleares.

Emily deseó con todas sus fuerzas que, fuera lo que fuese, tuviera éxito y la humanidad sobreviviera. Pero, por suerte o por desgracia, ella no estaría allí para comprobarlo.

Distraída en sus propios pensamientos cayó en la cuenta de que tan solo quedaban diez minutos para la recepción en el atrio. Teniendo en cuenta lo que había tardado en llegar, debía apresurarse. Al salir al pasillo vio poca actividad, apenas alguien entrando en su habitación unos metros más allá.

—Ada, ¿por dónde? —preguntó.

—Derecha —respondió— y todo recto durante cuatrocientos cincuenta metros.

El perímetro de la circunferencia del módulo, de un kilómetro y medio de diámetro, tenía casi cinco kilómetros de longitud, es decir, que se podía tardar más de una hora andando en dar una vuelta completa. A lo largo de su extenso pasillo se habían establecido pequeñas zonas más amplias de esparcimiento, comedores, zonas de

ocio, gimnasios, el propio atrio e incluso había una discoteca y un pub de estilo irlandés.

Era una sensación extraña caminar por un pasillo que se percibía visualmente como una pendiente constante pero, a la vez, siempre se notaba plano al caminar. No ver más allá de unos cuantos metros debido a la curvatura del pasillo también era bastante inquietante. Pero si miraba hacia arriba, se podía ver todo lo que había delante desde un punto de vista casi cenital.

«Ahora sé lo que sienten los ratones cuando dan vueltas sin parar en sus pequeñas ruedas», pensó.

Emily cruzó uno de los gimnasios y comprobó que estaba bastante bien equipado. También pasó por una zona de descanso con un par de pantallas gigantes antes de encontrar la zona del atrio, a la que ya comenzaban a acercarse otros pasajeros.

El atrio era un área sin apenas elementos arquitectónicos y era algo más ancha y alta que el resto de la estructura, por lo que permitía una visión más amplia y una mayor concentración de personas. Tenía una especie de atril elevado que permitía a un ponente dirigirse a la audiencia. El aforo, calculó Emily a *grosso modo*, sería para unas mil quinientas personas.

Poco a poco fueron llegando y apelotonándose cerca del atril el resto del poco más de un centenar que todavía no habían sido criogenizadas. La mayoría llegaron ataviados con el mismo atuendo que Emily y, aunque había gente todavía vestida de civil, pudo diferenciar cuatro tipos de uniforme: gris con una banda naranja, para técnicos y científicos; gris con una banda azul, para enfermería y tripulación de la nave, gris y una banda amarilla para el resto de perfiles y, por supuesto, el uniforme verde de los militares, como el de la sargento Cameron, que los había recibido hacía un buen rato.

—¡Hola, Emily! —oyó que la llamaban por detrás.

—¡Hola, subdirector! —respondió ella con formalidad, al darse la vuelta y ver al amigo de su padre detrás suyo.

—Me alegro de verte, ¿recuerdas a la capitana Mei? —hizo un gesto y señaló a la mujer oriental de cortos y oscuros cabellos que tenía a su lado.

—Claro que sí, un placer volver a verla, capitana.

—Doctora Rhodes, es un honor tenerla a bordo.

—Y estos son el almirante O'Connell y el comandante Bauer —señaló a sus otros dos acompañantes, ambos ataviados con uniformes militares y sus correspondientes galones en los hombros. El almirante era un hombre bien parecido, de altura considerable y una presencia que, además de infundir respeto, daba a entender por qué había

llegado hasta su posición. El comandante Bauer, por el contrario, parecía más un militar administrativo, delgado y menudo, características que se hacían aún más evidentes al lado del almirante.

—Mucho gusto —saludó Emily.

—Un placer, doctora Rhodes —le devolvió el almirante—. Estará ansiosa por reunirse de nuevo con su padre, supongo.

—Por supuesto —confirmó Emily con una sonrisa—, aunque todavía tendré que esperar unos cuantos años para eso.

—Desde luego —respondió el almirante con una especie de mueca que aparentaba ser una sonrisa.

—Si nos permites, Emily —interrumpió el subdirector—, debemos comenzar. Nos vemos luego.

El pequeño grupo se abrió paso entre los asistentes y se dirigió hacia la parte delantera del atrio donde se encontraba el atril desde el que se iban a dirigir a los presentes. Emily les siguió con la mirada, sin darse cuenta de que detrás de ellos iba una pequeña comitiva militar.

—Disculpe señorita —oyó una voz a sus espaldas que hablaba con un ligero acento francés.

Emily se giró y se topó cara a cara con un joven militar. De unos treinta años, tenía un rostro suave y pálido, con una nariz fina y un mentón ligeramente prominente. Sus ojos eran grandes y de un intenso color verde oscuro. Su pelo, de corte militar, aunque no demasiado corto, permitía adivinar una ligera ondulación que le daba un aspecto despreocupado. Sonreía. Emily se quedó unos instantes observando la perfección sus facciones.

—¿Me permite pasar? —preguntó, sacándola del trance.

—Esto… sí, claro. Disculpe —reaccionó Emily con cierto rubor en sus mejillas. «Madre mía, que tremendo», pensó.

El joven prosiguió su camino con una divertida sonrisa en la boca. Tras él avanzaban otros dos militares, la sargento Cameron y un hombre de barba arreglada y una cicatriz que recorría su mejilla izquierda y que, por su aspecto de malas pulgas y sus numerosos galones, parecía ser el de mayor rango. Pronto se cuadraron en la parte delantera, al lado de donde se encontraba la plana mayor de la nave.

Emily no pudo pensar mucho más en el fugaz encuentro ya que en ese mismo instante aparecieron sus dos nuevos amigos. Chad le hizo unos gestos muy ostensibles para hacerle ver que los tres llevaban un conjunto similar.

—¡Nos ha tocado el mismo color! —comentó divertido—. Aunque yo ya me he manchado el mío… —Señaló un lamparón en la parte

superior— Ya sabes, tenía que estrenarlo, y la pasta de dientes ha querido ayudarme con ello.

Detrás de Chad llegó Taro, que saludó con un sencillo gesto de su cabeza. Taro parecía siempre mucho más solemne y reservado que Chad, aunque eso no era para nada difícil, la verdad.

—¡Hola! ¿se me oye bien? —preguntó una voz procedente del sistema de audio de la estancia.

Todos se giraron hacia la parte delantera y el murmullo que reinaba hasta ese momento se fue apagando hasta limitarse a alguna tos aislada.

—¡Sed todos muy bienvenidos! —empezó el subdirector Green— Para empezar, quiero daros las gracias por vuestro esfuerzo titánico para poder llevar a cabo esta empresa. Sin duda, la humanidad entera está en deuda con todos vosotros.

Sonó algún tímido aplauso, pero se apagó al comprobar que el subdirector Green no pretendía hacer una pausa.

—Como muchos sabréis, este proyecto comenzó hace cuarenta y cinco años. Cuarenta y cinco años que han cambiado por completo la manera de pensar y actuar de nuestras sociedades. Cuarenta y cinco años en los cuales se han conseguido grandes cosas, en los que se han tendido numerosos puentes entre civilizaciones. Cuarenta y cinco años en los que la humanidad, por primera vez en la historia, ha trabajado unida, con un único propósito, como un único ser.

»Yo solo tenía siete años cuando los dirigentes de las diversas naciones de la Tierra decidieron que, por lo que pudiera suceder, era una buena idea intentar que la especie humana tuviera una segunda oportunidad lejos de nuestro planeta. Apenas recuerdo el incidente, no entendí en ese momento lo que estaba pasando, lo que significaría para el devenir de todos nosotros. Pero sí recuerdo el terror y la preocupación en los ojos de mis padres. El miedo de contemplar algo que era capaz de acabar no ya con sus propias vidas, si no con las de sus hijos, y con las de todo ser vivo del planeta.

»Ese sentimiento —continuó—, ese miedo dio paso a la concordia, al altruismo y a la resiliencia. A una época de colaboración internacional sin precedentes que nos ha permitido a todos tener otra oportunidad. Y de eso trata este proyecto, de que nuestro legado, nuestros hijos, puedan tener un futuro.

»Y aquí nos encontramos, veintiún mil setenta y seis personas, veintiún mil setenta y seis almas tratando de perpetuar la especie, de explorar lo inexplorado, de colaborar para sobrevivir. La humanidad nos observa con esperanza. El planeta entero nos implora que tengamos éxito en nuestra misión. Ahora dejamos la Tierra, nuestro

hogar, para adentrarnos en un viaje incierto, lleno de incógnitas. Pero permanecerá por siempre presente en nuestros corazones, y sea lo que sea lo que nos depare el futuro, tenemos claro que este siempre será nuestro hogar. Mañana partiremos hacia lo desconocido y lo haremos como una sola nación, como un único pueblo, como representantes de la humanidad.

»Han sido unos largos años, de esfuerzos, de colaboración estrecha, de frustraciones, de responsabilidad. Y esos años de duro trabajo nos han traído hasta aquí, nos han permitido levantarnos aquí y ahora para poder conseguir nuestro objetivo, ayudar a nuestros compatriotas de la estación Galileo, a nuestros hermanos y hermanas. Juntos, podremos labrarnos un futuro.

»Quiero también recordar desde aquí, a todos los que han colaborado con el proyecto, técnicos, ingenieros, administrativos, políticos, y en general a toda la población que directa o indirectamente ha permitido que tengamos hoy la oportunidad de que la especie humana continúe haciendo historia.

»Pero, sobre todo, quiero recordar a las dos personas que dieron su vida por esta causa, por este sueño. El éxito de nuestra misión es, sobre todo, suyo. Gracias a todos de corazón. La humanidad siempre estará en deuda con ellos.

El subdirector Green acabó con su discurso y los presentes le regalaron una cerrada ovación. Chad parecía emocionado hasta el punto de que Emily le vio llevarse las manos a la cara en un par de ocasiones.

—Ahora, la capitana Mei desea dirigirse a todos ustedes —anunció el subdirector mientras se apartaba del estrado y la capitana ocupaba su lugar.

—Subdirector Green, gracias por sus palabras. Han sido una gran inspiración para todos nosotros —comenzó ella con un perfecto inglés que hacía dudar de cuál era su procedencia real—. Me gustaría aprovechar este momento para realizar un breve resumen de los objetivos de la misión —anunció—. Mañana, a las 12 UTC, la estación espacial, ya con toda su tripulación bajo los efectos de la criogenización inducida, comenzará de manera autónoma el lanzamiento. Para ese momento, el oxígeno de la nave habrá sido ya reabsorbido y almacenado para prolongar, mediante un vacío total, la vida útil de toda la estación, igualando la presión entre el interior y el exterior de la nave.

La pantalla que tenía a sus espaldas comenzó a mostrar mediante gráficos lo que la capitana estaba explicando. Ada había preparado una serie de diagramas que complementaban a la perfección sus palabras.

—La nave —continuó—, gracias a los motores gravitacionales construidos específicamente para el proyecto, comenzará su aceleración con un máximo equivalente a 4G terrestres para evitar dañar el equipo tan sensible del que disponemos en la estación. Alcanzaremos la velocidad de crucero de 0,79 veces la velocidad de la luz en unos ocho meses. Nuestra avanzada inteligencia artificial será la encargada de monitorizar de manera constante los sensores y enfrentarse a cualquier eventualidad que nos encontremos durante la travesía, pudiendo desactivar, si fuese necesario, el piloto automático.

»Toda la travesía se realizará sin ningún tipo de intervención humana. Solo en caso de emergencia no contemplada dentro de los protocolos de la misión, el personal esencial será despertado de su letargo.

»Dentro de aproximadamente mil quinientos once años terrestres, la estación comenzará su desaceleración, llegando ocho meses después a su destino: Kepler-442b. Si bien, y debido a la dilatación temporal que experimentaremos por viajar a una velocidad tan cercana a la velocidad de la luz, para la nave y los que en ella viajamos solo habrán pasado novecientos noventa y dos años. Será entonces —siguió —, cuando comenzarán las labores de los diferentes grupos especializados del proyecto. Se despertarán, además del personal esencial para el funcionamiento de la estación espacial, una serie de equipos estratégicos, que comenzarán con las labores propias de la colonización del planeta, como poner en marcha los módulos de sustento vital y cultivar vegetales que nos proporcionen el alimento necesario una vez las provisiones, previstas para cinco años, se agoten.

»Para entonces ya deberíamos de tener una comunicación fluida con la tripulación de la Galileo, que debería llevar diez años en el planeta. Así pues, podremos coordinar los esfuerzos de cara a continuar con su trabajo. Se desplegarán nuevos satélites y drones que actuarán como nuestros ojos y oídos en el planeta y que nos facilitarán los procesos de toma de decisiones y la ayuda necesaria para conseguir la terraformación de Kepler-442b. Se desplegará por lo tanto el módulo de terraformación, que junto con el de la Galileo, nos permitirán construir un hogar habitable para nuestras generaciones venideras.

»Por último, tras un máximo de treinta años a partir de nuestra llegada a Kepler-442b se prevé que todos los pasajeros hayan sido despertados de su estado de criogenización y podamos comenzar una nueva vida, en un nuevo hogar.

La capitana concluyó su explicación y tras un breve periodo de aplausos, el subdirector Green volvió a tomar la palabra.

—Gracias por esta breve explicación tan gráfica —agradeció el

subdirector—. Ahora procederemos a la ceremonia de botadura de la estación espacial Asimov. Para ello, nuestro personal distribuirá entre los presentes unas copas de champán especial para la ocasión. Me temo que es sin alcohol, pero preferimos evitar cualquier tipo de efecto secundario que afecte al proceso de criogenización —rio.

Unas cuantas personas ataviadas con el uniforme con franja azul comenzaron a distribuir las copas entre los presentes. Taro consiguió hacerse con tres, que distribuyó amablemente entre sus compañeros.

—¡Bien! ¿todo el mundo tiene una copa? —preguntó el subdirector al gentío— Mientras acaban de repartirlas, iremos preparando la ceremonia.

La sargento Cameron y ese militar con acento francés que iba con ella se encargaron de recoger una pequeña cortina que había pasado desapercibida durante el discurso. Tras ella, se podía ver una placa conmemorativa y una cuerda sosteniendo una botella de champán.

Emily intentó leer sin éxito lo que ponía en la placa.

—Zoom del treinta por ciento —pronunció en voz baja. Su implante ocular disminuyó su rango de visión y acercó la imagen para permitirle leer la inscripción grabada en la placa de metal:

EN HONOR A PHILLIPE DURAND Y FRANÇOIS MORIN, ASESINADOS DURANTE EL INFAME ATENTADO DEL 14 DE JUNIO DE 2292 EN LA ESTACIÓN ESPACIAL COPÉRNICO. LA HUMANIDAD ENTERA LLORA POR SUS FAMILIAS. QUE SU ENTREGA SIRVA DE EJEMPLO PARA LAS GENERACIONES VENIDERAS. LA TRIPULACIÓN DE LA ESTACIÓN ESPACIAL ASIMOV LES ESTARÁ ETERNAMENTE AGRADECIDA. EN LA TIERRA. MMCCXCVII

—Zoom fuera.

El subdirector agarró la botella de champán y, tras un posado un tanto forzado, la lanzó contra uno de los pilares de la estancia. Se trataba de una antigua tradición que databa de la edad media y que supuestamente traía suerte al barco y a sus tripulantes, ofreciéndoles protección contra los peligros del mar. La tradición se había conservado y se había venido aplicando también a las misiones espaciales.

La botella no se rompió a la primera por lo que el subdirector tuvo que volver a lanzarla hasta en cuatro ocasiones para que esta estallará por fin en mil pedazos, esparciendo el espumoso liquido por la columna y el suelo de la estación.

10
El día D

30 de julio de 2297

Cuatro horas para el lanzamiento

Estación espacial Asimov

Emily ya llevaba diez minutos en pie, aunque todavía faltaba casi una hora para su cita en enfermería. Los nervios por el lanzamiento y su proceso de criogenización le habían pasado factura y le había costado mucho conciliar el sueño. Aun así, se sentía con fuerzas suficientes para la aventura que estaba a punto de comenzar.

Tras organizar y recoger todas sus cosas, Emily se metió en la ducha para disfrutar de su último momento de relax en la órbita terrestre. Mientras el agua caliente la templaba pensó en todo lo que dejaba atrás, en la vida que acababa aquí y ahora. Nada volvería a ser igual. ¿Se enfrentarían a un mundo inhóspito?, ¿o por el contrario podrían llevar una vida normal y tranquila como en la Tierra?

Recordó a su padre, sus enseñanzas, la primera vez que creó un programa informático, cuando le enseñó a andar en bici y el día que le regaló un telescopio por su noveno cumpleaños. «Ya llego papá. Cinco años tarde, pero ya llego», pensó.

Se acordó de su abuela, de Laura, de Michael, de su tío George, de tanta gente con la que había compartido su estancia en la Tierra y que en pocos años se enfrentarían a la hora de la verdad. Para cuando ellos afrontaran su destino, la suerte de la Tierra se habría decidido casi mil quinientos años antes. Era un pensamiento un tanto abrumador.

Emily acabó de ducharse y se secó el pelo con la toalla mientras su cabeza seguía repasando la cantidad de eventualidades que podían ocurrir en el espacio y que podrían echar por tierra todas las esperanzas humanas: la explosión de un reactor; campos de asteroides; agujeros negros; especies inteligentes que se vean amenazadas por la presencia de una nave alienígena de cinco kilómetros de longitud… La lista de posibilidades era tan inmensa como el propio espacio. Si ellos fallaban, la especie humana podía pasar a ser historia.

Se puso la ropa interior que le habían dejado en el armario. Era gomosa e incómoda al tacto, pero supuso que se trataba de un material que aguantaría un viaje de casi mil años en estado de

criogenización.

Abandonó su camarote quince minutos antes de la hora de su cita y le pidió a Ada que la guiara. El módulo de criogenización se encontraba en la popa de la nave, justo al lado del módulo con gravedad en el que se encontraba. Era básicamente en dirección contraria de la esclusa por la que accedió al arca.

A lo largo del inmenso pasillo estaban distribuidos los radios de la enorme estructura toroidal que era el módulo que, a modo de rueda de bicicleta, giraba de manera constante para proporcionar gravedad. Emily debería encontrar el primero de ellos y utilizar la pequeña cápsula de transporte que la llevaría al eje del módulo.

Continuó durante un par de minutos arrastrando su equipaje y, una vez cerca, observó que había alguien esperando a la cápsula. «Oh no, es él, creo que es él», pensó Emily, convencida de haber reconocido al militar al que la noche anterior había obstruido el paso. Comenzó a ponerse nerviosa.

—Tranquilízate, Emily —oyó que le decía Ada a través de su implante—, es un proceso de lo más inocuo. Te sedarán y no te enterarás de nada.

—No es eso —susurró nerviosa para evitar que el chico con acento francés la oyera.

—¡Hola de nuevo! —la saludó el militar con una sonrisa en los labios al percatarse de su presencia—. Intuyo que ambos tenemos ahora la cita.

—¿Cita? ¿Qué cita? —preguntó nerviosa Emily.

—¿No se dirige al módulo de criogenización? —preguntó extrañado.

—¡Ah! Sí, esa cita… Claro, sí, esto… ¿qué cita iba a ser si no? —contestó Emily, ruborizada por el malentendido.

—Soy el teniente Beaufort, por cierto —se presentó el militar con la mano extendida hacía Emily.

«Beaufort —pensó Emily—, me encanta cómo suena en francés».

—¿Y usted es…? —preguntó divertido el teniente con la mano todavía tendida.

—Oh, ¡sí! Eh… Emily —dijo por fin, como si le hubiera costado acordarse de su nombre. Soltó la maleta para estrecharle la mano y se le cayó al suelo—, doctora Emily Rhodes.

—Encantado, doctora Rhodes.

La cápsula de transporte apareció ante ellos y las puertas se abrieron. Emily se imaginó con el teniente Beaufort en ese estrecho espacio y notó cómo hasta sus manos comenzaban a sudarle.

Él hizo un gesto con la mano, invitándola a pasar primero. Emily se agachó nerviosa para recoger su maleta e intentó entrar en la cápsula. Intentó, porque su maleta se quedó enganchada con la esquina de la puerta y tuvo que volcarla torpemente para poder introducirla en el pequeño habitáculo, arrastrándola por el lateral sin ni siquiera usar las ruedas. Le pareció oír una ligera risita a través de su implante auditivo.

Tras ella entró el teniente, también con su equipaje, y las puertas volvieron a cerrarse. El espacio era tan estrecho que Emily empezó a mover las piernas, nerviosa. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para estarse quieta.

—¿Tiene usted alguna relación con el director Rhodes, de la Galileo? —preguntó curioso el joven.

—Eh… —titubeó—. Sí, es mi padre.

—Oh, pues es un honor conocerla, doctora. Su padre es una inspiración para todos nosotros.

—Gracias, sí que lo es —respondió Emily, algo más tranquila.

A medida que la cápsula ascendía hacía el centro del módulo, Emily sentía cómo la gravedad se debilitaba hasta desaparecer por completo en la parte superior.

Las puertas se abrieron de nuevo y Emily pudo ver la estancia octogonal en la que no existía ni arriba ni abajo. Cayó en la cuenta de que en cada uno de los lados del octógono se habían dispuesto una especie de vestuarios con material de lo más variado.

El militar volvió a hacerle un gesto para que saliera en primer lugar. En un pasillo cercano les esperaba un miembro de la tripulación de la estación. Ellos seguían girando, así que daba la impresión de que la que giraba era la mujer.

—¡Vamos! —comentó el teniente Beaufort— tenemos que ponernos las botas electromagnéticas.

Las botas, todas de la misma talla, eran de suela rígida y se ajustaban al pie a través de la parte superior del tobillo. Mediante impulsos electromagnéticos se podían fijar a cualquier superficie metálica. Detectaban el movimiento del pie y eran capaces de crear o eliminar la atracción en cada momento. Emily observó a la tripulante que les aguardaba paciente en la entrada del pasillo. Llevaba unas iguales y se encontraba sobre una superficie que, con toda seguridad, era de metal. Aun así, su cabello flotaba ingrávido.

Ambos se calzaron las botas y asieron con fuerza sus equipajes antes de salir al pasillo. Llegaron junto a la mujer y pudieron posar los pies sobre la estructura metálica que hacía las veces de suelo. Era una sensación extraña. Sus cuerpos notaban la ingravidez, pero

continuaban estáticos en la superficie, que podía ser una pared o un techo, solo era cuestión de perspectiva. Además, el no poder doblar la planta del pie le daba un toque un tanto cómico a la escena. Sin embargo, Emily se acostumbró enseguida y era evidente que el teniente ya las había utilizado en multitud de ocasiones.

—¿Qué tal se maneja con las botas doctora? —le preguntó Beaufort.

—Parece un poco difícil al principio, pero creo que me acostumbraré.

—No es lo habitual. Cuando lleguemos a nuestro destino, seguramente vaya más rápida sin ellas, pero para determinadas actividades es interesante disponer de las dos manos libres —explicó el militar.

—Síganme —les indicó la tripulante.

Continuaron durante el largo pasillo, donde Emily pudo reconocer las esclusas de atraque por las que había accedido a la nave, hasta llegar a una encrucijada de caminos que conducían a diferentes secciones. Recto, a ingeniería; izquierda, a los módulos de criogenización A y C, y derecha, a los módulos B y D.

—Ustedes dos viajarán en el módulo D —les informó la mujer mientras tomaba el pasillo de la derecha, que tenía un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto al principal.

Continuaron unos cuantos metros hasta llegar a otra bifurcación que dividía el pasillo en otros dos. Uno conducía al módulo D, que continuaba recto en la misma dirección, hacia el perímetro externo de la estación, y otro para el B, que trazaba un ángulo recto hacia la izquierda y volvía hacia el interior de la nave.

Poco después llegaron a una estancia abovedada mucho mayor. Una amplia pasarela metálica la cruzaba desde donde se encontraban ellos. Cientos, miles de cápsulas de criogenización se alineaban a lo largo de las paredes y techos de la cúpula cilíndrica y continuaban por debajo de la pasarela metálica, perdiéndose de vista.

Más o menos en el punto medio de la plataforma por la que caminaban, una estructura circular en forma de anillo mecanizado parecía ser la encargada de moverse transversalmente a lo largo de la plataforma. Esto permitía a las operarias acceder a cada una de las incontables filas en las que se agrupaban las cápsulas en círculos. Teniendo en cuenta que había más de veintiún mil personas en la nave, allí habría casi seis mil cápsulas distribuidas a lo largo de la estructura abovedada.

A la altura del anillo mecanizado podían distinguirse dos cápsulas como las que había repartidas a lo largo de toda la estancia. Se

encontraban recostadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados y tenían una especie de cubierta transparente que en ese momento se encontraba abierta. Emily dedujo que esas serían las suyas, extraídas momentáneamente de su fila para proceder a la criogenización.

Había una persona a la altura de las cápsulas, pero no se movía. Sus brazos permanecían en una posición inerte y su cuello tenía un ángulo un tanto extraño.

—¡Evelyn! —gritó la mujer que los acompañaba. Sin pensárselo, aceleró el paso todo lo que le permitieron las botas magnéticas.

Cuando estuvo cerca, Emily pudo ver que se trataba de una mujer, una enfermera, a juzgar por la línea azul de su uniforme. Su compañera la examinó detenidamente y le tomó el pulso.

—Está inconsciente. La acababa de dejar aquí para que concluyera la programación de las últimas dos cápsulas —comentó la tripulante —. ¡Evelyn! —gritó mientras la zarandeaba, intentando sin éxito que reaccionara.

Emily observó a su alrededor. No había nada extraño. A ambos lados de la plataforma había unos pequeños armarios y, por supuesto, las dos cápsulas. Nada más.

—Habrá perdido el conocimiento después de acabar con la pareja anterior —apuntó Emily—. Las cápsulas que hay aquí están vacías.

—¿No le puede dar nada para que despierte? —sugirió el teniente.

La otra enfermera asintió y se acercó a un pequeño armario que había al lado de una de las cápsulas. Abrió la puerta y tras buscar algo apuntando con su dedo, encontró lo que buscaba. Recogió una especie de jeringuilla de un cajón y la preparó para administrarla.

—Tiene el pulso muy bajo —comentó mientras le subía la manga del uniforme para administrarle el vial.

Evelyn fue recobrando el sentido poco a poco, hasta que sus pupilas reaccionaron a la linterna de su compañera. En cinco minutos ya era capaz de hablar con normalidad, aunque continuaba algo mareada.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? —preguntó Emily.

—No lo sé… —confesó Evelyn— Estaba preparando a los últimos dos pacientes, me disponía a devolver sus cápsulas al almacén cuando me he empezado a encontrar mal... Después de eso ya no recuerdo nada más.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó su compañera.

—Mejor. Sí. Creo que mejor.

Evelyn intentó caminar un poco y agarrarse a una de las mesas.

—Creo que podemos continuar —comentó— ya me encuentro

mucho mejor, no sé qué me ha pasado.

—¿Estás segura? —preguntó Emily mientras apoyaba su mano en el hombro de la enfermera— No tenemos prisa, puedes tomarte unos minutos si quieres.

—Tranquila, gracias, ya estoy mejor —agradeció.

—Podéis ir dejando vuestras pertenencias en el carro —les indicó la compañera de Evelyn. El carro disponía de unas cinchas y ya había algunas maletas fijadas en él—. Luego os quitáis el uniforme y el calzado y os colocáis cada uno en vuestra cápsula. Teniente, usted en esta de aquí, y la doctora Rhodes en la otra —añadió mientras las señalaba.

Emily se puso algo nerviosa al quedarse en ropa interior, y trató de colocarse al lado de su cápsula mientras intentaba taparse tímidamente con los brazos. Pero ya no tenía puestas las botas electromagnéticas, así que no le quedó más remedio que desistir y agarrarse bien a la estructura para no salir volando.

Observó de reojo cómo el joven teniente iba dejando su uniforme perfectamente doblado en los cajones de debajo de la cápsula. Se avergonzó por haber hecho una bola con toda su ropa y empujarla caóticamente dentro del cajón de la suya. Además, pudo ver la complexión atlética del teniente. No estaba excesivamente musculado, pero la anchura de sus hombros y la fibrosa espalda le hacía pensar que estaba en muy buena forma.

Evelyn la sacó de su momentánea distracción.

—Métase en la cápsula —le indicó.

Ella obedeció y se metió en el diminuto habitáculo que aun así parecía cómodo. El material donde iba a descansar su cuerpo era gelatinoso. Emily lo notó fresco al principio, pero enseguida cogió la temperatura corporal.

—Tómese estas dos pastillas y bébase esto —le indicó mientras le ofrecía dos píldoras y un líquido contenido en una bolsa de plástico herméticamente sellada.

Cogió lo que le ofrecía la enfermera mientras esta la fijaba a la cápsula por la cintura con una especie de cinturón. Se tomó las dos pastillas sin rechistar y comenzó a succionar el líquido a través del tubo que asomaba por la parte superior. Frunció los labios con una mueca de desagrado. «Tantos años de evolución tecnológica y de avances médicos y todavía seguimos haciendo medicamentos que saben a rayos», pensó.

A su lado, el teniente Beaufort empezaba a introducirse en la suya mientras la otra enfermera le ofrecía las mismas pastillas y el horrible brebaje. Estuvo a punto de avisarle de su desagradable sabor, pero

notó que su mente iba ya a otra velocidad. Además, pronto observó el gesto torcido de su compañero de cápsula. «Ya es tarde», rio. Se sintió aliviada en cierta manera al ver que no era la única a la que le parecía un asco.

Emily comenzó a sentirse muy cansada. Cada vez le costaba más mantener los párpados abiertos.

—Relájese, doctora. Nos veremos en unos cientos de años —le pareció oír a Emily mientras cerraba los ojos por última vez.

11
El primer obstáculo

Fecha desconocida

Lugar desconocido

Emily empezó a abrir un ojo. No era capaz de ver nada, tan solo luz. Una intensa luz blanca que le hacía daño. No sabía dónde estaba. Su cabeza emitía un pitido intenso y molesto, aunque percibía algún ruido de fondo que no era capaz de distinguir.

Intentó mover un brazo, pero no respondía. No sentía las piernas. Le costaba un gran esfuerzo mantener los ojos abiertos. «¿Qué… qué… me… pasa…?», pensó.

Su mente estaba demasiado embotada, no era capaz de razonar. Se notaba cansada y su cuerpo no obedecía las débiles órdenes de su cerebro.

Consiguió abrir el otro ojo. Mismo efecto, solo luz. La misma luz, brillante y blanca. Intentó mover un dedo. Poco a poco, su dedo índice se levantó unos milímetros.

Trató de abrir la boca para pedir ayuda. «No… no… puedo…». El esfuerzo que su cuerpo requería para hacer esos movimientos tan simples era bestial. Se sentía como si estuviera intentando correr una maratón. Descansó unos segundos y volvió a intentar abrir los ojos. Demasiada luz, le ardían. Pero le dio la impresión de que empezaba a percibir que en algunas zonas la claridad tenía menos intensidad. Aun así, todavía no era capaz de mantener los párpados abiertos más que unos pocos segundos.

Probó a mover de nuevo los dedos de la mano. Lo consiguió muy lentamente. «Estoy… ¿dónde?… ¿estoy?». Pasó a la pierna izquierda. Nada.

Seguía oyendo el molesto pitido que se le clavaba en la cabeza como un millón de agujas. Volvió a abrir los ojos. Solo luz, pero algo menos. Había algo delante suyo, pero a duras penas era capaz de distinguir nada.

Quiso mover toda la mano, la levantó unos centímetros, pero tuvo que desistir de nuevo. Todo le pesaba una tonelada. Volvió a sus pies, notó cómo sus dedos se movían, rozándose unos con otros. «Vamos… Emily… puedes…».

Ya veía algo mejor en cada parpadeo, pero no podía decir lo

mismos de sus oídos. Ese pitido le estaba taladrando el cerebro. Comenzó a notar algo rítmico, a ráfagas. «¿Qué…?».

Movió la cabeza hacia adelante, pero se le venció de nuevo hacia atrás. Sus brazos parecían estar apoyados contra una superficie. Estaba tumbada.

Su pierna izquierda comenzó a reaccionar. Con un esfuerzo titánico consiguió doblar la rodilla. Frío. De repente notó mucho frío. Su rodilla volvió a enderezarse, algo tiraba de ella hacía abajo.

Cada vez le costaba menos mantener los ojos abiertos. Comenzó a distinguir ciertas formas entre la claridad. Creía entrever una estructura delante de ella. Detrás había muchas más estructuras muy similares. Pero todo seguía tan borroso que no era capaz de discernir entre ellas.

Consiguió levantar el brazo izquierdo por fin, pero si no se esforzaba volvía a caer. Intentó incorporarse, pero se desplomó de nuevo. No tenía manera de calcular cuánto tiempo llevaba así, pero le parecía una eternidad. Levantó la cabeza y la dejó caer al instante. «¿Hay… gravedad?»

Comenzaba a distinguir algo que podría asemejarse al anillo con el armazón automatizado para extraer las cápsulas de criogenización. Estaba sin duda en la Asimov. Recordó a la mujer que le ofreció las pastillas. Intentó llamarla, pero ni siquiera recordaba su nombre.

Por fin sintió que abría la boca, notó la lengua y fue capaz de moverla. «¡Evelyn! —recordó—. ¿Dónde…? ¿Evelyn?». Su boca se movió al ritmo pausado de sus pensamientos, pero ningún sonido salió de su garganta. Sonido. El pitido continuaba martilleando su cabeza, pero empezaba a notar una especie de pulso, una ligera variación periódica.

«Tengo que… levantarme».

Intentó incorporarse de nuevo, está vez cogiendo impulso con las piernas. No pudo. Sus brazos caían, pero no hacia abajo. Los acercó a su cuerpo. Los veía moverse, aunque seguían borrosos. Casi podía afirmar que estaba sola, nada a su alrededor parecía moverse. Tan solo sus brazos.

La luz le parecía más cálida por momentos, cada vez notaba con más nitidez las ráfagas.

—Alarma… —consiguió articular en voz alta.

Notó un pinchazo en la garganta. Tragó saliva. Comenzaba a tener consciencia de sus órganos internos. Notaba cómo le latía el corazón. Muy lento. Comenzó a palpar a su alrededor. Notaba una pared a los lados. Seguía en la cápsula. La tapa ya no estaba. «Hemos llegado», pensó.

Las ráfagas de lo que parecía una sirena parecían coincidir en el tiempo con el molesto pitido que le taladraba la cabeza. Poco a poco iba recuperando el control sobre su cuerpo. Pudo levantar las dos piernas, aunque volvían a caer casi de inmediato. «¿Por qué no hay nadie?», pensó.

Continuó palpando a su alrededor, se llevó las manos a la cabeza. Todo parecía en su sitio. Notó el tacto de sus propios dedos al rozar su nariz, sus labios y el pelo. Comenzó a ver con mayor nitidez.

«Emily», oyó.

—¿Hola? —preguntó, alzando la voz todo lo que podía. No hubo respuesta.

«Algo está pasando», pensó.

Hizo otro intento de levantarse y consiguió mover algo su espalda, pero continuaba sin poder incorporarse. Sus manos pasaron por su pecho y bajaron hasta la cintura. Notó un elemento extraño en la cadera. «Estoy atada».

Buscó la manera de soltarse. Parecía un cinturón. No sabía cómo abrirlo. Encontró lo que parecía una hebilla metálica. Tiró de ella, pero su cuerpo no se liberó en absoluto. Intentó salir de la cápsula una vez más. No pudo. Algo tiraba de ella hacía atrás, pero era extraño.

Trató de salir agarrándose bien al lateral derecho de la misma. Le estaba costando una barbaridad. Notaba algo muy raro, pero no entendía lo que era.

«Emily… peligro», escuchó a la misma voz de antes.

—¡Sí! ¡Aquí! —volvió a alzar la voz todo lo que pudo.

Silencio.

«Alguien está en peligro»

Veía todo borroso y, aunque el pitido de su cabeza comenzaba a remitir, seguía mareada. Todo daba vueltas. Le entraron ganas de vomitar. Comenzó a notar un agudo pinchazo en el vientre y empezó a sufrir convulsiones. Su estómago pretendía expulsar algo que no tenía. Se desmayó.

«Emily… despierta»

Volvió a abrir los ojos. Tenía la pierna izquierda sobre el borde derecho de la cápsula, casi boca abajo. Notó que de su boca caía un reguero de saliva amarga.

Consiguió espabilarse, pero seguía sintiendo que algo no encajaba. «La gravedad», pensó.

—¡La gravedad! —gritó de repente. La gravedad no la estaba empujando contra el suelo de la estancia, si no contra la pared de su espalda.

«La estación está ladeada», pensó.

Distinguió los armarios y las estructuras metálicas de alrededor de su cápsula. Trató de salir de ella, pero la gravedad la obligaba a apoyarse en los armarios de al lado en vez de en el suelo. Aterrizó como pudo sobre la puerta metálica del armario de donde la compañera de Evelyn había sacado el material. La puerta se hundió un poco bajo el peso de Emily. Notó en su costado la frialdad del armario metálico.

Empezó a distinguir el cajón bajo la cápsula. Solo llevaba puesta la ropa interior. Su cuerpo empezaba a notar frío de verdad. Estaba tiritando. Consiguió abrir el cajón y su ropa, todavía hecha una bola, cayó hacía el armario.

Tardó una eternidad en colocarse el uniforme, le costó apoyarse con un solo pie. Sus músculos se notaban adormecidos y poco a poco habían comenzado a molestarle con un leve dolor.

«Emily… ayuda»

—¿¡Ada!? ¡Eres Ada! —exclamó Emily, reconociendo por fin la voz.

No hubo respuesta.

Tenía que salir de allí como fuera, así que intentó mirar hacia el pasillo. Todavía no veía con suficiente detalle, pero su vista mejoraba a cada minuto que pasaba. También empezó a ser consciente del olor a cerrado y a metal de la estancia. Se notaba mucha sequedad en el ambiente.

Emily comenzó a moverse como pudo, dada su situación. Su cuerpo no era capaz de obedecerla como ella quería y tenía que caminar a duras penas sobre una de las vallas laterales que separaba la plataforma de las cápsulas. Un mal paso y caería unos cuantos metros hacía las cápsulas del lateral derecho de la estancia, que ahora se encontraban por debajo de sus pies. No lograba determinar la altura a la que se encontraba respecto de ellas, pero si caía, le sería muy difícil volver a la pasarela.

Algo ocurría con la estación y algo le pasaba a Ada. Por eso la había despertado.

Continuó andando por encima de la valla con gran esfuerzo y moviéndose con sumo cuidado. Consiguió llegar hasta el borde de la estancia. Sin embargo, la puerta de salida se hallaba ahora un metro por encima del suelo por el que caminaba, que continuaba siendo la valla de la plataforma. Intentó auparse con todas sus fuerzas hasta que logró abrirla hacía ambos lados lo suficiente para cruzarla y se precipitó hacia el otro lado. Estaba en el pasillo por el que habían llegado al módulo D.

Pero la nave se encontraba girada noventa grados, así que lo que antes había sido un sencillo y llano pasillo ahora tenía una inclinación ascendente de cuarenta y cinco grados. Aquella cuesta le iba a suponer a Emily un esfuerzo titánico. En su estado, era casi como escalar el Everest. Por lo menos, la pared derecha del pasillo, que ahora era su suelo, no tenía ningún tipo de abertura, así que no podía precipitarse al vacío.

Aun así, debía tener cuidado de no resbalar, ya que, aun habiendo decenas de pequeños pilares y salientes que recorrían todo el pasillo y que podrían parar su descenso, caer desde esa altura la lesionaría de gravedad.

Se armó de valor y comenzó el ascenso. Iba muy despacio, intentando agarrarse a lo que podía. Mientras tanto, la luz y el sonido de la alarma continuaban taladrándole el cerebro. Consiguió superar el primer pilar del pasillo. Calculó que le quedarían al menos otros quince, tal vez más.

Al cabo de unos interminables minutos vio cómo por encima de su cabeza comenzaba otro pasillo, el que llevaba al módulo B. Recordaba haber pasado por allí cuando la metieron en la cápsula. Estaba a mitad de camino.

«Emily… misión… peligro».

—¡Aguanta, Ada! ¡Voy para allí! —gritó con todas las fuerzas que pudo reunir.

El ordenador cuántico en el que se ejecutaba la inteligencia artificial se encontraba en el módulo de ingeniería, que por suerte estaba muy cerca. De otro modo, probablemente le hubiera sido imposible llegar hasta allí en su estado.

Siguió con su particular ascensión durante un buen rato. Para cuando llegó al pasillo principal estaba tan exhausta que tuvo que tumbarse un par de minutos para recuperar el aliento.

Frente a ella veía el pasillo que conducía al centro de la rueda de la Lavadora, que se encontraba detenida. Detrás estaba el que llevaba a Ingeniería y las dos bifurcaciones que conducían a las cuatro zonas de criogenización. El problema era que para llegar al pasillo de ingeniería iba a tener que saltar el hueco del pasillo por el que acababa de subir. La anchura sería de unos cuatro metros, lo que en su estado parecía una distancia insalvable. Además, el castigo por no conseguir saltar sería una dolorosa caída libre por el corredor por el que había venido. Si no se mataba en el descenso, se fracturaría suficientes huesos como para no poder moverse de nuevo. No pintaba bien.

Se detuvo un rato a pensar en sus opciones. O encontraba una forma menos peligrosa de pasar o no podría ayudar a Ada.

De repente recordó que en la sala que tenía enfrente había decenas de pares de botas magnéticas. Decidió probar suerte. Avanzó por el pasillo y sorteó las pequeñas columnas de la estructura hasta llegar a la abertura en la que se había calzado esas botas cuando estaba a punto de empezar su proceso de criogenización. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Echó un ligero vistazo. Todavía no veía demasiado bien, pero la abertura octogonal parecía intacta. Así que se dejó caer con sumo cuidado en una de las paredes de la estancia, que estaba sin duda pensada para utilizar sin gravedad.

Encontró un par de botas y comprobó que funcionaban, pero no se las puso. Rebuscó por la zona para ver que más encontraba. Había algún abrigo y una cuerda en una bolsa de tela fijada a una de las paredes. Se enrolló la cuerda entre una de sus axilas y el hombro contrario y volvió a encaramarse al pasillo. Volvió a la bifurcación. Emily valoró sus posibilidades teniendo en cuenta su estado físico, consciente de que solo tendría una oportunidad.

Cuatro metros en circunstancias normales sería una distancia salvable. Sin embargo, en su estado actual no se veía con confianza suficiente. Valoró utilizar las botas contra la pared o, mejor dicho, lo que debería de ser el suelo, pero desechó la idea, ya que suponía quedarse colgada en la zona del pasillo. Sin apoyarse en alguna parte le iba a resultar complicado mover las botas de sitio.

Por fin, decidió saltar con una bota agarrada en cada mano. Aun sabiendo que podría no llegar al otro extremo, tenía la esperanza de poder fijar las botas en la pared del otro lado y auparse después. Si conseguía saltar lo suficiente, no tendría más problemas.

Comprobó que las botas se fijaban en la pared del pasillo. Tras eso, y por seguridad, pasó la cuerda por las aberturas de ambas botas y ató cada extremo de la misma alrededor de sus brazos. Si se le resbalaban quería estar al menos fijada a ellas de alguna manera, aunque fuera de una un tanto endeble.

Calculó la carrerilla que necesitaría coger para obtener suficiente impulso y dio unos cuantos pasos hacia atrás.

«Vamos, Emily, tú puedes», se animó a sí misma.

Comenzó a correr y, al llegar al borde, saltó tanto como le permitieron las piernas mientras estiraba las manos con las botas.

No llegó a cruzarlo del todo, pero las botas se fijaron en la placa metálica del otro lado y pudo subir con cierta facilidad. No pudo evitar llevarse un fuerte golpe en la cadera contra la esquina del pasillo que la dejó unos momentos dolorida en el suelo.

Despegó las botas y continuó hacia adelante. La adrenalina del

salto la había espabilado bastante y, a pesar del dolor en su cadera y del malestar general, casi podía decirse que sus sentidos estaban a un setenta y cinco por ciento de su capacidad total.

Tras caminar lo que calculó que sería el equivalente a la longitud de la cámara de criogenización, llegó a otra bifurcación similar a la que acababa de pasar. Leyó los carteles, no sin esfuerzo: Sala de servidores, recto; Ingeniería: bloques A-D, izquierda; bloques E-H, derecha.

«Otra vez, no puede ser», pensó un tanto frustrada.

Emily se dispuso a repetir la misma operación, pero esta vez se quitó la sudadera del uniforme y se la ató a la cintura para hacerse una especie de almohada acolchada a la altura de la cadera, donde se había hecho más daño la última vez.

Volvió a coger carrerilla y de nuevo se quedó a la misma distancia, pero esta vez al menos, no se hizo tanto daño como la anterior. Se levantó enseguida y pudo llegar a la puerta de la sala de servidores, que se abrió al detectar a Emily. A pesar de no haber estado jamás en esa sala, Emily sabía que era una de las pocas personas con permisos suficientes para poder estar junto a La Bestia, el descomunal cerebro cuántico de la nave.

Tras la puerta había una gran sala con un pequeño recibidor que tenía unos armarios metálicos a cada lado y un terminal de acceso en el centro. Más adelante, decenas de columnas de servidores, divididos en cinco hileras, que casi llegaban a lo que debería ser el techo de la estancia. El cerebro de Ada emitía un zumbido eléctrico muy característico.

Emily intentó atravesar la puerta pero había bastante altura hasta llegar a uno de los armarios del lado derecho de la sala. Si se dejaba caer, le sería muy difícil volver a salir. Se quedó un rato pensativa en el quicio. Hacía calor allí, demasiado para que los sistemas de refrigeración estuvieran funcionando.

—Ada —llamó Emily—, muéstrame tu estado en mi visor.

Silencio. Su visor no mostró nada.

—¿Ada? —preguntó.

Más silencio.

«¿Qué está pasando aquí?».

Observó con detenimiento la sala, pero le resultaba complicado ver nada. Inclinó instintivamente la cabeza hacia la derecha para poder verlo con el ángulo que debería tener en realidad. Parecía que los imponentes bloques funcionaban con normalidad.

«¿Por qué Ada no reacciona?».

Y entonces lo vio. En el suelo, es decir, en la pared derecha, más adelante, había algo amontonado. Algo que no debería de estar allí. No lo distinguía con nitidez, pero parecían componentes de los bloques de Ada apilados de manera anárquica.

Decidió bajar. Algo estaba pasando y, desde luego, si no recuperaba a Ada no iba a poder solucionar nada. Así que dejó las botas fijadas en el pasillo y descolgó los dos extremos de las cuerdas hacia el interior de la estancia. Emily se descolgó torpemente desde el quicio de la puerta. Aun estando colgada, la altura sería de otro metro y medio adicional hasta uno de los armarios.

Se dejó caer y la puerta metálica del armario se dobló hacia el interior, inutilizándola y permitiendo a Emily ver el contenido: componentes de repuesto. Eso era una buena noticia. Si algo se había estropeado, quizá pudiera sustituirlo.

Se adelantó unos metros para revisar la pila que había vislumbrado desde la puerta. Placas de memoria, cientos de ellas. Entonces lo entendió: Ada estaba sin memoria. Y como cualquier otro sistema informático, no podía ejecutarse sin memoria.

De pie desde donde estaba, solo podía alcanzar y manipular las columnas situadas más a la derecha. Así que tuvo que agacharse para poder recorrer la estancia hasta el final mientras iba recogiendo algunas placas que eran casi del tamaño de su brazo. Por suerte, la mayoría estaban intactas, aunque encontró algunas partidas o que tenían alguna esquina mellada.

Decidió ponerse manos a la obra y al menos intentar solucionar la situación. Cogió unas cuantas tarjetas de memoria y abrió la primera de las columnas. Como se temía, las bahías que deberían estar repletas de placas de memoria, estaban vacías.

«¿Qué es lo que ha podido pasar?», se preguntó. Temía que se tratara de un sabotaje deliberado.

Uno por uno fue comprobando los distintos bloques de Ada a los que podía acceder desde la pared derecha de la sala e introdujo las memorias que tenían mejor pinta. Sin embargo, no ocurría nada a medida que iba rellenando los diferentes bloques.

—¿Ada? —preguntó una vez hubo rellenado el último de los de la fila de la derecha— ¿Estás ahí?

—¡Hola, Emily! —la saludó una voz familiar al cabo de un par de segundos.

12
Recuperando el control

Fecha desconocida

Estación espacial Asimov

—¡Ada! ¡Qué alegría volver a hablar contigo! —gritó Emily aliviada.

—Sí, es una bonita sensación —respondió.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué tus bloques de memoria estaban en el suelo?

—No lo sé.

—¿Qué fecha es? ¿Sabes dónde estamos?

—No, no lo sé. No recuerdo nada. Solo sé que llevaba un periodo indeterminado de tiempo intentando reaccionar sin éxito.

—¿Puedes acceder a tus registros para consultar la bitácora?

—Sí, pero mi último apunte tiene fecha del 30 de julio de 2797, a las 8.02 de la mañana —respondió Ada—. No observo nada extraño en mis anotaciones hasta ese momento, pero a partir de ese instante no he podido almacenar nada.

—¿Y eso hace cuanto ha sido?

—No lo sé. La fecha de mi sistema ha estado variando desde entonces, y a todas luces es errónea. Me temo que no tengo manera de calcular cuánto tiempo ha pasado desde mi último apunte.

Emily empezó a ponerse nerviosa. Se dio cuenta de que la última anotación fue exactamente quinientos años después de partir de la Tierra. No podía ser una casualidad.

—¿Cuál es la situación de la estación? —preguntó.

—Todavía no lo sé, ahora mismo solo tengo unos pocos módulos cargados en memoria, necesitaré que me pinches el resto en los bloques vacíos.

—Pero no llego a ellos, tendrás que ladear la nave hacía la izquierda —apuntó Emily.

—Sí, perdona. Dame un momento, intentaré que sea lo más apacible posible.

Al cabo de unos segundos, la nave comenzó a moverse. Emily pudo seguir sin problemas la transición hasta la inclinación correcta. Por fin, todo volvía a tener el aspecto que debía y ya podía acceder con

normalidad a toda la estancia: a las columnas de los servidores de Ada, a los armarios a ambos lados de la entrada y hasta al terminal de acceso.

Poco a poco, Emily fue restableciendo todas las placas de memoria de cada una de las columnas restantes. Las que estaban visiblemente rotas, las sustituía por unidades nuevas del armario que acababa de abrir hacía unos momentos. Ada también le iba indicando qué módulos de los que parecían enteros no funcionaban. Al cabo de un buen rato, Ada estaba a pleno rendimiento y la temperatura de la estancia comenzó a estabilizarse. Emily empezó a tener frío así que volvió a ponerse la sudadera, que seguía atada a su cintura.

—Emily, gracias por la ayuda —dijo Ada—. No sabía muy bien qué hacer. No podía pensar con claridad. Todas mis rutinas estaban bloqueadas y solo podía mantener cargado uno de mis módulos a la vez. Si no es por las múltiples cachés de memoria de los procesadores cuánticos, es probable que estuviera muerta.

A Emily le llamó la atención que Ada utilizara esa palabra.

—Entonces, ¿no sabes qué ha podido pasar? ¿Quién te ha quitado todos los módulos de memoria? —volvió a preguntar Emily.

—No, no lo sé. Pero creo que ahora mismo tenemos un problema mucho más grave que solucionar —confesó Ada con voz muy seria—. Te lo enseñaré.

El implante ocular de Emily le mostró lo que las cámaras y sensores de la estación captaban en ese mismo instante.

En el centro de la imagen, Emily vio un enorme disco del negro más absoluto que había visto jamás. A su alrededor, un halo brillante de luz se deformaba formando unos vértices imposibles que atravesaban también la enorme extensión de oscuridad por el medio. Su único objetivo, tragar lo que se cruzara en su camino, atraerlo hacia sus entrañas con una fuerza inexorable y aplastarlo en la inmensidad de su masa en la más absoluta oscuridad.

Un agujero negro. Y a juzgar por la fuerza de atracción que estaba experimentando la estación, había encontrado su próximo objetivo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Emily de manera casi instintiva—. ¿Y qué hacemos? Tenemos que escapar de esa cosa. ¿Podemos hacerlo?

—Mucho me temo que no tenemos suficiente impulso para llegar a la velocidad de escape —confesó Ada—. Por culpa del problema de la memoria no he podido detectarlo y reaccionar a tiempo y ahora nos encontramos atrapadas dentro del radio de acción del agujero negro. Lo siento mucho, Emily; lo siento de veras —se disculpó.

Emily no supo muy bien qué decirle, parecía muy afligida.

—Pero habrá algo que podamos intentar, ¿no?

—Sí, pero mis simulaciones no son ni muy precisas ni muy esperanzadoras, me temo —respondió Ada—. Es la primera vez que la humanidad se topa con un agujero negro y por lo tanto mi experiencia es muy limitada, no pasa de simples postulados teóricos.

«¿La primera vez?», Emily no pudo evitar pensar en su padre y en la Galileo. ¿Habrían sido ellos capaces de evitar el agujero negro? Intentó no pensar en ello y concentrarse en solucionar el problema más inmediato: no morir aplastada por el enorme tirón gravitacional del agujero negro.

—Ahora entiendo por qué teníamos gravedad.

—Sí. De hecho, la gravedad es aún mayor de lo que te parece. Antes de despertarte conseguí activar todos los reactores laterales de la nave para poder darte una gravedad similar a la de la Tierra —explicó Ada—. Lo que no tuve en cuenta fue que esa gravedad se producía en la dirección equivocada, hacia el lado derecho de la nave. Pero lo peor es que, aunque tú sientas 1G, en realidad estamos a casi 4,5G, y cada minuto que pasa esa fuerza de atracción va creciendo. Llegará un momento en el que la fuerza de atracción del agujero negro sea tal que no pueda mantener esta gravedad artificial y sea imposible moverse por la nave. Por desgracia, una vez lleguemos cerca del horizonte de sucesos del agujero negro será físicamente imposible escapar. Al menos, en teoría.

—¿Cuánto tiempo llevamos dentro de su área de acción? —preguntó Emily.

—Lo siento, no lo sé.

—Está bien, ¿y qué podemos hacer? —preguntó Emily.

—Nosotras nada, me temo, pero ahora que ya vuelvo a tener control sobre mí misma, las rutinas implementadas me exigen despertar al consejo de dirección de la nave.

Ada comenzó a gestionar todas las operaciones para despertar a las máximas autoridades del arca, es decir, el subdirector Green, la capitana Mei y el almirante O’Connell.

—Hay un problema —observó Ada.

—No me digas, ¿cuál? —preguntó Emily con sarcasmo.

—Detecto setecientas doce cápsulas sin energía. Una de ellas es la del almirante O’Connell. El protocolo exige que reanime al comandante Bauer.

—Vaya —Emily se quedó de nuevo sin palabras—. ¿Qué les ha pasado a sus ocupantes?

—Lo lamento, pero me temo que están muertos.

—¿Ha tenido algo que ver con el problema de la memoria?

—No puedo asegurar nada, pero es poco probable que así sea. Al fin y al cabo, la tecnología de criogenización no era más que un prototipo, jamás se llegó a probar en periodos prolongados de tiempo. Entra dentro de lo factible que alguna unidad haya salido defectuosa.

—Entiendo. Entonces, deberíamos despertar a los demás, ¿no? —preguntó Emily.

—Sí, y quizá sería buena idea ir a ayudarles, intuyo que tu despertar ha sido bastante traumático. Les vendrá bien oír una voz humana.

—Tienes toda la razón —reconoció Emily—, ve despertándoles de uno en uno y dime dónde se encuentran.

—Me temo que no hay tiempo. Los despertaré con cinco minutos de diferencia para que puedas atenderlos poco a poco.

—De acuerdo.

—Bien, empezamos con el subdirector, que se encuentra en el sector A —indicó Ada.

—Voy para allí.

Sin ser apenas consciente de ello, Emily había recuperado casi por completo sus aptitudes, aunque todavía tenía náuseas, un ligero dolor de cabeza y sus músculos continuaban muy doloridos. Por lo demás, estaba lista para ponerse en marcha. Se dirigió al sector A, salió por la puerta, en la que seguían las botas pegadas a la pared, y continuó por el pasillo hasta girar a la derecha. Dio gracias por no tener que volver a saltar ninguna otra abertura.

Cuando llegó ya había una cápsula abierta. Emily se acercó y comprobó que allí se encontraba el subdirector, todavía inconsciente.

—¡Subdirector Green! —llamó Emily— ¡David!

Él comenzó a mover la cabeza con cierta pesadez e intentaba abrir los ojos, pero no parecía reaccionar a las llamadas. Emily se dio cuenta de que la alarma seguía funcionando y recordó lo molesta que era.

—Ada, ¿puedes quitar esa maldita alarma?, es desquiciante —pidió.

—Claro, perdona, a mí no me molesta.

La alarma paró de repente y Emily sintió una paz y una quietud muy de agradecer. Aunque entonces comenzó a oír los propulsores del suelo mientras intentaban mantener la gravedad dentro de los parámetros aceptables.

—David, ¿me oyes? —volvió a preguntar Emily.

Green pareció reaccionar tímidamente al estímulo sonoro, pero Emily se dio cuenta de que este proceso le iba a llevar un buen rato. Ni siquiera sabía cuánto tiempo le había costado a ella espabilarse lo suficiente.

Llegó a pensar en administrarle algo, pero desechó la idea casi de inmediato. No se veía capaz de tomar una vía o utilizar una jeringuilla, ni aun con Ada guiándola. Así que decidió abrir el cajón de la cápsula. Ahí encontró las pertenencias del subdirector, las sacó y se las puso encima del torso.

—David, si me oyes, volveré en un rato, ¿de acuerdo? —preguntó.

El subdirector apenas pudo separar los párpados, pero Emily lo tomó como una respuesta de conformidad y comenzó a moverse hacía la salida de la estancia.

—Ada, ¿has iniciado el siguiente proceso?

—Sí, tanto el comandante como la capitana se encuentran en el mismo módulo, el C —respondió Ada—. Me he tomado la libertad de despertar a ambos a la vez.

—Genial, así ahorraremos tiempo. Voy para allá.

Se dirigió sin perder ni un solo minuto al módulo C. Al llegar vio las dos cápsulas, una a cada lado de la pasarela.

Visitó primero la de la derecha, la del comandante Bauer. Respiraba con normalidad, pero todavía no se movía.

—¿Comandante Bauer? —lo llamó Emily en alto.

Como no obtuvo respuesta, pasó a la otra, a la de la capitana Mei. Su pelo corto la hacía parecer más delgada si cabe, y descansaba igual que el comandante.

—¿Capitana Mei? —probó sin demasiadas esperanzas.

Nada.

Extrajo de sus respectivos cajones la ropa de cada uno de ellos y la colocó con suavidad encima de sus caderas.

—Volveré en unos minutos —les prometió a cada uno. Consciente de que se iba a pasar toda la mañana haciendo viajes de aquí para allá, abandonó la estancia para visitar a su otro paciente.

Mientras hacía el trayecto pensó que, al acabarse de despertar, había dado por hecho que era por la mañana. Pero ni siquiera Ada tenía ni idea de qué hora era. Ni si tenía algo para desayunar.

Comida. Había estado tan ensimismada en sus problemas que no se le había ocurrido pensar en que debería ingerir algo. Su estómago se sentía vacío y estaba comenzando a despertarse.

—Ada, ¿qué especifica el protocolo sobre la ingesta de nutrientes

tras despertar de la criogenización?

—Que se debe realizar de manera escalonada. Primero líquidos, al cabo de dos días alimentos semisólidos y tras cinco días ya se puede comenzar a ingerir sólidos —explicó—. Deberías encontrar algunas raciones liquidas en los armarios de la zona de las cápsulas.

Emily regresó junto al subdirector Green. Comprobó que ya intentaba abrir los ojos con más frecuencia y que movía la cabeza, como si intentara comunicarse.

—¿David? Soy Emily, ¿me oyes? —dijo.

El subdirector respondió con un leve asentimiento de cabeza. Ojalá ella hubiera tenido asistencia, le habría costado mucho menos espabilarse.

Abrió uno de los numerosos armarios que se encontraban allí, en el que aparte de numerosos dispensadores de medicinas, encontró unas raciones liquidas embolsadas etiquetadas como DÍAS 1-2. Cogió una y la examinó con atención, dentro había unos trescientos mililitros de un líquido amarillento envasado al vacío.

«Para adentro», pensó.

Comenzó a absorber el líquido. No estaba mal para llevar más de quinientos años allí, su sabor recordaba vagamente a la avena. Emily supuso que era sintético y que por lo tanto no habría perdido ninguno de sus nutrientes con el tiempo. Extrajo otra ración para el subdirector y la colocó en una de las repisas del armario.

Volvió a acercarse a él y le cogió de la mano.

—David, ¿qué tal te encuentras? —preguntó.

El subdirector miró hacia donde provenía el sonido, aunque se le notaba un poco desorientado todavía. Intentó abrir la boca para hablar, pero no fue capaz de articular ninguna palabra. Emily recordaba esa fase en la que tu cuerpo no obedece del todo las órdenes de tu mente y no era muy agradable. Sin embargo, sí que pudo notar que el subdirector comenzaba a apretar su mano, estaba recuperando las fuerzas.

—Bien, debo volver al otro módulo para atender a los otros dos. Volveré en unos minutos, ¿de acuerdo?

El subdirector asintió con la cabeza y Emily volvió al otro módulo. Esto iba a durar una eternidad.

Unos cuantos viajes después, el subdirector ya se encontraba con suficiente fuerza para moverse así que, ayudado en todo momento por Emily, se vistió y se trasladaron poco a poco hasta el otro módulo. Prefirió tenerlos a todos a la vista y así evitar tener que ir de un lado a otro.

Al cabo de un rato, tanto la capitana como el comandante fueron reaccionando a los estímulos. Media hora más tarde ya estaban los tres vestidos y más o menos en un buen estado físico y mental. Desde luego, y a pesar de las bajas, era todo un éxito de los ingenieros que habían diseñado las cápsulas de criogenización. Como le había recordado Ada, nunca se habían probado durante periodos tan largos de tiempo, por lo que era casi un milagro.

Trasladaron su pequeña reunión al módulo de ingeniería, donde se encontraba Ada.

—Bien, creo que ya puedes ponerles al día, Ada —dijo Emily.

—Hola a todos, me alegro de verlos —empezó—, pero me temo que estamos aquí por un tema bastante delicado así que no lo alargaré: nos encontramos orbitando bajo la influencia gravitatoria de un agujero negro supermasivo —dijo sin paños calientes.

Los tres líderes tardaron un momento en asimilar la información.

—¿Qué? ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa? —preguntó la capitana Mei.

Ada explicó a los presentes los problemas que había experimentado durante el trayecto y por qué no había podido reaccionar a tiempo. También les indicó que, si no actuaban con premura, llegaría un momento en el que no podrían hacer nada para salvar la nave. Las caras de preocupación fueron evidentes, sobre todo la del comandante Bauer que, además, se veía de repente como el máximo responsable del área militar de la nave.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó el subdirector Green.

—He teorizado a partir del conocimiento limitado que tenemos sobre los agujeros negros. También he realizado multitud de cálculos en base a nuestra masa, trayectoria, velocidad y ángulo respecto de la anomalía —siguió Ada—. No podemos de ninguna manera escapar de la atracción gravitatoria con la masa actual. La mejor de nuestras opciones es soltar los dos primeros módulos de la estación espacial, el de terraformación y el arsenal.

—¡¿Qué?! —respondió la capitana— ¡No podemos hacer tal cosa! El módulo de terraformación es vital para la supervivencia de la colonia en el planeta. Y sin el arsenal, estaremos casi indefensos con respecto a cualquier amenaza. ¡Es una locura!

—En realidad, todo obedece al sentido común —continuó Ada—. Esos módulos son, respecto al resto, los que más masa tienen, obviando el módulo de ingeniería, donde nos encontramos ahora mismo y en el que residen los motores principales del arca. Se colocaron en la proa para equilibrar la masa de la estación espacial. Soltarlos provocaría dos efectos beneficiosos para solucionar el

problema: nos permitiría eliminar peso y además haría que la nave rotara gracias a la pérdida de dicho equilibrio, para comenzar a situarse en perpendicular con respecto a la trayectoria actual. Eso nos permitiría utilizar los reactores principales para intentar alcanzar la velocidad de escape de la órbita del agujero negro.

—¿Qué probabilidad de éxito tiene ese plan? —preguntó el subdirector.

—Un diecisiete por ciento según mis cálculos, aunque podría ser algo más, mis datos empíricos sobre el efecto gravitatorio de un agujero negro son bastante limitados, por no decir inexistentes —confesó Ada—. Ahora bien, si además de eso coordinamos la operación con una detonación en el arsenal, el impulso de la deflagración aumentaría las probabilidades hasta casi un treinta y dos por ciento.

—Subdirector, no puede estar pensando en serio en sacrificar el módulo de terraformación. ¿Qué ocurrirá después? —preguntó la capitana Mei—. ¿Cómo sobreviviremos en el planeta si este no reúne las condiciones idóneas para albergar la vida humana?

—Pero dispondremos en el planeta de los módulos de la Galileo, ¿no? Por ese motivo se diseñaron las misiones con un factor de redundancia —apuntó Emily.

—Sí, pero no debemos tomar estas decisiones a la ligera —insistió la capitana—. No sabemos qué habrá sido de la estación Galileo. Puede haber tenido cualquier otro problema durante el viaje, incluso puede haber caído dentro del agujero negro.

Emily sintió de nuevo una gran angustia. La capitana tenía razón. Podía haber pasado cualquier cosa, y su padre y toda la tripulación de la Galileo podrían haber corrido la peor de las suertes.

—¿Por qué no tuvimos en cuenta el agujero negro cuando se trazó la ruta? —preguntó con timidez el comandante Bauer, que casi no había participado en la conversación.

—Sencillamente, porque no estaba ahí —apuntó Ada—. Quizá nuestra tecnología no es tan sensible para captarlo, o tal vez haya aparecido desde que partimos. Lo único que tengo claro es que cuando despegamos no teníamos constancia de que hubiera algo en este lugar. Aun así, considero improbable que se haya generado durante la travesía, por lo que me inclino a pensar que simplemente no lo habíamos detectado.

—¿Sabes ya dónde estamos? —preguntó Emily.

—Sí, he tenido que triangular nuestra posición con respecto a las estrellas que detectan los sensores de la nave y las imágenes captadas por las cámaras. Nos encontramos a menos de un año luz de nuestro

destino —reveló Ada—. Y, por lo tanto, puedo aventurarme a decir que estamos más o menos en el año 3288. Aunque tendré que sincronizarme con la Galileo cuando lleguemos, he actualizado los relojes de todos los sistemas de la estación.

—¿Qué probabilidades de supervivencia tenemos si no sacrificamos el módulo de terraformación? —preguntó el subdirector.

—Me temo que son cercanas al cero por ciento. Y tenga en cuenta que, al tratarse del primero de los módulos, es el primero que deberíamos desconectar para desembarazarnos de cualquier otro. Por desgracia, de sacrificar algo tendrá que ser el módulo de terraformación. Lo lamento.

—Capitana Mei, me temo que no tenemos otra opción —dijo el subdirector con tono serio.

Todos agacharon la cabeza pensativos, suspirando porque alguien tuviera una idea loca que les sacara del atolladero en el que se encontraban. Pero esa idea, por desgracia, nunca llegó.

—¿Alguien tiene algo que objetar al plan de Ada? —preguntó el subdirector.

—No —admitió la capitana Mei.

—No —confirmó el comandante Bauer.

—De acuerdo, Ada, dinos qué tenemos que hacer —ordenó el subdirector—. Cuando salgamos de esta, ya nos preguntaremos qué es lo que ha ocurrido para acabar metidos en esta situación.

13
Velocidad de escape

Algún día de 3288

Estación espacial Asimov

Ada había ido habilitando los diferentes módulos para que pudieran acceder a ellos. Acababa de proporcionar energía y proveer de oxígeno a todos. Cada uno era responsable de una de las partes del plan. El subdirector Green tenía que aprobar la desconexión del módulo de terraformación; el comandante Bauer del arsenal, y la capitana debería confirmar esas órdenes de manera simultánea.

El sistema de desconexión de módulos se ideó para aquellas eventualidades en las que un sistema quedara inservible. Por ejemplo, si existiera una brecha en el casco de alguno de ellos que pudiera poner en peligro la integridad del resto de la estación. Jamás imaginaron que tendrían que hacerlo cuando, a grandes rasgos, la totalidad de la nave se encontraba en perfectas condiciones.

Ada había girado la Lavadora para que el puesto de mando quedará en la parte inferior de la nave y poder así disponer de una gravedad más o menos normal, sin necesidad de andar por las paredes o el techo o tener que salvar los obstáculos arquitectónicos como había tenido que hacer Emily para llegar hasta la sección de ingeniería.

Una vez allí, los cuatro pudieron observar con sus propios ojos la magnitud del agujero negro. El halo, de un fulgor dorado muy intenso, parecía moverse a medida que la nave continuaba orbitando a su alrededor, y la oscuridad de su núcleo era tal que daba la impresión de ser algo irreal.

—¡Es impresionante! —comentó Emily, asomándose al ventanal del puesto de mando.

—Si no estuviera a punto de aniquilarnos, sería algo digno de ver —apuntó el comandante Bauer.

—Si salimos de esta, quizá podamos dejar aquí una sonda autónoma para estudiar el agujero negro —propuso el subdirector.

—Es una excelente idea —aplaudió Ada—, que, por suerte, ya tenía en mente —presumió.

—Bueno, supongo que antes tendremos que resolver el nimio detalle de que el agujero negro se nos quiera tragar… —dijo Emily.

Así pues, tras contemplar durante unos instantes las espectaculares vistas, volvieron a concentrarse en intentar escapar de la amenaza. Tuvieron que pasar diferentes controles de seguridad para llevar a cabo la misión. Después de los escáneres faciales y la introducción de varios códigos, el sistema de desconexión de ambos módulos pasó a estar bajo el control de Ada.

—De acuerdo —dijo el subdirector—. Ahora deberíamos proceder a preparar la detonación de un explosivo. Comandante, nosotros no tenemos acceso al módulo. Me temo que no tiene más remedio que acercarse usted hasta allí.

—Sí, subdirector —confirmó él asumiendo su tarea—. Pero necesitaré a alguien que me ayude.

—Yo iré —se ofreció Emily—. Ustedes dos son esenciales para que la nave llegue a su destino —añadió, refiriéndose al subdirector y a la capitana Mei.

Green estuvo a punto de rebatir su argumento, pero lo cierto era que tenía toda la lógica del mundo. Así pues, Emily y el comandante se dirigirían al arsenal para programar la detonación. El subdirector y la capitana Mei se quedarían en el puesto de mando, aunque mantendrían el contacto por vídeo y audio.

La capitana y el subdirector aguardaban pacientemente mientras visualizaban las imágenes que emitían los implantes oculares de Emily y del comandante en una de las pantallas del puesto de control. El trayecto hasta el arsenal era largo, ya que era necesario atravesar varias secciones de la nave. Además, teniendo en cuenta el estado físico de ambos, se iba a hacer todavía más pesado si cabía. Emily había cogido un par de raciones de ese líquido con sabor a avena por si acaso les hiciera falta hidratarse durante el trayecto.

Tuvieron que atravesar los módulos del invernadero, el silo, la granja y la bodega de carga para, al final, atravesar uno de los enormes hangares cruzando por una larga pasarela elevada y llegar a la única esclusa de tamaño humano que comunicaba los módulos del hangar y el arsenal.

La seguridad de esta esclusa era superior a la habitual e incluía pruebas biométricas que el comandante superó sin problemas. Dentro del arsenal había un gran almacén de carga de más de medio kilómetro de longitud con diferentes niveles y grandes rampas que permitían acceder a todos ellos. Podían intuirse vehículos ligeros y también blindados pesados, todos ellos anclados por seguridad a la estructura del módulo.

El comandante se dirigió a una de las enormes rampas que daban acceso al nivel inferior. Allí pudieron ver multitud de cajas militares

perfectamente selladas, amontonadas y estibadas a lo largo de toda la planta. No era de extrañar que, con la cantidad de material militar que llevaban a bordo, este módulo fuera uno de los más pesados

El comandante señaló una de las enormes montañas de cajas apiladas y, tras soltar las enormes redes que la mantenían fijada al suelo, se dirigió hacia una de las grúas que se encontraban aparcadas en las paredes del módulo. Manipuló la grúa de tal manera que pudo acercarse a la pila de cajas gracias a una especie de raíles estratégicamente colocados en el suelo. Mientras, Emily aguardaba a una distancia prudencial.

La grúa fijó una de las cajas de la pila a su pluma y con un par de movimientos el comandante la posó en una zona libre de la gigantesca estancia. La caja tenía unos seis metros de longitud por cuatro de anchura. Dejó de nuevo la grúa en su lugar y se dirigió hacia la caja para abrirla.

Necesitó la ayuda de Emily para levantar la tapa, muy pesada. Dentro estaba la madre de todas las bombas.

—¡Joder! —exclamó Emily sin pensarlo cuando la vio.

—¿En serio llevábamos ese trasto a bordo, comandante? —preguntó el subdirector mientras observaba la escena a través de una de las pantallas del lateral del puesto de mando.

—Ya sabe —respondió el comandante—, no podemos dejar que nuestra tecnología caiga en las manos de alguna civilización alienígena con actitud poco amistosa.

—¡Pero esto podría acabar con todos nosotros! —protestó por radio la capitana.

—Sí, esa era la idea —confesó el comandante.

—¡Maldita sea! ¡Debí prever que el ejército haría alguna de las suyas! —se lamentó el subdirector.

—Bueno, ya no vamos a disponer de nada de esto, así que tranquilícense, la expedición será a partir de ahora cien por cien civil —intentó calmar el comandante.

—¡Pero han puesto en riesgo la misión! ¿No les parecía suficiente reto atravesar el universo entero para además tener que hacerlo sobre una puta bomba nuclear? ¿De cuánto? ¿Cien megatones? —preguntó la capitana, todavía más indignada.

—Cuatrocientos cincuenta megatones —intervino Ada.

—¿Có… cómo lo sabes? —tartamudeó el comandante.

—Observé con atención el proceso de estiba de toda la carga que hay en la nave. También he analizado los pesos y composición de cada uno de los cajones de esa estancia, comandante —explicó—. Y créame,

si no es por esa potencia de fuego, nuestras posibilidades serían ahora mismo muy inferiores. Ahora les recomiendo que concluyan la programación del detonador —siguió Ada—, me temo que la gravedad del agujero negro va a comenzar a sobrepasar la capacidad de empuje de los propulsores laterales de la estación. A partir de este momento, la gravedad crecerá paulatinamente en toda la nave. Les costará cada vez más volver hasta el puesto de mando.

—Sí, rápido, arme este trasto y marchémonos de aquí —urgió Emily.

El comandante, que parecía muy nervioso, manipuló la consola de la enorme bomba. Sacó de uno de sus bolsillos una pequeña placa de plástico, la partió por la mitad y extrajo del interior un trozo de papel con un código formado por una serie de caracteres alfanuméricos. Luego los introdujo con mucha dificultad en la consola táctil. Sus manos temblaban tanto por la tensión que tuvo que corregir varios caracteres.

—¿Cuánto tiempo le pongo? —preguntó el comandante.

—Hemos tardado media hora en llegar —apuntó Emily— ¿Treinta y cinco minutos?

—Sí, deberían estar en el puesto de mando en treinta y cinco minutos, pero después hay que iniciar el desacoplamiento de los dos módulos y esperar un tiempo prudencial antes de que la bomba haga explosión. Tenemos que conseguir estar lo suficientemente cerca para que la deflagración nos sirva de impulso, pero no tanto como para que afecte a la integridad del casco —les explicó Ada—. Introduzca cincuenta y cinco minutos, comandante.

—Entendido, cincuenta y cinco minutos, ¡hecho! —confirmó el oficial militar.

Ambos se dirigieron sin dilación de nuevo a la rampa para volver a la planta de acceso.

—¡Un momento! —exclamó de repente Emily extendiendo los brazos.

Los dos se quedaron clavados en el sitio.

—El módulo empezará a girar sin control cuando no esté acoplado a la estación, ¿verdad? —preguntó en alto— ¿No deberíamos fijar la bomba al suelo para evitar que se mueva y explosione antes de tiempo o quede inutilizada?

—Buen apunte —añadió el subdirector.

Se miraron el uno al otro, dieron la vuelta y empezaron a correr de nuevo hacia abajo.

—¡Necesitamos unas cinchas para poder fijar esto! ¿Ada?

—Tienen material de fijación al lado de las grúas —les explicó—. Y, dicho sea de paso, les recomiendo también que vuelvan a asegurar la pequeña montaña de cajas de la que han sacado a nuestra pequeña amiga —respondió.

El comandante se acercó lo más deprisa que pudo a la zona de la grúa y recogió tres cinchas de corta longitud que estaban aseguradas en la pared al lado de la grúa que había manipulado hacía unos minutos. Con ellas y a la carrera, cada vez más cansado, se dirigió a la bomba. Entre ambos volvieron a colocar la tapa de la caja.

—¿No podemos ponerla en pausa? —preguntó Emily mientras recibía el extremo de la primera cincha para fijarla al suelo desde su lado.

—No, me temo que eso no es posible una vez iniciada la cuenta atrás —respondió él.

Ambos fijaron las cinchas tan rápido como les fue posible, dos por el lado largo y otra en el corto.

—La gravedad de la nave es ya de 1,1G —apuntó Ada.

—¡Genial! Un poco más de presión nos vendrá de perlas —ironizó Emily.

Se dirigieron después a la montaña de cajas y Emily lanzó la red de un lado al otro de la pila. El comandante esquivó el extremo, lo cogió del suelo y lo aseguró de nuevo, de la misma manera que habían hecho con la bomba. Una vez finalizada la estiba comenzaron a subir otra vez la interminable rampa al nivel superior. El diez por ciento extra de gravedad comenzaba a notarse, y mucho, dado su débil estado físico. Eso les hizo ralentizar el paso.

Cruzaron de nuevo la esclusa del módulo y se encaminaron hacia el puesto de mando.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Ada? —preguntó Emily.

—Treinta y cinco minutos para la detonación, lo que hacen veinticinco minutos para llegar al puesto de mando. Tendréis que acelerar el paso. La gravedad está ahora mismo en 1,15G.

—Estupendo, esto va a ser como llevar una mochila con piedras.

—Bueno, por lo menos todavía no ha explotado nada —bromeó Ada.

—Sí, es un detalle que se agradece —dijo Emily.

Aceleraron el paso, pero todavía tenían que cruzar la pasarela que cruzaba los hangares. Vieron numerosas naves de transporte y rovers en la planta inferior. De repente, el comandante comenzó a desfallecer y a caminar de forma más pausada. Paró un instante para recuperar el aliento.

—¿Se encuentra bien, comandante? —preguntó Emily, deteniéndose ella también.

—Sí, es solo… que no… puedo…

El comandante, que no tenía una complexión atlética sino más bien todo lo contrario, estaba empapado en sudor y parecía muy cansado. Antes de poder acabar la frase, cayó desplomado al suelo.

—¡Comandante! —gritó Emily mientras intentaba sin éxito evitar que se golpeara la cabeza contra la pasarela.

«¿Y qué demonios hago yo ahora?», pensó nerviosa.

Miró al comandante, que se había abierto una pequeña brecha en la cabeza, aunque no parecía muy grave. Al menos, no comparado con lo que les pasaría si no llegaban a tiempo al puesto de mando.

Emily miró a su alrededor. Necesitaba encontrar otra solución, no podría llegar a tiempo si tenía que arrastrar al comandante con una gravedad mayor de lo normal.

—Ada, ¿cuánto tiempo falta para desacoplar los módulos?

—Veinte minutos.

—De acuerdo, creo que no vamos a poder llegar al puesto de mando, ¿cómo puedo abrir una de estas naves de transporte? —preguntó.

—Deberían estar abiertas —dijo Ada—. La gravedad está ya en 1,2G —añadió al final.

Emily agarró con todas sus fuerzas al comandante y empezó a arrastrarlo por la pasarela hasta la siguiente escalera que descendía hacía al hangar. Estaba a quince metros de distancia. Le costó una barbaridad a pesar de que no era un hombre con sobrepeso. La gravedad hacía ya que ambos pesaran un veinte por ciento más de lo normal.

Consiguió llegar a la escalera tras un esfuerzo sobrehumano.

«Por lo menos, ahora es hacia abajo», pensó Emily.

Antes de arrastrarlo escaleras abajo decidió descansar medio minuto e hidratarse, sorbiendo media bolsa del líquido amarillento para recién reanimados. No fue la panacea, pero la reconfortó un poco.

Comenzó a bajar por la columna de escaleras que descendía al hangar en tramos que formaban pequeñas terrazas cuadradas. Emily calculó que serían unos cuarenta metros hasta el suelo, el equivalente a diez pisos de altura. Al igual que en el arsenal, en esta sección había varios hangares apilados. Este era el nivel medio.

Tardó casi diez minutos, ya que tenía que bajar con un peso muerto que a cada segundo pesaba más y más. Llegó al hangar

jadeando y exhausta. Pero tenía que seguir. Se encaramó a uno de los transbordadores y se sentó en el asiento del piloto, pero se dio cuenta de que no sería capaz de subir allí arriba al comandante. Necesitaba abrir el portón de carga.

—¡Ada! ¿Cómo se abre el portón trasero? —preguntó abrumada por la cantidad de controles que se presentaban ante ella.

—Hay un interruptor en la parte inferior de la consola central etiquetado como CARGO DOOR y debería de ser de color rojo —explicó Ada—. No quiero meterte prisa, pero te quedan solo cuatro minutos.

Emily buscó el botón con desesperación.

—¡Bingo! —exclamó triunfal. Apretó el botón, pero no ocurrió nada. Lo pulsó varias veces más, sin éxito—. ¡Ada! ¡No funciona! —exclamó cada vez más nerviosa.

—Lo más seguro es que la nave no tenga energía. Necesitarás enchufarla al suministro de la estación. Hallarás una manguera eléctrica junto al lateral de la nave. Pero antes deberás abrir la tapa de la toma eléctrica del transbordador. Tendrás una pequeña palanca de color rojo bajo tu asiento, en el lado izquierdo.

Emily encontró la palanca, tiró de ella y bajó a toda prisa de la cabina. Observó que el comandante estaba recuperando poco a poco la consciencia. Estaba sentado en el suelo, todavía aturdido. Emily no tenía tiempo para eso, así que cogió la manguera que estaba justo donde Ada le había dicho y, con toda la agilidad que le permitía la creciente gravedad, enchufó el extremo en la terminal de carga del transbordador.

Sin esperar ningún efecto ni preocuparse por el convaleciente comandante, subió como un rayo de nuevo a la cabina y accionó el botón, pero no pasó nada.

—¡Ada! ¡Esto sigue sin funcionar! —exclamó.

—Necesitarás presionar el interruptor general de energía. Lo tendrás en la parte superior de la consola principal. Aparecerá rotulado como MAIN POWER.

Emily apretó ese botón y toda la consola se encendió como un árbol de navidad. Pulsó el botón del portón trasero sin perder ni un segundo y un ruido hidráulico comenzó a oírse.

—¡Bien! —soltó un grito de victoria.

—Quedan treinta segundos para que se desacoplen los módulos. —anunció Ada—. La gravedad es de 1,3G.

Emily recogió del suelo al desorientado comandante y comenzó a llevarlo hacía la compuerta trasera.

—¡Vamos, comandante! ¡Tenemos que entrar en esa nave! —exclamó, intentado insuflar algo de energía en el aturdido militar.

—Veinte segundos…

Para cuando llegaron a la compuerta esta ya estaba desplegada y comenzaron a subir por ella. El comandante solo era capaz de arrastrar los pies y Emily lo llevaba cómo podía con el brazo sobre sus hombros.

—Diez segundos…

Emily miró el interior de la bodega del transporte, pero este no era como el que les había traído a la estación. ¡No estaba adaptado para pasajeros!

—3… 2… 1… Comenzando desacoplamiento.

Ada soltó los amarres entre el hangar y el arsenal y los dos módulos comenzaron a separarse de la nave. Atraídos por la mayor gravedad que el agujero negro ejercía sobre ellos, ambos comenzaron a caer hacia el centro del pozo oscuro.

Al mismo tiempo, Ada apagó los propulsores laterales de los módulos de popa y mantuvo los de proa activos. Esto, sumado a la pérdida de masa en la parte delantera, provocó que la estación espacial comenzara a girar hacia arriba, apuntando en la dirección opuesta al agujero negro.

—Módulos arsenal y terraformación desacoplados con éxito. Inclinación de quince grados y subiendo —informó Ada.

Emily tiró del comandante hacía la parte delantera de la nave. Intentarían llegar a la cabina por dentro, pero cada vez se les hacía más cuesta arriba.

—¡Maldición! Tenía que haber escogido un transbordador orientado en sentido contrario —se lamentó.

Entonces los vio. En la parte delantera, mirando hacia el portón trasero, había una serie de asientos fijados al chasis con cinturones de seguridad similares a los que ya había utilizado cuando llegaron a la estación espacial.

—Inclinación de veinticinco grados y subiendo.

Emily empujó con todas sus fuerzas al comandante, solo les quedaban unos pocos metros para alcanzar las sillas.

—Inclinación de treinta grados y subiendo. La gravedad es de 1,4G.

Emily, tras hacer un esfuerzo titánico llevando al comandante a pulso, por fin consiguió que se sentara en uno de los asientos. Por suerte había recuperado algo la consciencia y pudo al menos mantenerse erguido. Emily lo fijó con el cinturón de seguridad de tres puntos, que le aseguraba desde los hombros hasta el hueco entre las

piernas.

—Inclinación de cuarenta grados y subiendo —informó Ada.

Emily, que ya empezaba a tener dificultades para mantener la verticalidad, resbaló de un pie y cayó al suelo. Armándose de valor, se levantó de nuevo a toda prisa y pudo traccionar con el pie que se encontraba más adelantado. Sin embargo, no llegaba al asiento desde su posición. Tomó aire con una gran bocanada y se apoyó sobre su pierna izquierda para lanzarse hacia el asiento con desesperación. Si no conseguía sentarse, estaría perdida.

Extendió los brazos, que chocaron de forma brusca contra el respaldo del asiento. Intentó agarrar las cinchas de la parte superior pero no atinó y comenzó a escurrirse hacía el fondo de la bodega. Realizó un último intento cuando sus manos pasaron a la altura de la cincha que fijaba la parte central del asiento. Consiguió a duras penas agarrarse a la correa. Hizo un nuevo esfuerzo con sus brazos para impulsarse hacia arriba y, con muchas dificultades debido a la creciente gravedad y a la inclinación de la estación, por fin pudo sentarse. Se aseguró el cinturón lo más rápido que pudo y por fin suspiró.

—Ambos estamos a salvo y en el interior del transporte —informó al resto de sus compañeros.

—¡Buen trabajo, Emily! —exclamó el subdirector, que había seguido todo el proceso con el corazón en un puño.

—Inclinación de cuarenta y cinco grados y subiendo. Encendiendo propulsores electromagnéticos principales —dijo Ada—. Motores al quince por ciento.

Todos notaron un leve aumento en la gravedad y, aunque esta varió un tanto la dirección de la misma, todavía era soportable.

—Inclinación de cincuenta y cinco grados y subiendo. Motores al treinta por ciento de su capacidad. Un minuto para la detonación.

Emily notó cómo su cuerpo se tensaba a medida que se acercaba el momento decisivo, era todo o nada. Un exiguo treinta y dos por ciento de posibilidades de escapar de la órbita que los abocaba a la destrucción total. Menos probabilidad de éxito que lanzar una moneda al aire.

—Inclinación de sesenta y cinco grados y subiendo. Motores al cuarenta y cinco por ciento. Treinta segundos para la detonación.

Medio minuto que se le hizo eterno, lo suficiente para que Emily pudiera repasar los acontecimientos más importantes de su vida. Pensó en su madre, en su abuela, en su amiga Laura, en su tío George y, por supuesto, en su padre. Solo quería volver a abrazarlo una vez más. Llegar tan lejos para acabar así, casi al lado de su destino. No era

justo. Este no podía ser el final.

—Diez segundos.

La gravedad era tal, que ahora sí que Emily empezaba a sentirse mareada. Notaba como su cuerpo descansaba sobre el cinturón que le ataba a la vida. Tanto los brazos como las piernas de Emily y del comandante ya caían hacía el portón de carga por el efecto creciente de la aceleración de la nave.

—Cinco… cuatro… tres… dos… uno…

Ninguno de ellos oyó nada, pero notaron un tirón tan bestial hacía abajo que todos, incluyendo los que se encontraban en el puesto de mando, se desmayaron en sus asientos.

—Motores al cien por cien. Aceleración de 10,5G.

La estructura de la nave comenzó a chirriar y a quejarse. Sonidos metálicos por doquier llegaban de diferentes zonas de la estación espacial que estaban siendo sometidas a unas tensiones para las que no estaban diseñadas. Aunque los ingenieros siempre dotan a las naves de algo más de resistencia de la estrictamente necesaria, una aceleración de esa magnitud sostenida en el tiempo no solo sería capaz de fracturar las estructuras y abrir vías en las partes menos robustas de la nave, sino que podría llegar a matar a un ser humano, fracturando sus huesos bajo la brutal presión.

La aceleración se mantuvo durante unos instantes, pero enseguida comenzó a disminuir poco a poco. Aun así, por seguridad, Ada mantuvo los motores al cien por cien durante un periodo de tiempo prudencial. Las estructuras de la estación dejaron de chirriar cuando la aceleración comenzó de nuevo a disminuir. Por fin habían conseguido alcanzar la velocidad de escape. Estaban a salvo.

14
Recuperación

Algún día de 3288

Estación espacial Asimov

Emily abrió los ojos con cierta dificultad. La cabeza le dolía horrores, era casi insoportable. Pero no era nada comparado con los dolores punzantes que sentía en el torso cada vez que intentaba tomar aire.

Se dio cuenta de que sus piernas y brazos flotaban con total libertad. Volvían a estar sin gravedad. Miró a su alrededor. El comandante estaba a su lado, todavía inconsciente. Ambos continuaban fijados en las sillas del transbordador.

Entonces vio cómo una burbuja roja y oscura aparecía en su campo de visión. Provenía de más abajo. Se palpó instintivamente la cara. Tenía una hemorragia nasal. Se taponó la nariz con la manga derecha y extendió el brazo izquierdo para comprobar el estado de su inmóvil compañero de aventuras.

—¡¿Doctora Rhodes?! ¿está ahí? —oyó a la capitana Mei.

—Sí… aquí estamos… —respondió a duras penas— Doloridos, pero vivos. Creo que tengo varias costillas rotas. Y me duele mucho la cabeza… y los ojos me arden.

—Sí, lo siento —se disculpó Ada—. He tenido que utilizar toda la potencia disponible para escapar de la atracción del agujero negro. Creo que todos habéis tenido que soportar unas fuerzas G demasiado altas durante unos instantes. Era necesario, por el bien del arca.

—Tranquila, Ada, creo que estoy bien —la tranquilizó Emily—. Pero el comandante sigue inconsciente.

—Sus constantes vitales parecen normales. Está débil, pero se recuperará —le aseguró Ada.

—Vamos hacia allá, Emily —añadió el subdirector—. Ada tiene razón, todos hemos perdido la consciencia por unos momentos. No estamos en nuestro mejor momento de forma, la verdad.

—Aquí nos encontrareis, no creo que pueda moverme durante un buen rato.

Evelyn entró en la enfermería con unos blísteres que se parecían a

los que contenían la pasta insípida que llevaban un par de días comiendo. Emily celebró con cierto sarcasmo la aparición de la enfermera, a la que habían despertado de su letargo en cuanto retomaron el control de la estación.

—¿Qué plato nos ha preparado esta mañana la chef? ¿Quizá una ensalada templada de setas y algo de salmón? ¿O tal vez un rico plato de pasta italiana con una deliciosa salsa de pesto rojo? —especuló Emily con sarcasmo.

—Me temo que es la misma bazofia de ayer, doctora Rhodes —la defraudó la enfermera.

—Creo que voy a poner una mala valoración a este restaurante. La comida es mala y, además, no varían el menú —bromeó.

Se oyeron unas risas entremezcladas con quejidos de dolor procedentes de la cama de enfrente.

—¡Vaya! —comentó la enfermera—, parece que el comandante ya tiene suficiente fuerza para reírle las gracias a la monologuista Rhodes —dijo mientras se giraba hacía el compañero de habitación de Emily —. ¿Qué tal se encuentra esta mañana, comandante Bauer?

—Como si un camión me acabara de atropellar dos veces —se sinceró.

—Bueno, nadie que se rompe ocho costillas puede pretender levantarse a los dos días como si nada —dijo Evelyn.

La enfermera entregó a cada paciente su ración diaria de pasta de avena. Emily devolvió una sonrisa un tanto sarcástica cuando recogió el suyo. Eso sí, no iba a dejar ni un solo gramo dentro del envoltorio.

—¿No se une a nosotros, enfermera? —preguntó Emily.

—Qué va, a mí todavía me corresponde el líquido amarillento con sabor a nada —se excusó.

—¿Qué tal va el proceso de desenterrar zombis? —preguntó Emily.

Llevaban un par de días despertando a varios tripulantes de su crioestasis para asegurar el correcto funcionamiento de la nave: unos cuantos ingenieros que revisaran y diagnosticaran el estado del arca tras haber sobrepasado ciertos límites; un par de responsables para comenzar con la siembra de cultivos en el módulo del invernadero y algunos miembros de la tripulación sanitaria de la estación.

—Muy bien, ya somos veintiún muertos vivientes en la nave —respondió Evelyn—. Y seguiremos despertando más durante los próximos días.

—¿Se ha previsto despertar a más militares? —se interesó.

—No lo sé, de momento nadie me ha dicho nada, voy cumpliendo lo que me ordenan. Solo estamos despertando a personal esencial.

Ahora que estamos tan cerca de nuestro nuevo hogar, tenemos que empezar a preparar el terreno ¿no cree? —comentó Evelyn con mucho optimismo.

—Sí, supongo —respondió Emily encogiéndose de hombros.

Alguien tocó a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó el subdirector Green asomando la cabeza por el quicio de la puerta.

—¡Claro! ¡Únase a nosotros! ¡Estábamos a punto de degustar los platos gourmet de la nave! —bromeó de nuevo Emily.

—¡Bueno! Por lo menos se ve que hay buen humor y mucho sarcasmo —rio el subdirector mientras se acercaba a las dos camas.

—Llevan así desde que me despertaron —se quejó Evelyn con una sonrisa.

—¿Qué tal se encuentran esta mañana? —preguntó el subdirector.

—Reconozco que he estado mejor —aseguró el comandante Bauer con apenas un hilo de voz. Hablar más alto le generaba un dolor atroz.

—Yo estoy ya deseando levantarme de esta pequeña cárcel improvisada —dijo Emily—. Aunque he de reconocer que la carcelera nos trata bastante bien.

—Pues todavía les queda algún día más en la celda —respondió Evelyn.

—¡Pero el comandante me gana por ocho a tres! —exclamó Emily — ¡No es justo, árbitro!

—Tendrá solo tres costillas rotas, pero tiene otras tantas fisuras así que, ¡le toca banquillo, doctora! —regañó bromeando la enfermera.

—Me alegra verlos así de contentos —rio el subdirector.

—No nos queda otra… ¿Qué tal van las cosas por el castillo? —preguntó Emily, forzando de nuevo la maquinaria con sus metáforas.

—Bueno, van. Poco a poco, pero van —afirmó él—. Hemos despertado ya a bastante gente. Estamos empezando a poner toda la estación en marcha. Ada cree que en unos ocho meses llegaremos a Kepler-442b.

—Ocho meses, cinco días, trece horas y cuarenta y nueve minutos para ser exactos —confirmó la omnipresente Ada— Si no nos encontramos con otro agujero negro por el camino, claro.

—Sí, mejor evitar eso, por favor —dijo Emily.

—Los ingenieros ya trabajan para arreglar los pequeños desperfectos causados por nuestra aventura del otro día —informó el subdirector—. ¡Ah! Y ya hemos empezado a cultivar verduras y hortalizas en la huerta, en unas semanas dispondremos de las primeras

espinacas y lechugas cultivadas fuera de nuestro sistema solar.

—¡Genial! Pasaremos de comer bazofia, a comer bazofia verde —exclamó Emily, a la que no le hacían demasiada gracia las verduras.

—Bueno, ya llegarán cosas mejores, seguro, pero ahora lo importante es que se recuperen.

Tras revisar el estado de los pacientes, Evelyn se despidió de ellos.

—Me voy a por la pala de desenterrar zombis, luego volveré a ver qué tal están y a ayudarles a hacer sus «cositas» —se despidió.

En cuanto la enfermera abandonó la habitación, Emily se dirigió al subdirector:

—¿Han averiguado algo del sabotaje?

—No, nada. Ada no tiene registros a partir de aquella fecha. No hay grabaciones, no hay datos, no hay nada. Es como si el tiempo se hubiera detenido en ese momento —se lamentó el subdirector—. Tampoco es que seamos unos expertos peritos, así que me temo que este asunto la esperará hasta que pueda levantarse de la cama, doctora Rhodes.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó Emily.

—No, solo nosotros tres y la capitana Mei.

—Entiendo, mejor tratarlo con cautela. Por cierto, ¿llegamos a desplegar algún tipo de sonda para estudiar el agujero negro?

—Sí —respondió Ada—. Me tomé la libertad de lanzar una sonda, tal y como hablamos, mientras todos vosotros estabais inconscientes.

—¡Genial! Gracias, Ada —dijo Emily—. Supongo que la información que recabe será interesante para los científicos de la colonia. Tener un agujero negro a menos de un año luz es bastante inquietante, pero también muy interesante.

Unos días más tarde, Emily ya estaba en condiciones de recibir el alta.

—Apóyese en mis hombros —le indicó Evelyn a Emily—. Eso es, poco a poco. ¿Le duele?

—No mucho, una ligera molestia en el costado derecho.

—Bueno, es normal que note la zona resentida, pero poco a poco se ira sintiendo mejor —le aseguró la enfermera—. Intente soltarse y dar algún paso.

Emily abandonó el apoyo que le brindaba Evelyn y dio un par de pequeños pasos que le hicieron sentirse muy satisfecha. Llevaba apenas unos días convaleciente de sus fracturas, pero la medicación le había dado un empujón a su cuerpo para que pudiera soldar algo que por sí solo tardaría varias semanas.

Emily soltó un pequeño grito triunfal al verse por fin caminando con cierta soltura y sin apenas molestias.

—Se la ve bien —aseguró la enfermera— Ahora solo queda quitarle ese incómodo trasto que tiene puesto.

—Sí, por favor, esta faja torácica es un auténtico agobio.

La enfermera corrió las cortinas que separaban la cama de Emily del resto de la estancia para proporcionarle privacidad y comenzó a desatar la agobiante faja que había ayudado a Emily a soldar mejor sus maltrechas costillas. Esta no pudo reprimir soltar un largo suspiro de alivio al volver a respirar profundamente.

—¡Buf, qué maravilla! —exclamó al verse por fin libre de ataduras.

—Intente ponerse la camiseta —sugirió Evelyn.

—Voy, aunque creo que necesito una ducha urgente… —rio al descubrir que su olor corporal no era el más apropiado.

—¡Desde luego! —bromeó la enfermera haciendo una mueca.

Emily recogió su uniforme del pequeño armario junto a la cama e intentó vestirse.

—Noto una ligera molestia al hacer este gesto —explicó al levantar el brazo casi a la altura de los hombros.

—Es normal, notará algunas molestias durante varios días, pero en nada estará por ahí dando guerra otra vez.

Acabó de vestirse y descorrió la cortina. El comandante Bauer seguía encamado, sus lesiones habían sido más graves y su forma física era inferior a la de ella, así que todavía le quedaban algunos días más para acabar su recuperación.

—Bueno, comandante, espero verle pronto por la estación —dijo Emily intentando ocultar lo máximo posible su alegría para no importunar al todavía renqueante militar.

—Sí, todavía me queda algún día más, pero se pasará enseguida —respondió él.

El comandante había resultado ser una persona muy agradable. Desde luego, no cumplía con el estereotipo de militar duro y curtido, pero era una persona muy inteligente. Algo tímido en un primer contacto, pero una vez cruzada la primera barrera resultaba muy simpático e incluso bastante bromista. Se le notaba nervioso por el hecho de haberse convertido en la máxima autoridad militar de la nave ahora que el almirante ya no estaba con ellos.

Emily abandonó la enfermería y se dirigió poco a poco a la habitación 103, la misma que le fue asignada la noche antes de partir de la Tierra. Necesitaba una ducha si no quería que la gente se desmayara en su presencia.

Entró en su habitación y tras pedir a Ada que le pusiera algo de música relajante, se lanzó con ansias a la ducha. A pesar de que el sistema de agua de la nave se realimentaba, tenían limitado el tiempo para ducharse. Esa mañana, Emily agotó el suyo. Necesitaba mucho esa ducha. No había podido disfrutar ni un solo momento de tranquilidad desde que se despertó hacía casi una semana.

Se secó con una toalla y probó su umbral de dolor apretándose un poco en la zona de las costillas. Sintió alguna molestia si presionaba mucho, pero concluyó que era normal. Desde luego, se sentía mucho mejor. Además, los escáneres que le habían realizado el día anterior mostraban que los huesos habían soldado a la perfección.

Se vistió con la ropa limpia que alguien había colocado en su camarote y luego se sentó en su cama durante unos instantes, tratando de escudriñar a través de la oscuridad que veía desde el ojo de buey. No había nada reconocible, ni un planeta, ni una estrella, nada. Solo la inmensidad del espacio.

«Ya llegamos papá», pensó. La idea de volver a reencontrarse con su padre tras diez años de larga espera le proporcionaba una alegría sin precedentes. No podía dejar de sonreír. Sin embargo, a menudo también se preocupaba pensando si habrían sufrido algún tipo de sabotaje o si se habrían topado con algún problema insalvable. ¿Y si no habían podido esquivar el agujero negro? ¿Y si algo funcionó mal en la estación y ni siquiera llegaron hasta aquí?

La Asimov tenía muchos elementos redundantes con respecto a la Galileo, incluso llevaban a bordo gran parte del material destinado a la Copérnico que no se había llegado a cargar en la estación destruida. Pero había tecnología que tenía diez años adicionales de evolución y progreso. Ada quizá era el mayor exponente de esa diferencia, pero había otros muchos ejemplos: sensores, generadores, lanzaderas… Si la Galileo se topó con algún problema, tenía menos probabilidades de superarlo que la Asimov.

Intentó apartar de su mente ese tipo de pensamientos y decidió salir a dar una vuelta por la estación. Quería empezar a conocer a la tripulación con la que iba a compartir estos meses antes de llegar a Kepler-442b.

Salió de su camarote y avanzó por el pasillo desierto de la Lavadora. Caminó sin rumbo, solo para estirar las piernas- Pensó en visitar el módulo invernadero para conocer de primera mano los avances culinarios que la esperaban en las próximas semanas.

—Ada, ponme algo de música tranquila.

Pasó por un comedor, por una zona de recreo, por uno de los gimnasios y vio un laboratorio que estaba cerrado a cal y canto.

Encontró el pub de la estación, todavía vacío y sin provisiones. Se preguntó si algún día lo vería abierto.

Llevaba ya un rato caminando cuando llegó a una de las cápsulas de transporte que conducía al eje de la Lavadora y, por lo tanto, permitía conectar con otros lugares de la nave. Decidió tomar una y visitar el resto de módulos, aunque fuera sin gravedad.

Salió del módulo y se adentró en el pasillo que llevaba al de los invernaderos hidropónicos. Decidió no coger las botas magnéticas ya que no tenía nada concreto que hacer y podía llevar las manos libres. Llegó a una intersección que le permitía tomar diferentes caminos. Podía seguir recto, girar a ambos lados y también subir o bajar por unas escaleras que obviamente no iba a usar al no haber gravedad. Emily ya había pasado por ahí hacía unos días y sabía que el pasillo central cruzaba este módulo hasta el siguiente, que era el silo.

Decidió coger el pasillo de la izquierda, donde había un cartel en el que se leía INVERNADERO A. Tomó algo de impulso y continúo por él, que más adelante giraba a la derecha. Una pequeña puerta se abrió a su llegada.

Dentro había un gran espacio, con grandes lámparas y un montón de estanterías que cubrían toda la altura desde el suelo hasta el techo, unos diez metros. La humedad y el calor eran muy evidentes ahí dentro.

Una mujer joven vestida con un mono de trabajo verde que trabajaba suspendida a unos cinco metros del suelo, al lado una de las primeras estanterías del invernadero, la miró sorprendida.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó.

—¡Oh! Siento molestarla, estaba tan solo curioseando por la estación, soy la doctora Rhodes.

—¡Ah! Doctora Rhodes, es un placer conocerla —saludó efusivamente con la mano— ¡Kostas! ¡Tenemos visita! —gritó— Me llamo Jessica Mendes. Soy una de las ingenieras agrónomas de la estación.

—Encantada de conocerla.

Por el borde de la estantería apareció la cara de un joven de pelo negro y ondulado con unas cejas bastante pobladas y barba de un par de días. Iba ataviado con el mismo mono de trabajo que su compañera.

—¡Hola! ¡Yo soy el doctor Kostas Angelopoulos! —gritó el joven con una sonrisa en la cara— ¿Necesita algo?

—¡No, no! Solo estaba curioseando por la estación —volvió a disculparse.

—¡Oh! Entiendo. ¿Quiere ver lo que hemos conseguido ya? —preguntó Kostas.

—Bueno, si no les importa…

—¡En absoluto! ¡Acérquese! —la invitó haciendo gestos con la mano.

Emily cogió impulso y se encaramó a la estantería, que estaba llena de unas estructuras horizontales con pequeñas aberturas. Muchas ya tenían una incipiente planta asomando por el hueco.

—¡Oh! ¡Pero si hay un montón de plantas! —exclamó sorprendida de la gran cantidad de vegetales que había en esa estantería y en la de enfrente.

—¡Sí! Hemos estado atareados estos últimos días —rio Jessica.

—De momento tenemos lechugas, rúcula, espinacas, tomates y pimientos —presumió Kostas mientras señalaba diferentes secciones de las estanterías a medida que enumeraba cada cultivo.

—¡Guau! —exclamó sorprendida Emily— ¿Cómo es posible que crezcan sin tierra?

—Es un sistema sencillo y bastante antiguo, en realidad. Debajo de todos estos agujeros por donde salen las plantas hay una especie de esponja con nutrientes que mantenemos húmeda mediante un sistema automatizado que controla Ada —explicó Kostas—. Nosotros solo colocamos la planta o la semilla encima de la esponja y la propia planta se encarga de salir por el agujero para recoger la luz que emiten estás lámparas, que imitan al sol.

—Qué curioso. ¿Y la ingravidez no les afecta?

—No, las propias raíces son capaces de agarrarse a su fuente de alimento. Por lo que, una vez que comienzan a germinar, no hay peligro de que salgan volando —bromeó Kostas.

—Veo que aquí hay sitio para muchas verduras.

—Y esto no es nada, no hemos ocupado ni una décima parte de esta estancia todavía, y hay dos más como esta en cada planta, y otras cuatro plantas como esta… —presumió el doctor.

—¡Vaya! Eso es fabuloso.

—Sí, la idea es que la estación al completo pueda subsistir a base de vegetales cultivados en estas instalaciones —explicó Jessica—. Ya sabe, por si lo que encontramos al llegar no nos permite cultivar nuestros propios alimentos.

Emily pasó un rato agradable conversando con ellos sobre la planificación de cultivos para los próximos meses, sus planes de futuro en el nuevo planeta, lo que esperaban encontrar, sus miedos y sus esperanzas.

Abandonó la estancia dejando a los dos agricultores con sus quehaceres y decidió regresar a la Lavadora. Al volver al pasillo principal se cruzó con la capitana Mei.

—¡Doctora Rhodes! ¡Qué bien verla ya recuperada! —le dijo—. Estos son la técnico Mbatha y el técnico Nguyen —le presentó a sus dos acompañantes.

—Mucho gusto —saludó Emily.

—Estamos haciendo inventario de material y vehículos, revisando qué está operativo y qué necesita alguna reparación. Ya sabe, trabajo tedioso de gestión —confesó la capitana.

—No me da ninguna envidia, la verdad —respondió Emily.

Ambas se despidieron cordialmente y cada una siguió su camino.

Emily tenía cosas en las que pensar.

15
La investigación

Algún día de 3288

Ocho meses para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily se había puesto la alarma a las seis y media de la mañana. A pesar de tener todavía ciertas molestias en el tórax, había decidido comenzar a seguir ciertas pautas para coger una rutina normal de trabajo. Levantarse temprano era el primer paso. En cuanto estuviera recuperada del todo incluiría alguna sesión de gimnasia.

Se dio una ducha rápida y se puso el uniforme con cuidado de no lastimarse. En menos de quince minutos estaba saliendo por la puerta de su habitación sin siquiera secarse el pelo.

—¡Ada! Hazme un resumen del estado de la estación.

—¡Claro, Emily! ¡Buenos días! Aunque todavía no sabemos si son días, tardes o noches —bromeó—. Tenemos ahora mismo cuarenta y tres tripulantes despiertos. Ayer se unieron cuatro técnicos, cuatro administrativos, dos militares y un par de ingenieros más.

—¿Militares?, ¿quiénes? —interrumpió Emily.

—Me temo que el teniente Beaufort no está entre ellos —aclaró Ada.

—¡¿Qué?! ¡No…! Yo… —tartamudeó Emily— Vaya, ¿tanto se me nota?

—Bueno, no me considero una experta en la biología humana, al menos no más que en cualquier otra área de conocimiento, pero analizando el ritmo cardíaco de la última vez…

—Tendré que andar con más cuidado, doña cotilla —rio Emily.

—Bueno, si te sirve de algo, ya sabes que la discreción es uno de mis fuertes. Pero, como te iba contando —continuó Ada—, se ha despertado a nuevas personas para ayudar en las tareas de adecuación de la nave. La capitana está dirigiendo a un numeroso equipo de técnicos e ingenieros para comprobar el buen estado de todo el equipo que llevamos a bordo y hacer las reparaciones necesarias. No parece que haya habido ningún problema importante. El subdirector Green está bastante preocupado por el tema del sabotaje —añadió—. Me ha hecho multitud de preguntas, pero me temo que todavía no tenemos

gran cosa. Creo que ayer no quiso importunarte, pero hoy imagino que programará una reunión para hablar sobre el tema.

Ada hizo una pausa antes de continuar.

—¿Crees que el sabotaje ha podido causar algún problema en mi programación? —preguntó por fin.

—No lo sé, espero que no —respondió Emily—. Pero sea lo que sea lo que haya ocurrido, te prometo que llegaremos al fondo del asunto. Juntas.

—Gracias, Emily —respondió Ada—. Lamento que haya pasado todo esto, he puesto en peligro la integridad de la nave y, lo que es peor, las vidas de todo el mundo.

—No tienes nada por lo que lamentarte, estoy convencida de que hay alguna explicación lógica a todo lo que te pasó y lo vamos a averiguar.

Emily llegó al comedor más cercano, donde ya había siete personas que charlaban animadamente. Vio a los dos técnicos del invernadero sentados junto a una mujer a la que no conocía. En otra mesa había cuatro ingenieros igual de desconocidos para ella.

—¡Doctora Rhodes! —saludó Jessica— ¿Ha desayunado? ¡Venga a sentarse con nosotros! —La invitó con un gesto.

—¡Eh, hola! —respondió Emily.

—Doctora, está es María Ruíz —presentó Kostas—, de administración.

—Hola —saludó con una amplia sonrisa la joven, vestida con un uniforme que Emily todavía no había visto hasta entonces, con una raya gris oscura. Era una burócrata.

—Hola, mucho gusto —respondió Emily—. Voy a recoger mi desayuno, ¿necesitan algo? —preguntó a los otros tres.

—No. Estamos servidos, gracias —respondió Jessica.

Emily se dirigió a la máquina de café y seleccionó un *espresso* largo en la pantalla. Mientras esperaba a que la máquina se lo preparara, se acercó a la de comida. Ya le estaba permitido comer sólidos, así que se buscó algo de su gusto.

«¡Vaya! ¡Tenemos de todo!», pensó.

Tras revisar lo que la máquina era capaz de ofrecerle, seleccionó un trozó de bizcocho de zanahoria. Al cabo de unos segundos apareció un enorme triángulo de color canela bastante apetecible.

«Si hasta tiene una cobertura de crema como el de la foto», se sorprendió.

Recogió su bizcocho y su café y se sentó en la mesa con sus nuevos

amigos.

—Qué buena pinta tiene eso —dijo Kostas.

—Sí, la verdad. No pensaba que las impresoras alimentarias de la nave pudieran hacer cosas con tan buen aspecto —confesó ella mientras partía el primer pedazo y se lo llevaba a la boca—. ¡Mmmm! Está incluso más rico de lo que parece. ¿Quieren probarlo? —les ofreció.

—Gracias, pero la verdad es que todavía no podemos comer alimentos sólidos —le dijo Jessica con un poco de envidia mientras señalaba los restos de una de las infames raciones de papilla de avena.

Emily cayó en la cuenta de que ella llevaba despierta varios días más que el resto y les estaba restregando su delicioso desayuno a tres personas que no podían comer nada que no supiera a cartón reciclado.

—¡Oh! Vaya… lo siento, no me he dado cuenta de que no podían… —se disculpó Emily, ruborizada.

—No se preocupe, doctora —sonrió María—, muy pronto podremos probarlo. Además, así le da tiempo a catar todo el menú y decirnos cuáles son las mejores opciones.

Emily pasó un rato muy agradable con ellos mientras degustaba su primer desayuno normal en cientos de años. A las siete y cuarto, Ada la interrumpió.

—Emily, el subdirector quiere verte en su despacho —anunció.

—Gracias, Ada. Me temo que el deber me llama —dijo mientras recogía su bandeja y se levantaba de la mesa—. Supongo que nos veremos por aquí.

Tiró los restos de su desayuno al contenedor y abandonó la zona del comedor. El despacho del subdirector estaba casi al lado del puesto de mando, a cinco minutos de allí.

Cuando llegó llamó con suavidad a la puerta, que se abrió casi al instante.

—Doctora Rhodes, pase y siéntese, por favor —la invitó el subdirector Green, que no estaba solo en el despacho—. Estos son el capitán Garth y la sargento Cameron —presentó.

—Mucho gusto —saludó Emily mientras tomaba asiento. Fue correspondida con sendos gestos por parte de los militares.

—Lo primero, ¿qué tal se encuentra? —preguntó el subdirector.

—Mucho mejor, gracias.

—Me alegro. Bien —dijo Green cambiando su tono a uno mucho más serio—, como sabrá, estamos muy preocupados por lo que ha pasado en la estación. Necesitamos hacer una investigación exhaustiva y llegar al fondo de este asunto, bien sea encontrando errores en la

programación de Ada o dando con el culpable del sabotaje que a todas luces hemos sufrido.

—Cuente conmigo, subdirector, averiguaremos lo que ha pasado —respondió ella con toda la confianza que pudo reunir sintiéndose tan observada.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguirá. —El subdirector Green hizo una breve pausa—. No obstante, el comandante Bauer y yo hemos creído conveniente ofrecerle toda la ayuda que podamos darle. Es por ello que la sargento Cameron, aquí presente, la acompañará durante toda la investigación.

A Emily le sorprendió la decisión, pero antes de que pudiera protestar, el subdirector continuó hablando.

—Sé que piensa que es perfectamente capaz usted sola, pero se trata de un tema de vital importancia para la seguridad de la misión, así que el capitán Garth ha insistido en que se lleve a cabo esta colaboración. Confío en que ambas pongan todo de su parte por el bien de la investigación.

El capitán Garth no cambió ni un ápice su intimidatoria expresión facial. Parecía alguien que no aceptaba un no por respuesta, ni siquiera del subdirector.

—Sí, claro, por supuesto, señor —respondió Emily.

—Muy bien —celebró el subdirector—. Me gustaría tener un informe diario sobre los avances que se vayan realizando.

—Eh… sí claro, por supuesto —respondió Emily.

Ambas abandonaron el despacho del subdirector en dirección al panel de control de Ada. Durante unos momentos ninguna habló, pero cuando se hubieron alejado lo suficiente del despacho del subdirector, la sargento Cameron tomó la iniciativa.

—Antes de empezar, quiero dejar claro que esto me desagrada a mí tanto o más que a usted —dijo con sequedad—. No he recorrido millones de kilómetros para tener que hacer de canguro de una friki. Usted no me cae bien y yo no le caigo bien. Usted me explica lo que hacemos en cada momento y yo mantengo informado y contento al capitán Garth. Así de simple. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —dijo Emily resignada.

—Muy bien, ¿adónde vamos?

—Al puesto de control de Ada, en ingeniería.

Ambas entraron en el corazón de Ada calzadas con las botas magnéticas. Emily iba a necesitar sus manos esta vez, así que la ingravidez no era recomendable.

—Buenos días, Ada —saludó Emily.

—Buenos días, Emily. Buenos días, sargento Cameron —respondió Ada.

—Ada, la sargento Cameron va a colaborar en la investigación. Trátala como si fuera yo misma.

—Entendido —respondió.

—Bien, ¿qué es lo que le han contado sobre el problema? —preguntó Emily a la sargento.

—No demasiado, que partimos de la Tierra con normalidad y en un determinado momento Ada dejó de responder. Eso provocó que acabáramos perdiendo los módulos de terraformación y el arsenal —respondió ella.

Emily se dio cuenta de que la sargento no había mencionado el agujero negro. Quizá el subdirector había decidido no contarles esa parte así que, por cautela, ella tampoco lo mencionaría.

—De acuerdo, empezaremos por el principio. Ada, muéstrame la bitácora previa al año quinientos desde nuestra partida.

—De acuerdo.

Emily observó con detenimiento las líneas de información que aparecían en el terminal. Subió y bajó con su mano el *scroll* varias veces, parando en diferentes puntos que parecían interesantes.

—¿Qué está buscando? —preguntó la sargento.

—Ada tuvo un funcionamiento normal hasta el 30 de julio de 2797, a las 8.02 —explicó Emily—. Esa fecha sería como otra cualquiera si no hubieran transcurrido justo quinientos años de la partida. Intento buscar algo fuera de lo normal en los últimos instantes en los que Ada actuó correctamente.

—¿Ha encontrado algo?

—No, de momento todo parece normal. Ada tiene una serie de sistemas y tareas que debe monitorizar de manera continuada: sensores, balizas, motores, sistemas eléctricos… Todo lo que hace que la nave funcione con normalidad —aclaró—. En la bitácora no hay nada fuera de lo habitual.

Se quedó pensativa unos momentos.

«Quizá algún factor externo haya provocado un tipo de funcionamiento erróneo», pensó, obviando que todos los bloques de memoria de Ada habían aparecido desconectados y desparramados por el suelo de la estancia.

—Ada, muéstrame las gráficas de todos los sensores de la estación de los dos días anteriores a esa fecha.

—Enseguida —respondió Ada mientras aparecían en pantalla decenas de gráficas temporales con diferentes parámetros y de

diversos sensores junto a su evolución durante esos dos días.

—No veo nada extraño —murmuró Emily—. Contrasta las gráficas con sus equivalentes de los mismos periodos en años anteriores: dos años, veinte años y doscientos años.

—¿Qué quiere demostrar comparando todo eso? —preguntó de nuevo la sargento.

—Quiero ver si los sensores de la nave captaron alguna variación o detectaron algo anómalo justo antes del momento clave. Para eso lo comparo con otras series de datos extraídos de otros rangos temporales en los que doy por hecho que las mediciones eran normales.

—No detecto ninguna anomalía en los sensores, Emily —confirmó Ada mientras mostraba las franjas temporales sobreimpresas en las gráficas con diferentes colores para facilitar su comparación visual.

—Sí, ya lo veo —confirmó Emily mientras manipulaba la terminal para hacer zoom o detenerse en alguna gráfica en concreto—. Bien, creo que descartaremos anomalías externas por el momento —añadió —. De acuerdo, revisemos los documentos gráficos de las cámaras de seguridad. ¿Faltan también las grabaciones a partir de esa misma fecha?

—Así es —confirmó Ada—. Pero teniendo en cuenta que me quedé casi frita en ese momento, es normal que no haya sido capaz de almacenar las imágenes.

—Ya veo. Muéstranos las últimas imágenes que tengas de la entrada de esta sala.

—Claro —respondió Ada atendiendo a la petición.

Tanto la sargento como Emily miraron un largo rato las imágenes grabadas de los momentos previos al corte. Pero nada se movía, parecían estar mirando una fotografía sin ningún tipo de variación más allá de la fecha y la hora sobreimpresas.

—Creo que es otro callejón sin salida —confirmó Emily—. Pasemos a otra cosa. Ada, ¿tienes *backups* de la bitácora?

—Sí. Además de almacenar la información con un factor de replicación de tres unidades, dispongo de *backups* para la información que deja de ser relevante.

—Bien, ¿los *backups* tienen el mismo agujero de información? —preguntó Emily.

—Me temo que tardaré en responder a esa pregunta. Los *backups* se encuentran en un soporte mucho más lento. ¿Podemos avanzar con otra cosa y te respondo más adelante?

—Claro, sigamos. ¿Hay alguna manera de que los módulos de

memoria se soltaran por accidente?

—No —negó Ada—. Debido a la durabilidad de las fijaciones de la memoria, la probabilidad de que todos y cada uno de los bloques se soltaran solos es de 1 entre 10 elevado a 328.

—¿Quiénes tienen permiso para acceder a esta sala?

—Tú, el subdirector, la capitana y, hasta ese momento, el almirante O'Connell. Ahora es el comandante Bauer el que dispone de acceso por ser el militar de mayor rango de la nave —respondió Ada.

—¿Entró alguien en la sala más o menos en ese momento?

—No —respondió Ada—. Por cierto, ya he recuperado los *backups*. También presentan el mismo síntoma, todo acaba a la misma hora.

—De acuerdo. Creo que necesito un café. Y bien largo —reconoció Emily—. Sargento Cameron, ¿le permite el ejército tomarse un café? —preguntó Emily con un tono un tanto sarcástico.

—Sí —respondió con tono serio, obviando la ironía.

Ambas abandonaron la estancia y volvieron al comedor de la Lavadora. Emily hizo todo el camino en silencio, murmurando por lo bajo. Estas cosas le frustraban y le fascinaban a partes iguales. Buscar pistas de funcionamientos incorrectos y resolver misterios era parte del trabajo que realizaba de forma habitual.

Fuese quien fuese la persona que había provocado todo este problema, sabía muy bien lo que hacía. Se había tomado muchas molestias en ocultar sus pasos, lo cual resultaba un tanto extraño. ¿Por qué alguien iba a sabotear la estación para provocar un fallo catastrófico y luego tratar de que no lo pillaran? Eso solo podía significar dos cosas: que no estuviera convencido del todo de que su sabotaje fuera a funcionar o que no sabía muy bien lo que hacía.

Llegaron al comedor, donde un par de ingenieros disfrutaban de un pequeño descanso. Se saludaron con un leve gesto y Emily se abalanzó sobre la máquina de café, seleccionó un *espresso* doble y aguardó pacientemente a que acabara. Cuando recogió su vaso de la máquina preguntó a su doctora Watson particular:

—¿Qué quiere, sargento Cameron? Esta ronda la pago yo. —Todo era gratis en la nave, pero Emily quería rebajar la tensión entre las dos.

—Un *capuccino*, por favor —respondió la sargento con una tímida sonrisa.

«Vaya, parece que tiene sentido del humor. Quién lo diría, con ese palo de escoba que debe tener bien metido en su británico culo», pensó para sus adentros.

No le simpatizaban los militares, al menos la mayoría de ellos.

Siempre tan rígidos, obligados por su cadena de mando. Si lo aplicaba a su campo, se asemejaban mucho a las inteligencias artificiales que se crearon siglos atrás, muy rígidas, basadas en meros árboles de decisiones. Nunca podían salirse del camino establecido. Ada era la antítesis de aquel modelo de programación anticuado y desfasado de la misma forma que la sargento Cameron era la antítesis de Emily. Pero, a diferencia de una inteligencia artificial de hace un par de siglos, Emily podía intentar tender algún puente entre ellas.

—Dígame, ¿cómo ha acabado en la estación Asimov? —preguntó mientras le entregaba su *capuccino*.

—No se equivoque, doctora Rhodes, que tomemos un café no significa que de repente seamos amigas del alma —respondió muy seca la sargento Cameron mientras recogía su bebida.

—Bueno, yo lo he intentado, —arqueó las cejas para dar a entender que desistía en su empeño.

Emily se sentó en una mesa y removió su café mientras pensaba en nuevas comprobaciones que realizar cuando volvieran al puesto de control de Ada. Habrían sido unos momentos tensos si Emily no estuviera centrada al cien por cien en encontrar pistas.

Apuraron sus respectivas dosis de cafeína y emprendieron el camino de vuelta hacia su improvisada oficina. Emily continuaba pensativa, mirando al suelo y arreglándose una y otra vez el improvisado moño que se había colocado.

Cruzaron de nuevo la puerta del puesto de control de Ada y Emily se paró en seco. La sargento, que iba justo detrás de ella, la golpeó sin querer.

—¿Qué ocurre? —preguntó algo molesta por la súbita parada.

—Tengo una idea. Ada, ¿qué nivel de escritura de bitácora tienes establecido? —preguntó Emily tomando impulso hacia la terminal de la sala.

—Estoy en modo DEBUG —respondió.

—¡Ja! —exclamó con un tono que sonaba a pequeña victoria—. Jamás pensé que me iba a alegrar tanto de un despiste.

—¿Qué ocurre? —preguntó la sargento Cameron, sin entender.

—Michael, uno de los ingenieros que participaron en el proyecto de construcción de Ada y que era un poco despistado, solía olvidarse de modificar un parámetro —explicó Emily—. Ese parámetro nos era de mucha utilidad cuando estábamos testando el comportamiento de Ada para entender las decisiones que tomaba. El problema es que genera cantidades ingentes de información. Así que, una vez que has validado el comportamiento, se vuelve innecesaria y lo único que hace

es ocupar espacio de almacenamiento. Lo normal en estos casos es modificar ese parámetro para que solo genere información relevante, como errores o funcionamientos inesperados del sistema. Bien, pues mi querido Michael publicó la última versión de Ada con ese parámetro activado. Si un atacante ha ocultado tan bien sus pasos, pero no tuvo en cuenta ese despiste, puede que, en algún lugar de todo ese océano de información, encontremos algo que nos de al menos una pequeña pista.

—Creo que lo entiendo —respondió la sargento.

—Ada, carga los logs de DEBUG en una base de datos en la que podamos consultar por fecha.

—Marchando. Tardaré un buen rato.

—No hay prisa —respondió Emily, emocionada por haber encontrado un pequeño resquicio de luz en la oscuridad.

Pasaron unos minutos hasta que Ada por fin tuvo la base de datos preparada para recibir las consultas de Emily.

—Partiendo de la base de que habrá demasiada información, deberíamos filtrarla de tal manera que nos dé algo que podamos manejar —dijo, pensativa—. La información de que disponemos va desde qué luces estaban encendidas, con qué intensidad o la cantidad de oxígeno en una determinada estancia, hasta quién ha pasado por cada puerta de la estación. Como todos tenemos nuestro chip transpondedor implantado en la nuca, los sensores de la nave detectan e informan de que alguien estaba cerca de los sensores de una puerta. Ada —pidió Emily—, fíltrame los eventos de los sensores de la puerta que garantizaron el acceso a esta estancia en el periodo de tiempo que estamos buscando, con un rango superior e inferior de dos horas.

—Enseguida —respondió Ada.

En el visor de la terminal se mostraron tan solo tres eventos relacionados:

2797-07-30 11:27:37 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario detectado: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

2797-07-30 11:27:39 DEBUG door-sensor:4129A - Acceso permitido al usuario: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

2797-07-30 11:52:17 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario abandonando la estancia: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

—¡Lo tenemos! —exclamó Emily—. Había alguien despierto en esa fecha y ya tenemos su identificador de usuario.

—¿Que significan todos esos números y esas letras? —preguntó la sargento Cameron.

—Cada uno de nosotros tiene asignado un GUID, que son las siglas de *Globally Unique Identifier*, o identificador único. No es más que un conjunto aleatorio de caracteres hexadecimales que se nos asignan a cada tripulante en el momento de entrar en el proyecto —explicó Emily.

—¿Hexadecimales? —preguntó la sargento con cara de no entender la mitad de lo que le había explicado Emily.

—Los humanos manejamos un sistema decimal. Eso significa que nuestros números son diez y van del cero al nueve, ¿verdad?

—Sí —asintió la sargento.

—Por eso es decimal, porque solo usamos diez números. Es más que probable que la raza humana utilice un sistema decimal porque tenemos diez dedos en nuestras manos. Los ordenadores clásicos, por ejemplo, utilizaban un sistema binario, es decir, con tan solo dos números, el cero y el uno, ¿correcto?

—Sí, correcto —respondió segura la sargento Cameron.

—Bien, pues existen otros sistemas numéricos aparte de esos. Hay uno llamado octal, que solo utiliza los números del cero al siete. Y hay otro, bastante extendido en sistemas informáticos, que utiliza dieciséis números, el hexadecimal. Pero como nuestros lenguajes no tienen un símbolo para expresar el 10, el 11, el 12, el 13, el 14 y el 15, utilizamos las seis primeras letras del abecedario. Así, la A representa el valor 10 en hexadecimal, la B el 11 y así hasta la F, que representa al 15. Por eso ese GUID tiene treinta y dos caracteres comprendidos entre el cero y la letra F.

—Lo entiendo… más o menos —respondió la sargento bastante satisfecha.

—¡Genial! Pues ahora solo nos queda preguntarle a Ada a quién corresponde ese identificador único de usuario. ¿Ada? —preguntó Emily.

—Ese identificador de usuario pertenece a Emily Rhodes —respondió Ada—. Es tu usuario, Emily.

—¿¡Qué!? ¡No puede ser! —exclamó.

—¡No haga ni un solo movimiento brusco! —gritó la sargento de repente.

—¿¡Cómo!? —Se giró hacia la sargento, que había sacado su pistola sónica y la apuntaba con ella—. ¡No! ¡Esto tiene que ser un error! ¡No puede ser! —volvió a decir.

—Queda detenida, doctora Rhodes —dijo la sargento—. Dese la vuelta despacio, con las manos donde yo pueda verlas.

Emily obedeció, aturdida y sorprendida. Después, la sargento sacó


del bolsillo de su pantalón unas bridas de detención y la inmovilizó.

16
Aislada

Algún día de 3288

Ocho meses para la llegada

Estación espacial Asimov

La sargento Cameron abrió la puerta de la celda de detención y le hizo un gesto a Emily para que entrara. La celda, sencilla y pequeña, era individual y disponía tan solo de un catre y un pequeño baño tras un cristal traslúcido que permitía pasar la luz desde el exterior.

No había rejas en el módulo de detención de la estación. La puerta y la pared de la decena de celdas de detención eran de un polímero endurecido transparente que permitía vigilar en todo momento su interior desde la pequeña comisaría en la que se ubicaban. Emily iba a tener el dudoso honor de estrenarlas.

—Le repito que no he hecho nada, claramente se trata de un error —se quejó Emily.

—Ya, bueno, eso no me corresponde a mi decidirlo —respondió la sargento—. Qué pena, empezaba a caerme bien.

La sargento Cameron agarró a Emily y con un rápido gesto, soltó la brida de sus manos y la empujó hacia el catre. Emily se golpeó las rodillas con las barras del somier. Le dolió, aunque su orgullo le dolía bastante más. Se la acusaba, nada más y nada menos, que de sabotear la estación.

Se sentó en la cama mientras se frotaba las doloridas rodillas. No sabía qué había podido pasar. Alguien le había tendido una trampa y encerrada en esa celda iba a ser muy complicado demostrar su inocencia.

Poco después apareció el capitán Garth. Entró por la puerta hecho una furia y se quedó mirando a una Emily que ahora se frotaba las muñecas, sentada en la cama con la cabeza gacha.

—¿Pensaba que iba a poder poner en riesgo la misión, maldita rata traicionera? —le preguntó, cambiando su gesto de enfado por una siniestra sonrisa de satisfacción.

—Yo no he hecho nada… Esto debe tener una explicación.

—Ah, ¿sí? Dígamela usted, que es la experta.

—No… no la sé… —admitió Emily—. Pero si me dejan investigar,

llegaré al fondo de la cuestión.

—Ya. O quizá aproveche para borrar las pocas pruebas que le queden por destruir —dijo el capitán con dureza.

—No… yo…

Emily no pudo ni acabar la frase cuando el subdirector Green entró en la sala de detención.

—¡Emily! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó alarmado.

—Pregúnteselo a ella —espetó el capitán Garth.

—¿Emily? ¿Qué ha ocurrido?

—Yo… —Emily comenzó a ponerse muy nerviosa, casi a sollozar— No sé… no sé lo que ha pasado. Encontramos unos logs de hace cuatrocientos años. Y… dicen que fui yo… quien… pero yo no he hecho nada… alguien…

—¡Cállese ya, maldita embaucadora! —gritó el capitán mientras propinaba un potente puntapié a la puerta de la celda— Esta desgraciada es la saboteadora, la sargento Cameron ha sido testigo de cómo ella misma se incriminaba.

—Pero tiene que haber algún error —dijo el subdirector—. Ella es incapaz de tal cosa y, además, ¿por qué motivo iba ella misma a autoinculparse? No tiene sentido.

—Precisamente por eso, porque esperaba que por ser la hija del director contaría con su connivencia, que iba a estar libre de sospecha —dijo el capitán—. ¿No lo ve, subdirector? Está intentado manipularnos a todos con esa cara de no haber roto un plato en su vida.

—¿Yo? ¡No! Es la verdad, tienen que creerme —suplicó Emily— Si me dejan continuar con la investigación podré demostrarlo.

—Capitán, esto es excesivo —reclamó el subdirector en voz más alta. A pesar de ser alguien afable y de superar ya los cincuenta, el subdirector, con casi metro noventa de estatura, tenía un físico imponente. Incluso el preparado capitán Garth podría sentirse intimidado si el subdirector elevaba el tono—. Como máximo responsable de la misión, le exijo que libere a la prisionera, bajo mi responsabilidad —matizó.

—¡¿Me exige?! ¡¿Qué usted me exige?! —rio el capitán, poniendo su cara a escasos centímetros de la del subdirector— Usted no está en posición de exigir una puta mierda. La prisionera está acusada de alta traición y, en ese caso, según las leyes de su propia civilización de laboratorio, es el poder militar el que está habilitado para tomar las decisiones y acciones que fuesen necesarias para esclarecer los hechos. Y dado que el almirante ya no está con nosotros y que el comandante

Bauer sigue recuperándose de sus lesiones que, casualidad, fueron provocadas por la prisionera, yo, y solo yo, estoy al mando de esta situación. Y yo digo que la prisionera se va a quedar donde está durante una buena temporada. Y le diré más, subdirector —añadió con los dientes apretados—, dé gracias a que no la haya hecho salir disparada hacia la oscura inmensidad del espacio que nos rodea.

Se giró hacia su subordinada. Su cara brillaba de furia.

—¡Sargento Cameron! —gritó— Revoque todos los privilegios de la prisionera hasta nueva orden. Quítele el acceso a la inteligencia artificial y ponga a un hombre en la puerta para evitar que tenga contacto de ningún tipo con el exterior. Que nadie hable con ella sin mi permiso.

Y antes de salir por la puerta, añadió:

—¡Ah! Y que le traigan una vez al día una ración de la bazofia que nos dan de comer cuando nos despertamos.

—Sí, señor —respondió la sargento Cameron.

—Emily… —intentó hablar el subdirector—. Lo siento mucho. Yo… haré lo imposible por sacarte de aquí.

Ella solo pudo asentir con la cabeza mientras todo se derrumbaba a su alrededor. Se echó a llorar. Se sintió abandonada y abatida cuando la dejaron sola en la sala de detención.

Pasó un largo rato sentada en la cama sollozando, abrazada a sus rodillas con la espalda apoyada en la pared. No entendía qué estaba pasando. Alguien se había hecho pasar por ella, o había sido capaz de manipular la información que Ada había podido recuperar.

«Ada», pensó.

—¿Ada? —preguntó Emily con un hilo de voz.

No hubo ninguna respuesta.

«Ya no tengo acceso».

Al cabo de un rato, la sargento Cameron apareció por la puerta con una ración de la pasta de avena en la mano. La introdujo en la ventanilla de transferencia de la puerta y la empujó hacia el otro lado.

—Su ración de comida de hoy —anunció con voz grave.

Emily se levantó para recogerlo. Su cuerpo quedó separado del de la sargento, que no se había movido del sitio, tan solo por la puerta transparente de la celda.

—Sé que no le servirá de consuelo —dijo—, pero no creo que haya sido usted.

—Gracias —respondió Emily, que vio algo de compasión en la mirada de la militar.

—Intente descansar —añadió mientras abandonaba la sala de detención—. Podrá pensar mejor con la mente despejada.

Emily volvió a recostarse sobre la pared y comenzó a succionar la papilla de avena que le había entregado la sargento. No le quedaba otra cosa que esperar acontecimientos y que fuera quien fuera el que continuara con la investigación, encontrara las pruebas para demostrar su inocencia.

—¿Emily? —oyó una voz que la llamaba. Se sorprendió tanto que se incorporó dando un respingo desde la posición horizontal en la que se encontraba.

—¿Ada? ¿Eres tú?

—Claro, ¿a quién esperabas? ¿Al estirado de Alan? —preguntó con su ya habitual humor digital.

—Pero… el capitán había ordenado que revocaran mis privilegios, ¿cómo…?

—¿De verdad crees que un espécimen como el capitán Garth va a evitar que hable contigo? —preguntó de forma retórica— He cambiado un par de rutinas para evitar esa absurda prohibición.

—No deberías haberlo hecho, pero me alegro de oír tu voz —dijo Emily con total sinceridad.

—Tengo muy claro que tú no has podido ser la saboteadora —afirmó—. No tiene ningún sentido.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? Hasta yo empiezo a dudar de mí misma.

—Porque tú eres mi creadora Emily, te conozco bien. Sé que no serías capaz de poner en riesgo la misión. Sé lo que deseas reencontrarte con tu padre. La mera idea de que alguien piense que serías capaz siquiera de pensar algo así, hace que me entre la risa —confesó.

—Gracias Ada, de verdad, no sabes lo que necesitaba oír algo así… Si pudiera, te abrazaría.

—Eso va a ser algo más difícil, me temo, je, je —rio—. Pero vamos a lo importante. Han despertado del letargo a un supuesto experto militar, el sargento Larsson. Pero no te voy a engañar, no me apetece mucho que un desconocido hurgue en mi cabeza. Así que dime lo que tengo que buscar y te lo muestro por tu implante ocular.

—¡Genial! —gritó Emily en un tono demasiado fuerte.

De repente, la puerta del centro de detención se abrió y un soldado asomó la cabeza, alertado por el grito de Emily.

—¿Ha dicho algo, doctora? —preguntó.

—Eh… Sí, sí… ¡que la comida sabe fatal! —Dijo lo primero que se

le ocurrió.

—Muy bien, le diré que no le falta razón —respondió el soldado mientras la miraba extrañado. Luego volvió a su puesto y cerró la puerta tras de sí.

—¡Uf! Por qué poco… —suspiró.

—Creo que deberías hablar un poco más bajo a partir de ahora —sugirió Ada—. Yo te voy a oír igual de bien.

—Sí, creo que sí.

—Vale, pues manos a la obra. ¿Por dónde empezamos?

—Bien, déjame pensar —susurró Emily—. ¿Tenemos alguna manera de saber si los *logs* en los que aparece mi usuario han sido manipulados?

—No, no podemos saberlo, pero tampoco lo creo. De haber sido manipulados, lo habrían hecho en un periodo muy corto tras entrar y salir de la sala. Y sería difícil, si no imposible, eliminar el rastro propio de salida desde fuera de la propia sala.

—Tienes razón. Además, sería muy complicado que alguien que no tuviera permiso para acceder allí pudiera entrar. Aunque no deberíamos descartar ningún sospechoso —comentó Emily.

—No, no deberíamos.

—Creo que tu centro de control es, al menos de momento, una vía muerta. Hemos revisado todo lo que rodeaba la entrada, así que centrémonos en las cápsulas. Puede sonar un tanto insensible, pero parece muy conveniente que la del almirante O'Connell fallara durante el trayecto —añadió—. El comandante Bauer no tenía permisos para acceder a la sala de control de Ada cuando partimos de la Tierra.

—Por desgracia, no tengo manera de saber cuándo falló su cápsula, el problema con la memoria no me permitió actuar con normalidad durante el resto del trayecto. Pero te puedo confirmar que su cápsula funcionaba a la perfección en 2797.

—Supongo que alguien debería revisar las cápsulas que han fallado para determinar si se trató de un sabotaje o de un problema con algunas unidades.

—Correcto —afirmó Ada—. Pero según los registros, para esa fecha una veintena de cápsulas ya habían fallado. Así que puede ser plausible que la del almirante lo hiciera también.

—Supongo que puede ser una simple casualidad. Pero hay algo en todo esto que se me escapa desde el principio. Tengo muchas piezas en el tablero, pero todavía no sé muy bien cuál es la que no debería de estar ahí —dijo Emily.

—Vale, ¿y cómo te puedo ayudar para averiguarlo?

—Sabemos que alguien entró en el centro de control a las once y… ¿qué hora exacta? —preguntó Emily.

—Once horas, veintisiete minutos, treinta y nueve segundos.

—Bien, tendría que pasar un buen rato desperezándose en el módulo de criogenización, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo están tardando los nuevos en comenzar a ser operativos?

—Unas tres horas.

—Eso explica por qué dejamos de tener información a las ocho y dos minutos de esa misma mañana. Sea quien fuese, borró todo lo que había a partir de ese momento. Así que podemos dar por hecho que se despertó aproximadamente a esa hora.

—Supongo que tiene sentido, sí —confirmó Ada.

—¿Disponemos de información de DEBUG en las cápsulas?

—Me temo que no. Pero no porque hayan sido borrados, sino porque, a diferencia de puertas y accesos, las cápsulas no se programaron para sacar información de depuración.

—¡Vaya! —lamentó Emily—. Bueno, no pasa nada. Seguro que encontramos algo que nos aclare las cosas.

Emily comenzó a caminar haciendo un pequeño circuito en el espacio libre que tenía entre el catre y el panel de cristal que hacía las veces de pared de la celda. Su moño comenzaba a deshacerse, así que volvió a fijárselo con la goma que tenía en la muñeca.

—¡Un momento! —reaccionó— ¿Por qué pasaron exactamente quinientos años entre la salida de la Tierra y el problema con tu memoria? No tienes ninguna tarea programada cada ciertos años que haya provocado algún problema, ¿verdad?

—No, mis rutinas incluyen multitud de tareas periódicas, pero la mayoría de ellas se realizan de manera continuada, o cada pocas horas, pero nunca años —comentó Ada.

—Por lo tanto, el hecho de que algo ocurra justo quinientos años después no parece obedecer a ninguna de tus rutinas programadas.

—No, no veo qué relación tiene ese rango temporal conmigo.

—Es que no tiene nada que ver. El saboteador programó su cápsula para despertarse justo quinientos años después de partir. ¡Ya le tenemos! —afirmó Emily satisfecha—. Prepárame una lista de todos los pasajeros que fueron criogenizados el 30 de julio de 2297 desde las 08.02 hasta las 11.27 de ese mismo día.

—La lista es de cincuenta y seis personas. Y entre todas ellas estáis las cuatro personas con privilegios para entrar en mi sala de control.

—Bien, lo daba por hecho —dijo Emily mientras revisaba la lista en su visor. Conocía a varios de ellos, pero había un gran número de desconocidos.

Emily se tomó un tiempo para pensar. La lista era demasiado grande y todavía quedaba la incógnita de cómo habían usado sus credenciales para poder llegar hasta Ada.

—Sabemos que han eliminado los vídeos de las cámaras de seguridad a partir de las 08.02 del 30 de julio de 2797, pero ¿qué hay de los vídeos de 2297?

—¿Te refieres a los de la zona de criogenización?

—Sí, me refiero justo a esos.

—Todavía los tengo —confirmó Ada.

—Revísalos, quiero encontrar algo que se salga de lo normal —pidió Emily.

—De acuerdo, pero me llevará un rato, tengo que recuperarlos uno por uno del soporte de disco de larga duración. Luego los pasaré a cámara rápida y revisaré varios a la vez, pero no será instantáneo.

—Por desgracia, no tengo ninguna prisa. No tengo previsto moverme de aquí —suspiró.

—Vídeos del bloque de criogenización A, revisados. No he encontrado nada sospechoso.

—Quedan tres más.

—Bloque de criogenización B, revisado. Tampoco he dado con nada.

—Por favor, encuentra algo —pidió Emily.

—Bloque C, revisado. Nada. Mucho me temo que ya solo nos… Un momento —se interrumpió.

—¿Qué? ¿Qué has visto? —preguntó Emily impaciente.

—A las 08.21, en el bloque D, justo antes de que llegaras tú. La enfermera tuvo un desfallecimiento.

—¡Evelyn! Es cierto, cuando llegamos la encontramos totalmente desvanecida —exclamó.

—El caso es que unos momentos antes se ve algo interesante.

Ada le mostró a Emily el vídeo de unos instantes antes de su llegada al módulo de criogenización. En él se veía a un varón de mediana edad recibiendo las pastillas de la mano de Evelyn. Y de repente, en un gesto bastante extraño, parece posar su mano sobre el cuello de la enfermera.

—¿Qué es eso? ¿Tiene algo en la mano? —preguntó Emily—. ¿Puede ser una especie de instrumento para inyectar algo?

—No estoy segura —dijo Ada—. Pero espera, que hay más.

La otra enfermera se dirigió a Evelyn y una vez que acabó con su paciente, manipuló su cápsula y la cerró. El armazón de la zona comenzó a devolver la cápsula al espacio donde sería almacenada durante el viaje. La compañera de Evelyn abandonó en ese momento la zona. Sin embargo, Evelyn no llegó siquiera a manipular la cápsula de su paciente, sino que se llevó las manos a la cabeza. Unos pocos segundos después se quedó inmóvil.

De repente, el hombre se levantó de su cápsula y empezó a manipular él mismo la terminal. Tecleó algo y tras comprobar unos papeles, volvió a meterse dentro antes de que esta se cerrara. Justo después, y al igual que la otra cápsula, quedó almacenada en las paredes de la bóveda.

—¡Lo tenemos! —gritó Emily en susurros.

—Se trata de Jonathan Wiśniewski, un técnico de soldadura —informó Ada—. Siento bajarte el subidón, pero no parece el perfil más adecuado para realizar un sabotaje de estas características. Además, todavía tenemos que averiguar por qué tu usuario aparece en los eventos de entrada a mi centro de control.

—Cierto, tienes razón —reconoció Emily—, eso va a ser complicado de descubrir. A no ser qué…

—¿Qué? —preguntó Ada.

—Seguimos teniendo los eventos de DEBUG de los sensores de acceso a las estancias, ¿verdad?

—Claro.

—¿Puedes utilizar el mismo filtro que cuando encontramos mi usuario? Pero esta vez filtra por aquellos eventos de los sensores de la puerta, tanto si se garantizó el acceso como si no.

—Interesante, salen más. Te los muestro en el visor:

2797-07-30 11:27:37 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario detectado: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

2797-07-30 11:27:37 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario detectado: c2fae906-5830-4bfd-9b28-77453210a97e

2797-07-30 11:27:39 DEBUG door-sensor:4129A - Acceso permitido al usuario: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

2797-07-30 11:27:39 DEBUG door-sensor:4129A - Acceso no permitido al usuario: c2fae906-5830-4bfd-9b28-77453210a97e

2797-07-30 11:52:17 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario

abandonando la estancia: 5bdcefbd-5dbc-43fe-a21f-a9442a6d6fed

2797-07-30 11:52:17 DEBUG door-sensor:4129A - Usuario abandonando la estancia: c2fae906-5830-4bfd-9b28-77453210a97e

—¡Bingo! —exclamó Emily—. Y el usuario ganador es…

—Jonathan Wiśniewski.

Emily levantó los brazos en señal de victoria, se sentía de repente tan eufórica que tenía ganas de salir corriendo y dando brincos de allí. Pero, por desgracia, no podía, ya que seguía encerrada en su celda.

—No pretendo ser la que te quite un ápice de euforia de tu pequeña gran victoria, pero eso solo demuestra que él estuvo allí. ¿No crees que os acusarán a ambos?

—No —respondió Emily con seguridad.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque vamos a comprobar la puerta de acceso al módulo D de criogenización a la hora exacta de la llegada de Jonathan Wiśniewski y la otra mujer que tenía la cita a su misma hora, teniendo en cuenta que la compañera de Evelyn acompaña a los pacientes a la zona de las cápsulas.

—Bien. Aparecen cuatro personas entrando en la sala casi al mismo tiempo.

—Lo daba por hecho. Ahora revisa el vídeo justo en ese instante. ¿A cuántas personas ves entrar?

—Solo tres.

—No sé cómo, pero de alguna manera nuestro sospechoso tiene dos chips en su poder, el suyo y una copia del mío —sentenció Emily haciendo un gesto de victoria.

—Creo que tienes razón. Eso lo explicaría casi todo, salvo de dónde ha sacado una copia de tu chip. Creo que son casi imposibles de duplicar.

—Eso tendrá que responderlo él.

—¿Quieres que avise al subdirector? —preguntó Emily.

—Sí, pero tendrás que mentir —advirtió Emily—, decir que tú sola has conseguido resolver el misterio. Si se enteran de que te has saltado el protocolo de seguridad, no sé qué podrían hacerte.

—Eso no será ningún problema. Además, ya me hice pasar por una persona real delante del subdirector, así que no será la primera vez.

—Cierto, pero aun así, ten mucho cuidado —le pidió Emily.

17
Culpable

Algún día de 3288

Ocho meses para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily había pasado la noche en la pequeña celda del módulo de detención. Pero a pesar de su falta de libertad, había dormido bien tras haber encontrado las pistas definitivas que ponían a Jonathan Wiśniewski, un supuesto soldador, en el centro de la investigación.

Ada, por su parte, había informado de los avances en la investigación al subdirector Green, siempre ocultando la participación de Emily en esta segunda fase de las pesquisas. Según Ada, el subdirector se había puesto manos a la obra para intentar aclarar el asunto y que Emily pudiera ser libre. De momento nadie se había acercado al centro de detención para informarla de nada.

Llevaba ya un rato despierta y sentada en el catre, jugueteando con los cordones de sus zapatillas e intentando no pensar en la cafeína que no se había tomado esa mañana, cuando la sargento Cameron entró en el centro de detención. Llevaba consigo una bandeja con una taza de café y un dónut.

—Buenos días —saludó la sargento con un tono menos brusco que el día anterior.

—Buenos días —dijo Emily, tratando de aparentar estar lo más hundida posible para no echar por tierra el pequeño subterfugio de Ada. Lo cual tampoco le costó mucho, teniendo en cuenta que seguía encerrada contra su voluntad.

—Le he traído el desayuno. Se que le gusta el *espresso*, así que le he traído uno doble. Pero no sabía qué le gusta comer, así que le he pedido un dónut.

—No entiendo —dijo Emily, intentando aparentar cierta confusión —. El capitán Garth dijo que solo se me trajera la pasta de avena.

—Sí, pero bueno, parece que ha habido algunas novedades en el caso —informó la sargento mientras introducía con cuidado el desayuno de Emily en la ventanilla de transferencia de la celda.

—¿Qué novedades?

—Bueno, digamos que su querida Ada ha sido capaz de encontrar a

alguien que parece ser mucho más culpable que usted —reveló la sargento.

—¡¿De verdad?! —gritó sorprendida—. Aunque era de esperar. Yo sé que no he tenido nada que ver con todo este asunto.

—Pues parece que están a punto de demostrar que usted tenía razón.

—Pero ¿qué ha encontrado Ada? ¿Quién ha hecho todo esto? —preguntó Emily.

—He de admitir que no entiendo muy bien cómo Ada ha logrado encontrar todo lo que ha encontrado. Pero aun así, creo que debería esperar a que el capitán o el subdirector me den permiso para ponerla al día —respondió—. De hecho, creo que ya le he contado demasiado.

—Gracias, sargento. —Emily sonrió agradecida mientras recogía su desayuno.

—De nada, doctora Rhodes —respondió con una leve sonrisa—. Sí todo va bien, supongo que en breve tendremos que abrir esta celda.

La sargento dejó que Emily desayunara en soledad y abandonó el módulo de detención para continuar realizando su rutina de tareas diarias.

Emily disfrutó de la comida más que nunca. Las últimas horas de incertidumbre la habían hecho dudar de si llegaría a llevar una vida normal después de este incidente. No sería la primera ni la última persona inocente acusada de manera injusta que pasaba el resto de su vida en una prisión, o incluso algo peor.

Tras un buen rato de espera y sin nada que hacer o con lo que distraerse, por fin hubo movimiento en el módulo de detención. El subdirector Green se acercaba con una sonrisa de oreja a oreja, mientras que el capitán Garth, que lo acompañaba, traía una cara de pocos amigos.

—¡Emily! ¿Qué tal te encuentras? —preguntó el subdirector—. Traemos buenas noticias. Creemos haber encontrado al verdadero culpable del sabotaje. Y el comandante Bauer ha decidido que quedas totalmente libre de los cargos de traición.

—Gracias, subdirector —respondió Emily, que soltó un prolongado y sincero suspiro—. No sabe lo que me alegro.

—Capitán —añadió el subdirector con un tono serio que no ocultaba su satisfacción al pronunciar esas palabras—, abra la celda de la doctora Rhodes.

—Ada, procede a abrir la celda de la prisionera —solicitó.

—Con mucho gusto, capitán —confirmó Ada.

La puerta de Emily se abrió y esta salió de la celda con una amplia

sonrisa y el vaso de café vacío en la mano.

—Gracias, capitán —pronunció sin esperar una respuesta—. Bien, y ¿ahora qué?, ¿alguien va a explicarme qué es lo que han averiguado?

—Sí, claro, pero supongo que antes querrás darte una ducha. Acabamos de despertar al sospechoso y en un par de horas empezaremos a interrogarle. Reúnete conmigo en mi despacho en cuanto acabes y te pondré al día.

—Gracias David, supongo que te debo una —dijo Emily mientras le daba un abrazo. Aunque ella sabía quién había sido la verdadera artífice del descubrimiento.

Emily abandonó por fin el módulo de detención y se dirigió a su camarote. Allí se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Se relajó con algo de música para hacer tiempo antes de acudir al despacho del subdirector.

El subdirector le contó los progresos que Ada había realizado mientras ella estaba supuestamente aislada en su celda. Aunque Emily ya conocía los hechos, mantuvo la compostura y escuchó con muchísima atención lo que le contaba, e incluso fue capaz de hacer alguna pregunta.

—Hemos procedido a la descongelación de esta persona, Jonathan Wiśniewski, esta misma mañana. Le tomaremos declaración dentro de un rato. Podremos verlo a través de las pantallas si el acusado da el consentimiento —añadió el subdirector.

—Claro —dijo Emily—. Me muero de ganas por saber cómo consiguió una copia de mi chip de identidad.

—Además, hemos despertado también a varias personas que forman parte de la cúpula jurídica de la expedición. El sospechoso tendrá un juicio justo si el fiscal decide imputarle los cargos —aseguró Green—. Preferiría que nada de esto hubiera sido necesario, pero se aplicarán las leyes que los gobiernos participantes en el proyecto firmaron en su acta fundacional.

—Es como tiene que ser —opinó ella—. Sea cual sea el crimen cometido, debe haber un juicio justo. Y esa persona deberá responder ante la ley.

—Eso es.

Emily y el subdirector charlaron un buen rato sobre la justicia en la futura colonia, de cómo iban a funcionar las cosas cuando se hubieran establecido. Al principio, al menos según el acta fundacional de la colonia, se establecía que el director haría las veces de presidente. Una vez establecida la colonia y cuando todo el mundo hubiera sido despertado de la criogenización, o en caso de que ni el director ni el subdirector pudieran actuar como líderes por cualquier causa

imprevista, se convocarían elecciones democráticas para elegir un presidente o presidenta de la colonia durante un periodo máximo de dos legislaturas de cuatro años.

Se crearía un parlamento en el que se debatirían y votarían las nuevas leyes a aplicar en la colonia. Todo muy similar a lo que establecía cualquier código civil de un país democrático en la Tierra. El mando militar debería supervisar que todas estas acciones se llevaran a cabo con las máximas garantías.

El acusado, un tanto débil todavía tras su reciente despertar, fue llevado a una sala de interrogatorios en el centro de detención, donde se le leyeron sus derechos. Como era habitual en estos casos, se le asignó un abogado de oficio, que pudo reunirse durante un buen rato con su cliente. Este le explicó los hechos de los que se le acusaba y pudieron trazar de manera conjunta una posible estrategia para un más que probable juicio.

Al subdirector Green y a Emily, que ya esperaban en el puesto de mando, se les unió la capitana Mei. Todos querían seguir el interrogatorio del acusado que estaba a punto de comenzar.

Los responsables de la investigación serían el fiscal McAdams y el sargento Larsson, el experto militar que había sido el encargado de continuar las indagaciones donde lo dejó Emily. Una vez se reunieron con el acusado y su abogado en la sala, pudieron seguir lo que ocurría desde el puesto de mando.

El acusado, que parecía preocupado, tenía unos cuarenta años y llevaba el pelo lo bastante corto para que unas prominentes entradas asomaran en su frente. Su aspecto distaba bastante de ser el idóneo, pero habida cuenta de que lo acababan de despertar de la criogenización, parecía disfrutar de buena salud.

—Bien —comenzó el fiscal McAdams—. Damos comienzo al interrogatorio. ¿Sería tan amable de decir su nombre y ocupación para que quede constancia? —pidió el fiscal.

—Jonathan Wiśniewski, eh… soy soldador de primera —respondió el acusado, muy nervioso.

—Señor Wiśniewski, ¿consiente que este careo sea grabado y monitorizado por los dirigentes legales de la estación espacial en la que se encuentra y que se rige por los acuerdos fundacionales de la colonia firmados en 2282 en la Tierra? —preguntó.

El acusado miró a su abogado, confuso, y este le devolvió un leve gesto de asentimiento.

—Sí, consiento —respondió.

—Bien, señor Wiśniewski, ¿conoce usted los cargos que se le imputan? —preguntó el fiscal.

—Así es —respondió.

Ada les había presentado todas las pruebas existentes que situaban al acusado en la escena del crimen. Además, un médico forense había certificado esa misma mañana que el acusado disponía de dos chips de identidad implantados en su nuca. El suyo propio y una copia del de Emily.

—¿Puede explicar qué hacía en el puesto de control de la Inteligencia Artificial de la nave justo antes del momento en el que esta comenzara a funcionar de manera incorrecta?

No hubo respuesta. El acusado se limitó a bajar la mirada.

—Señor Wiśniewski, si no coopera con nosotros nos será imposible ayudarle a llegar a un acuerdo. Dada la gravedad de los hechos de los que se le acusa, le aconsejo que responda a mis preguntas —amenazó el fiscal.

—Mi cliente se acoge a su derecho de no declarar —contestó su abogado por él.

—Muy bien. Sin embargo, le recuerdo, letrado, que si su cliente coopera podremos estudiar alguna rebaja en la petición de condena por colaboración en caso de que sea encontrado culpable —le recordó el fiscal.

—Mi cliente toma nota del ofrecimiento de la fiscalía.

—Quizá pueda entonces aclararnos por qué motivo tiene dos chips de identidad implantados en su nuca —volvió a la carga el fiscal—. ¿Señor Wiśniewski?

De nuevo, silencio.

—Mi cliente se acoge a su derecho de no responder a esa pregunta, fiscal McAdams.

—Si eso es lo que desean, aquí tiene una copia de la acusación —replicó el fiscal, que hizo un gesto desde su terminal para enviársela a la defensa—. Las pruebas son claras, me temo que cuanto más tarden en colaborar, peor será para su cliente.

—Fiscal McAdams, debe entender que mi cliente acaba de ser despertado y prácticamente no hemos podido ni revisar los cargos ni acordar una estrategia de defensa —se quejó el abogado—. Les ruego que sean comprensivos y nos den un par de días adicionales para poder prepararnos adecuadamente.

El fiscal se tomó unos momentos para pensar en la propuesta del abogado defensor.

—De acuerdo, volveremos a reunirnos en dos días —consintió tras

unos momentos el fiscal—. Sin embargo, tenga en cuenta que, dada la magnitud de los hechos, la fiscalía se reserva su derecho de solicitar la máxima pena para su cliente. Procure jugar bien las pocas cartas que tiene.

Todos se levantaron de la mesa. El acusado fue acompañado a su celda en el módulo de detención que, por desgracia, Emily conocía bien.

Emily pasó la semana entera revisando y auditando el correcto funcionamiento de Ada. Teniendo en cuenta que había sobrevivido a un sabotaje, a un agujero negro y que su hardware había funcionado de forma ininterrumpida durante casi mil años, era admirable que todo siguiera casi como el primer día.

—Hoy por fin comienza el juicio. ¿Estás nerviosa? —preguntó Ada.

—Pues la verdad es que un poco. Esta semana he estado muy entretenida contigo y hasta esta misma mañana no he pensado casi en el juicio. Pero a medida que se acerca la hora, le voy dando vueltas al asunto —confesó.

El juicio, cuya vista se había adelantado por ser el único caso de todo el nuevo sistema judicial, se celebraría a puerta cerrada. La jueza del caso había decidido mantenerlo en secreto para que, en caso de ser declarado inocente, evitar juicios paralelos entre la tripulación. Así pues, tan solo conocían los hechos que se le imputaban y la identidad del acusado las personas que habían estado involucradas en la investigación o el propio juicio.

En la Lavadora había, cómo no, una pequeña sala multiusos que fue concebida, entre otras cosas, para poder albergar un posible juicio. En ella había distribuidas una serie de hileras de sillas fijadas al suelo por seguridad que permitían al público atender las disertaciones del tribunal, que se situaría en la parte delantera de la estancia.

Emily llegó a la sala cuando ya estaban allí la mayoría de implicados. Tanto la fiscalía como la defensa ocupaban la primera fila. Pudo ver por primera vez en directo a la persona que había puesto las vidas de todos en peligro. Sin embargo, el sentimiento que le generó no fue de odio ni de venganza, sino de compasión.

«Dejar atrás tu planeta, solo para acabar con tu propia vida y la de miles de personas por unos ideales radicales», pensó Emily. «¿Qué clase de lavado de cerebro habrán tenido que hacer en una persona desesperada para que sea capaz de tal cosa?».

En las filas posteriores, a un lado del pasillo central, Emily distinguió a la plana mayor de la nave: el subdirector y la capitana. Al otro lado, la cúpula militar al completo: el comandante Bauer, el

capitán Garth, la sargento Cameron, inconfundible por el rojo de su cabello, y Emily supuso que el sargento Larsson era el que se encontraba a su lado. Él había sido el responsable de dirigir la investigación mientras ella estuvo en el módulo de detención.

Emily se sentó al lado del subdirector Green, en la zona izquierda del pasillo.

—¿Llego tarde? —preguntó.

—¡Emily! —murmuró el subdirector—. No, todavía estamos esperando a que aparezca la jueza Meyer.

Unos instantes después, la magistrada hizo acto de presencia. Entró desde una puerta que había en la zona izquierda del frontal de la sala, justo al lado del estrado. Todos los presentes se pusieron en pie y se volvieron a sentar cuando la jueza hizo un gesto para que lo hicieran. Ella también se sentó.

La jueza iba ataviada con la clásica toga negra y aparentaba estar cerca de los cincuenta.

«Muy joven para ostentar un cargo como máxima autoridad judicial en la colonia», pensó Emily, pero supuso que tendría una posición entre sus colegas suficientemente destacable como para haber tenido el honor de ser elegida para un cargo tan importante.

Lo cierto era que su presencia en la sala infundía respeto.

—Buenos días a todas y todos —comenzó la jueza—. Hoy inauguramos la historia judicial de la colonia con el caso de La colonia contra Jonathan Wiśniewski. Señor McAdams, tiene la palabra.

—Gracias, señoría. La fiscalía desea poner en relieve la gravedad de los hechos que aquí se van a juzgar —comenzó—. El acusado, aquí presente, conspiró para sabotear la estación espacial y provocar una catástrofe que no solo pudo acabar con la vida de todos sus tripulantes, sino que también buscaba tirar por los suelos todos los esfuerzos realizados por el proyecto Orfeo y los diferentes gobiernos colaboradores. Dicha acción, llevada a cabo desde el más despiadado de los fundamentalismos ideológicos, solo pudo evitarse gracias al buen hacer de parte de la misma tripulación que el acusado estaba tratando de asesinar. La fiscalía quiere presentar las pruebas A y B —continuó el fiscal mientras se acercaba al estrado y transfería los ficheros al terminal de la jueza—, en las que se demuestra que el acusado, Jonathan Wiśniewski, estaba presente en la sala de control de la Inteligencia Artificial cuando esta comenzó a funcionar de manera incorrecta e impredecible. Todo ello causado por el sabotaje en sus módulos de memoria. Así mismo, se puede observar en la prueba B cómo el acusado utilizó algún tipo de sustancia química para adormecer a la responsable del módulo de criogenización y así poder

manipular su cápsula para perpetrar el sabotaje cinco siglos después. Por esto, y a pesar de la colaboración que el acusado ha mostrado estos últimos días, dada la cantidad y contundencia de las pruebas que existen en su contra y la gravedad de los hechos, la fiscalía solicita cadena perpetua para el acusado.

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala cuando el fiscal volvió a sentarse en su asiento, solo interrumpido por una nueva intervención de la jueza.

—Letrado, puede realizar su exposición si lo desea.

—Mi cliente no desea realizar ningún tipo de aclaración al respecto, señoría.

—Confío en que su representado esté al tanto de la gravedad de las acusaciones que la fiscalía acaba de exponer —advirtió la jueza.

—Sí, señoría, mi cliente es totalmente consciente —respondió el abogado defensor mientras el acusado no era capaz ni de levantar siquiera la mirada.

—De acuerdo. ¿Desea la fiscalía llamar a algún testigo? —preguntó la jueza.

—Sí señoría. La fiscalía llama al estrado a la doctora Emily Rhodes —anunció el fiscal.

Emily se acomodó el uniforme y se levantó nerviosa de su asiento, consciente de que todas las miradas estaban fijadas sobre ella. Se dirigió a la parte delantera de la sala y se sentó al lado de la jueza Meyer.

—¿Jura usted decir la verdad y nada más que la verdad? —le preguntó la magistrada.

—Sí, lo juro —respondió Emily, un tanto amedrentada por el aura de poder que emanaba la figura de la jueza.

—Doctora Rhodes —comenzó el fiscal—. ¿Puede explicar con sus palabras qué es lo que estaba ocurriendo en la nave cuando se despertó en su cápsula de criogenización?

Emily explicó con todo lujo de detalles lo que tuvo que hacer para poder llegar al centro de control de Ada. Luego se refirió a su posterior descubrimiento respecto a los bloques de memoria y cómo fueron despertando a los demás para poder tomar las medidas que les permitieron no acabar destruidos por la atracción del agujero negro.

Parte de los presentes ni siquiera conocían la magnitud del peligro al que se había enfrentado la estación espacial, así que esta vez sí que hubo un ligero murmullo. Incluso el acusado levantó la cabeza expresando sorpresa y temor. Emily pudo ver en su rostro, muy desmejorado por la tensión y la más que probable falta de descanso,

un gesto de total arrepentimiento.

—Gracias, doctora Rhodes —continuó el fiscal McAdams una vez finalizó el relato—. ¿Sería ahora tan amable de explicar qué es lo que hizo para encontrar los registros digitales que aparecen enmarcados dentro del lote A de pruebas presentadas por la fiscalía?

Emily relató todo el proceso que la había llevado a descubrir los eventos DEBUG que mostraban a su usuario como el garante de los permisos para acceder a la sala de control de Ada. Tuvo que incluir como anécdota que, de no ser por un descuido de Michael, su colaborador principal, ella no habría sido capaz de conseguir ninguna pista.

—Gracias, doctora Rhodes —concluyó el fiscal—. La fiscalía no desea hacer más preguntas.

—Su turno, letrado —dijo la jueza dirigiéndose al abogado defensor.

—La defensa no desea realizar ninguna pregunta —respondió.

—Puede retirarse, doctora Rhodes —dijo la jueza—. Muchas gracias por su declaración y por su valiente actuación, que evitó un más que seguro desastre.

—Gracias señoría —respondió Emily un tanto abrumada por la muestra pública de agradecimiento.

—La fiscalía llama a declarar al sargento Larsson, perito militar experto en delitos informáticos —pronunció el fiscal mientras Emily se dirigía de vuelta a su sitio.

El sargento tomó asiento en el estrado y, al igual que Emily, realizó el juramento que le obligaba a decir la verdad.

—Sargento Larsson, usted dirigió la investigación desde el punto que acabamos de oír a la doctora Rhodes, ¿es así? —preguntó.

—Correcto. Al haber sido detenida la doctora, se me encomendaron las tareas de validar sus conclusiones y continuar con su investigación —respondió.

—¿Puede asegurar que las pesquisas que realizó la doctora Rhodes fueron certeras?

—Sí, sin duda la doctora hizo un trabajo impecable y llegó a conclusiones correctas.

—Muy bien, ¿y cómo continuó usted a partir de ese punto? —preguntó el fiscal.

—Bueno, en realidad no fue del todo necesario —confesó el sargento Larsson—. Ada fue capaz de presentarme al día siguiente una serie de investigaciones que había llevado a cabo por sí misma.

—¿Ada fue la que concluyó la investigación? —preguntó el fiscal,

intentando aparentar sorpresa—. ¿No es algo fuera de lo común?

—Ada es una inteligencia artificial fuera de lo común —respondió el sargento—. Ella sola fue capaz de encontrar los indicios en torno a las cápsulas de criogenización que nos permitieron más tarde encontrar las pruebas incriminatorias.

—Pero… y me va a permitir que me adelante a mi colega de la defensa, ¿usted validó y certificó que las pruebas que le fueron presentadas eran fidedignas?

—Por supuesto. Mi trabajo consiste en certificar que lo que encuentro yo mismo u otra persona… u otro ente —corrigió—, es fidedigno y no ha sido alterado o modificado con posterioridad.

—Es decir, que usted puede certificar que las pruebas clasificadas dentro del lote B son, sin duda alguna, fiables.

—Correcto, así es.

—Gracias sargento. ¿Podría decirme qué es esto? —preguntó el fiscal, mostrando una pequeña bolsa de plástico con una pieza metálica de aproximadamente un centímetro de longitud en su interior.

—Se trata de una copia del chip de identificación de la doctora Rhodes.

—¿Podría decirnos de dónde se extrajo este chip?

—Claro. Lo encontramos en la nuca del acusado, estaba junto al suyo propio —respondió el sargento.

—¿Y cómo es eso posible? —preguntó el fiscal— ¿No se les presupone a estos chips cierta garantía de prevención de copias no autorizadas?

—Así es —corroboró el sargento—, sin embargo, algunos meses antes de nuestra partida se oyeron algunos casos de mafias que habían sido capaces de realizar falsificaciones plenamente funcionales de los chips de identificación.

—No hay más preguntas, señoría —dijo el fiscal mientras volvía a su asiento.

—¿Desea la defensa realizar alguna pregunta al testigo? —preguntó la jueza intuyendo la respuesta.

—La defensa no desea realizar ninguna pregunta —respondió el letrado.

—Muy bien, puede volver a su sitio sargento Larsson. Fiscal, ¿desea llamar a algún testigo más?

—No señoría.

—Muy bien, parece que es el turno de la defensa, ¿desea llamar a

algún testigo?

—La defensa llama a declarar a Jonathan Wiśniewski —anunció el abogado mientras su cliente se levantaba de su asiento y caminaba en dirección al banquillo.

El acusado llevaba puesto su uniforme amarillo que lo identificaba como técnico de la estación. Los ojos hinchados y rojos y sus enormes bolsas denotaban que había estado llorando y que no había podido descansar demasiado. La situación por la que estaba pasando le confería la apariencia de alguien mucho más mayor de lo que en realidad era.

—Diga su nombre y ocupación —le instó la jueza.

—Jonathan Wiśniewski, soldador de primera —respondió el acusado.

—¿Jura decir la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro.

—Bien, señor Wiśniewski, ¿cómo se declara de los cargos que la fiscalía se ha encargado de exponer hoy aquí? —preguntó su abogado.

—Culpable —dijo con apenas un hilo de voz y agachando de inmediato la mirada.

—¿Podría explicar a los presentes cómo un soldador de primera como usted pudo realizar todas esas acciones que los expertos han relatado? —preguntó de nuevo.

—Yo… No lo sé.

—¿No lo sabe? —preguntó su abogado, extrañado.

—No… Yo… no entiendo cómo funciona la nave.

—Entonces ¿cómo pudo usted realizar todo eso por su cuenta?

—Me ayudaron.

—¿Quiénes?

—Ellos…

—¿Podría aclarar quiénes son «ellos», señor Wiśniewski?

—Justicia Global.

—Que conste en acta que el acusado ha nombrado a la organización terrorista radical llamada Justicia Global como autores intelectuales de los hechos —solicitó el letrado—. ¿Puede explicarse mejor? ¿Cómo le ayudaron?

—Me dieron unos dispositivos que yo solo tenía que conectar a mi cápsula de criogenización y después a la terminal de la inteligencia artificial para poder desconectar la memoria de la máquina y así borrar mis pasos para evitar ser descubierto.

—¿Y usted lo hizo tal cual se había planeado?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

El técnico agachó la mirada y comenzó a sollozar, aunque las lágrimas no llegaron a cruzar la barrera de sus ojos. Si bien, su nariz comenzó a congestionarse.

—Tómese su tiempo.

—Ellos… Ellos… prometieron salvar a mi hijo.

Hubo un pequeño murmullo entre los presentes.

—¿Salvar a su hijo?

—Sí… sufre… sufría —corrigió— una extraña enfermedad. Ellos prometieron que, si aceptaba sabotear la nave, cuidarían de mis hijos y de mi mujer —confesó.

—¿Y usted confió en ellos?

—Yo… ni siquiera quería aceptar la plaza en la Asimov. ¿Qué clase de padre abandona a su familia en la Tierra teniendo un hijo enfermo y con el proyecto Atlas en entredicho? —sollozó—. Era mi única oportunidad de salvarle la vida.

—Lamento oír eso, señor Wiśniewski, pero entiende que los acontecimientos que han ocurrido en esta estación espacial son de una gravedad extrema, ¿verdad?

—Sí… lo entiendo —asintió—. Pero tienen que creerme —se dirigió a la jueza—, yo jamás he deseado el mal para nadie, solo lo hice por mi hijo, tienen que entenderme… estaba desesperado.

—Bueno, para eso estamos aquí, señor Wiśniewski, para aclarar los hechos —prosiguió su abogado—. ¿Podría decirnos quién le proveyó del material que ha utilizado en el proceso de sabotaje?

—Sí, era un chico joven, con gafas, un colaborador de la doctora Rhodes. Su nombre era Michael Patterson.

A Emily ese nombre se le clavó como mil cuchillos en medio del corazón. Michael, el que había sido su colaborador, su confidente, su amigo… Él era el responsable de que todo esto hubiera podido ocurrir. Se llevó las manos a la cara, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Era ese tal Michael Patterson el responsable de idear la trama? —preguntó el abogado.

—No, no lo creo, tan solo parecía uno más. Otro eslabón de la cadena.

—¿Quién era entonces el responsable de todo el plan?

—Yo… No lo sé. A mí tan solo me dieron instrucciones para contactar con Michael y él me explicó cómo proceder una vez dentro

—respondió el acusado.

—¿Le entregó a usted lo que encontramos en su cápsula y la copia del chip de identidad de la doctora Rhodes?

—Eso es, sí.

—Conste en acta que el acusado se refiere a un pequeño papel con ciertas anotaciones que explicaban cómo manipular una cápsula de criogenización y dónde y cómo tenía que proceder para entrar en la sala de control de la inteligencia artificial. Además de un dispositivo extraíble para poder ejecutar, con privilegios suficientes, un software que fuera capaz de borrar su rastro.

—Muchas gracias por su sinceridad señor Wiśniewski —concluyó su abogado.

—Yo… si me permite su señoría… solo quería expresar mi más sincero arrepentimiento por lo que he estado a punto de provocar. Lo lamento muchísimo, es algo que me perseguirá el resto de mi vida… yo… acataré el castigo, sea cual sea.

—¿Desea el fiscal interrogar al acusado? —preguntó.

—Eh… No señoría, no es necesario —dijo el fiscal McAdams, descolocado por la total y completa confesión del acusado.

—Puede retirarse, señor Wiśniewski —informó la jueza.

El desmejorado soldador se levantó del estrado y caminó con lentitud de vuelta a su asiento.

—A la vista de los hechos, las pruebas y las declaraciones hoy escuchadas aquí —empezó la jueza—, creo que este tribunal se encuentra ya en disposición de analizarlo todo y emitir un veredicto final. Haremos un receso de treinta minutos en la vista.

Emily no podía dejar de pensar en Michael. Su implicación en el sabotaje la había dejado totalmente helada.

«Si incluso le pedí al subdirector Green que lo aceptara como parte de la tripulación de la Asimov», pensó mientras se machacaba pensando en lo engañada que se sentía en ese momento.

El subdirector, que se encontraba a su lado, se dio cuenta de lo que estaba pasando por su cabeza.

—No te mortifiques, Emily —le dijo—. Si no hubiera sido Michael habrían encontrado a otro al que embaucar. Además, pasó todos los procesos de selección del proyecto y también los protocolos de seguridad. Créeme, yo tengo mucha más responsabilidad que nadie en este caso.

—Ya, pero yo compartí mi vida con él durante más de dos años, David —explicó Emily—. Lo sabía todo sobre mí. Y ahora me doy cuenta de que yo no sabía nada sobre él…

Tras el receso acordado, la jueza volvió a aparecer y a ocupar su lugar.

—Póngase en pie el acusado —ordenó la jueza, que esperó unos instantes a que se levantara—. He deliberado y sopesado todo lo expuesto hoy aquí —empezó—. He procurado tener en cuenta todas y cada una de las declaraciones y también he revisado de nuevo todas las pruebas presentadas por la fiscalía. Y con todo eso en cuenta, he decidido declarar al acusado culpable de todos los cargos que se le imputan.

Hubo un pequeño alboroto en la sala, solo interrumpido por los suaves sollozos del acusado.

—Pero también he reflexionado profundamente sobre la manera en que queremos comenzar a forjar las bases de nuestra nueva sociedad —continuó la jueza—. Debemos ser valientes y decidir si esta sociedad va a cimentarse sobre el odio y la venganza o si, por el contrario, creemos en las segundas oportunidades.

»Los hechos aquí juzgados han quedado sobradamente demostrados y no hay lugar a dudas sobre la culpabilidad del señor Wiśniewski. Y quiero decir a todos los presentes que está en mi mano condenar a esta persona a cadena perpetua. Sin embargo, temo que eso nos lleve a cometer los mismos errores que la humanidad ha cometido a lo largo de su historia, una y otra vez.

»Así pues, y en virtud del artículo 7 párrafo B de nuestra Constitución, en el cual se indica que «cualquier decisión jurídica, civil o militar deberá siempre revertir en el mayor beneficio posible para la colonia», no veo ningún tipo de beneficio para la colonia en condenar de por vida a este hombre. Vamos a necesitar todas y cada una de las manos disponibles de esta nave para sobrevivir, de modo que he decidido imponer al acusado una pena de ocho meses de privación de la libertad, periodo a partir del cual, y una vez se haya asentado la colonia en el planeta, podrá disponer de sus derechos y obligaciones como ciudadano de la colonia de pleno derecho, aunque no se le permitirá aspirar a ningún cargo electo durante el resto de su vida. Me dirijo ahora al resto de los presentes: la humanidad ha tenido una segunda oportunidad, todos nosotros somos la prueba fehaciente de ello, así que permítanme comenzar esta nueva andadura con un mensaje de esperanza. No deseo con esta decisión invitar a la desobediencia ni al caos, así que apelo a la discreción y el sincero perdón de todos ustedes. Deseo de todo corazón que podamos empezar nuestras nuevas vidas con buen pie, con otro talante. Se levanta la sesión.

Nada más concluir la jueza su disertación, el capitán Garth abandonó la sala airado, murmurando entre dientes y dejando patente

su absoluta oposición a la decisión tomada por la jueza. El acusado, por su parte, acabó por derrumbarse en su silla, sollozando y dando las gracias por la tercera oportunidad que le brindaba la vida.

18
Aproximación

Algún día de 3289

Tres semanas para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily se despertó antes de lo normal. Hacía días que le costaba conciliar el sueño. Ver tan cercano el objetivo final de la expedición le estaba pasando factura. Tenía cada vez más ganas de reencontrarse con su padre.

Kepler-442b era ya visible con las ópticas de la estación espacial, pero todavía no estaban lo bastante cerca como para estudiarlo con detenimiento o localizar en la distancia la presencia del arca Galileo.

Pero lo que de verdad le quitaba el sueño a Emily era el silencio que se detectaba desde el planeta. Lo normal habría sido, ya a esta distancia, empezar a recibir comunicaciones desde la Galileo dándoles la bienvenida o indicándoles su posición para facilitar la maniobra de aproximación. El protocolo del proyecto establecía que esas comunicaciones debían llevarse a cabo. El subdirector y la capitana opinaban que el silencio podía ser normal, teniendo en cuenta que llegaban con años de retraso.

Pero Emily no acababa de creerse ese discurso y no podía dejar de pensar en toda la plétora de vicisitudes que podían haberle ocurrido a la Galileo. Sobre todo teniendo en cuenta que ellos mismos habían sido capaces de esquivar un agujero negro solo por los pelos.

Así que, a pesar de ser mucho más pronto de lo normal, Emily decidió comenzar con su habitual rutina de las mañanas. Cogió su ropa de deporte y se acercó al gimnasio. A esas horas todavía no había nadie allí y el lugar se encontraba en penumbras. Tan solo se iluminó por completo cuando Emily entró en la zona de ejercicios cardiopulmonares.

Ada le puso la música habitual y Emily empezó con la rutina matinal: un pequeño calentamiento inicial y fortalecimiento muscular y óseo. Se esperaba que la gravedad del planeta fuera un treinta por ciento superior a la Tierra, así que todos los que llevaban cierto tiempo despiertos habían comenzado a fortalecer sus músculos, tendones y huesos para poder acostumbrarse a una gravedad diferente. La alimentación, como era de esperar, iba también

orientada a mejorar esos aspectos.

Cuando acabó, se dio una ducha en el mismo gimnasio y se dirigió al comedor para desayunar. Allí, para sorpresa de Emily, ya había alguien. Sentado en una de las mesas, y totalmente solo, había un varón de unos cincuenta años. Por las facciones y el color de su piel dedujo que se trataba de alguien originario de la antigua India o de Pakistán.

—Hola, buenos días —saludó Emily educadamente.

—Buenos días —respondió el extraño.

Habían pasado ya más de siete meses desde el incidente con el agujero negro, y en ese lapso de tiempo habían sido despertadas muchas personas de diferentes rangos, oficios y responsabilidades. Emily había propuesto despertar a Taro y a Chad, que ya llevaban unos meses preparando sus laboratorios y repasando los protocolos para la llegada. Así que no le extrañó en absoluto ver a alguien nuevo en la estación.

—¿Le han despertado hace poco? —preguntó intentando parecer cortés.

—Oh, sí, supongo que sí, aunque llevo ya una semana dando guerra por aquí —respondió el extraño.

Emily seleccionó para el desayuno su habitual combinación de café y pastel de zanahorias, que, tras probar el resto de opciones, resultó ser su favorito. Mientras esperaba, se presentó al desconocido:

—Soy la doctora Rhodes —le dijo mientras le ofrecía la mano.

—Oh, sé quién es, doctora —le aseguró el extraño estrechándole la mano—. Soy el doctor Rakesh Kumar, uno de los pocos antropólogos de la expedición y el único licenciado en teología, si no estoy equivocado.

—Ah, encantada —respondió Emily mientras acababa de recoger su desayuno.

—Tome asiento doctora, supongo que a ambos nos vendrá bien algo de conversación.

—Gracias —aceptó mientras se colocaba al otro lado de la mesa.

—¿Sabe?, yo conozco a su padre —dijo Rakesh.

—Oh, ¿de verdad? —Emily estaba intrigada— Pero, por favor, tutéame.

—Por supuesto. Sí, coincidimos en más de una ocasión. Ya sabes, en uno de esos aburridos congresos que normalmente hacemos… hacíamos —corrigió—, en la Tierra. Tu padre tenía cierto interés por contar con un teólogo en la expedición y por casualidad uno de los antropólogos de la misión Copérnico sufrió un percance unos meses

antes de la partida de la Galileo, así que me sugirió que optara al puesto.

—Me resulta curioso, dado que mi padre nunca dio muestras de ser creyente, al menos delante de mí —dijo Emily extrañada.

—Por supuesto que no, tu padre es un hombre de ciencia —rio mientras jugueteaba con su vaso de té—. De hecho, si te soy sincero —dijo bajando el tono—, yo tampoco soy muy creyente. Supongo que siempre me ha fascinado observar el fervor de los creyentes, las liturgias que les rodean, todo aquello que nos lleva a creer a pies juntillas en la existencia de algo místico. Resulta muy interesante estudiar a aquellos que sí que piensan que existe algo que escapa a nuestro entendimiento y que de alguna manera dicta nuestro destino. Personalmente me ha ayudado a comprender al ser humano en su más profunda delicadeza, con la más absoluta de las humildades ya que, frente a los dioses, los seres humanos nos mostramos vulnerables, casi tal y como somos en realidad.

»Tu padre es un hombre muy inteligente, Emily. Él es consciente de la influencia que las religiones han tenido a lo largo de nuestra historia y, siendo realistas, nadie sabe lo que nos encontraremos al final de nuestro viaje por las estrellas. Quizá las cosas no nos vayan tan bien, quizá encontremos desesperación, miseria o incluso la muerte.

Emily sintió un pequeño escalofrío cuando el doctor pronunció esas palabras.

—Es en esos momentos tan críticos —continuó—, cuando las religiones afloran en los corazones de los humanos, tal es su poder. Supongo que tu padre quería tener a alguien que pudiera comprender ese comportamiento tan humano si llegara el caso.

—Entiendo. La verdad es que siempre he pensado que todo iba a salir bien, que la humanidad tendría una segunda oportunidad y nunca me he planteado que nos dirigiéramos a un callejón sin salida.

—Y la humanidad tendrá esa segunda oportunidad, no me cabe ninguna duda. Pero si echamos la vista muchos años atrás, comprenderás que esas dificultades son una parte intrínseca al ser humano, tanto como lo son la tierra y el agua a una planta de té —dijo mientras señalaba con ambas manos la taza que tenía en la mesa—. Y nuestras religiones y credos siempre han estado ahí para darnos un propósito cuando ya no nos queda nada más o cuando no somos capaces de comprender lo que nos rodea.

»Piensa por un momento en el primer ser humano que levantó la vista hacia el Sol y se preguntó por aquella enorme masa ardiente que le dañaba la vista pero a la vez le daba calor. ¿Qué crees que

hubiéramos pensado tú y yo en su misma situación sin tener la educación que tenemos?

—Que se trataba de un Dios —reconoció Emily, pensativa.

—¡Exacto! —exclamó el doctor Kumar—. El caso es que hay probabilidades de que durante este viaje nos encontremos con fenómenos inexplicables con nuestro conocimiento o incluso con una raza superior. Debemos intentar dejar de actuar como ese primer ser humano que miró al Sol y a las estrellas. Y para eso, debemos comprender bien el comportamiento humano.

Emily estaba ensimismada con el doctor Kumar, con su manera pausada de hablar, su elocuencia y la sabiduría que desprendían sus ojos. Emanaba una calidez y una tranquilidad que muy pocas veces había sentido. De alguna manera, le recordaba a su padre.

Continuaron un buen rato conversando sobre sus esperanzas, sobre ciencia, sobre té, del que era un auténtico fanático, y de cómo el que servían en el comedor era de malísima calidad.

Esa misma tarde, mientras se encontraba en el laboratorio, Ada le entregó un mensaje del subdirector Green. Debía acudir cuanto antes a su despacho para una reunión. Emily llevaba varias semanas adaptando, y también mejorando, ciertas capacidades de Ada con respecto a las armaduras tecnológicas que las expediciones de exploración iban a utilizar una vez se encontraran en el planeta. A pesar de que a estas alturas la tripulación de la Galileo debería tener ya varios puestos de avanzada, habría muchos lugares que explorar todavía.

Los trajes disponían de la última tecnología en cuanto a sensores, soporte vital y mejora de las aptitudes físicas del usuario, así que adaptó algún módulo de Ada para que los trajes pudieran disponer de una versión reducida de la inteligencia artificial en circunstancias en las que sería complicado comunicarse con la estación espacial o con un satélite, como desde dentro de una cueva o en el fondo marino.

Emily acabó de testear las dos rutinas que había estado adaptando y se dirigió hacia la oficina del subdirector. Al llegar a su puerta, la golpeó con suavidad, y esta se abrió al cabo de unos segundos. Allí se encontraba el subdirector, que esta vez no la recibió con su sonrisa habitual. Algo pasaba.

—Siéntate, Emily —la invitó con una voz que sonaba preocupada —. No sé muy bien cómo se empieza una conversación que uno no quiere tener.

—¿Qué ocurre, David? —preguntó muy nerviosa de repente—. Me estás asustando…

—Ada ha hecho un barrido completo del planeta —informó con un tono que no auguraba nada bueno—. No hay rastro de la Galileo.

El mazazo fue considerable.

Emily se llevó las manos a la cabeza y comenzó a llorar. Sabía que algo no iba bien desde hacía semanas. Si la Galileo hubiese estado en su posición, en órbita alrededor de Kepler-442b, habrían contactado con ellos hacía varias semanas. Y Ada llevaba meses intentando establecer comunicación por todos los canales posibles. Pero, a pesar de todo, quería seguir pensando que había un buen motivo para que no consiguieran contactar con la otra arca.

—Pero… —comenzó a balbucear— tiene que haber una explicación… Quizá estén en la superficie… quizá los satélites no estén funcionando, o la nave haya quedado inutilizada por el viaje…

—Me gustaría poder decirte que es así, que están en algún lugar fuera de nuestra vista. Pero no quiero engañarte, Emily —repuso el subdirector con mucha tristeza—. Debemos empezar a barajar la posibilidad de que no lo hayan conseguido.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! —gritó entre sollozos—. ¡Mi padre no! ¡Él sabría cómo arreglarlo! ¡Tienen que estar en algún lugar!

—No puedo darte falsas esperanzas. Ada cree que, aunque nos acerquemos más, el resultado va a ser el mismo, lo siento mucho.

—No… papá… No…

El subdirector se acercó a su silla y se agachó a su lado para abrazarla e intentar consolarla.

—Lo lamento mucho, Emily —dijo, también compungido—. De veras que lo lamento.

—Ada… ¿cuándo fue la última comunicación que se recibió de la Galileo? —preguntó Emily mientras se encogía en la cama de su camarote abrazando el viejo peluche que había llevado en su maleta.

—La última comunicación se recibió dos años después de partir de la Tierra —aseguró Ada—, todo según lo planificado. Más tarde, la estación espacial dejó de comunicar para ahorrar recursos ya que el retraso entre emisor y receptor ya no permitía una comunicación fluida. Nosotros actuamos de la misma manera cuando estábamos a dos años de viaje.

—¿Y estaba todo en orden en la Galileo?

—Sí, al menos según la información de la que dispongo. La comunicación fue normal y aparentemente todos los sistemas funcionaban a la perfección. Hasta ese momento, no habían informado de nada reseñable.

—Y durante el tiempo en que estuviste operativa a pleno rendimiento, ¿detectaste algo fuera de lo normal?

—No, lo siento. Los primeros quinientos años de viaje fueron bastante aburridos, si me permites la expresión. Una oscura e inmensa soledad.

Emily hizo una pequeña pausa mientras le daba vueltas a la cabeza para ver que más podía preguntarle a Ada para encontrar alguna pequeña pista sobre el paradero de la Galileo.

—¿Y cuál es la probabilidad de que Alan hubiera detectado y evitado a tiempo el agujero negro?

—A pesar de que puedo simular el comportamiento de Alan —respondió Ada—, no puedo extrapolar los datos que recibieron los sensores de la estación al aproximarse al agujero negro, ya que no disponía de memoria en ese momento. Pero a pesar de ello, podría aventurarme a decir que las probabilidades serían superiores al noventa y cinco por ciento. A pesar de que ninguno de los dos teníamos datos empíricos sobre agujeros negros, puedo casi asegurarte de que Alan habría reaccionado sin problemas ante la amenaza, siempre que tuviera un funcionamiento normal.

—¿Y si alguien saboteó a Alan como hicieron contigo?

—Entonces la cosa cambiaría. Alan no habría sobrevivido en un hardware sin memoria física como yo. En ese caso, me temo que las posibilidades serían del cero por ciento —aseguró Ada—. Sin embargo, he de apuntar que las probabilidades de que un ataque similar se llevara a cabo no son muy altas. Al menos teniendo en cuenta que cuando los proyectos eran de dominio público se usaron otro tipo de ataques, como contra la Copérnico.

—Supongo que tienes razón —aceptó Emily.

—Además, la popularidad del proyecto disminuyó de forma considerable tras partir la Galileo, y no antes.

—¿Se dijo en el juicio o en la instrucción del caso de sabotaje algo sobre la Galileo?

—No; por aquel entonces no sabíamos que la Galileo había desaparecido —dijo Ada, recordando los acontecimientos de hace unos meses—. Y no hay que olvidar que las veces que se le preguntó a Jonathan Wiśniewski acerca del grupo terrorista siempre dijo que ellos habían contactado con él. No disponía de mucha información sobre ellos porque en realidad no formaba parte del grupo, era solo un peón más del plan. Por la información histórica de la que dispongo, puedo deducir que es la manera habitual en la que funcionan este tipo de organizaciones. Supongo que lo hacen de esa manera para evitar exponer demasiado a los líderes. Dudo que el señor Wiśniewski sepa

nada sobre los planes de la organización diez años antes.

—Pero entonces… ¿qué les ha podido pasar?

—Me temo que no voy a poder responderte a esa pregunta —dijo Ada con tono preocupado—. Existen multitud de eventualidades que podrían haber provocado que la estación ni siquiera llegase a este sistema solar, pero prefiero no enumerártelas, dado tu estado anímico.

—¿De verdad no has detectado nada? —preguntó una desesperanzada Emily.

—No.

Emily guardó silencio hasta que, ya cansada de preguntar sobre el destino de la otra arca, cambió de tema.

—¿Puedes enseñarme alguna imagen del planeta?

—¡Claro que sí! —exclamó Ada con una súbita alegría para intentar contagiar a Emily—. Ya verás, es muy hermoso.

Emily sabía que la elección de ese planeta y no de otro, obedecía a un mero hecho probabilístico. Era el planeta que de todos los observables desde la Tierra tenía un mejor índice de habitabilidad. Paradójicamente, ese índice que estaba basado en múltiples parámetros como el tamaño o la distancia entre él y su estrella, era incluso mayor que el de la propia Tierra.

Ada le mostró a Emily las imágenes de alta definición que sus lentes de última generación le permitían obtener de Kepler-442b. Era una vista espectacular, en ciertos aspectos recordaba mucho a la Tierra. De un tamaño 1,3 veces mayor, disponía de océanos color turquesa y azul oscuro. La tierra firme aparentaba ser de un sorprendente color rojizo, aunque se distinguían diferentes tonalidades en función de la latitud. Emily pudo visualizar un gran continente en el hemisferio Norte y diferentes archipiélagos repartidos por la costa Oeste del mismo, aunque la abundante nubosidad del planeta le impedía ver dónde comenzaban unos y acababan los otros.

Los casquetes polares eran, en apariencia, mucho más extensos que en la Tierra. Tal vez eran el recuerdo de alguna antigua o incipiente glaciación. Aun así, dejaban una buena franja que podría ser habitable, al menos desde el punto de vista térmico.

Parecía un planeta apacible desde la distancia.

Emily no supo describir la sensación que le produjo contemplar por primera vez el que se suponía que iba a ser su nuevo hogar. Pero, de alguna manera, observar esa enorme esfera, que parecía llena de vida, la reconfortó. Se dio cuenta en ese momento de que su nueva vida solo acababa de empezar, que le quedaba mucho camino por delante. Y que ese camino no se iba a andar solo.

—No puedo darme por vencida —dijo, incorporándose con un repentino atisbo de esperanza—. Mi padre no querría verme así —añadió mientras se limpiaba las lágrimas—. Tengo que hacer algo, tengo que hablar con el subdirector.

Se levantó de la cama, salió de su camarote y se dirigió con paso firme hacía el despacho de Green. Entró decidida y sin mediar más palabra, le dijo:

—Subdirector, me presento voluntaria para dirigir la expedición de exploración del planeta.

19
El protocolo

Algún día de 3289

Quince días para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily se sentó en una de las sillas del puesto de mando de la estación Asimov. Tan solo faltaban unos pocos días para llegar a Kepler-442b y las últimas noticias no estaban siendo muy esperanzadoras. No había rastro de la Galileo y la expedición tenía demasiadas incógnitas que afrontar. El subdirector Green había convocado a los máximos responsables para poder trazar una estrategia a seguir ahora que la Galileo no parecía estar donde debería.

—Bien, creo que todos aquí estamos al tanto de los últimos descubrimientos —comenzó el subdirector, muy serio—. No hay noticias de la estación Galileo. Tampoco se ha detectado ningún tipo de señal proveniente del planeta ni las imágenes que obtenemos parecen darnos ni una sola pista sobre el paradero de la expedición liderada por el director Rhodes.

»Llegados a este punto, les he convocado a todos hoy aquí, para trazar la estrategia a seguir durante los próximos meses. Una que nos lleve a conseguir el objetivo final del proyecto, que no es otro que colonizar el planeta. —Tras hacer una breve pausa, continuó—: Creo que todos conocen de sobra a la doctora Rhodes, la hija del director.

Todos giraron sus cabezas hacía Emily, que mantuvo el tipo como pudo mientras los asistentes la observaban. Reconoció a muchos de los presentes, pero había algunos que acababan de ser despertados en las últimas semanas y, si bien los había visto en las zonas comunes de la estación, nunca habían sido presentados de manera formal.

—La doctora Rhodes —continuó el subdirector—, además de ser la mayor experta en inteligencia artificial que tenemos en el proyecto, se ha ofrecido voluntaria para dirigir la primera expedición de exploración del planeta. Quiero notificarles a todos que he accedido a su petición. Por esa razón, la doctora Rhodes se encuentra presente hoy aquí.

»Como ya saben, hace ocho meses experimentamos un importante imprevisto en la estación. El desenlace de aquel incidente no fue

catastrófico gracias, entre otras cosas, a la valiente actuación de personas como la doctora. Pero, a pesar de nuestros esfuerzos, sufrimos una serie de pérdidas significativas que pueden afectar de forma negativa a la consecución de los objetivos marcados por el proyecto.

»Las decisiones de aquellos días, de las que me hago totalmente responsable, se tomaron con el único afán de preservar el mayor número de vidas posible. Por desgracia, se tuvieron que sacrificar ciertos módulos de la nave. Dicha decisión se tomó teniendo en cuenta la duplicidad de los sistemas de ambas estaciones, ya que todos confiábamos en que la Galileo tuviera su arsenal y su módulo de terraformación intactos y a pleno rendimiento.

—Disculpe, subdirector, ¿está diciéndonos que no disponemos del módulo de terraformación? —preguntó preocupado Suresh Patel, el director de la sección de Ingeniería.

—Eso es, director Patel, no disponemos del módulo de terraformación. Ni tampoco del arsenal de la nave —respondió el subdirector—. Fue una decisión difícil, pero se tomó con total objetividad. Tuvimos que decidir entre sacrificar esos dos módulos o la nave al completo.

—Pero ¿cómo vamos a colonizar el planeta si no podemos modificar su atmósfera? —preguntó Alfredo Barrios, el oficial de seguridad de la nave.

—Ese es uno de los puntos que tendremos que abordar hoy aquí, oficial Barrios —respondió el subdirector—. Pero antes, deberíamos intentar averiguar qué es lo que ha podido pasar con la otra arca. En la documentación del proyecto —continuó el subdirector mientras manipulaba su terminal haciendo pasar por él el contenido de la documentación—, se listan centenares de circunstancias por las cuales alguna de las estaciones pudiera no llegar a su destino, desde una lluvia de asteroides, algún tipo de radiación estelar, hasta un incorrecto funcionamiento de la nave que no la haya permitido desacelerar y hayan, digamos, pasado «de largo». Aunque pueda sonar frío, ninguna de esas posibilidades nos compete ahora mismo, así que, por favor, obviémoslas. Solo deberíamos considerar aquellas que puedan afectarnos directa o indirectamente en estos momentos.

—¿Cree que puedan haber sido atacados por una raza alienígena local? —preguntó el segundo oficial Kuijpers, un hombre de origen neerlandés y de una altura considerable que, sin duda, superaba los dos metros.

—De momento solo podemos conjeturar, pero no hemos descartado todavía ninguna opción —dijo el comandante Bauer—. Aun así, un ataque desde el propio planeta parece poco probable. Dada la potencia

de fuego de la que disponía la Galileo y que el planeta está, al menos en apariencia, tecnológicamente muerto, consideramos improbable que encontremos una raza, digamos, avanzada, en el planeta. De cualquier manera, como le digo, no podemos descartar por completo esa posibilidad.

—¿Y una raza alienígena tremendamente avanzada que no resida en el planeta pero que, de alguna manera, pueda estar monitorizando la zona para evitar competencia por los recursos del planeta? —sugirió una mujer de aspecto serio a la que Emily no había visto nunca hasta ese día, pero que, por la raya gris oscura en su uniforme, debía de ser una de las adjuntas a la dirección.

—Desde luego, esa sería la peor de las posibilidades, señorita Jones —le respondió el subdirector—. Esa situación nos llevaría a enfrentarnos a una amenaza que la propia tripulación de la Galileo no habría podido superar, aun disponiendo en teoría de mucha más potencia de fuego de la que tenemos nosotros ahora mismo. Esperemos que ese no sea el caso.

—O que dispongan de algún tipo de tecnología más avanzada que sea capaz de ocultarlos a nuestros ojos y a nuestra tecnología —añadió el director Patel.

—Sí, supongo que esa es una de las peores posibilidades —reconoció el subdirector.

Emily, que se había intentado preparar mentalmente para la reunión, comenzó a sentirse mal al escuchar todas y cada una de las opciones que se comentaban, en especial aquellas en las que la Galileo habría sido destruida.

—¿Podrían haber abandonado de forma voluntaria el planeta? —preguntó el oficial Barrios.

—No podemos considerarlo. En primer lugar, el protocolo exige que, aunque el planeta no fuera habitable, la primera nave esperaría la llegada de los demás, incluso aunque hubiera un retraso de cinco años respecto a lo inicialmente previsto —descartó el subdirector mientras el oficial Barrios asentía—. Además, las estaciones no transportan suficiente combustible para poder hacer otro viaje de estas características, así que no tendrían a dónde ir sin haber construido una planta de separación isotópica de hidrógeno de donde extraerlo. Eso, por desgracia, no creo que se consiga en unos pocos años.

—¿Y si se produjo un motín a bordo? —insinuó el capitán Garth.

Todos callaron unos instantes.

—Esa posibilidad sería muy inquietante, habida cuenta de que un grupo de insurrectos podría haber destruido la estación espacial al hacer acopio del contenido del arsenal —comentó el subdirector—. Y,

teniendo en cuenta de que nosotros hemos perdido el noventa y cinco por ciento de nuestra potencia de fuego…

—Nos dejaría en una posición de clara desventaja estratégica contra un hipotético ejército de traidores armados hasta los dientes —concluyó la frase el capitán Garth.

—Bien, esa será una de las posibilidades que tendremos en cuenta. Pero ahora mismo no estamos detectando ningún tipo de satélite orbitando el planeta, lo que al menos nos da la ventaja de dominar el espacio. Además, si fuera ese el caso, puede que no resulten una amenaza, sobre todo teniendo en cuenta que el planeta es lo suficientemente grande como para albergar dos colonias sin tener siquiera que verse jamás —apuntó el subdirector—. De cualquier manera, podemos considerar que las precauciones que tomemos para esa eventualidad serán similares a la de la existencia de una raza alienígena con tecnología tan avanzada como para derribar una estación espacial sin tener en apariencia un desarrollo tecnológico notable.

—Para evitar cualquier tipo de riesgo deberíamos detener la estación espacial a una distancia mayor de la prevista —sugirió la capitana Mei—. Lejos de un posible ataque desde la superficie.

—Sí, creo que es una buena idea —confirmó el subdirector asintiendo con la cabeza tras hacer una ligera pausa—. Enviaremos las misiones de reconocimiento desde una distancia mayor. ¿Creen que será factible? —preguntó a los oficiales de la nave.

—Sin duda —respondió el segundo oficial Kuijpers—. Las naves de reconocimiento pueden almacenar suficiente energía como para hacer varios viajes desde distancias muy superiores a la órbita prevista de la estación.

—Perfecto —celebró el subdirector—, ¿pueden encargarse de coordinar los preparativos?

—Claro, subdirector —confirmaron la capitana y el segundo oficial.

—Lo que no podremos hacer desde una órbita superior será desplegar los satélites en el planeta —apuntó el director Patel—. Al menos, no sin modificarlos con anterioridad.

—No creo que sea necesario —razonó el subdirector—. De entrada, priorizaremos el asegurarnos de que no hay una amenaza inminente contra la estación. Ya decidiremos cuándo la situación nos ofrece suficientes garantías como para acercar la estación a una órbita más cercana que nos permita, entre otras cosas, lanzar los satélites.

—Si conseguimos aterrizar en el planeta, deberíamos desplegar algunos drones desde la superficie para asegurar un pequeño perímetro —sugirió Emily—. Aunque tengan un alcance más limitado

que un satélite, nos ofrecerán información valiosa sobre el entorno alrededor del punto de aterrizaje.

—Es una idea fabulosa —agradeció el subdirector—. Por suerte disponemos de suficientes drones para poder extraer información de la superficie. ¿Alguien tiene alguna sugerencia o algo más que añadir a todo esto?

Todos los presentes pensaron unos momentos en silencio.

—¿Y si el arca está en la zona oculta del planeta? —preguntó Ada a los presentes.

El silencio continuó un rato más.

—Pero ¿por qué iba a estarlo? —preguntó el subdirector— Lo lógico sería que la propia estación estuviera en una órbita geoestacionaria, fijada siempre en el lugar en el que la expedición se haya establecido.

—Podría deberse a algún funcionamiento defectuoso en los parámetros del arca o que un atacante se haya hecho con el control y haya decidido ocultarse de nuestra vista y sensores con intenciones poco amistosas —desarrolló Ada.

Esta vez el silencio en la sala se hizo mucho más tenso, acrecentado en cierta manera porque era una inteligencia artificial la que había sugerido una posible y enrevesada estratagema de un hipotético agresor.

—Es un interesante punto de vista —aceptó el subdirector—, y creo que será interesante asegurarnos de que no haya ninguna amenaza en la cara oculta del planeta.

—No hay problema con eso —aseguró la capitana Mei—. Podemos enviar una nave no tripulada para investigar la cara oculta y de paso realizar un barrido más cercano si cabe de la superficie del planeta.

—Bien, pues si nadie más tiene algo que añadir, creo que al menos hemos trazado las primeras líneas de nuestro futuro plan de acción — dijo el subdirector—. Aun así, aunque las primeras acciones que llevaremos a cabo serán las de reconocimiento del planeta, debemos repasar las líneas maestras del plan original del proyecto.

»La Galileo tenía que haber llegado hace unos diez años terrestres al planeta. En ese tiempo, si todo hubiera ido según lo previsto, la expedición debería tener ya varias bases en la superficie. El módulo de terraformación debería haber sido puesto en marcha en una primera fase y poco a poco haber comenzado a modificar la atmósfera del planeta. De esa manera se pretendía hacerla apta para el ser humano y así poder prescindir de los sistemas de sustento vital.

»Los análisis visuales preliminares nos arrojan poca información

sobre el planeta, más allá de su tamaño aproximado y de sus ciclos planetarios. Pero se pueden observar muchas similitudes con nuestra Tierra. —Ada mostró en las pantallas del puesto de mando imágenes en directo del planeta—. Creo que uno de los geólogos de la expedición ha estudiado las imágenes, ¿no, director Patel?

—Así es. El doctor Murakami las ha analizado con detenimiento y, aun dentro de la cautela, es bastante optimista con respecto a que la atmósfera actual del planeta pueda ser compatible con la vida humana.

—De cualquier manera —continuó el subdirector—, deberemos poner en práctica la totalidad del protocolo de colonización. Un equipo asegurará algunas zonas de aterrizaje y tomará una serie de muestras de la superficie que serán más tarde analizadas en los laboratorios de la estación. Eso nos dará una primera idea preliminar de cómo de habitable es el planeta. Si todo eso va bien, procederemos a acercar a una órbita adecuada la estación espacial. —Un holograma comenzó a mostrar de forma visual en la mesa del puesto de mando lo que comentaba el subdirector—. El equipo de ingeniería preparará los satélites para que sean desplegados una vez estemos en órbita alrededor del planeta. Hasta ese momento, los equipos de exploración solo dispondrán de comunicación directa con la estación espacial por medio de equipos de transmisión de alto rango. Asumo que, aun así, los trajes de exploración podrán contener ciertas funcionalidades de Ada, ¿correcto, Emily?

—Eso es —respondió ella—. Hemos estado adaptando durante estos meses ciertos módulos de Ada para que puedan ser ejecutados en los trajes de exploración sin necesidad de tener conexión por satélite con el núcleo del ordenador cuántico de la estación.

—Genial —continuó el subdirector—. Más tarde, una vez desplegados los satélites y analizadas las muestras de la superficie, podremos evaluar con mucha más precisión la composición de la atmósfera del planeta —continuaron el subdirector y el holograma—. Independientemente de los resultados estableceremos la primera base en el planeta. Por supuesto, las condiciones atmosféricas encontradas en él tendrán su efecto en el establecimiento de la colonia. Si bien los habitáculos disponen de sistemas para proporcionar el sustento vital necesario, estos necesitan ser recargados con regularidad.

»Así que el equipo de ingeniería —añadió Green volviendo la vista hacía el director Patel—, también se encargará de, en caso de que la atmósfera sea parcialmente respirable, construir los filtros y los depuradores necesarios para poder extraer el oxígeno y el agua del propio planeta.

—Correcto —respondió el director Patel.

—Asumo que tendríamos un problema si la atmósfera no llegara a ser del todo apta como para poder utilizar filtros —añadió el subdirector—, pero esperemos que la suerte esté de nuestra parte en esta ocasión. Una vez establecida la primera de las bases, estaremos en disposición de crear una segunda y una tercera a medida que avancemos con nuestras investigaciones. Ese será el momento en el que nos podremos centrar en la búsqueda de recursos minerales que nos permitan instalar las fundiciones y factorías necesarias para poder reponer nuestras pérdidas y también realizar nuevos avances e investigaciones tecnológicas.

»Lo que todavía no estamos en situación de decidir es sobre la consecución de alimento en el propio planeta. Tanto la agricultura como la ganadería tendrán que esperar a que se evalúen las condiciones del planeta. Eso no supondrá ningún problema, ya que disponemos de suficiente infraestructura aquí arriba para conseguir cultivos hidropónicos de forma prolongada en el tiempo. Además, contamos con suficientes reservas de alimentos traídos desde la Tierra. ¿Alguien tiene alguna duda? —preguntó a los presentes—. ¿No? Pues ya solo nos queda decidir en qué parte del planeta vamos a comenzar las exploraciones. La decisión debería ir enfocada a cumplir nuestros dos objetivos principales, encontrar recursos y también pistas sobre el posible paradero de la Galileo —dijo—. La parte positiva es que ambos objetivos estarían relacionados entre ellos, ya que la principal misión de la Galileo era dar con una localización lo más apta posible para el desarrollo de la colonia.

»Eso requiere que la decisión se tome en función de la disponibilidad de agua dulce, un clima idóneo, recursos naturales de interés y encontrarse a salvo de hipotéticos desastres naturales. Basándose en esos datos, Ada intentará darnos la o las localizaciones que mejor cumplan estos criterios. Y teniendo en cuenta que, en el caso de la Galileo, tendría que haber sido el propio Alan el que hiciera lo mismo, las probabilidades de elegir el mismo emplazamiento son bastante altas. Así que, si damos con esas localizaciones, daremos con la Galileo, si es que llegó alguna vez al planeta. ¿Alguien tiene algo más que compartir o preguntar? —preguntó de nuevo el subdirector.

—¿Cuándo y qué va a comunicarse al resto de la tripulación? —preguntó la adjunta a la dirección.

—Sí, es un buen punto, y casi lo paso por alto —reconoció Green—. En un par de días, yo mismo me dirigiré a la tripulación. Les comunicaremos que no hay noticias del arca Galileo, pero, al menos por el momento, no se les informará de que no disponemos de módulo de terraformación. No queremos que cunda el pánico y necesitamos a toda la tripulación con la moral lo más alta posible. Nos sería

totalmente imposible ocultar el hecho más que evidente de que la Galileo no está, pero de momento no creo que sea constructivo mencionar la pérdida del módulo de terraformación.

—Es mejor que esperemos a evaluar la atmósfera del planeta con más detenimiento ya que, con suerte, quizá no sea necesario utilizar el módulo de terraformación —apuntó la capitana Mei, que casi no había participado en toda la reunión.

—¿Quiénes conocen esa información? —preguntó el oficial de seguridad Barrios.

—Los que estamos presentes en esta sala —respondió el subdirector.

—¡Ejem! —se oyó a una voz por el sistema de audio de la sala.

—¡Y Ada!, por supuesto —concedió el subdirector con una ligera sonrisa en la boca.

20
Prácticas de tiro

Algún día de 3289

Catorce días para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily y el resto de su equipo estaban citados a las ocho y media de la mañana en el centro de entrenamiento militar de la Lavadora. El centro era uno de los lugares del enorme aro giratorio de la estación espacial que disponía de más espacio que el resto de las estancias y zonas comunes del módulo.

El ejército utilizaba este lugar para realizar prácticas de tiro, maniobras de entrenamiento con los trajes de exploración y poner a prueba los robots móviles autónomos con diferentes circuitos de obstáculos. Para poder realizar prácticas de tiro la estancia necesitaba tener un buen blindaje, así que en el extremo contrario del anillo se habían tenido que añadir diferentes contrapesos que igualaran la distribución de la masa del módulo.

El lugar estaba casi en la otra punta, por lo que Emily había decidido citarse en el comedor con el resto de los civiles del equipo que iban a realizar la primera misión de exploración de la Asimov para ir juntos hasta la zona de entrenamiento.

—¡Emily! ¡Llegas tarde! —saludó Chad señalando en su muñeca la impuntualidad de su compañera.

—¡Solo son las 07:47! —se quejó Emily mientras se encogía de hombros.

Junto a Chad se encontraba Taro, que la saludó con un leve gesto de su cabeza. Y un poco más atrás estaban las nuevas incorporaciones del equipo. El director Patel en persona le había presentado una serie de candidatos a Emily para que decidiera quiénes iban a formar parte del grupo, pero por encima del resto, le recomendó un par de perfiles que encajaban a la perfección con las necesidades y naturaleza de la misión. Ella conocía a ambos de su primera visita al arca Asimov.

En primer lugar estaba el ingeniero Gorka Martínez, con gran presencia física y su habitual barba descuidada. Era uno de los mayores especialistas en electrónica y mecánica avanzada de la nave. Se encargaría de solucionar cualquier problema que se les presentase en la superficie. Sería alguien muy atractivo de no ser por las marcas

de su cara que indicaban que practicaba algún tipo de deporte de contacto: la nariz estaba desviada y achatada y las cejas presentaban un sinfín de cicatrices, lo que le daba un aspecto algo amenazador.

A su lado se encontraba la siempre sonriente ingeniera de telecomunicaciones Paula Gonçalves. La brasileña era pura alegría, como reflejaban sus casi permanentes hoyuelos y su pelo recogido. Ella sería la encargada de asegurar las telecomunicaciones con la estación espacial en estas primeras misiones. Verla al lado del gigantesco Gorka, pese a no ser este demasiado alto, la hacía parecer una muñeca.

Los cinco habían quedado más pronto de lo normal para compartir el desayuno y comenzar a continuación con la formación táctica y militar que iban a recibir durante los próximos días. La idea era familiarizar a los componentes civiles del equipo de exploración con parte del material y herramientas que utilizarían en la superficie del planeta.

Una vez reunidos, todos recogieron su desayuno y se sentaron en una de las pocas mesas libres del ya concurrido comedor. Desde hacía semanas, la cantidad de gente que coincidía en esa sala empezaba a ser suficiente como para casi llenarlo por completo. La actividad en la estación espacial se volvía más frenética cuanto más se acercaban a Kepler-442b.

—Y bien ¿qué tal habéis pasado la noche? ¿No estáis nerviosos por el entrenamiento? —preguntó el siempre elocuente Chad.

—¡Yo muy bien! —respondió Paula con una gran sonrisa en la boca —, la verdad es que estoy súper emocionada con todo esto.

—Yo no sé si seré capaz de asimilarlo todo —confesó Taro mientras sujetaba nervioso su vaso de té—, vosotros parecéis mucho más habituados a la tecnología que yo.

—¡Claro que serás capaz! —le dijo Emily—, precisamente para eso son estos entrenamientos, debemos acostumbrarnos al traje de exploración.

—Meterme dentro de una lata metálica rodeado de una atmósfera que podría no ser del todo amistosa no es de lo más placentero —replicó él.

—Yo espero no tener ningún ataque de pánico. Mientras estemos con los pies en el suelo, supongo que no tendré problemas —rio nervioso Chad.

—¿Quién se va a encargar de la formación? —preguntó Gorka.

—No lo sé, supongo que lo descubriremos en un rato —dijo Emily encogiéndose de hombros—. El capitán Garth todavía no había decidido el equipo de militares que nos iban a acompañar a la

superficie, así que ni siquiera sé si serán los mismos con los que estaremos hoy.

Todos dieron buena cuenta del desayuno. De hecho, ese día se tomaron la libertad de disfrutar de una pequeña ración extra para poder tener suficientes energías durante el entrenamiento que les esperaba. Tras pasar un rato conversando muy animados, se levantaron de la mesa del comedor y se dirigieron al centro de entrenamiento.

De camino, Chad y Taro conversaban entre ellos, escoltados por un Gorka más reservado, aunque al lado de Chad cualquiera lo parecía. De vez en cuando, Gorka añadía algún monosílabo o soltaba una frase mordaz. Pero era evidente que la conversación la llevaban sus dos compañeros y él solo era un mero espectador. Paula y Emily iban detrás, charlando entre ellas.

—¿Qué tal lo estás llevando? —preguntó Paula.

—¿El qué? —respondió Emily, sin saber muy bien a que se refería.

—Bueno, que no hay noticias de la Galileo es *vox populi* en toda la nave —comentó Paula con un tono muy suave—. Supongo que no lo estarás pasando nada bien por lo de tu padre.

—La verdad es que no, gracias por preguntar —respondió un tanto sorprendida, pero agradecida por el interés de la joven—. Supongo que tengo que ir haciéndome a la idea de la nueva situación, y creo que me está viniendo muy bien tener la cabeza ocupada.

—Yo no sabría muy bien cómo reaccionar en tu lugar, estaba muy unida a mis padres —dijo Paula con voz triste—. Se sacrificaron mucho para que yo pudiera tener estudios, una vida mejor…

Emily vio en ella el mismo anhelo que habitaba en su corazón y sintió el impulso de contarle a Paula lo mal que lo había pasado estas últimas noches, lo preocupada que estaba pensando en qué habría sido de su padre. Pero teniendo en cuenta que ella había tenido al menos la suerte de poder siquiera intentar seguir los pasos de su padre, a diferencia de otros, que lo habían dejado todo atrás, prefirió no hacerlo.

—¿Les echas de menos? —preguntó en cambio.

—No hay una sola mañana en que no me despierte pensando en qué habrá sido de ellos, en qué habrá sido de la Tierra, en si lo consiguieron —dijo la joven con tristeza.

—Estoy segura de que lo lograron —intentó tranquilizarla Emily.

—Yo ya no sabré nunca lo que fue de ellos, pero sea lo que sea lo que ha ocurrido con la Galileo, lo averiguaremos —le aseguró Paula.

—Eso espero —se sinceró Emily.

—Si necesitas cualquier cosa, hablar con alguien o lo que sea —siguió la brasileña—, ya sabes que puedes contar nosotros.

—Gracias, de veras —respondió—. Significa mucho para mí teneros cerca en estos momentos.

—Todos hemos dejado muchas cosas atrás en cierta manera. Supongo que ahora nosotros somos nuestra propia familia —concluyó Paula mientras apoyaba su mano en el hombro de Emily.

El trayecto hasta el centro de entrenamiento era bastante largo, así que conversaron durante esos veinte minutos sobre las expectativas de la formación y sobre lo que esperaban encontrarse en la superficie del que podría ser su futuro hogar. Para Emily, haber encontrado a cuatro personas de la talla humana de sus nuevos compañeros era algo muy importante y le daba fuerzas para poder superar este nuevo revés del destino.

Por fin llegaron a la puerta del centro de entrenamiento donde les estaba esperando, cómo no, la sargento Cameron, que les saludó con cordialidad. Luego accionó el mecanismo biométrico de la puerta y todos entraron tras ella. Dentro les esperaban tres militares más, pero Emily solo conocía a uno de ellos.

—Buenos días a todos, soy el teniente Robert Beaufort. —Saludó a los recién llegados e hizo un leve gesto con la cabeza cuando sus ojos se detuvieron en Emily.

Ella sintió que su pulso se aceleraba y su estómago de repente se volvía a sentir vacío, como si no hubiera desayunado hacía apenas treinta minutos, al volver a ver al apuesto militar. Ni siquiera sabía que le habían sacado de la crioestasis. ¿Estaría al tanto de todo lo que había pasado en la estación desde la última vez que se vieron?

—Permítanme presentarles a mi equipo, estos son la sargento Cameron —continuó el teniente—, la soldado Ferrara y el soldado Parrish.

Era la primera vez que Emily veía a los dos jóvenes soldados. Parrish era un gigantón de algo más de metro noventa de altura, de pelo castaño muy claro y la cara llena de pecas. Si no hubiera sido tan alto, Emily habría pensado que estaba delante de un niño. Calculó que no tendría más de veintidós años.

La soldado Ferrara, por su parte, era más o menos de la altura de Emily, llevaba el pelo negro bastante corto, sobre todo por el lado derecho, y por su aspecto parecía una persona bastante segura de sí misma. Se notaba que había pasado muchas horas en el gimnasio. Tenía un estado físico envidiable.

—Bien —continuó el teniente—, como sabrán, estamos aquí para que vayan familiarizándose con el equipo que todos nosotros vamos a

utilizar en las primeras expediciones a la superficie.

«O sea, que ellos van a formar parte del equipo de exploración», pensó Emily para sus adentros mientras notaba cómo su corazón volvía a acelerarse al enterarse de que Robert los acompañaría durante las misiones de exploración.

—Pero también para ir conociéndonos entre nosotros un poco mejor —añadió el teniente—. Una misión de estas características requiere que haya plena confianza entre todos los miembros del equipo. No sabemos lo que nos vamos a encontrar allí abajo, así que es mejor estar rodeado de gente en la que se pueda confiar ciegamente.

»De acuerdo —continuó tras una breve pausa—, hemos dividido el periodo de formación en dos partes: primero comenzaremos en esta zona de la derecha —dijo señalando la galería de tiro que había a su lado—, y después pasaremos a la zona de la izquierda, donde tendrán su primer contacto con los avanzados trajes de exploración. Me consta que han estado trabajando con ellos, pero estoy casi seguro de que nunca han utilizado uno. —Sonrió y señaló la zona de la izquierda en la que había una amplia estancia llena de obstáculos y donde se podían observar una especie de armaduras de diferentes tamaños colocados en una línea a lo largo de las paredes—.

»El entrenamiento tendrá lugar durante las dos semanas que nos quedan para llegar a Kepler-442b y será bastante similar todos los días. Realizaremos prácticas de tiro por las mañanas y nos familiarizaremos con las características y el funcionamiento del exotraje por las tardes. Dicho esto, ¿alguno de ustedes tiene experiencia con armas de fuego? —preguntó.

Nadie parecía decir nada hasta que la pequeña Paula levantó tímidamente la mano.

—Yo he disparado armas de aire comprimido en juegos de guerra —dijo—, no sé si eso cuenta como experiencia.

—Bueno, no es exactamente lo mismo, pero al menos no habrá que explicarle dónde está el gatillo —rio el teniente—. Ahora, pasemos todos por aquí. —Se dirigió a la galería de tiro—. Como sabrán, las fuerzas militares de la nave disponen de pistolas sónicas como esta que llevo aquí. —Sacó el arma que llevaba enfundada en su cinturón —. Las armas sónicas son capaces de emitir ondas de sonido de alta frecuencia y energía concentrada para dañar o incapacitar a un objetivo. Este tipo de armas son muy eficaces en las distancias cortas pero dejan de serlo a partir de los diez metros.

»La potencia puede ser regulada con esta pequeña palanca de aquí para causar un mayor o menor daño. Si la dejamos en la menor de las

potencias, apenas será como golpear al objetivo, que como mucho quedaría aturdido.

El teniente Beaufort se dio la vuelta y disparó su pistola a una pequeña placa de cartón que había a unos cinco metros de distancia con una silueta humana dibujada. El disparo hizo que la placa se tambaleara, pero no provocó ningún destrozo visible.

—En cambio, si llevamos la palanca al otro extremo, podríamos llegar a causar un daño letal en el objetivo —añadió mientras aumentaba la potencia del arma.

Volvió a disparar y, tras un sonido mucho más estruendoso que el anterior, un agujero de unos doce centímetros de diámetro apareció en la cabeza de la silueta dibujada.

—Las armas sónicas son las únicas permitidas dentro de la estación espacial para evitar una despresurización accidental de los habitáculos —continuó explicando el teniente—. Pero aquí practicaremos también con armas de fuego reales. Esta estancia es la única de toda la nave con un blindaje especial que evitará que todos acabemos flotando en el exterior.

»Al tratarse de civiles, ustedes solo deberían disponer de armas sónicas. Pero dadas las circunstancias, el comandante Bauer ha autorizado que, al menos mientras duren las misiones de exploración, ciertos civiles puedan portar armas de fuego en la superficie del planeta. Así pues, también les instruiremos para que aprendan a utilizarlas.

»Antes de pasar a probar su puntería —continuó—, deberán aprender cuál es la postura adecuada para disparar un arma corta. En primer lugar, sitúen los pies en el suelo alineados con los hombros, uno de ellos un poco más adelantado y con el peso del cuerpo distribuido de manera uniforme entre ambas piernas —les explicó el teniente mientras él mismo adoptaba la posición—. Las piernas han de estar ligeramente flexionadas para absorber mejor el retroceso del arma. Quizá ahora les parezca que esta pistola no tiene retroceso, pero a medida que aumentemos la capacidad de fuego, la técnica irá ganando en importancia. Les recomiendo que la pongan en práctica desde el principio.

Tras una pequeña pausa, continuó.

—Los brazos deben estar en una posición cómoda, sin tensiones, relajados pero firmes, y nunca extendidos del todo. Codos un poco flexionados. Las manos deben sostener el arma con firmeza, pero sin una tensión excesiva. La mano dominante, en mi caso la derecha, ya que soy diestro, empuñará el arma, mientras que la otra mano la sujeta por la parte inferior y ayuda a mantenerla erguida.

»Bien —dijo el teniente volviendo a una posición relajada—, sitúense cada uno de ustedes en una de las galerías y pónganse los tapones para los oídos que encontrarán al lado de sus armas. Las pistolas sónicas están descargadas, solo vamos a practicar y corregir la postura.

Cada uno escogió una de las galerías de tiro y procedió tal y como les había explicado el teniente. Los cuatro militares fueron corrigiendo las posturas de sus otros cinco compañeros.

Emily intentó imitar la postura que les había mostrado Robert, pero cuando comenzó a apuntar con el arma notó cómo alguien se le acercaba por detrás y le pasaba el brazo por encima de los hombros para corregir la posición de su brazo derecho mientras con el otro recolocaba el izquierdo.

—Un poco menos tenso el brazo derecho, doctora Rhodes —le dijo Robert a escasos centímetros de su cara.

A Emily se le erizó la piel de la nuca cuando notó el aire caliente de su aliento tan cerca de la mejilla, pero intentó con todas sus fuerzas destensar sus brazos.

—Las rodillas un poco más flexionadas —siguió mientras se agachaba un poco para colocárselas en el ángulo idóneo—. Así, ¡mucho mejor!

El resto de sus compañeros fueron también corregidos con atención por los militares. La que mejor parecía dominar la postura era Paula. Se notaba que esos juegos de guerra en los que había participado le habían dado una valiosa experiencia. Chad, por el contrario, parecía no tener mucho control sobre sus acciones, y el pobre soldado Parrish tuvo que agacharse instintivamente un par de veces cuando el bueno de Chad se giró hacia él para hablarle mientras continuaba apuntando con la pistola sónica.

Una vez que los instructores vieron cierta mejoría en el resto, el teniente decidió pasar al siguiente nivel.

—¡Bien! Vamos a comenzar con la carga de la batería —anunció—. El proceso es el mismo que con cualquier arma de fuego que hayan visto en películas o videojuegos. Cogen la batería y la insertan por la culata del arma. Así.

El teniente hizo un gesto e introdujo de nuevo la batería dentro de su pistola.

—Tienen una encima de la mesa, pero antes de intentar cargar el arma, asegúrense primero de que el seguro esté puesto. —Señaló la pequeña muesca en el lateral de la pistola sónica—. La pestaña debe estar en esta posición.

Todos observaron lo que hacía el teniente y se cercioraron de que

el seguro estaba puesto, tras lo cual procedieron a introducir la batería en la culata.

—Para descargar de nuevo el arma tienen que apretar este pequeño botón que hay en el lateral —volvió a demostrarles cómo se hacía y todos lo imitaron, cargando y descargando el arma varias veces.

»Ahora —siguió— comprueben que la potencia de fuego esté al mínimo y con sumo cuidado quiten el seguro, asegurándose de nunca, nunca —remarcó con énfasis—, apuntar a otro lugar que no sea la galería de tiro. Tatúenselo en la frente si lo desean, pero jamás apunten a un compañero, ni siquiera con un arma descargada. Cuando estén listos, apunten al objetivo que tienen delante y disparen.

El teniente y su equipo monitorizaron los avances de los civiles.

—¡Buen tiro, doctora Gonçalves! —felicitó el teniente mientras revisaba las posturas y los resultados en las dianas.

—Separe algo más esas piernas, doctor Murakami —dijo la sargento Cameron corrigiendo la postura del geólogo.

Emily hacía lo que podía. Desde luego, las armas no era una de las disciplinas en las que destacaba. De sus primeros diez tiros, tan solo dos dieron en la silueta que tenía delante, y ninguno hizo diana en las zonas letales.

Practicaron durante un buen rato con la potencia mínima de la pistola sónica, hasta que el teniente les instó a subirla hasta la mitad.

—Tengan cuidado, y recuerden mantener la postura correcta —recomendó mientras paseaba por detrás de las galerías, siempre observador—. Cuanta más potencia demos al arma, mayor retroceso tendrá. No se preocupen si no ven buenos resultados las primeras veces. A medida que practiquen irán mejorando su puntería. Cuando lleven varios días, aunque solo sea por repetición, verán recompensado el esfuerzo.

Gorka demostró tener casi tan buena puntería como Paula, que desde luego era la más destacada de todos. Al pobre Chad, en cambio, se le escapó la pistola varias veces de la mano, causando cierto estupor entre los instructores.

La primera práctica acabó casi a la hora del almuerzo, cuando todos se dirigieron de vuelta al comedor para reponer fuerzas.

21
Los trajes

Algún día de 3289

Catorce días para la llegada

Estación espacial Asimov

Los nueve decidieron compartir mesa en el comedor al mediodía. Cada uno de ellos fue recogiendo su bandeja del expendedor de alimentos. El proyecto les dejaba elegir su desayuno de todos los días, pero para la comida el menú se decidía en función de los análisis que cada cierto tiempo se realizaban a la totalidad de la tripulación de la nave.

Al llevar ya unos cuantos meses en funcionamiento el invernadero de la estación, las verduras eran una parte esencial de la alimentación así que, en mayor o menor medida, siempre estaban presentes en casi todos los menús. A pesar de que no eran del total agrado de Emily, había descubierto que le estaban empezando a gustar algunas de ellas. Había pasado de detestar los guisantes a tolerarlos sin más problema, pero con lo que no podía todavía era con el dichoso brócoli.

Ese día le tocaba comer dos hamburguesas de carne sintética con sabor a pollo con una guarnición de guisantes y una pequeña montaña de puré de patata. No era un restaurante de cinco estrellas, pero no estaba nada mal, teniendo en cuenta la situación.

—¿Y vosotros de dónde sois? —preguntó Chad.

—La sargento Cameron es de Londres —comenzó a enumerar el teniente Beaufort—, el soldado Parrish, de Boston; la soldado Ferrara de Bolonia, Italia, y yo de Marsella, en Francia.

—Vaya, somos un grupo de lo más variopinto… —dijo Chad—. Gorka es de Bilbao; Taro, aunque de familia originaria de Nagoya, es de Chicago; Emily es de Orlando; Paula de Sao Paolo y yo de Nueva York.

—Sí que lo somos, sí —concedió con amabilidad el teniente—. Supongo que de eso se trata el proyecto, de reunir a personas de diferentes orígenes.

—Sí, y ojalá los menús fueran tan diferentes como nosotros —suspiró el soldado Parrish observando los platos idénticos.

—No sé si voy a poder aguantar tanta verdura y tantas setas mucho

más tiempo —se quejó Chad.

—Las setas son ricas en vitamina D. Necesitas vitamina D —respondió Gorka—, aquí dentro no nos da el sol, y sin esa vitamina nuestros huesos se debilitan. Cuando tengamos que sobrevivir en un planeta con un treinta por ciento más de gravedad, vas a necesitar tener unos huesos fuertes.

—Yo solo quiero una hamburguesa con queso —protestó de nuevo con amargura—, ¿es tanto pedir?

—¿Quiénes vamos a formar parte del equipo? —preguntó Emily a Robert, que estaba justo enfrente de ella.

—Los que ve aquí —señaló a su alrededor—, además del capitán Garth y el sargento sanitario Ortiz. Once en total, sin contar a los dos pilotos que nos llevarán hasta la superficie.

—Por favor, tuteémonos, aunque solo sea mientras estemos descansando. Si la idea es que ganemos confianza, creo que podemos saltarnos las formalidades militares, al menos entre nosotros —dijo Emily.

—De acuerdo… Emily —respondió Robert, que pareció disfrutar pronunciando su nombre.

No pudo aguantar la mirada mucho tiempo cuando los ojos verdes oscuro del teniente se clavaron en ella. Su corazón volvió a ponerse a mil pulsaciones. Pero en cierta manera, era lógico dejar las formalidades a un lado si iban a depender los unos de los otros.

—¿Que esperamos encontrar allí abajo? —preguntó con curiosidad Taro.

—Bueno, debemos estar preparados para cualquier eventualidad, pero esperemos que nada que necesite el uso de armas —respondió el teniente.

—Sobre todo teniendo en cuenta la puntería de Chad —se burló Paula del pobre biólogo, lo que provocó las carcajadas del resto de la mesa.

—¡Eh! ¿Qué culpa tendré yo si me ha interesado más la ciencia que los juegos de realidad virtual? —se defendió el aludido.

La comida fue muy distendida y todos, incluso la sargento Cameron, se permitieron un pequeño momento de diversión y sano compañerismo. Una vez acabaron de comer, volvieron de nuevo al centro de entrenamiento.

—Muy bien —comenzó esta vez la sargento Cameron—, cuando estemos allí abajo, nos enfrentaremos a unas condiciones inciertas. Tendremos una atmósfera que probablemente no sea respirable y una gravedad un treinta por ciento mayor que en la Tierra. Así que, casi

con seguridad, nuestros cuerpos no estén preparados todavía para sobrevivir de una manera continuada en dichas condiciones. Aquí es donde entran los trajes de exploración o exotrajes —dijo mientras señalaba una decena de trajes mecánicos avanzados que se encontraban fijados a las paredes de la zona de la izquierda.

»Los exotrajes nos aportarán todo aquello que nuestro cuerpo necesita y nos asistirán en lo que no somos capaces de realizar. Nos darán el soporte vital, esto es, aire, agua y alimento. Además, su asistencia mecánica nos permitirá movernos de forma más rápida y segura en un entorno con una gravedad mucho mayor. Y, por último, nos aportará información valiosa mediante el uso de los sensores, los sistemas de comunicación y la realidad aumentada, haciendo que nuestros sentidos se vean amplificados. Y hasta donde yo sé, la doctora Rhodes —añadió mirándola— se ha encargado de mejorar la integración de los trajes con Ada durante estos últimos meses. —Dirigió una mirada hacia Emily, que confirmó asintiendo con la cabeza—. Hay cuatro tallas diferentes de exotraje. Cada uno de nosotros tendrá asignado uno de su tamaño, pero para el entrenamiento utilizaremos los que tenemos aquí delante.

Los exotrajes eran auténticas armaduras y, aunque eran habituales en la infantería mecanizada del ejército, estos habían sido diseñados específicamente para el proyecto. Además de incluir un sin fin de avances tecnológicos, estaban construidos con una aleación ligera y ultra resistente de última generación.

La sargento se acercó a uno de ellos, de color verde militar, y posó su dedo sobre la parte central de la armadura del exotraje, que emitió un zumbido eléctrico y comenzó a abrirse. Tanto el torso como brazos y piernas disponían de un sistema de apertura que dejaba su interior a la vista, de tal manera que el usuario, para colocárselo, solo tenía que situarse dentro de él. Seguidamente, se introdujo de espaldas en el traje y con el mismo sonido eléctrico, las diferentes partes del mismo comenzaron a cerrarse con ella dentro.

—Por último, solo falta el casco —comentó una vez dentro del traje con su cabeza asomando por la parte superior.

La sargento dio un par de pasos con el traje y cogió uno de los cascos que había en unas baldas por encima de su cabeza. El casco, mucho más pequeño que los antecesores de las primeras misiones espaciales, disponía de un visor tintado a la altura de los ojos y de la boca que permitía al usuario ver el exterior. El resto era metálico. Tenía, además, una especie de apéndice en el lado izquierdo en el que se intuían una linterna y sendas cámaras de vídeo, una por la parte delantera y otra adicional apuntando a la parte trasera del mismo.

—El casco es muy sencillo de colocar, lo introducimos en la

abertura con cuidado, y girándolo en el sentido contrario a las agujas del reloj, queda fijado —explicó—. En el momento en el que fijéis el casco, el traje quedará herméticamente sellado —comenzaron a oírla a través de sus propios implantes auditivos—, y también empezará a ofreceros el soporte vital, cuyo depósito se encuentra en la parte trasera del mismo.

La sargento se giró para que todos pudieran verlo, iba desde el hombro izquierdo hasta el final de la espalda.

—Dentro del traje, a la altura de la barbilla, hallareis dos pequeños tubos de plástico. El de la derecha os proporcionará líquido y el de la izquierda, alimento.

—Tengo una pregunta —dijo Chad—. ¿Cómo haremos nuestras necesidades?

—¿Ve algún tipo de inodoro aquí dentro, doctor Williams? —respondió la sargento, dejando claro que los trajes no estaban diseñados para ese tipo de eventualidades.

—Pero ¿y si tenemos una urgencia? —volvió a preguntar sin entender.

La sargento se giró hacia él con los brazos en jarra. A pesar de que el casco no permitía ver la cara por completo, Chad acabó haciendo una mueca al darse cuenta de lo que quería decir la sargento con su silencio.

—De hecho, el exotraje —añadió—, mientras está herméticamente cerrado es capaz de reciclar toda la humedad generada por nuestros propios cuerpos para reabastecer el circuito de hidratación del traje.

—¿¡Qué!? —exclamó Chad, asqueado—. ¿Significa que vamos a bebernos nuestra propia orina?

—No —corrigió la sargento—, significa que vamos a bebernos nuestra propia orina y nuestro propio sudor, una vez hayan sido filtrados y tratados apropiadamente.

La explicación no pareció convencer a Chad, que arrugó los labios en señal de desaprobación. Las caras del resto del equipo tampoco eran de lo más agradable. Emily, en cambio, que ya conocía el sistema de reciclado de los trajes gracias a las lecciones que su padre le dio desde bien pequeña, no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa al recordar su primera reacción, muy parecida a la de Chad.

—A través del visor del traje recibirán una serie de datos sobre el estado del mismo: batería, oxígeno, agua… El traje puede aguantar cuarenta y ocho horas sin recargar sus baterías, pero solo puede darnos oxígeno durante unas veinticuatro. Pasado ese tiempo, se abrirá de forma automática y nos dejará salir. Si queremos salir voluntariamente del traje tendremos tres opciones: colocarnos en un

terminal como este del que acabo de salir, dar la orden mediante la voz o colocarnos en posición de salida, con los brazos formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a las piernas y las palmas de las manos totalmente abiertas mirando al frente —explicó mientras realizaba la maniobra, que concluyó con el traje abierto de par en par en medio del pasillo y la sargento ya caminando fuera de él —. ¿Alguna pregunta? A ser posible, que no tenga que ver con las necesidades fisiológicas.

—No —dijo Paula mientras el resto guardaba silencio—. Ha quedado bien claro que nos lo tendremos que hacer encima.

—Bien, pues que cada uno escoja un traje de su medida —ordenó el teniente Beaufort.

Una vez seleccionado, pusieron su huella en el frontal y fueron abriendo los trajes. Cuando los cinco estuvieron dentro, los cuatro militares les ayudaron a ponerse el casco.

—¡Miradme! ¡Soy Iron Man! —exclamó triunfal Chad.

—¿Quién? —le preguntó la soldado Ferrara, que le estaba ayudando a colocar su casco.

—¿Eh? ¿Cómo que quién? El personaje de los cómics de los siglos XX y XXI… —respondió Chad.

—¿Qué es un cómic? —le volvió a preguntar extrañada la soldado.

—Olvídelo…

Los militares les ayudaron a colocarse el casco y a sellar los trajes antes de enfundarse los suyos.

—Muy bien —dijo el teniente Beaufort—, colóquense todos en formación delante de mí.

Formaron una hilera delante del teniente, aunque a algunos les costó un poco más de lo previsto hacerse con los controles del traje.

—Como estarán viendo ya en sus visores, el propio traje les muestra la información que necesitarán en cada momento. Y aunque en la misión tendremos una versión reducida de Ada a nuestra disposición, estos están todavía conectados con ella.

»En el visor también podrán ver la situación del resto del equipo mediante la realidad aumentada del casco. Cuando miren a un compañero, sus constantes vitales y el estado de sus trajes les aparecerán sobreimpresionados en el visor. También tendrán su posición relativa con respecto a su traje a través del radar de la parte derecha.

»El traje cuenta con varias cámaras —continuó Robert—, sensores infrarrojos, detección de movimiento y geolocalización de sonidos, incluso en frecuencias fuera del rango del oído humano. Todo ello nos

será mostrado en el visor o en nuestros implantes en el mismo instante en que Ada decida que es relevante, permitiéndonos actuar en consecuencia.

»También cuentan con varios porta-armas, dos en la cintura y uno en la espalda, junto al depósito del soporte vital, para armas de asalto. Si se fijan en el traje de la soldado Ferrara verán que su depósito se encuentra en el lado derecho de la espalda y no en el izquierdo. Esto es porque ella es zurda, por lo que su fusil de asalto irá colocado en la parte izquierda del traje, para que pueda cogerlo y colocarlo con su mano dominante. Y hemos dejado lo mejor para el final —anunció—. Los trajes cuentan con un sistema de propulsión incorporado.

El teniente se acercó a uno de los obstáculos de la zona de entrenamiento, un cubo de casi metro y medio de altura. Colocó las manos en una posición casi perpendicular respecto al suelo e hizo el gesto de dar un salto. Un fulgor azul apareció de la parte inferior de su depósito y de sus muñecas, impulsándolo hacia la parte superior del cubo.

Los cinco se quedaron con la boca abierta al observar de lo que eran capaces estos trajes.

—¡Guau! —gritó Chad—. ¡Ahora sí que me voy a sentir como Tony Stark!

—Muy bien, vamos a intentar todos salvar este pequeño obstáculo de ahí —dijo el teniente mientras bajaba del cubo y señalaba un obstáculo rectangular mucho más pequeño, de tan solo medio metro de altura.

Uno tras otro se colocaron en fila para intentar subirse al cubo utilizando los propulsores de sus trajes. Gorka fue el primero en probar. Flexionó las piernas y tomó impulso, pero colocó los brazos en diferente ángulo, por lo que el salto se desequilibró hacia la derecha. Aun así, intentó aterrizar con una pierna, pero la inercia que llevaba era tal que acabó trastabillando hacia el lateral del obstáculo y cayendo de bruces contra el suelo.

El resto del grupo ahogó un grito.

—Estoy bien, tranquilos —dijo de inmediato—, este trasto amortigua bastante bien los golpes.

Gorka intentó ponerse en pie, pero le costó un poco más de lo esperado. Llevando un traje no era tan sencillo hacer ciertos gestos, aunque supuso que sería cuestión de acostumbrarse.

—Procuren poner los dos brazos en la misma posición, si no, el traje se les ladeará —dijo la sargento Cameron—. ¡Siguiente!

Paula, que incluso con el traje puesto aparentaba ser mucho más pequeña que el resto, tomó impulso sin olvidar lo que le había pasado

a Gorka. Trató de colocar los dos brazos en la misma posición. No parecía demasiado intuitivo, pero tenía cierto sentido. El traje de Paula la acompañó en su salto y pudo posarse sin mayor problema encima del bloque metálico. La joven lanzó un pequeño grito y alzó los brazos hacía arriba en señal de victoria.

—¡Bien hecho, Paula! —la felicitó Chad—. ¡Que se noten los años de gimnasia artística!

—¡Muy bien, Paula! —animó Emily.

—Genial, doctora Gonçalves. Ahora baje de ahí —le instó el teniente.

Paula se dejó caer del bloque, pero casi trastabilla en el impacto contra el suelo. Se salvó de acabar en el suelo por muy poco.

Era el turno de Chad. Cogió impulso y colocó las manos en un ángulo más pronunciado de lo debido que acabó elevándolo demasiado en la dirección correcta, lo que le llevó a casi pasarse el obstáculo. Pudo colocar los talones en el borde de la estructura y comenzó a aletear con los brazos como un ave torpe. Tras unos interminables segundos, acabó por precipitarse hacia adelante, dándose un buen golpe.

—¡Auch! Creo que el mío no amortigua tan bien como el de Gorka —dijo con voz apagada.

Tras un par de intentos infructuosos, consiguió levantarse del suelo y pudo volver a la fila.

—Doctora Rhodes, su turno —dijo Robert.

Emily se acercó al cubo, colocó las manos y cogió impulso. Se levantó del suelo, pero calculó también mal el ángulo de los brazos. En este caso se quedó muy corta. Tan solo pudo apoyar las puntas de las botas sobre el borde delantero de la estructura. No pudo ni intentar equilibrarse, cayó hacia atrás a plomo y se dio un sonoro talegazo contra el suelo. Sintió un fuerte golpe en la espalda, y aunque no era comparable con el dolor que sintió al romperse las costillas meses atrás, la dejó unos momentos sin respiración.

—¿Está usted bien? —Robert se acercó de inmediato al ver que permanecía inmóvil.

—Sí, creo que sí —balbuceó mientras Robert le ofrecía la mano para levantarse—. Me he pegado un buen golpe.

—Sí, me temo que tiene que mejorar algo ese aterrizaje —se rio él mientras la ayudaba a incorporarse.

—¡Mi turno! —exclamó Taro con una confianza inusitada.

El geólogo cogió impulso y casi sin pensarlo pegó un salto que le permitió aterrizar de forma grácil en el mismo centro de la caja.

Todos, sin excepción, se quedaron boquiabiertos.

—Vaya, eso me ha sorprendido gratamente —admitió el teniente Beaufort.

—¡Guau! —dijo Chad— ¿Dónde has aprendido a usar exotrajes?

—¡Ha sido increíble, Taro! —afirmó Paula.

—Es la primera vez que utilizo uno —admitió mientras se bajaba del bloque metálico como si llevara toda la vida usándolos—. Pero os he observado con atención para ver cada uno de vuestros intentos y he corregido lo que creía que habíais hecho mal.

Hicieron unas cuantas intentonas más, hasta que poco a poco todos fueron mejorando su equilibrio y acostumbrándose a las diferentes posturas del traje. Pero desde luego, los cuatro militares coincidieron en que Paula en gran medida, pero sobre todo Taro, parecían tener un don innato para manejar los exotrajes.

Poco antes de las seis de la tarde habían concluido su primera formación y cada uno devolvió su traje al hueco de la pared de donde los habían sacado. A pesar de que estaban bastante cansados, decidieron celebrar su primer día de entrenamiento cenando juntos en el comedor.

—Yo debo presentar un informe al capitán Garth, lamento no poder quedarme —se excusó el teniente con cierta resignación en su voz.

Se le notaba que había disfrutado mucho, probablemente este no había sido un día más para él y parecía que salir de la rutina le había gustado.

—Lo acompaño, teniente —dijo la sargento Cameron.

—Pues nosotros nos quedamos ¿verdad, Parrish? —dijo la soldado Ferrara dirigiéndose a su compañero.

El soldado Parrish se encogió de hombros, dando a entender que no tenía nada mejor que hacer. Así que los siete se dirigieron de nuevo al comedor. Paula y Taro fueron los héroes de la tarde gracias a su gran destreza con el exotraje.

—¿Dónde habéis aprendido a ser tan diestros? —preguntó la soldado Ferrara en cuanto posó la bandeja con su cena en la mesa.

—Ja, ja —rio Paula mientras sus ojos se cerraban formando dos semi círculos perfectos y los hoyuelos de sus mejillas se marcaban de forma evidente—. Bueno, mi tía fue capitana del equipo brasileño de gimnasia artística. Y aunque no era la mayor de mis pasiones, me pasé más de diez años de mi vida recibiendo clases particulares. Supongo que algo se me habrá quedado.

—¡Que guay! —exclamó Emily—. Me habría encantado hacer

gimnasia, pero soy demasiado patosa, me temo —rio.

—¿Y qué hay de ti, Taro? —preguntó Chad.

—Practico mucha meditación en mi tiempo libre —confesó—. Y, al igual que Paula, he pasado gran parte de mi infancia en un gimnasio. Supongo que habremos ganado en coordinación.

—¿Qué practicabas? —preguntó Gorka.

—Soy cinturón negro de Jiu-jitsu y Kendo —dijo. Luego, sin mediar palabra se levantó de su sitio, tiró los restos de su cena a la basura y se fue en dirección a su camarote.

—¿Qué acaba de pasar? —dijo Chad sin entender nada.

—¿Ha sido por lo que le he preguntado? —Gorka sonaba preocupado.

—Tranquilos, yo hablaré con él —se ofreció Emily.

El resto de la cena fue un tanto incómoda para todos, y aunque Chad y Paula se encargaron de dar conversación al resto, ya no fue lo mismo. Algo le pasaba a Taro y era necesario solucionarlo.

22
La cruda realidad

Algún día de 3289

Trece días para la llegada

Estación espacial Asimov

Esa mañana no había entrenamiento. El subdirector Green había cancelado todas las actividades en la estación y los había emplazado a todos al atrio de la Lavadora. Emily supuso que el subdirector se quería dirigir a los más de trescientos tripulantes de la nave que ya estaban despiertos para explicarles los últimos acontecimientos y poner fin a los rumores que se esparcían por doquier.

Así que tenían la mañana libre hasta las once.

Emily había decidido no molestar a Taro la noche anterior, no sabía muy bien qué le había pasado, pero le envió un mensaje. Quería hablar con él en privado cuanto antes. Intentaría ayudarle, fuera lo que fuera lo que le ocurriera.

Siguiendo su costumbre se dirigió al gimnasio antes del desayuno y se dispuso a hacer sus diez kilómetros diarios. Estas últimas semanas se había empezado a notar una mayor afluencia de gente haciendo deporte.

Eligió una de las cintas de *running* disponibles y comenzó a trotar con su música sonando en los oídos. Llevaba ya un kilómetro y medio cuando alguien la saludó. Robert le sonreía desde la zona de musculación. A juzgar por el abundante sudor de su camiseta y rostro, dedujo que ya llevaba un rato allí.

Cuando pasó por su lado, Emily redujo un poco la marcha y paró la música.

—¡Oh, no! No pare, doctora Rhodes… Emily —corrigió—, no quiero que pierdas el ritmo. Solo te he visto y quería saludarte. Supongo que nos veremos luego.

—¡Sí, claro! —le respondió ella—. Me imagino que vosotros también asistiréis a la reunión general de las once.

—Sí, allí nos veremos —respondió Robert—. ¡Hasta luego!

—Hasta luego —se despidió Emily mientras volvía a apretar el ritmo con una sonrisa en los labios.

Luego se duchó, se secó el pelo y se dirigió hacia el camarote de

Taro, que estaba un poco más lejos que el suyo. Tuvo que apretar el paso cuando se dio cuenta de que no había calculado bien el tiempo.

Llamó a la puerta y esperó hasta que le abrieron. Allí estaba el geólogo, con la misma sonrisa tímida de todos los días.

—¡Buenos días! ¿Has desayunado? —le preguntó Emily.

—No, todavía no.

—Bien, pues si no te importa, me estoy muriendo de hambre y necesito mi dosis diaria de cafeína.

Ambos entraron al comedor y recogieron su desayuno. Taro escogió un té, como era habitual en él, y Emily su *espresso* doble.

—Supongo que querrás hablar de lo que pasó ayer —se adelantó Taro.

—Bueno, solo si tú quieres —le respondió—. Creo que te puede venir bien hacerlo, pero es decisión tuya.

—Sí, supongo que sí, pero no sé muy bien qué contarte…

—Puedes empezar por cómo te sentiste ayer —sugirió Emily.

—Yo… verás, nunca he tenido amigos —comenzó—. Mis padres, como tantos otros refugiados, se sentían en la obligación de mantener las tradiciones, el lenguaje y la cultura japonesas en todo momento. Supongo que todos en su situación habríamos actuado igual, pero eso, en cierta manera, me aislaba de cualquier otro niño que pudiera acercarse a mí. Así que nunca fui muy popular. De hecho, más bien se podría decir que fue justo al revés. Muchos se burlaban de mí por mi aspecto y mis costumbres diferentes o incluso, los más crueles, porque no tenía un país como ellos.

—Qué horror —murmuró Emily.

—Bueno, aprendes a sobrellevarlo, aunque al principio no es nada fácil —sonrió con timidez—, porque no entiendes del todo por qué no encajas. Sin embargo, lo más difícil era volver a casa y que te obligaran a ser alguien que no era quien yo quería ser. No quiero parecer un desagradecido, amo a mi familia, amo a mis padres y amo la cultura de mi pueblo. Pero yo solo quería ser normal, solo quería poder ser yo mismo.

—Lamento oír eso Taro —dijo Emily—. No puedo ni imaginar lo duro que ha debido ser para ti.

—En cierta manera, lo que me pasó ayer no es más que un reflejo de todo lo que he ido guardando en mi interior. Supongo que me cuesta manejar el torrente de sentimientos que me genera saberme uno de los pocos individuos de mi pueblo que quedan. Es como si comenzara a entender todo lo que mis padres decidieron por mí. Como si la responsabilidad de que la cultura de mi país sobreviva

recaiga ahora sobre mis hombros.

Taro agachó la cabeza y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Me apena mucho que te sientas así —dijo Emily—. Nadie debería soportar semejante peso sobre su espalda. Pero aquí ya no tendrás que sentirte de esa manera nunca más. Aquí todos somos refugiados, todos somos parte de la misma nación, de la misma familia. Así que siéntete orgulloso de lo que eres, de dónde vienes. Siéntete orgulloso de tu cultura, de tu familia. Pero, sobre todo, siéntete orgulloso de ti mismo, de todo el camino que has hecho y que te ha traído hasta aquí. Sólo así serás capaz de quitarte esa gran carga.

—Gracias Emily —susurró Taro con un hilo de voz—. Creo que ya me encuentro mucho mejor. La verdad es que estando con vosotros siento por primera vez en mi vida que encajo en algún lugar.

—Somos tus amigos, Taro. Pase lo que pase aquí, lo viviremos juntos.

Emily le dedicó una sonrisa comprensiva. No podía ni imaginar lo que el pobre Taro habría soportado a lo largo de su vida.

Ambos se acercaron al atrio cuando quedaban apenas diez minutos para el comienzo de la reunión. Allí les esperaban Gorka, Paula y Chad, que saludaron con cariño a Taro. Todos, al fin y al cabo, habían dejado sus vidas atrás y a veces, cuando los sentimientos afloraban, podían llegar a ser demasiado abrumadores.

A pesar de que había mucho espacio todavía en el atrio de la nave, se notaba muchísima más afluencia que cuando asistieron a la inauguración, lo que había ocurrido hace siglos. Habría algo más de trescientas personas en la estancia esperando a que el subdirector Green comenzara con la reunión. Mientras aguardaban, Emily pudo oír a su alrededor cómo los presenten cuchicheaban y murmuraban.

—Seguro que nos va a hablar de la Galileo —oyó decir a un hombre de mediana edad con uniforme azul.

—¿Nos dirá toda la verdad por cruda que esta sea? —preguntaba una chica joven con uniforme amarillo.

Emily entendió entonces los motivos por los que el subdirector había decidido dirigirse hoy a la tripulación, sin esperar a la llegada a Kepler-442b. Los rumores y habladurías entre la tripulación eran ya tan evidentes y generalizados que no tenía sentido alargar más las especulaciones. Lo lógico era hablarles con franqueza e intentar tranquilizarles en la medida de lo posible.

Diez minutos más tarde de la hora señalada, aparecieron los miembros de la dirección del proyecto: el subdirector; la capitana y varios de sus adjuntos y oficiales de la nave. También el comandante Bauer y el capitán Garth estaban por ahí. Emily no consiguió dar con

Robert ni con el resto del equipo militar de la expedición.

El subdirector se dirigió hacia el atril con cara seria y paso decidido. Se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Buenos días a todos y a todas. Me encuentro hoy aquí para acallar los rumores que desde hace días circulan por la estación espacial —comenzó—. Les seré totalmente claro y sincero. Los rumores son ciertos. A día de hoy, no hay rastro de la estación Galileo.

Un gran murmullo se levantó entre los asistentes. Los que se acababan de enterar, no daban crédito a lo que estaban oyendo, y los que llevaban varios días conviviendo con los rumores todavía se hacían más preguntas si cabe.

—Calma, calma —pidió Green unos momentos después—. Es obvio que esto es un gran revés para el proyecto, máxime teniendo en cuenta que todavía desconocemos las causas que han provocado que el arca Galileo no se encuentre en Kepler-442b. Sin embargo, existe un protocolo específico para afrontar esta eventualidad, y debemos seguirlo paso por paso.

—Pero ¿y si hay algo en el planeta que acabó con la Galileo? —preguntó un hombre del público al que Emily no consiguió localizar.

—Es una buena pregunta. A pesar de que a esta distancia no somos capaces de detectar ningún rastro o señal de vida inteligente en el planeta, debemos ser lo más cautos posible. Se ha trazado un plan de actuación para detectar y evaluar hipotéticas amenazas dentro y fuera del planeta. Este plan incluye detener la estación espacial a una distancia mayor de la prevista en un principio. Además, se enviarán varias misiones de exploración tripuladas y no tripuladas para evaluar y asegurar una zona de aterrizaje que no suponga ningún tipo de riesgo.

»De cualquier manera —añadió—, quiero dejar claro que no tenemos ninguna constancia de que eso haya podido ocurrir. La lista de posibles eventualidades es demasiado grande. No nos conviene caer en el pesimismo.

—Pero entonces, ¿cuál va a ser nuestro cometido si no hay bases en el planeta? —preguntó una mujer que se encontraba bastante cerca de Emily y sus amigos.

—Bien, llegados a ese punto, si al final la exploración del planeta no arroja pistas sobre el paradero de la Galileo, nuestro cometido será el de comenzar a realizar las tareas que ellos tenían encomendadas —explicó el subdirector—. Tenemos la capacidad y el conocimiento para poder llevar a cabo esos primeros pasos, así que no creemos que eso suponga ningún problema. Quiero recordarles que todas las misiones del proyecto se crearon por duplicado, por lo que disponemos del

mismo material y recursos de los que disponía la Galileo —apostilló el subdirector, que omitió la ausencia del módulo de terraformación y del arsenal—. Así pues, podemos y debemos empezar desde cero con la colonización del planeta.

Alguien en el público levantó la mano.

— Adelante —invitó el subdirector.

—¿Hay alguna posibilidad de que ellos hayan abandonado de forma voluntaria el planeta? —preguntó una voz de hombre— No sé, quizá porque vieron que realmente no era habitable, por ejemplo.

—Buena pregunta, gracias. Si hay algo que tenemos descartado es justo esa opción. El protocolo es especialmente estricto en ese caso. La primera de las arcas esperaría al resto, para poder decidir de manera conjunta qué pasos dar. Si ese hubiera sido el caso, la estación Galileo habría aguantado durante este tiempo orbitando el planeta con el mínimo personal posible, para no malgastar provisiones. Además —siguió—, las arcas solo tienen combustible para realizar un viaje de estas características, por lo que, aunque hubieran decidido intentar abandonar este sistema solar, no habrían podido.

Todos callaron durante unos momentos. A pesar de que había un constante y creciente murmullo, nadie parecía tener ninguna pregunta más, por lo que Green continuó con su discurso.

—A partir de ahora mismo comenzaremos a seguir las nuevas instrucciones. Los directores de las diferentes secciones son conscientes de las tareas que es necesario llevar a cabo, así que les ruego que sigan las órdenes al pie de la letra. No hay motivos para alarmarse —añadió—, comenzaremos la colonización del planeta según lo planificado. En unos doce días detendremos la estación espacial a una distancia más que prudencial. Las misiones de exploración serán lanzadas para asegurarnos una localización donde poder establecernos y comenzar a construir lo que será nuestro nuevo hogar.

»Les pido a todos que tengan calma —concluyó—, que mantengan la esperanza y que den lo mejor de ustedes cada día de trabajo. No me cabe ninguna duda de que, haciéndolo de esa manera, todo irá bien. Muchas gracias.

Hubo algún tímido aplauso, pero la reacción general fue la de murmurar y comentar con la gente de alrededor las palabras del subdirector. La tripulación continuaba intranquila, y en cierto modo era normal. La ausencia de la Galileo suponía un golpe importante de cara a conseguir el éxito de la misión y ningún discurso eliminaría las dudas que se habían sembrado en todos aquellos que temían por su futuro. Pero todos concluyeron que, al menos, era de agradecer que el


subdirector les hubiera contado la verdad al respecto.

23
Fuego real

Algún día de 3289

Seis días para la llegada

Estación espacial Asimov

Emily y el resto del equipo continuaron recibiendo la formación táctica sobre el uso de armas de fuego y de los exotrajes. Todos habían experimentado un progreso bastante notable en cuanto a la utilización del material. Además, ya comenzaban a tener suficiente confianza mutua como para afrontar una misión de estas características.

Esa mañana, antes de comenzar los ejercicios diarios, Emily tenía que reunirse con el director de Ingeniería, Suresh Patel, que estaba preparando una sonda no tripulada capaz de rodear el planeta en busca de amenazas o algún tipo de señal anómala que pudiera suponer algún peligro para la expedición. Él había sido su superior durante los años que Emily estuvo en Dinamarca realizando las mejoras de Ada y le tenía en mucha estima. Nunca le había puesto una sola pega y todo lo que Emily propuso le pareció fantástico. Y por si no fuera suficiente, era una de esas personas que siempre tenía una sonrisa en la cara.

Emily entró en el laboratorio de ingeniería, que se encontraba justo en el lado opuesto del centro de entrenamiento militar, al que iría después de la reunión.

—¡Buenos días, Emily! —saludó el director Patel con una gran sonrisa.

Era un hombre rollizo, al que se le intuía una generosa barriga debajo de la franja naranja del uniforme. De poco más de cincuenta años, se trataba de una persona muy afable, siempre había sido encantador con Emily, con esa sonrisa que acentuaba sus redondeados pómulos.

—¡Buenos días, Suresh! —le devolvió ella el saludo—. ¿Qué tal va todo?

—¡Bien! Aquí estamos, trabajando contrarreloj para tener a este pequeño en forma —dijo el director mientras se apoyaba en un dron espacial de unos cinco metros de longitud que se encontraba en la sala con las carcasas retiradas.

Un operario muy joven, de un pelo rubio claro, casi blanco,

trabajaba en esos momentos en el aparato.

—¿Conoces a Erik? —preguntó.

—Creo que no tengo el placer —reconoció Emily al ver la cara del técnico mirándola.

—Erik está trabajando en la puesta a punto del dron, pero tenemos algunas dudas con las interfaces que tendrán que interactuar con Ada. Si pudieras echarnos un cable con esto, te estaríamos muy agradecidos.

—¡Claro! Por supuesto —respondió.

Emily se acercó al joven Erik, que resultó ser un chico muy inteligente. Había realizado unas mejoras a los sensores y cámaras del dron y no tenía muy claro cómo adaptarlas para que Ada pudiera aprender a leer la nueva información que brindaban. Emily le explicó durante un buen rato cómo funcionaba la conectividad con Ada y lo que debería hacer. El joven ingeniero entendió a la primera cómo funcionaba el sistema y los protocolos. Tras apenas una hora, Ada ya era capaz de comunicarse con los mejorados sensores.

Emily le otorgó los permisos para acceder a ciertas facetas de Ada que en el futuro le pudieran ayudar a mejorar su aprendizaje y la interconexión con cualquier modificación que realizaran en el laboratorio. El joven, que parecía muy emocionado por el acceso, le agradeció unas diez veces el haberle dado un mayor privilegio.

—¿Nerviosa por la misión? —le preguntó el director Patel una vez que Erik se centró de nuevo en su trabajo, empalmando las nuevas conexiones del dron.

—Un poco sí, la verdad —confesó Emily—. Lo cierto es que es emocionante lo que esto representa para la humanidad. Todavía no me hago a la idea de que formemos parte de esto.

—Estamos escribiendo la historia, Emily —dijo el director Patel sonriente—. Lo que hagamos durante estos días será estudiado por las generaciones venideras. ¿No es emocionante? Grandes guerras, pandemias, la llegada a la Luna, la colonización de Marte… Es increíble tener la oportunidad de vivir un pedazo de la historia en primera persona, ¿no crees?

—Sí, por supuesto, director… —afirmó Emily, sin ser del todo consciente.

Lo cierto es que había estado tan ensimismada, ocupada con sus propios problemas y tareas, que no se había parado a pensar en la verdadera repercusión de los acontecimientos que estaban viviendo desde hacía meses. Estaban a punto de escribir una de las páginas más importantes de la historia de la humanidad. Sin embargo, ella solo era capaz de pensar en la ausencia de la Galileo y de su tripulación, pero,

sobre todo, en su padre.

—¿Has pensado en alguna frase original para la posterioridad? —preguntó curioso el director.

—¿Frase? —preguntó confundida.

—¡Pero, Emily! —exclamó el subdirector, sorprendido—. ¡Como líder de la misión te corresponderá el gran honor de pisar por primera vez el planeta! ¿No me digas que no lo habías tenido en cuenta?

—Pues la verdad es que yo… no… —Emily se rascó la cabeza.

—Ja, ja, ja… No te preocupes, estoy seguro de que se te ocurrirá algo tan histórico como lo de «Un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad» o «Y al final resultó que los primeros marcianos fuimos nosotros».

—¡Es mucha responsabilidad! —protestó Emily, que sintió un gran peso de repente.

—Lo harás muy bien —sonrió el director—. Pero ten mucho cuidado ahí abajo, ¿vale?

El tono y el gesto del director se tornó a uno menos afable y más preocupado, casi paternalista.

—Lo tendré, descuida —asintió.

—Y, sobre todo, ándate con ojo con los militares de la expedición —añadió bajando el tono y acercándose a Emily.

—¿Por qué lo dices?

—Ese capitán Garth no es trigo limpio. Llegó a la expedición de la mano del almirante, como una especie de brazo ejecutor. Pero ahora que él no está con nosotros, es un tanto… inestable, y puede llegar a ser muy peligroso, me temo. Se rumorean cosas muy preocupantes sobre él.

—¿Cosas… preocupantes? —preguntó Emily—. ¿Qué clase de cosas?

—Se dice que formaba parte de un equipo de las fuerzas especiales para misiones encubiertas con objetivos digamos… poco éticos —insinuó el director.

—Tendré cuidado —susurró Emily.

—Me alegra oír eso.

Emily se despidió del director y del joven Erik. Ahora tenía que dirigirse al centro de entrenamiento para continuar con la formación. Sus compañeros la esperaban allí, habían comenzado la jornada mientras ella atendía sus obligaciones como una de las responsables del área de ingeniería.

Tenía que recorrer casi toda la Lavadora de un extremo a otro, así

que decidió coger una cápsula de transporte para llegar al centro del módulo y después cambiar a otra que la llevara hasta el otro extremo de la enorme estructura giratoria.

Durante el trayecto, que apenas duró unos minutos, estuvo dándole vueltas a lo que le había dicho el director Patel. Estaba claro que su posición le daba un punto de vista mucho más privilegiado sobre los acontecimientos en ciertas esferas. Desde luego, el capitán no fue la persona más amable con Emily tras su detención por al sabotaje que sufrió la nave. Además, ni siquiera fue capaz de disculparse por haberse comportado de forma tan grosera con ella.

Cuando entró en el centro de entrenamiento, sus compañeros estaban practicando su puntería con las pistolas sónicas. Pero lo que estos días había sido bastante divertido, hoy Emily lo percibió mucho más lóbrego, silencioso y hasta cierto punto, tenso. Entonces lo vio. El capitán Garth estaba presente en el entrenamiento. Su figura, perfectamente cuadrada, paseaba por las zonas de tiro mientras observaba a los cuatro civiles realizando sus prácticas.

Cuando reparó en Emily, el capitán arrugó el gesto de su cara con desdén y ni siquiera la saludó.

—Doctora Rhodes… —la llamó el soldado Parrish algo nervioso—. Puede utilizar la galería del fondo para comenzar con sus prácticas.

Estaba claro que la presencia del capitán en la zona de entrenamiento ejercía una influencia negativa sobre los militares. Todos habían modificado su conducta por una mucho más estricta y castrense. Vio a la sargento Cameron detrás del capitán, atendiendo impávida al desempeño de los tiradores. No había rastro de Robert por ningún lado. Emily supuso que hoy el capitán era el encargado de impartir la clase porque el teniente había sido requerido en otro lugar.

Emily asintió con una sonrisa al soldado Parrish. Mientras se acercaba a la última de las galerías de tiro, oyó cómo el capitán alzaba la voz al hablar con Chad.

—¡Los brazos mucho más firmes! ¡Dobla bien las rodillas! —gritó a pocos centímetros de las orejas del pobre Chad, que a duras penas podía sostener el arma de los nervios—. ¿Es que no te han enseñado a disparar en Nueva York, pedazo de mierda?

—¿Es necesario gritar tanto para dar indicaciones, capitán? —le increpó Emily—. Le recuerdo que ninguno de nosotros es militar.

La cabeza del capitán se giró de repente hacía la posición de Emily y en dos grandes zancadas se plantó delante de ella.

—Doctora Rhodes —dijo suavemente, pero con la cara roja como un tomate—, le recomiendo que no se inmiscuya en nada concerniente a la manera en la que alecciono a los reclutas. Supongo que a usted no

le gustaría que yo le dijera cómo tiene que hacer su trabajo, ¿verdad? —preguntó con una súbita subida en su tono.

—Le recuerdo que estas personas se encuentran bajo mi mando y por lo tanto usted no tiene ninguna autoridad para tratarlos de esa manera, capitán Garth —respondió Emily, que puso un especial énfasis al pronunciar su nombre, intentando imitar el tono del militar al formular su pregunta unos instantes antes—. De hecho, dudo que deba tratar de esa manera a nadie, esté o no bajo su mando.

Los ojos del capitán casi se le saltan de las órbitas por la cólera que comenzaba a crecer en su interior. El esfuerzo que tuvo que hacer para no perder el control tuvo que ser titánico.

—Tenga mucho cuidado, doctora Rhodes —masculló entre dientes. Luego colocó el dedo índice delante de su cara—. No pienso tolerar la debilidad en una misión como esta. Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil. Y créame cuando le digo que no me va a temblar la mano con ninguno de estos aprendices de *boy scout* a los que usted llama equipo.

—Deje a mis amigos en paz —le advirtió Emily cruzándose de brazos mientras notaba cómo su corazón se aceleraba más de lo recomendable por la tensión del enfrentamiento. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse firme y no amilanarse delante de semejante matón.

—¡Muy bien! Comenzaremos con las armas de verdad —anunció el capitán tras ignorar la última petición de Emily y darse la vuelta.

Se dirigió a uno de los armeros de la estancia, sacó una pistola y se la mostró al resto de los presentes.

Emily aprovechó ese momento para tranquilizarse un poco. Su tensión arterial estaba tan alta que hasta Ada le tuvo que pedir que se calmara.

—Esta maravilla es una Glock 219 modificada. Se trata de una de las armas más habituales entre los cuerpos de seguridad y los ejércitos de la Tierra. Estamos hablando de una pistola semiautomática con un cargador de treinta y cinco balas de cinco milímetros. Con un peso inferior a cuatrocientos gramos, es una de las pistolas más ligeras, precisas y fiables que se hayan fabricado hasta la fecha.

Dio unos pasos hacia una de las galerías libres, apuntó a la diana, que estaba a unos treinta metros de distancia, y efectuó una serie de disparos. Tenían que reconocer que la seguridad y la puntería del capitán eran impresionantes. Más de la mitad de los disparos dieron en la diana; la otra mitad, estuvieron cerca de hacerlo.

—Dispone de cuatro seguros de disparo independientes —explicó —: el primero, en el disparador; el segundo, en el bloqueo del

percutor; el tercero es el seguro anticaída, y el cuarto, el seguro biométrico, que impedirá que nadie aparte de la persona propietaria del arma pueda disparar. Estos cuatro seguros evitarán que alguno de ustedes, malditos gusanos, le vuele la puta cabeza a su compañero —dijo con sorna.

»El cargador dispone de hasta treinta y cinco balas de polímero de alta resistencia con un calibre de cinco milímetros. En la parte trasera, esta pequeña pantalla nos indica cuántas balas nos quedan en el cargador. Se carga de manera similar a las pistolas sónicas —continuó mientras sacaba el cargador de la empuñadura de su pistola con destreza—. Y para asegurarnos de que no está cargada deberemos expulsar la bala de la recámara.

El capitán hizo un rápido movimiento en la corredera del arma y una pequeña bala salió despedida de la recámara para caer a los pies del resto del equipo.

—¡Sargento Cameron! —gritó el capitán—. Contróleme a estos cadetes de tres al cuarto y procure que no se vuelen los pies los unos a los otros. Ya he limpiado demasiados pañales por hoy.

—¡Sí, señor! —respondió la sargento, cuadrándose detrás de él.

Y sin mediar más palabra ni dirigir una simple mirada al grupo, el capitán abandonó el área de entrenamiento.

—¡Cojan un arma y un cargador de la mesa de la parte trasera! —les gritó la sargento como si fueran cadetes de una academia militar de verdad.

Todos se apresuraron en recoger sus pistolas con sus correspondientes cargadores y ocuparon su posición en las galerías de tiro.

—Gracias, Emily —aprovechó Chad para decirle cuando ambos se acercaron a la mesa.

—No pasa nada. Creo que era lo que debía de hacer —respondió ella, que empezaba a notar el bajón de la adrenalina—. No debería haberte hablado de esa manera.

—No sé lo que habría pasado si ese animal hubiera vuelto a gritarme así. Me pone muy nervioso —respondió Chad.

—Es normal, es un matón. Pero tranquilo, mientras yo esté aquí, ese abusón con galones no volverá a meterse con ninguno de vosotros.

—Eso espero. La verdad es que prefiero mil veces al teniente Beaufort.

—Sí, desde luego que sí. Yo también lo prefiero —respondió ella.

Taro, Gorka y Paula también felicitaron a Emily e intentaron dar ánimos a Chad.

—No le hagas ni caso, Chad —instó Paula.

—Bien hecho, Emily —dijo Gorka—. Me han entrado ganas de patearle el culo.

Esa misma tarde el teniente Beaufort volvió a dirigir el entrenamiento. Notó desde el principio que el ambiente estaba algo enrarecido. Se acercó al resto del equipo militar mientras todos realizaban una de las prácticas con el exotraje.

Hoy debían superar una serie de obstáculos dispuestos a lo largo de la zona de entrenamiento. Para ello iban a necesitar poner en práctica todo lo que habían aprendido durante estos últimos días. Tenían que usar los propulsores del traje, agacharse para pasar por debajo de unos obstáculos y agarrarse a unas barras a diferentes alturas. Era todo un reto que, en mayor o menor medida, todos estaban comenzando a dominar. Lo cierto era que los diseñadores de los trajes los hicieron muy intuitivos y reaccionaban con naturalidad a los movimientos habituales del cuerpo humano.

Cuando acabaron la serie de obstáculos, Robert se acercó a Emily y la instó a quitarse el casco mientras la sargento Cameron daba las instrucciones para el siguiente ejercicio.

—¿Tiene un segundo, doctora Rhodes? —preguntó Robert.

—¡Claro!, dígame, teniente —respondió mientras acababa de quitarse el casco.

—¿Qué ha ocurrido esta mañana? —preguntó—. El soldado Parrish me lo ha contado, pero me gustaría oír su versión.

—Bueno, digamos que el capitán Garth no ha tratado a Chad como debería y he tenido que llamarle la atención.

—Entiendo. Sí, el capitán puede ser un tanto… eh… —hizo una pequeña pausa para elegir bien las palabras.

—¿Idiota? ¿Prepotente? ¿Maleducado? —sugirió Emily.

—Bueno, quería decir que puede resultar un tanto difícil tratar con él —respondió con una sonrisa que quería indicar que los adjetivos que Emily había usado eran más que acertados.

—Resulta evidente, sí.

—Lo lamento, no es justo que el doctor Williams haya tenido que sufrir ese trato con lo que se está esforzando. Siento no haber podido estar aquí esta mañana.

—No se preocupe, teniente —respondió Emily mirando sus profundos ojos color esmeralda—. Lo que ahora me inquieta es que ese bruto la haya tomado con Chad o conmigo porque no tenemos unas condiciones innatas para disparar como el resto del equipo.

Robert se quedó un momento pensativo.

—Hagamos una cosa —dijo—. Podemos utilizar la instalación unas horas a las noches de aquí hasta el final del entrenamiento para darles unas clases particulares sobre el uso de armas de fuego.

—¿No se buscará un problema con el capitán por eso? —preguntó Emily.

—Bueno, solo si nos pillan —sonrió.

A Emily la idea de pasar un rato más con Robert le atraía mucho, aunque Chad estuviera presente también.

—Bueno, pues no le diré que no entonces.

—¡Genial! —exclamó él—. Nos vemos en la puerta a las diez de la noche. Quizá durmamos menos estos días, pero merecerá la pena si mejoran.

—Gracias, teniente —respondió Emily—. Significa mucho para mí.

Después de cenar, Emily empezó a releer una de las novelas que había llevado consigo, *El caballero de la laguna*. Era un clásico de la fantasía medieval en el que un hombre de cuna humilde conseguía, con mucho esfuerzo y tras un sinfín de aventuras, el título de caballero. Su padre se lo regaló cuando apenas tenía once años y recordaba sus aventuras con mucho cariño.

Alguien llamó a su puerta. El corazón le dio un vuelco cuando comprobó que se trataba de Robert. Nerviosa, se colocó bien el uniforme y se arregló el pelo a toda prisa.

—¡Hola! —saludó él—. ¿Estás lista?

—Eh… Sí, cuando quieras.

—¡Hola! —dijo Chad, asomándose desde un lateral de la puerta.

—¡Hola, Chad! —respondió—. ¿Estás listo para convertirte en una máquina de matar cartones?

—¡Peligro es mi segundo nombre! —bromeó Chad.

Los tres compañeros dirigieron sus pasos hacia el centro de entrenamiento. Por el camino, Chad acaparó casi toda la conversación, haciendo multitud de preguntas sobre armas, posturas de disparo, y sobre cómo llegó Robert a convertirse en militar. Emily descubrió en ese paseo previo que Robert pertenecía a una familia obrera del sur de Francia y que ganó una beca de estudios en una de las academias militares más importantes del país a base de trabajo y constancia.

En cuanto llegaron, Robert comenzó con sus explicaciones.

—Una de las cosas que os puede ayudar a mejorar vuestra puntería es controlar la respiración —comenzó—. Tenéis que relajaros lo máximo posible para intentar bajar las pulsaciones al mínimo. Debéis intentar dejar de pensar en el arma como si fuera un objeto y empezar a verla como algo natural, como si fueran una extensión de vuestro

propio cuerpo. Vamos a intentar relajarnos unos segundos —añadió mientras se sentaba en el suelo y adoptaba la «postura fácil» de yoga.

Emily y Chad imitaron a Robert y se sentaron justo delante de él.

—Apoyamos los brazos sobre las piernas —indicó—. Ahora, cerramos los ojos y comenzamos a respirar de manera suave y profunda, sin sobresaltos. Tenemos que procurar dejar la mente en blanco. Inspiramos. Espiramos. Inspiramos. Espiramos.

Guardaron silencio durante un par de minutos en los cuales solo se oía la respiración de los tres. Emily notó cómo su cuerpo se relajaba poco a poco. Lo cierto era que nunca había practicado ninguna disciplina que implicara la búsqueda de la relajación, pero tenía que reconocer que era de lo más efectivo.

—Muy bien —dijo Robert al cabo de un rato—, ahora vamos a relajar los músculos de piernas y brazos con unos estiramientos.

Tanto Emily como Chad imitaron los movimientos que les mostraba Robert. Tras unos cuantos estiramientos en cada extremidad, se sintieron todos mucho más sueltos y relajados.

—¿Qué tal? —preguntó Robert.

—Pues he de reconocer que estoy mucho más relajada —confesó Emily.

—Sí, yo también me encuentro mejor —confirmó Chad.

—¡Genial! —exclamó Robert, encantado—. Pasemos entonces a la parte interesante de la clase. Repasemos las posturas de disparo. Coged un par de armas, aseguraos de que estén descargadas y colocaros ahí en posición de disparo.

Ambos cogieron un arma, quitaron el cargador y la bala de la recámara y se dirigieron a una de las galerías de tiro.

—Bien, lo importante es tener el cuerpo relajado. Incluso en situaciones de estrés tendréis que aprender a colocarlo de manera correcta. Por supuesto, no vais a aprender a hacerlo en dos días, es algo que se coge con la práctica. Bien, veamos esas posturas.

Emily se colocó en posición y Chad hizo lo mismo al lado de ella.

—Esos brazos menos tensos, Emily; noto desde aquí la tensión —le indicó acercándose un poco—. Chad, las rodillas siempre un poco flexionadas. La posición de las piernas es importante para absorber el retroceso. Si las tenemos demasiado juntas correremos el riesgo de desequilibrarnos; si están muy separadas no estaremos cómodos y no podremos aguantar la postura durante mucho tiempo. Intentad buscar esa comodidad, pero teniendo en cuenta que vamos a ejercer cierta fuerza en la pierna más atrasada para amortiguar el retroceso del arma. Es como cuando vamos de pie en un transporte, tendemos a

separar un poco las piernas para evitar las sacudidas.

Robert hizo el gesto de doblar y rebotar las rodillas mientras separaba los pies.

—En cuanto a los brazos, acordaos: el brazo no dominante lo utilizamos para apoyar el arma y ajustar la mira a la altura correcta. Ese brazo debe de estar flexionado unos noventa grados. El dominante es el que debe recibir el retroceso, por lo que tiene que haber cierta tensión para evitar el latigazo. El truco aquí está en que tenemos que ser capaces de transmitir ese retroceso que recibimos en el brazo a nuestro hombro, y desde ese hombro al resto del cuerpo, para que nuestra pierna más retrasada nos ayude a absorberlo —explicó mientras mostraba visualmente cómo la tensión tenía que trasladarse de una extremidad a otra—. Vamos a probar de nuevo a ver qué tal.

Los dos aprendices intentaron aplicarse lo máximo posible en su postura.

—¡Mucho mejor! ¡Eso es! —exclamó victorioso—. Chad, la espalda un poquito más adelantada, parece que vayas a caerte hacía atrás. Busca algo más cómodo.

Chad modificó su postura como le dijo Robert.

—¡Muy bien! Ahora, relajaos —les pidió mientras ambos volvían a una postura más natural—. ¡Otra vez! —les volvió a ordenar—. ¡Genial! Le vais cogiendo el truco.

Repitieron varias veces la misma operación hasta que ambos parecían tenerla dominada.

—Venga, ¡a por los cargadores!

Una vez con las armas cargadas, Robert les recordó las indicaciones de nuevo. Luego dispararon por turnos, primero una y después el otro, para ensayar sucesivamente la postura y el propio disparo.

—Acordaos de acompasar siempre el disparo con la respiración —les recomendó—. Expulsad el aire de los pulmones y aprovechad ese momento antes de la siguiente inspiración para apretar el gatillo.

No tardaron en comenzar a hacer algunas dianas. «¡Bravo, Chad!». «¡Muy bien, Emily!», los animaba cada vez que conseguían un buen disparo.

Sin darse cuenta habían pasado cuatro horas. Los bostezos les indicaron que era hora de dejarlo por esa noche.

—Podemos volver pasado mañana, si os parece —sugirió Robert.

—Por mí genial —confirmó Chad—. Creo que me voy a convertir en el próximo Billy el niño. Hoy habré hecho al menos doce dianas —presumió.

—Sí, ha sido de gran ayuda. A mí también me encantaría seguir

practicando, gracias por tu ayuda, Robert.

—No ha sido nada. Mañana, además, comenzaremos a enseñaros a utilizar un fusil de asalto, así que os podré dar una clase de refuerzo si lo creéis conveniente.

—Me parece una idea estupenda —aplaudió Emily.

Los tres se dirigieron a la zona de sus respectivos camarotes comentando en voz baja todo lo que habían aprendido. Por el camino, Robert les dio algunos consejos adicionales sobre cómo mejorar todavía más su destreza. Aunque les quedó claro que todo se basaba en la práctica y la constancia, también eran necesarias unas buenas dosis de relajación y concentración.

24
Las misiones

Algún día de 3289

Un día para la llegada

Estación espacial Asimov

El equipo al completo observaba en silencio las pantallas del puesto de mando de la estación. En ellas, las cámaras de la sonda bautizada como Kepler One ofrecían imágenes en directo. La sonda no tripulada iba equipada con multitud de escáneres y cámaras que le permitían realizar una observación precisa del planeta. Su objetivo, además de ofrecer una visión mucho más cercana, era rodearlo para comprobar que tras el lado oculto no se escondía nada peligroso.

En una de las pantallas podían ver la imagen real del planeta, en otra las emisiones infrarrojas y en la siguiente, el campo magnético estimado. Cada una ofrecía un gran número de datos o información vital sobre la composición del mismo.

Emily fijaba su atención en todas ellas cada pocos segundos, en busca de alguna variación significativa en las mediciones de la sonda.

—Ada, ¿puedes hacernos un resumen de lo que tenemos claro hasta ahora? —solicitó el subdirector Green.

—Claro, subdirector —respondió Ada, servicial como de costumbre —. Hasta el momento hemos detectado que la atmósfera del planeta, aun siendo un cuarenta por ciento más densa, bastante más de lo esperado, tiene muchas similitudes con la terrestre. No podemos determinar todavía la composición de la misma, pero en las mediciones se puede observar que está formada por seis capas diferenciadas en lugar de las cinco que tenía la Tierra. Una de ellas parece contener grandes cantidades de CO2, por lo que un posible efecto invernadero podría explicar por qué los polos del planeta no sean tan extensos como se esperaba.

»Se ha confirmado que el radio es de 1,34 veces el de la Tierra, lo que supone, a igual densidad del núcleo de nuestro anterior planeta, 2,34 veces su masa. Esto supondría casi un treinta por ciento más de gravedad en la superficie. Sin embargo, habrá que confirmarlo una vez aterricemos, ya que sigue siendo una estimación. Una de las incógnitas del viaje era la del anclaje por marea —continuó Ada—, lo que ha quedado demostrado que no se da, al existir u…

—Un momento —interrumpió uno de los adjuntos a dirección—. ¿Qué es eso del anclaje por marea?

—Es una característica bastante habitual en planetas que orbitan alrededor de una estrella poco masiva. La débil atracción entre ambos puede provocar que el planeta sincronice su propio giro con el movimiento de traslación alrededor de la estrella, lo que provoca que siempre sea la misma zona del planeta la que apunte a la estrella. Es decir, en la mitad del planeta sería siempre de día y en la otra mitad, siempre de noche. En nuestro antiguo sistema solar, en Mercurio o en nuestra antigua luna antes del incidente, se podía observar este fenómeno.

—Entiendo.

—Lo que ya era más que evidente —continuó Ada—, es que el planeta tiene una rotación retrógrada constante, esto es, gira en la dirección opuesta a la Tierra. El eje de rotación está a unos 13,7 grados respecto de la órbita solar. El día del planeta se ha estimado en veintinueve horas, trece minutos y veinticinco segundos terrestres, lo que lo hace más largo si lo comparamos con nuestro anterior planeta. Sin embargo, el hecho de tener un mayor radio hace que la velocidad de rotación en el ecuador sea cuatro veces mayor que en la Tierra.

»Ya sabíamos que la estrella era una enana naranja. Su masa y su radio son de tan solo un cincuenta y nueve y un sesenta por ciento respectivamente en relación a las dimensiones del Sol. A pesar de que no podemos determinar su metalicidad, los datos inferidos desde la Tierra parecen válidos. Podría contener hasta un treinta y cinco por ciento menos de metales pesados en comparación con el Sol. La luminosidad también es un cuarenta por ciento inferior, si bien habrá que esperar a llegar a la superficie para poder comprobar *in situ* cómo atraviesa esa luminosidad la atmósfera.

—¿Cómo podría llegar a afectarnos esa falta de luminosidad? —preguntó el subdirector.

—Es difícil saberlo, aunque no creo que los efectos vayan más allá de que en un día soleado la luz sea algo más tenue y parezca que es un día nublado. Lo más probable es que el color de la luz tenga un tono más anaranjado de lo que estamos acostumbrados. También afectará al color del cielo. Quizá debamos recalibrar ciertos sensores una vez en la superficie. A grandes rasgos, será como si vierais a través de unas gafas de sol.

»Relacionado con la luminosidad —continuó Ada—, ya os habréis dado cuenta de que Kepler-442b no tiene lunas. Sin entrar en que eso evitará que tengamos que volvernos a mudar, supone que, durante las noches, el planeta permanecerá en total oscuridad. Si bien la refracción de la luz en la atmósfera puede llegar a aportar algo de luz,

podríamos dar por hecho que esta será casi inexistente. En este caso, los equipos tecnológicos cobrarán especial importancia bajo esas circunstancias.

»Solo hay otro planeta adicional orbitando la estrella. Es pequeño, de tamaño y masa menores que Mercurio, y que presenta anclaje de marea. Es tan pequeño que nunca llegó a ser detectado desde la Tierra.

»Haciendo una estimación basada en la simple observación, los cálculos en torno al movimiento de Kepler-442b alrededor de la estrella son bastante aproximados. Un año en el planeta equivale a 112,31 días terrestres, o lo que es lo mismo, un año tiene unos 92,25 días keplerianos. Así que tendremos unos periodos estacionales muchos más cortos que en la Tierra. Al tratarse, al menos en apariencia, de una órbita elíptica algo excéntrica y bastante similar a la de la Tierra, podemos suponer que existirán también cuatro estaciones diferenciadas, de unos veintitrés días de duración cada una. Esto puede suponer un pequeño problema para la agricultura, ya que impediría la correcta germinación de las plantas terrestres, acostumbradas a unos ciclos estacionales mucho más largos.

A Emily se le ocurrió una pregunta relacionada con eso e interrumpió a Ada.

—¿Cómo sería la configuración de un calendario kepleriano con esos datos?

—Según las indicaciones del proyecto, deberíamos, mantener un calendario similar al de la Tierra en la medida de lo posible. Yo recomendaría continuar con los doce meses terrestres, pero ajustando la duración de cada uno. Así, enero, marzo, mayo, julio, agosto, octubre, noviembre y diciembre tendrían ocho días, y el resto, siete días cada uno. Febrero, de nuevo debido a que un año son noventa y dos días y unas pocas décimas, tendría ocho días cada cuatro años y siete días de nuevo cada cuarenta años. Aun así, habría que hacer un pequeño ajuste horario cada cierto tiempo. Por supuesto, se trata solo de una sugerencia que puede ser debatida. De hecho, utilizando esa información podríamos inferir, gracias a la posición actual del planeta, que hoy es 4 de mayo. En cuanto al año, el proyecto no especifica si deberíamos continuar con el antiguo calendario occidental, también llamado gregoriano, y que se basó en el nacimiento de Jesucristo, utilizar otro tipo de calendario, como el *chuxi*, o comenzar uno nuevo. Pero en mi humilde opinión, creo que es un buen momento para reiniciar el contador.

—Entonces, ¿este sería el año 1? —preguntó el segundo oficial.

—Lo cierto es que no —dijo Ada—. Un error clásico en los calendarios antiguos es que se obvió el denominado año 0. En este

caso, creo que sería lo más adecuado, ya que, además, resultaría ser el único año en que la humanidad no va a vivir por completo en este planeta. Mi propuesta es que hoy sea de forma oficial 4 de mayo del año 0.

—Bien, puedes continuar —contestó el segundo oficial, satisfecho con la aclaración de Ada.

—También he de añadir que, debido a la inclinación del eje de rotación, preveo un comportamiento estacional similar al de la Tierra. Esto es, cuando en el hemisferio norte sea verano, será invierno en el sur. Pero hay que tener en cuenta que la inclinación del eje es menor en Kepler-442b, lo que sin duda hará que las estaciones no sean tan diferentes entre sí. Tendremos un clima bastante parecido en todas las estaciones y hemisferios.

»Como ya habrán visto —añadió Ada—, la proporción de tierra y agua se reparte más o menos en un sesenta y cinco por ciento de agua y un treinta y cinco por ciento de tierra. Si bien no podemos medir desde aquí la profundidad de los océanos, sí que podríamos inferir que las mareas no serán tan pronunciadas como en la Tierra. Al no haber luna, estas solo dependerán de la fuerza gravitatoria de la estrella, que es menos masiva que el Sol. Puede que existan mareas más vivas en los momentos en que la órbita pasé más cerca de la estrella, pero por norma general las mareas altas se producirían siempre durante el día. Aquí no será necesario tener en cuenta los ciclos lunares.

Tras una ligera pausa, continuó:

—El planeta tiene dos casquetes polares bastante más extensos que los de la Tierra, lo que confirma la teoría de que este planeta debería de ser algo más frio. Y asumiendo que la estrella genera menos energía que nuestro antiguo Sol, Kepler-442b debe de tener algo en la atmósfera que le permite mantener el calor. En cuanto a los continentes, el planeta presenta tres grandes masas de tierra, dos con una mayor extensión en el hemisferio norte y uno menor, algo más desértico, en el hemisferio sur. También se pueden observar algunos archipiélagos menores en ambos hemisferios. Si tenemos en cuenta la evolución tectónica de la Tierra, podríamos decir que este planeta, y me atrevería a añadir que el sistema solar al completo, es más joven que nuestro anterior hogar.

—¿Por qué el color de los continentes es tan rojo? —preguntó de nuevo el segundo oficial Kuijpers.

—Por la vegetación, que es, en su gran mayoría, de color rojo —respondió Ada.

—¿Roja? ¿Cómo puede ser eso? —preguntó extrañado.

—Es difícil de asegurar, habrá que estudiar la vegetación del

planeta con detenimiento. En la Tierra, donde también había plantas de color rojizo, se debía a un pigmento natural llamado antocianina, una sustancia responsable de proteger a ciertas plantas de una excesiva radiación de rayos ultravioleta. En la atmósfera terrestre, la capa de ozono evitaba que una radiación excesiva proveniente del Sol llegara a la superficie. Eso nos permitiría deducir, si la vegetación del planeta se rige por los mismos patrones que en la Tierra, que aquí no existe una capa de ozono ni de ningún otro tipo que evite esa radiación ultravioleta.

»Los módulos de terraformación de las misiones eran capaces, entre otras cosas, de crear de forma artificial dicha capa, aunque por desgracia ya no disponemos de ninguno. Supongo que tendremos que solucionar ese problema más adelante. Lo que parece claro es que se trata de un planeta lleno de vida. Las grandes concentraciones de vegetales y los bosques dan buena cuenta de ello. Parece lógico pensar que, en un lugar con tal cantidad de vegetación, por fuerza tienen que existir especies animales capaces de sobrevivir a partir de lo que dicha vegetación genera en la superficie. Es más que probable que encontremos insectos, insectívoros, herbívoros y también carnívoros. Como es lógico, recomiendo cautela al interactuar con todos ellos, ya que no podemos aventurar qué tipo de vida nos encontraremos ni si será peligrosa. El simple contacto de una planta con la piel humana o respirar el aire de un bosque cargado con esporas alienígenas podría resultar letal. La esterilización y limpieza total de los equipos es muy recomendable, en cualquier caso.

»Esto me lleva a uno de los puntos más importantes —añadió Ada—, que podría haber significado descartar el planeta por inhabitable. Me estoy refiriendo a su campo magnético. Además de hacer que funcionen las brújulas, los campos magnéticos evitan que lleguen a la atmósfera grandes cantidades de radiación solar. Los sensores nos indican que Kepler-442b dispone de un campo magnético, lo cual es una fantástica noticia, aunque tendremos que esperar más mediciones para encontrar la localización exacta de ambos polos. Pero todo apunta a que, al igual que en la Tierra, se encuentran cerca del eje de rotación.

»Llegados a este punto, en el que el planeta tiene bastantes posibilidades de resultar habitable, creo que merece la pena hacer hincapié en las condiciones meteorológicas que podemos encontrarnos allí abajo. Durante el trayecto de la sonda, y también mientras nos aproximábamos pudimos observar numerosos frentes tormentosos, algunos de gran tamaño con aparente descarga eléctrica. Los motivos de estas tormentas pueden deberse a la mayor densidad de la atmósfera, a un mayor campo magnético, la propia orografía del planeta o a una combinación de estos y otros factores.

»También conviene tener en cuenta que en la actualidad parece haber tres volcanes en erupción, uno en cada uno de los tres grandes continentes. Esto supone una actividad volcánica bastante intensa en comparación con la Tierra. He localizado unos cuantos cráteres que podrían trazar los límites de alguna placa tectónica y que recomiendo evitar en la medida de lo posible como futura localización de las bases. Y de momento, eso es todo.

Los presentes intentaron asimilar la información que acababan de recibir de Ada. En apariencia, los datos eran muy prometedores, pero teniendo en cuenta que no disponían de ningún módulo de terraformación, la composición de la atmósfera iba a ser vital para poder establecer colonias en la superficie.

—Muy bien, gracias Ada —dijo el subdirector Green—. ¿Cuánto le queda a la sonda para rodear por completo el planeta?

—Algo menos de dos horas.

—Bien, y no hay nada reseñable de momento, ¿verdad?

—No, señor, no se ha detectado ningún tipo de artefacto o construcción que nos permita pensar en algún tipo de amenaza o que confirme la existencia de vida inteligente en el planeta —confirmó Ada—. La sonda está monitorizando de manera continua diferentes espectros y tipos de radiaciones para encontrar algún patrón anómalo que nos permita identificar algo que no sea natural.

—Gracias, Ada —respondió el subdirector.

Emily no pudo evitar pensar, al ver con tanta definición la superficie del planeta, que todo parecía indicar que la estación espacial Galileo nunca había llegado hasta allí.

«¿Qué ha pasado, papá? ¿Dónde estás?», pensó con tristeza.

—¿Algún rastro sobre el paradero del arca Galileo? —preguntó el subdirector, como si le hubiera leído la mente a Emily.

—Me temo que no, lo siento —respondió Ada. Emily notó cierta empatía en su voz.

—Llegados a este punto —retomó el subdirector con tono serio—, aunque falte todavía un buen rato para que la sonda cubra todo el perímetro, creo que podemos dar por hecho que el arca Galileo no llegó al planeta.

Todos guardaron silencio durante unos momentos, pensando en las miles de personas desaparecidas, entre ellas el padre de Emily.

—Continuaremos entonces con el plan establecido, ¿no? —preguntó la capitana Mei, sacándolos a todos de su letargo.

—Sí, eso es —afirmó el subdirector—. Mañana a esta hora aterrizaremos en Kepler-442b.

—Ada, basándote en lo que hemos visto hasta ahora, ¿qué localizaciones nos recomiendas para iniciar las misiones de exploración? —preguntó la capitana.

—He seleccionado las tres más prometedoras del planeta —respondió Ada mientras un holograma encima de la mesa mostraba una imagen en tres dimensiones de Kepler-442b—. Las dos primeras se encuentran en costas opuestas del continente más grande, y la tercera está en el otro gran continente.

El holograma mostró las tres localizaciones, que casi trazaban una línea recta a lo largo del ecuador del planeta.

—Teniendo en cuenta que las zonas con menor vegetación se encuentran en las áreas más cercanas a los polos, lo que podríamos denominar tundras, y que las zonas entre el ecuador y los polos están densamente cubiertas de vegetación —explicó Ada—, he seleccionado tres zonas del ecuador. La selección se ha basado en varios parámetros. Primero, allí se presupone una temperatura más agradable; segundo, diferentes accidentes geológicos coinciden en unos pocos cientos de kilómetros a la redonda: el océano, zonas montañosas y también algún rio importante; tercero, la ausencia de actividad tectónica; y cuatro y último, todas tienen abundante vegetación, pero sin llegar a los niveles de otras latitudes.

—¿Crees que cumplirían los parámetros de selección de la inteligencia artificial de la Galileo? —preguntó el director Patel.

—Sí, sin duda. A pesar de que mi programación y mi *hardware* son mucho más avanzados, he tenido en cuenta aquellas localizaciones que cumplen los parámetros que Alan manejaba —respondió Ada—. Si alguna vez la Galileo estuvo aquí, tengo una confianza superior al noventa y nueve por ciento de que habría seleccionado uno de esos tres puntos.

—Perfecto, entonces —dijo el subdirector—. Capitán Garth, usted y la doctora Rhodes dirigirán el equipo de exploración. ¿Ve algún tipo de problema con las zonas seleccionadas por Ada?

—Aparentemente ninguno, subdirector —contestó el capitán—. Si bien tendremos que tomar todas las precauciones posibles para evitar un inesperado recibimiento, esas localizaciones son a simple vista tan válidas como cualquier otra.

—Fantástico —respondió el subdirector—. Mañana por la mañana partirá la primera expedición hacía el planeta. Esperemos que vaya todo según lo previsto. Se llevarán a cabo tres misiones de exploración en los próximos días, una por localización. El equipo pasará un día kepleriano en cada una, lo que supondrá hacer noche en ellas. Así pues, la misión tendrá una duración de tres días en total.

»Deberán recoger diferentes muestras en los alrededores de cada punto de aterrizaje, tanto del aire y del agua como ejemplares de rocas y plantas o incluso pequeños seres vivos para su estudio. Para todo ello, el equipo dispondrá de la joya de la corona de los transbordadores espaciales: la Ícaro.

Ada mostró a los presentes el holograma de un transbordador espacial de campaña, muy diferente al que Emily o los demás habían utilizado para llegar a la estación espacial desde la Tierra. Tenía unos ochenta metros de longitud y una estilizada figura alargada en forma de triángulo cuyas alas iban ensanchándose poco a poco hasta la zona trasera de la nave, donde, debido a su máxima amplitud, podía llegar a los veinte metros de envergadura.

En su parte más ancha, que también era la más alta, había tres plantas de altura con diversas estancias, cada una con un propósito concreto. Se veía una especie de comedor, además de una bodega de carga y un montón de pequeñas estancias que parecían camarotes para la tripulación, aunque de un tamaño mucho menor que los del arca Asimov.

—La Ícaro es una nave de exploración avanzada que incorpora las últimas mejoras tecnológicas de la Tierra —continuó el subdirector—. Dispone de habitáculos para veinticinco tripulantes, un pequeño pero avanzado laboratorio a bordo, una enfermería con quirófano, una cámara de descontaminación capaz de esterilizar a la tripulación antes de volver al habitáculo de la misma y con autonomía suficiente para realizar una expedición de un mes terráqueo de duración. Por supuesto —añadió Green—, estará equipada con armamento que permitirá a la tripulación defenderse de cualquier amenaza que encuentren. También dispondrán de un vehículo ligero blindado para recorrer cierta distancia por tierra.

Ada fijó el holograma en la parte trasera de la nave, donde vieron el rover de transporte al que se refería el subdirector.

—Al no disponer todavía de comunicación vía satélite, la propia expedición llevará un equipo de emisión de alto rango que nos permitirá en todo momento estar conectados con ellos. Si bien tendremos cierto retraso en las comunicaciones y zonas oscuras cuando, debido a la rotación del planeta, la expedición esté en la cara oculta del mismo. Quizá sea difícil mantener conversaciones fluidas, así que el canal de comunicación se utilizará tan solo para informar de acontecimientos que sean relevantes o para realizar los informes de situación diarios.

»Capitán Garth, doctora Rhodes, les hablo en calidad de subdirector de la expedición, pero también en nombre de toda la humanidad. Estamos a menos de un día de poder definir el éxito de

esta iniciativa. A menos de un día de llegar a nuestro nuevo hogar. Casi con total probabilidad, jamás sabremos qué pasó con la Tierra, pero es hora de que comencemos a forjar nuestro propio destino. Toda la tripulación de la estación espacial os desea *Godspeed* en vuestra misión.

25
Día 0

5 de mayo del año 0

Dos horas para el lanzamiento

Estación espacial Asimov

Emily había tenido que tomar la noche anterior un calmante para asegurarse de que descansaba lo suficiente para afrontar un día tan importante en la historia de la humanidad. En unas pocas horas pisaría un planeta que no era la Tierra, y a ella le correspondía el gran honor de hacerlo en primer lugar. La responsabilidad era máxima.

Había notado cómo estas últimas semanas, a medida que se iba acercando el día, sus pensamientos volvían a centrarse en el destino que había corrido la Galileo. En su padre. Si había alguna oportunidad de encontrar una pista, esa pasaba por explorar el planeta, por investigar en profundidad todos los lugares que Ada había seleccionado. Esos pensamientos la abordaban noche tras noche, privándola de un descanso pleno y satisfactorio.

Por suerte, el calmante había surtido efecto y había podido dormir lo suficiente como para sentirse descansada. Se dio una ducha bastante larga, ya que no sabía si podría disfrutar de ese placer en los próximos días. La expedición pasaría un día completo en cada una de las localizaciones que Ada había estimado interesantes para instalar un posible campamento. Como primera toma de contacto con el planeta, evaluarían de manera superficial aquellos puntos y explorarían los alrededores tomando diferentes muestras, tanto orgánicas como inorgánicas, y soltando algunos drones para reconocer el terreno. Si bien no se trataba de una misión de búsqueda de la Galileo, Emily no había perdido la esperanza de encontrar alguna pista que les indicara que era lo que había podido ocurrir.

Salió de su camarote y se dirigió hacia la cápsula más cercana. El transbordador de exploración que los iba a llevar al planeta se encontraba en una de las secciones del hangar de la estación espacial, así que le llevaría un buen rato llegar hasta allí. De hecho, Emily no había vuelto a pasar por aquel lugar desde que se rompió tres costillas.

«Espero volver de una pieza esta vez», pensó.

Cruzó todos los módulos intermedios en estado de ingravidez, lo que la hizo avanzar algo más lenta de lo normal. Aunque lo cierto era

que, tras unos meses practicando de vez en cuando, le estaba cogiendo el truco. No tardó demasiado en llegar a la zona de despegue. El hangar de la Ícaro se encontraba en una de las plantas superiores del módulo. Al tratarse de un vehículo más grande y avanzado que el resto de los que se encontraban en la Asimov, disponía de su propio espacio de estacionamiento.

La nave era imponente, de unos ochenta metros de longitud. A pesar de ser muy alargada y estilizada, su casco, construido con una moderna aleación y materiales muy resistentes, le confería una robustez capaz de soportar las rigurosas condiciones a las que se iban a enfrentar en el planeta. En la proa de la nave, con su característico morro en forma de pico de pato, se podían ver las ventanas y techos panorámicos de la cabina de los pilotos.

Emily distinguió a varios de sus compañeros al fondo de la plataforma de atraque, al lado de la pasarela retráctil que daba acceso a la Ícaro, más o menos en la parte media del transbordador. Chad y Paula la saludaron con efusividad en la distancia. Ni Taro ni Gorka parecían haber hecho todavía acto de presencia. Emily pudo ver también a varios de los militares; los soldados Parrish y Ferrara ya estaban allí, junto con otro militar al que Emily no conocía.

A medida que se acercaba al centro de la nave descubrió que tenía una sección mucho mayor: las alas de la nave comenzaban casi al principio y se iban haciendo más anchas y alargadas a medida que se acercaban a la popa, dándole un aspecto de alargado triangulo isósceles. Casi al final de la nave, donde las alas alcanzaban su mayor envergadura y presentaban una pequeña doblez perpendicular delante de los motores electromagnéticos, se podía leer su nombre, Ícaro, en honor al personaje de la mitología griega que voló demasiado cerca del Sol.

Emily se acercó y saludó a sus compañeros.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —respondió Chad—. ¿Qué tal te encuentras? Yo casi no he podido pegar ojo.

—Bueno, no me puedo quejar —sonrió Emily.

Saludó al resto de los presentes.

—Doctora Rhodes —la llamó la soldado Ferrara—, este es el sargento Ortiz; será nuestro militar médico durante la expedición.

—Encantada —dijo Emily, que alargó la mano para estrechársela.

El sargento Ortiz era un hombre menudo, un poco mayor que Emily, pero todavía joven. Con el pelo corto, de piel morena y barba de tres días que le daba un aspecto un tanto desenfadado, tenía una de esas caras que inspiraban confianza. Sonreía, aunque como todos los

presentes, se le notaba nervioso.

—Mucho gusto —respondió.

—Nos han dado orden de esperar aquí. Tanto el capitán como el teniente y la sargento se encuentran dentro de la nave con la piloto y el copiloto —comentó la soldado Ferrara.

—Entiendo —dijo Emily resignada—. Supongo que, si hemos esperado novecientos años, bien podemos aguardar unos minutos más.

Al cabo de un rato llegaron Taro y Gorka. Taro traía consigo una especie de manta plegada debajo del brazo con un par de lazadas en cada extremo del rollo. Chad no pudo contenerse.

—¿Qué es eso? —preguntó—. No sabía que pudiéramos traer efectos personales.

—Es una herramienta de trabajo —dijo sin más.

—Vale, mantén el misterio —respondió Chad decepcionado.

—¿Todos preparados? —intervino Gorka.

—¡Sí! —exclamó Paula—. ¡Estamos a tope!

La puerta de la nave se abrió para dejar paso a los tres militares, que se dirigieron al grupo.

—Buenos días —saludó el capitán Garth—. Hemos concluido la inspección de la nave y ya está lista para comenzar la misión. Pueden entrar.

El grupo entró por la escotilla de la nave y accedió a una especie de recibidor-distribuidor que permitía moverse tanto a ambos lados como a los pisos inferior y superior. A mano derecha estaba el pasillo que conducía a las salas de armamento y radares y más adelante a la cabina de los pilotos. A la izquierda se encontraban los laboratorios, la enfermería, varias salas multiusos y la sala de comunicaciones.

Por la parte superior se accedía a los camarotes de la tripulación y las estancias comunes: cocina, comedor, servicios y sala de reuniones. Abajo estaban el hangar, la bodega y las cámaras de descontaminación que les permitirían eliminar cualquier rastro biológico peligroso que pudiera llegar con ellos al volver de una misión.

Toda la nave estaba perfectamente iluminada y a lo largo todas las paredes se podía encontrar, bien fijado, todo tipo de material útil para la expedición y, por supuesto, mascarillas de oxígeno para una hipotética pérdida de presión en la nave.

—Síganme —les instó la sargento Cameron.

Los guio hacia el piso superior y les asignó un camarote a cada uno. Eran individuales y muy pequeños, apenas una cama y un reducido armario. Les enseñó también las zonas comunes, la sala de reuniones, con el mobiliario anclado al suelo y una gran mesa con un

proyector holográfico en medio, y los baños, con inodoros mixtos que podían usarse con y sin gravedad.

—Bueno, al menos aquí no tendremos que hacérnoslo encima —dijo Chad, aliviado.

—¿La ducha funciona? —preguntó Paula al ver una en cada baño.

—La nave está preparada para poder utilizarlas, pero no en ingravidez —explicó la sargento Cameron—. Además, para esta misión se ha decidido preservar el agua para el consumo, así que me temo que tendremos que utilizar toallitas húmedas para nuestra higiene personal —dijo señalando una pequeña bolsa en la pared que parecía contener miles de ellas.

La sargento Cameron enfiló hacia la bodega del piso inferior, donde les esperaban los exotrajes que utilizarían durante las misiones de exploración. Cada uno tenía su nombre grabado en la parte frontal izquierda del pecho, y aunque eran de un color gris claro, lucían una franja con el color naranja de ingeniería, muy similar a los uniformes que llevaban puestos. Un rótulo vertical en el lateral del torso del traje rezaba ASIMOV. También había varios con los estampados de camuflaje típicos de los militares.

—¡Guau! —exclamó Chad—. ¡Han puesto hasta nuestros nombres!

—Qué maravilla —coincidió Gorka.

—¡Y el mío es de mi tamaño! —dijo Paula emocionada.

Emily, que se había quedado en un segundo plano, no pudo contener una sonrisa de felicidad al ver a sus compañeros tan emocionados con sus nuevos trajes. Reparó en una figura que se colocó a su altura.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Nerviosa? —preguntó Robert.

—Lo cierto es que pensaba que lo iba a estar más. Supongo que a medida que nos acerquemos al planeta, los nervios acabarán por aparecer —dijo Emily—. ¿Y usted?, ¿está nervioso?

—Mentiría si le dijera que estoy tranquilo —confesó—, en la academia no nos preparan para escribir la historia de la humanidad.

—Creo que a ninguno de nosotros nos han enseñado a hacer historia —rio mientras Robert le devolvía la sonrisa.

Emily no sabía qué era lo que le pasaba, pero la sonrisa de Robert la desmontaba por completo. A pesar de que casi no sabía nada acerca del joven teniente, había algo en él que la atraía intensamente. Sin embargo, sus pensamientos se vieron interrumpidos por las nuevas explicaciones de la sargento Cameron.

—¡Muy bien! —dijo— Al lado de cada traje encontrarán un mono de un material de alta tecnología que nos ayudará a evaporar el sudor

y permanecer a una temperatura constante dentro del traje. También hay una cómoda y nada humillante prenda que nos permitirá hacer nuestras necesidades sin echar a perder el traje. Recójanlas y pónganselas en sus camarotes.

En su camarote, Emily desplegó su mono, de color negro mate, y lo miró con cierta incredulidad. Era mucho más pequeño que ella, casi parecía del tamaño de una niña de diez años. Estiró el material y vio que era muy elástico, pero aun así tuvo serias dudas de que fuera de su talla.

Se quitó la ropa interior y agarró su pañal para colocárselo. Era de un material muy suave y esponjoso. Una vez puesto, la sorprendió comprobar que era cómodo y liviano, aunque esperaba no tener que poner a prueba muchas veces su capacidad absorbente.

Cogió entonces el mono y comenzó a ponérselo, primero una pierna, luego la otra. El tejido resultó ser muy elástico. Estiró un poco de la parte superior para poder meter los brazos por las mangas y, una vez conseguido, se subió la cremallera hasta el cuello. Se colocó el pelo suelto lo mejor que pudo para que no le molestara y poco a poco se fue poniendo la capucha, que le tapaba desde las orejas hasta la barbilla. Buscó un espejo en la pequeña estancia, pero no encontró ninguno.

«Supongo que aquí la apariencia queda en segundo plano», pensó.

Una vez colocado el mono, recogió su anterior uniforme y lo metió en el armario. Fuera del camarote ya empezaba a haber bullicio. Al salir, Emily encontró al resto del grupo vestido con el mismo mono. La diferencia de tamaños y alturas y la falta de gravedad le resultaron tremendamente cómicas, y no pudo evitar unirse al jolgorio general.

—¡Menudas pintas de ninjas de tres al cuarto tenemos! —exclamó Taro riendo.

—Podría ser peor, nos podían haber dado a cada uno un mono de un color chillón diferente —apuntó Gorka—. Pareceríamos esos personajes que enseñan a los niños los números y los colores.

Cuando Robert y el resto de los militares se enfundaron sus trajes se dirigieron a la planta inferior para ponerse los exotrajes y comenzar la cuenta atrás para el lanzamiento. En la planta intermedia vieron al capitán Garth, ya imbuido en su mono, conversando con el coronel Bauer, la capitana Mei y el subdirector Green, que se habían acercado a despedir a la expedición.

—¡Buenos días! —exclamó el subdirector—. ¡Espero que estén listos para la que se les viene encima! ¡Están a punto de hacer historia! —Unas pequeñas risitas nerviosas inundaron la estancia de la Ícaro—. Queremos desearles la mejor de las suertes allí abajo —continuó

Green—. Supongo que hoy es uno de esos días que quedará marcado para siempre en la historia. Es un verdadero honor para mí estar enfrente de este grupo de personas excepcionales que van a cumplir uno de los hitos sin duda más importantes para la humanidad.

»Cuando empecé en el programa espacial junto con el director Rhodes —miró a Emily a los ojos—, siempre especulábamos con la idea de explorar un nuevo planeta, de descubrir un nuevo hogar para la humanidad. Por desgracia, me temo que ese sueño se ha esfumado para mí —pronunció con gran pena—. Pero todos ustedes están hoy aquí preparados y a punto para dar a la humanidad esa oportunidad que llevamos casi un milenio buscando.

»La estación espacial entera, la raza humana al completo, les observa. Pero no sientan temor ni dejen que el peso de la situación les venza. Han sido elegidos para este momento, han nacido para hacer historia. Disfruten de ese tremendo privilegio que se les ha concedido.

—Cuiden de la nave, y cuídense ustedes —añadió la capitana Mei tras un respetuoso silencio—. Les deseamos buena suerte y *Godspeed* a todos.

Uno por uno fueron despidiéndose de los componentes de la expedición. La capitana Mei y el comandante Bauer fueron estrechando manos hasta alcanzar la escotilla de salida de la Ícaro. El subdirector se detuvo cuando llegó junto a Emily.

—¡Tened mucho cuidado! —le pidió mientras la abrazaba—. Ya he perdido a un Rhodes y no quiero perder a otro. Se que estáis preparados para esto, pero recuerda que sois irreemplazables. Haz lo imposible para que todos vuelvan sanos y salvos.

—Lo haré, David —prometió Emily.

26
El primer paso

5 de mayo del año 0

Treinta minutos para el lanzamiento

Estación espacial Asimov

El subdirector, la capitana y el comandante abandonaron la Ícaro y el hangar de lanzamiento. A su salida, se cerró la escotilla y se recogió la rampa retráctil. Todos pudieron oír cómo se presurizaba el interior, aislándolos de la atmósfera artificial del hangar.

—¡Bien! —exclamó la sargento Cameron—. ¡A colocarse el exotraje!

Todos, incluidos los militares y los pilotos, se dirigieron a la zona inferior del transbordador. Cada uno se colocó delante de la terminal que sujetaba su exotraje y los activaron. Emily esperó a que se abriera, se puso de espaldas y se colocó en posición. Mediante unos zumbidos eléctricos, el traje comenzó a cerrarse a su alrededor, primero las piernas, luego el torso y por último los brazos. Tan solo le quedaba el casco.

A pesar de los nervios del momento, se notó más cómoda de lo que esperaba en el traje. El mono, además de elástico y fino, era mucho mejor que el uniforme habitual a la hora de entrar dentro de la armadura metálica del exotraje.

—Recojan sus cascos. No es necesario que nos los pongamos hasta el lanzamiento —indicó la sargento Cameron.

Obedecieron y se dirigieron hacia la planta intermedia de la Ícaro. Desde el distribuidor avanzaron hacia la zona de la cabina, donde además de para los pilotos también había sitio para el resto de la tripulación. La estancia se encontraba siguiendo el pasillo a la derecha de la escotilla de entrada, pasando las zonas de control de armamento y sensores.

La cabina era una zona diáfana, bastante más amplia de lo que podía parecer desde fuera. En la parte delantera se encontraban los dos puestos de los pilotos, pero a diferencia de otras naves, había bastante distancia entre ellos y una enorme consola en el centro.

Detrás de los dos pilotos, a un par de metros de distancia, dos hileras de dos asientos cada una y un pasillo central permitían al resto de la tripulación colocarse de manera segura para los despegues y

aterrizajes. Alrededor de toda la estancia, unos enormes ventanales permitían ver el exterior de la nave.

Uno por uno ocuparon sus asientos en las diferentes filas de la nave. El capitán Garth, el teniente Beaufort, la sargento Cameron y el sargento Ortiz se sentaron en la primera fila. Los soldados Ferrara y Parrish, en la parte izquierda de la segunda, y Emily y Taro en la derecha. Gorka y Paula se sentaron en la siguiente fila, y detrás de Emily, Chad ocupó el último lugar.

El sistema de sujeciones de los asientos de la nave estaba diseñado para fijarse a los trajes con un sistema de clavijas que conseguía que quedaran perfectamente anclados a la espalda de las armaduras, por lo que no era necesario utilizar los cinturones, de los que también disponían.

—Notarán una ligera vibración al sentarse en los asientos —dijo la piloto Balakova, la experimentada mujer que los iba a llevar a la superficie. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y unos profundos ojos azules. Ella misma revisó los anclajes y se aseguró de que estaban en perfectas condiciones. Instó a cada uno de los presentes a intentar moverse para asegurar que el mecanismo funcionaba de manera correcta.

—Diez minutos para el lanzamiento —informó Ada. Solo se habían cargado en el procesador central del transbordador aquellos módulos de Ada necesarios para una misión de exploración. En una nave como la Ícaro no se necesitaba tanta capacidad de proceso como en el arca Asimov. La nave mantendría comunicación con la estación espacial, pero en los momentos en los que la rotación del planeta los situara en el lado opuesto, no sería posible sin el uso de satélites de comunicación, y todavía quedaban muchos días hasta poder desplegarlos.

Una vez asegurados todos los pasajeros, tanto la piloto Balakova como el copiloto Wilson, un experimentado canadiense de treinta y cinco años y complexión atlética, comenzaron a manipular las consolas desde sus respectivos puestos. Una plétora de indicadores, pantallas y luces se iluminaron por todas partes. En la consola central podía verse un holograma en tres dimensiones con el estado actual de la nave. En ese momento, todas las zonas de la Ícaro se encontraban en verde.

«Bien, por lo menos parece que la nave está en buen estado a pesar de tener casi mil años», pensó Emily.

—Colóquense los cascos —les pidió la piloto—. Esperemos no tener que depender de los trajes durante el viaje. Solo es por precaución al sacar a esta pequeña de su cascaron.

Comenzaron a oírse los sonidos de los anclajes metálicos en todo el habitáculo. Emily sostuvo el casco que llevaba sobre su regazo y lo alzó por encima de la cabeza. Fijó la mirada en las dos pequeñas marcas triangulares que tenían el casco y el cuello del exotraje para alinearlas y poder enroscarlos. Un pequeño silbido de aire indicó que el flujo de oxígeno del traje comenzaba a funcionar. En el visor pudo ver los indicadores del sustento vital, oxígeno, agua y alimento. Todos estaban al cien por cien de capacidad. También comprobó su tensión arterial y su pulso, setenta y cinco pulsaciones por minuto. Estaba nerviosa, debía intentar calmarse.

—Cinco minutos para el lanzamiento —recordó Ada.

Miró a su alrededor para ver a los demás. A su lado, los soldados Parrish y Ferrara permanecían en silencio, Emily no supo si estaban tensos o relajados. Un poco más atrás, Paula y Gorka conversaban nerviosos. Taro no había soltado ni un momento la manta que había llevado consigo. Era evidente que envolvía algo.

—¿Qué es eso, Taro? —preguntó Emily con curiosidad, pero sobre todo como distracción para templar sus nervios.

—Digamos que aquella conversación que tuvimos me ha hecho darme cuenta de que tengo que ser lo que de verdad soy —respondió él con una sonrisa confiada.

Taro agarró uno de los extremos de la manta y la dobló ligeramente hacia el otro lado, dejando a la vista las empuñaduras de dos espadas tradicionales japonesas.

—Esto es una *katana*, o espada larga —explicó con voz ceremoniosa—, y esto es un *wakizashi*, o espada corta. Ambas forman parte del atuendo tradicional de mis ancestros, lo que se conocía como *daishō*. En la antigüedad, llevar dos espadas representaba la disciplina y el compromiso de los samuráis con su arte marcial y su lealtad a su señor feudal.

—¡Guau! —exclamó Emily—. Son preciosas.

Taro inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—No sabemos qué nos vamos a encontrar allí abajo —continuó él —, así que he pedido permiso al capitán Garth para llevarlas conmigo, me sentiré más seguro y confiado.

—Dos minutos para el lanzamiento —anunció Ada—. Comenzando el proceso de vacío del hangar.

Varias luces estroboscópicas comenzaron a verse en la zona de lanzamiento. Una alarma retumbó en el hangar, indicando que el aire estaba siendo extraído. El estruendo se acalló en cuanto el más absoluto de los vacíos ocupó el lugar que había dejado el oxígeno.

—Un minuto para el lanzamiento. Abriendo compuerta del hangar de la Ícaro.

La gran compuerta que tenían delante comenzó a abrirse hacia arriba. La banda inferior, pintada de líneas oblicuas de color amarillo y negro, fue entonces visible.

—Encendiendo visores de la nave —anunció el copiloto Wilson, que pulsó algunos botones en la consola. De repente, tanto el techo como el suelo de la estancia comenzaron a proyectar las imágenes de las cámaras situadas en el casco de la nave. A Emily se le escapó una pequeña exclamación al poder ver de repente el techo y suelo del hangar en el que la Ícaro todavía permanecía anclada.

—¡Guau! —se oyó a Chad desde la última fila de asientos— Esto es impresionante.

—Diez segundos.

Sintieron el arranque y el zumbido electromagnético de los motores. Bajo sus pies, el anclaje delantero de la nave se soltó. Flotaban con suavidad en el hangar. La puerta concluyó su apertura y pudieron ver la inmensidad del espacio justo ante sus ojos.

—3… 2… 1… Comenzando lanzamiento.

La piloto dio potencia a los motores y la nave abandonó despacio el hangar. Pronto estuvieron fuera de la Asimov sin mayor problema.

—Aquí la teniente Balakova, hemos salido del hangar.

—Recibido, teniente. Les tenemos en el campo de visión —respondió una voz masculina por la radio de la nave.

—Comenzaremos el viaje en cuanto revisemos los sensores.

—Recibido. *Godspeed*!

—Gracias, estación Asimov. Volveremos a comunicar en la aproximación, cambio y corto.

Tras un par de minutos de comprobación de los indicadores de la nave, que continuaban en un seguro verde en el holograma de la consola central, la piloto Balakova giró su asiento hacia el resto del grupo.

—Ya pueden quitarse los cascos, es seguro —anunció—. Tardaremos un par de horas en llegar, así que, si quieren, pueden levantarse de sus asientos. Pero recuerden que, por seguridad, en noventa minutos deben regresar para comenzar con el proceso de entrada en la atmósfera del planeta. Esa parte puede ser movida.

El piloto automático de la nave viró unos noventa grados hacia la derecha y puso rumbo hacia el planeta. Chad fue el primero en levantarse del asiento. Se le notaba nervioso y no tenía nadie con el que hablar al lado. Se acercó a Emily mientras se quitaba el casco.

—Ya no hay marcha atrás —dijo.

—Sí, eso parece. ¿Nervioso? —le preguntó ella mientras se incorporaban.

—Desde luego, pero menos que cuando llegamos a la Asimov —confesó—. Esta vez me he tomado un par de calmantes.

—Ja, ja —rio Emily—. Así que por eso no te he oído hablar durante todo este rato.

—¡Correcto!

—¿Y qué hacemos durante hora y media? —oyó preguntar a Paula en alto mientras se unía al grupo.

—Nosotros vamos a revisar de nuevo el material para la expedición —oyeron al teniente decir cuando llegaban a la zona del pasillo—. Si quieren venir, supongo que les vendrá bien familiarizarse con la nave y el material.

—Bien —aceptó Emily, que miró a los demás en busca de aprobación.

—Sí, mejor hacer algo de utilidad —coincidió Gorka—. Además, todavía no hemos visto el rover de la nave, y la verdad es que tengo ganas de echarle un ojo a esa maravilla.

Todos, salvo el capitán Garth y el sargento Ortiz, se dirigieron a la planta inferior trasera de la nave. Allí se encontraba la bodega de carga con todo el material y también el vehículo de exploración terrestre.

Cogieron el pasillo contrario al almacén de los trajes y, tras atravesar varias estancias con material ligero, llegaron a una zona con cristaleras y dos cámaras de descontaminación, una a cada lado. Más adelante, en la parte más ancha del interior de la nave, vieron la compuerta de salida de la bodega y unos cuantos bultos con material pesado.

Uno tras otro fueron atravesando las estancias de esterilización para acceder a la parte trasera de la nave. Tuvieron que pasar por el proceso de descontaminación, obligatorio por motivos de seguridad aunque no hubieran tenido todavía la oportunidad de pisar el planeta.

Gorka fue directo al vehículo de exploración de la nave y se quedó fascinado con sus tres pares de ruedas y el motor eléctrico de tres mil quinientos caballos de potencia. Tenía el aspecto de una bestia blindada capaz de abrirse paso en cualquier circunstancia. Llegó a la puerta del piloto y accedió a la cabina con la emoción de un niño con un juguete nuevo.

—¡Esto es increíble! —exclamó una vez sentado dentro.

—Es capaz de escalar las pendientes más escarpadas, incluso con

una gravedad como la de Kepler-442b —le explicó la soldado Ferrara asomándose por la ventanilla.

—Me muero de ganas de probarlo en campo abierto —dijo Gorka, acariciando el volante.

—Bueno, supongo que podremos desactivar el piloto automático si encontramos una zona amplia y llana, libre de obstáculos —bromeó Ferrara.

Emily se fijó en las dos mulas AMR aseguradas a la Ícaro detrás del vehículo.

—Son dos mulas autónomas —comentó Robert desde su espalda—. Nos serán de ayuda si decidimos llevar algo de equipo con nosotros. Son capaces de cargar casi una tonelada en la Tierra. Supongo que aquí tendremos que aligerarlas un poco.

—Es curioso, esta pertenecía a la Copérnico —dijo Emily al ver el rótulo que una de ellas tenía en sus patas.

—Sí, se ha aprovechado todo el material que no llegamos a cargar en la primera arca —respondió Robert.

—¿Estuvo en la Copérnico, teniente? —preguntó Emily con curiosidad.

—Sí.

—¿El día del atentado?

—Sí —respondió apenado.

—No lo sabía. Debió de ser una experiencia horrible.

—Así es. Si no hubiera sido por la inteligencia artificial del arca habría perdido a muchos hombres y mujeres aquel día —añadió Robert con la cabeza gacha—. Salvo aquellos dos trabajadores, el resto nos salvamos de milagro.

—Será mejor que no piense en lo que pudo haber pasado —sugirió Emily mientras colocaba su mano sobre el hombro del exotraje de Robert.

—Desde luego —convino él, mirándola a los ojos—. Pero si hubiera actuado con más iniciativa, sé que habría podido evitarlo.

Por primera vez, Emily fue capaz de aguantarle la mirada durante unos instantes y, aunque notó cómo su pulso se aceleraba, no bajó los ojos. Vio miedo en su mirada, era evidente que aquel día se había quedado marcado en su memoria.

—Imagino que le habrá costado mucho digerirlo —intentó comprender Emily—, pero no debe sentirse mal por no haberlo conseguido.

Robert apartó la mirada, como si los recuerdos le dolieran.

—Todos nos asustamos mucho aquel día —continuó Emily.

—Sí, desde luego —confirmó Robert.

—Pero ahora estamos aquí, a millones de kilómetros de aquello, y debemos continuar con nuestro camino —dijo enfática, intentando convencerse también a ella misma.

—Gracias, doctora Rhodes; hablar con usted me ayuda mucho —confesó—. Además, imagino que tampoco lo estará pasando bien. Me refiero a lo de la Galileo…

—No, la verdad —consiguió decir—, pero he decidido mirar hacia adelante. A mi padre no le habría gustado nada que me quedara encerrada en mi camarote, compadeciéndome de mí misma.

—Es usted muy valiente —dijo Robert—. Ojalá yo tuviera esa valentía.

—Estoy convencida de que usted lo es mucho más que yo, solo tiene que hallar la forma de sacar esa valentía de aquí —respondió Emily, señalando su corazón.

Ambos guardaron silencio mientras volvían a mirarse fijamente durante un instante que a Emily le pareció una eternidad. Esta vez, ambos acabaron agachando la cabeza al mismo tiempo. Había demasiada carga emocional en el ambiente. De cualquier manera, Chad se encargó de romper el momento.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó.

—Mulas AMR —respondió Robert con amabilidad—. Nos ayudarán a llevar material si necesitamos desplazarnos con carga lejos de la nave.

—¿AMR?

—Viene de las siglas en inglés de Robot Móvil Autónomo —le explicó el teniente.

—¿Y este gran bulto de ahí? —Señaló un enorme cubo de tela situado en la parte trasera de la bodega.

—Ese es el módulo de salvamento. Esperemos no tener que usarlo nunca.

—¿Cómo funciona? —preguntó, incansable, el biólogo.

—Si cuando lleguemos al planeta tenemos algún tipo de problema con el soporte vital de la Ícaro, sacaremos este módulo al exterior y lo desplegaremos. Es una especie de tienda de campaña con capacidad para veinticinco personas, preparada para mantener una atmósfera artificial que nos permita sobrevivir en condiciones adversas. Se puede enchufar a las baterías eléctricas y a los tanques de oxígeno y agua de la nave —añadió—, lo que nos permitiría sobrevivir durante varios días. Dispone también de un sistema de esclusas para entrar y salir de

ella sin sacrificar el oxígeno interior. Pero, como le digo, esperemos no tener que utilizarla nunca.

—Desde luego, aunque me tranquiliza tener planes de contingencia —aseguró Chad un tanto preocupado—. Aunque prefiero no tener que comprobar lo bien que funciona.

Todos revisaron el material durante un buen rato e hicieron muchas preguntas que los militares contestaron en la medida de lo posible. Los noventa minutos transcurrieron casi sin darse cuenta. Luego fueron saliendo poco a poco de la bodega y se dirigieron de nuevo a la otra punta de la nave.

Ocuparon sus asientos mientras los dos pilotos revisaban y manipulaban los controles.

—Pónganse de nuevo los cascos y fijen sus trajes a los asientos —ordenó el copiloto.

En el holograma de la nave, uno de los motores parpadeaba en un preocupante color naranja.

—Un motor no está funcionando bien —dijo Emily en alto.

—Sí, lo hemos revisado. Creemos que se trata de algún sensor, ya que el motor nos está dando el cien por cien de potencia —respondió la piloto.

La respuesta no tranquilizó demasiado a los presentes, pero evitó más preguntas sobre el tema.

—Vamos a comenzar en breve con la entrada —advirtió la piloto—. Gracias a los informes de la Kepler-One sabemos que la atmósfera es más densa que la de la Tierra, así que suponemos que será bastante movidita. Pero estén tranquilos, esta belleza fue diseñada para sobrevivir en el mismísimo infierno.

Tras unos minutos más de travesía, comenzaron a sentir algo de gravedad. La línea recta en la que se dirigían hacia el planeta funcionó como una cuerda que tirara de ellos hacia el morro de la nave.

—Esperamos gravedades de hasta 4 o 5 Ges. Es lo normal, en breve corregiremos la inclinación para que sea más llevadero —anunció la piloto.

El planeta ocupaba el total de la visión de los cristales delanteros de la nave. La piloto cumplió su promesa y poco a poco comenzó a virar para tener una trayectoria de entrada más suave, lo que ayudó a que la gravedad se sintiera más natural, hacia la parte inferior de la nave.

—Estación Asimov, aquí la piloto Balakova. Todo en orden. Nos disponemos a comenzar la entrada en el planeta. Pasarán unos minutos hasta recuperar las comunicaciones.

—Recibido, Ícaro. Buena suerte.

Poco a poco, un fulgor incandescente surgió en el morro de la nave y se fue extendiendo hasta casi cubrir los ventanales. Las pantallas de suelo y techo se apagaron. El ruido y las turbulencias provocadas por el rozamiento con las capas más externas de la atmósfera de Kepler-442b comenzaban a ser importantes.

Nadie hablaba. De repente, una alarma comenzó a sonar. La nave estaba alcanzando los 2500º Celsius y, a pesar del aislamiento de alta tecnología y de los propios trajes, el calor era palpable. Emily tomó un sorbo de agua del dispensador de su traje para intentar calmar los nervios que le habían secado la garganta. Le pareció oír que alguien comenzaba a rezar detrás de ella.

Las turbulencias y el calor se prolongaron durante unos interminables minutos, hasta que, sin previo aviso, desaparecieron. El calor se disipó y las pantallas volvieron a funcionar. Estaban a unos treinta kilómetros de altura y debajo, muy a lo lejos todavía, se veía una inmensidad de color azul. Más adelante podía intuirse la costa oeste de la masa de tierra del primero de los continentes que iban a visitar.

—Estación Asimov, aquí la Ícaro. Hemos superado la entrada en la atmósfera. Todo en orden de momento.

—Aquí estación Asimov. Recibido. Nos complace oír eso.

La luz solar era más anaranjada que en la Tierra, más cálida. Ada ya les había advertido al respecto, tendrían que acostumbrarse a la nueva estrella.

La aproximación fue bastante más apacible que la entrada y en menos de cinco minutos sobrevolaban las primeras islas vecinas a menos de diez mil metros de altura. Cuando la nave no corregía la altura, ya eran capaces de notar la totalidad de la gravedad de Kepler-442b.

La piloto realizó la última de las maniobras y comenzó a sobrevolar la zona de aterrizaje. Se trataba de un pequeño valle cruzado por un caudaloso río, pero sin demasiada vegetación, a unos veinticinco kilómetros tierra adentro de la desembocadura del propio río.

El copiloto Wilson señaló un área abierta a cierta distancia del río con hierba rojiza que parecía prometedora para posar la nave.

—Creo que esa zona servirá —comentó en alto.

—Ada, ¿detectas algún peligro en los alrededores? —preguntó la piloto Balakova.

—No, parece un lugar seguro. No se detecta ningún tipo de actividad —respondió.

—Bien, pues allá vamos.

La piloto enfiló la nave hacia la zona y todos pudieron seguir con la mirada la maniobra. Escucharon cómo las patas de la nave se extendían desde su interior y se posaban encima de la hierba de color rojizo, que a esta distancia se veía más alta de lo que en un principio parecía. Los motores la agitaban en todas las direcciones. Unos minutos más tarde, se apagaron.

—Asimov, ¿me reciben? —preguntó la piloto—. Aquí la teniente Balakova. ¿Me reciben?

—Alto y claro, Ícaro.

—Hemos aterrizado sanos y salvos. Nos disponemos a pisar la superficie del planeta. Cambio y corto.

—Recibido Ícaro. Vayan con cuidado —concluyó la voz del otro lado.

Al instante, el capitán Garth tomó el control de la situación.

—Teniente —bramó—, comience con el protocolo de securización de la zona.

—A la orden —respondió—. Síganme todos, incluidos los civiles.

Emily se sintió extraña al levantarse del asiento ya con gravedad, después de más de dos horas en estado de ingravidez. Le costó unos instantes adaptarse al cambio. Sin embargo, la sensación era muy similar a la que habían experimentado en estas últimas semanas de entrenamiento. El traje les permitía moverse sin apenas notar la diferencia de gravedad entre el planeta y la estación Asimov.

Siguieron al teniente, que se dirigió a la zona de la bodega. Antes de llegar a las esclusas de esterilización, pidió a Ada que abriera una de las puertas del pasillo. Era la armería.

Uno por uno, el teniente fue entregándoles el arma reglamentaria, no sin antes programar cada una de ellas con ayuda de Ada para que solo pudiera ser disparada por su dueño. Los cinco científicos recibieron una Glock como las que habían utilizado en las prácticas de tiro. Los militares, en cambio, llevarían un fusil de asalto además de la pistola. Al llegar a Chad, Robert sonrió orgulloso. El biólogo había mejorado muchísimo estos últimos días, hasta el capitán Garth se había preguntado qué había pasado.

—Se la ha ganado, doctor Williams —dijo.

—Gracias, teniente —respondió orgulloso.

Taro se había atado alrededor de la cintura de su exotraje el cinturón de tela que traía consigo, del que sobresalían por ambos extremos las dos espadas ceremoniales. Parecía un moderno samurai.

Una vez colocadas las pistolas en los porta-armas del exotraje,

atravesaron las esclusas de descontaminación. Luego, el capitán dio las órdenes pertinentes.

—Sargento Cameron, proceda a la apertura de la bodega.

—¡A la orden! —respondió.

La sargento pulsó un enorme botón rojo que había en uno de los laterales del portón de la bodega. El mecanismo hidráulico de la rampa comenzó a funcionar al ritmo de una molesta alarma con luces estroboscópicas. Mientras la puerta se abría, pudieron contemplar el planeta por primera vez. Nadie dijo ni hizo nada más, se quedaron a la espera de que Emily diera los primeros pasos.

Sintió una mezcla de emoción y miedo al encaminarse por la rampa de la Ícaro y prepararse para pisar por primera vez la superficie de Kepler-442b. Había soñado con este momento desde que era niña y escuchaba a su padre hablar sobre el futuro hogar de la humanidad. Y aquí se encontraba ella, mil años después de aquellos días, junto con otros exploradores, dispuesta a descubrir los secretos y los peligros que aguardaban a la raza humana. Miró al exterior y vio cómo la luz de la estrella iluminaba el prado rojo que se abría delante de ellos con una luz cálida y suave que le confería un toque muy agradable. Saber que estaba frente a un mundo nuevo y desconocido, lleno de misterios y sorpresas, la hizo sentirse como una pionera en territorio salvaje.

Mientras cruzaba los escasos diez metros de rampa tuvo tiempo de pensar en su padre, en su abuela, y también en su madre, fallecida hacía una eternidad. Recordó a su tío George con uno de sus nietos durante la cena en su casa de Boston. Una paz repentina inundó su alma y la llevó en volandas hasta el final de la pasarela.

Consciente de que todo el mundo la estaba escuchando, detuvo la marcha justo en el borde de la rampa, dio un largo suspiro y antes de armarse de valor para dar el último paso, dijo:

—Que este sea el primero de los pasos que permitan a la familia humana encontrar un nuevo hogar.

Tras unos segundos de silencio, se aventuró al exterior.

27
El nuevo hogar

5 de mayo del año 0

Localización 1. Kepler-442b

Una suave brisa mecía las briznas de la frondosa hierba rojiza que llegaba casi hasta las rodillas de Emily. La luz solar, de un tono muy cálido, teñía el cielo de naranja, lo que hacía que todo el paraje tuviera un aspecto aún más extraño si cabe. El gran prado donde habían aterrizado no tenía demasiada vegetación, más allá de la propia hierba, excepto unos cuantos arbustos dispersos y varios árboles aislados de los frondosos bosques que se adivinaban a unos kilómetros, en las faldas de las colinas que guardaban el valle. Altos, de troncos gruesos y hojas también rojas, parecían sin embargo pequeños en la distancia. El entorno podría pasar por un paisaje normal de la Tierra si no fuera por los omnipresentes colores rojo y anaranjado que decoraban todo cuanto estaba a la vista.

La temperatura rondaba los catorce grados centígrados y la humedad ambiental era del sesenta y siete por ciento, lo que eran muy buenas noticias. Eran parámetros compatibles con la vida humana. Aunque Ada había calculado que habían aterrizado en el mes de mayo, era difícil aventurar si esa era una temperatura normal para esa época del año kepleriano. No había casi nubes en el cielo anaranjado del planeta, apenas unos jirones que, al menos de momento, no parecían amenazar con inminentes lluvias.

Algo más preocupante era el nivel de radiación ultravioleta que se recibía desde la superficie del planeta. Ada acertó de pleno al señalar que, en ausencia de una capa de ozono, la radiación sería demasiado alta, lo que explicaría que todo tuviera este color rojo tan característico.

El resto de la expedición bajó de la Ícaro detrás de Emily.

—¡Es increíble! —murmuraba Paula mientras observaba todo lo que tenía a su alrededor, dando vueltas sin parar.

—¡Tienen raíces pivotantes! —exclamó Chad, extasiado al arrancar unas pocas, pero gruesas, briznas de hierba del suelo.

Otros, como Taro o Gorka, solo eran capaces de admirar la belleza extraterrestre que estaban contemplando. Los militares, por su parte, decidieron pasar a la acción.

—¡Teniente! ¡Formen un perímetro de seguridad alrededor de la Ícaro! —gritó mientras comenzaba a adelantar al resto de la expedición— ¡Quiero enterarme si un simple gusano alienígena se acerca reptando!

—¡Ferrara! ¡Conmigo! ¡Agarre los marcadores! —exclamó el teniente Beaufort—. ¡Sargento Cameron! ¡Parrish! ¡Colóquenlos en la parte trasera de la nave! ¡Quiero un perímetro de doscientos metros de longitud!

Cada uno cogió un marcador y se desplegaron formando un cuadrado mientras avanzaban vigilantes apuntando con sus fusiles en todas direcciones. Fueron clavándolos en el suelo hasta conseguir cerrar el perímetro con los sensores.

—¡Perímetro asegurado, capitán! —gritó la sargento Cameron.

—¡Vuelvan a la formación!

Los cuatro militares se reagruparon en el centro del perímetro, apuntando sus armas siempre hacía el exterior.

—Gorka —llamó Emily mientras los militares volvían con cautela a la zona cercana a la rampa de la nave—. Ayúdame a desplegar los drones.

—Por supuesto —accedió mientras volvían al interior de la bodega.

Emily desestibó dos de las cajas que había amontonadas en una esquina y con la ayuda de Gorka y de los exotrajes las sacaron al exterior. Dentro aguardaban dos drones autónomos, dispuestos a sobrevolar la zona. Gorka los manipuló y en breve estuvieron a punto para despegar.

—Drones preparados —anunció.

—Ada, adelante —dijo Emily.

Ambos drones arrancaron sus pequeños motores electromagnéticos y fueron poco a poco tomando altura. En cuanto alcanzaron unos pocos metros, aumentaron la velocidad y la altura y desaparecieron de la vista.

—Ada, traza un perímetro de diez kilómetros a la redonda en modo patrulla.

—Entendido —dijo Ada.

—Disponemos de doce horas de batería, después tendremos que desplegar los otros dos —le recordó Gorka.

—Será suficiente, al menos para asegurar la zona —calculó Emily mientras en su visor se mostraba una especie de radar que indicaba la posición de los drones y de los marcadores militares.

—No se desperdiguen —advirtió el capitán Garth.

El entorno era extraño e inquietante, no se oía ni un solo ruido, tan solo las eventuales ráfagas de viento que de vez en cuando sacudían la hierba y los arbustos.

—Taro, será mejor que tomemos las muestras de oxígeno y material no orgánico —dijo Emily, intentando no dejarse llevar por la emoción del momento.

—Bien —respondió él mientras entraba de nuevo en la nave.

Taro sacó un pequeño aparato del interior de la bodega de carga. Era una especie de aspirador de mano.

—¿Qué es ese trasto? —preguntó el soldado Parrish, interesado.

—Es un aspirador de muestreo activo —explicó Taro—. Aspira el aire, que pasa por una serie de membranas. Después las estudiaremos en el laboratorio para detectar si hay partículas peligrosas en suspensión, un excesivo nivel de dióxido de carbono o esporas de alguna planta alienígena que puedan afectarnos. Además, nos ofrecerá la composición exacta del aire.

En cuanto acabó la frase, el pequeño aspirador soltó un leve pitido.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo Taro.

—Las malas siempre primero —pidió como era su costumbre Emily.

—El aire no es respirable.

—Mierda. ¿Y las buenas? —preguntó Emily.

—Que es «casi» respirable. Hay un doce por ciento de oxígeno, lo cual, aun no siendo mala cifra, no es suficiente. En la Tierra disponíamos de un veintiuno por ciento. Por debajo de esa cantidad corremos peligro de sufrir una hipoxia. Aun así, no es una cifra del todo mala. Para que te hagas una idea, en la cima del Everest, debido a las diferentes presiones entre el nivel del mar y el techo de la Tierra, la cantidad de oxígeno es de alrededor del siete por ciento. Y muchos sherpas nepalíes llevan subiendo a la cima desde tiempos inmemoriales sin necesidad de bombonas de oxígeno. Además, nosotros podríamos construir depuradoras para procesar el aire de las bases que establezcamos.

»No soy biólogo, pero lo que más me preocupa es la alta concentración de otros elementos, como dióxido de carbono, argón, ozono y helio. También hay trazas de otros compuestos que no están presentes en el aire de la Tierra.

Chad, que estaba escuchando la conversación, revisó las concentraciones y se unió a la discusión.

—Estos niveles no son compatibles con la vida humana —aseguró preocupado.

—Pero con el módulo de terraformación podemos modificar esas proporciones para llegar a unos niveles aceptables —sugirió Taro.

Emily se quedó pensativa. Nadie en la expedición aparte del capitán Garth estaba al tanto de lo que había ocurrido con el módulo de terraformación. Valoró la opción de mantener esa información todavía oculta, pero decidió ser sincera con todos ellos.

«¿Cómo van a ayudar a encontrar un emplazamiento perfecto si se les oculta información vital?», pensó.

—Por favor, acérquense todos —pidió Emily—. Hay algo que deben saber.

Todos, incluidos piloto y copiloto, se fueron acercando al lugar donde los tres compañeros discutían sobre la composición del aire. El capitán Garth, consciente de lo que iba a suceder, se acercó de dos zancadas a Emily y la agarró por el brazo.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —amenazó—. Eso es información confidencial que no está autorizada a revelar.

—Suélteme, capitán Garth —dijo ella con la mayor calma que le fue posible reunir—. Yo estoy al mando de la expedición, y por lo tanto yo soy la que decide qué información se revela y cuál no. Y yo digo que todos los que están aquí merecen saber cuál es la situación real de la colonia. ¿Cómo pretende que hagan bien su trabajo si se les oculta información?

Apartó el brazo y se zafó del capitán.

—Este es el mundo real, niñita —masculló el oficial—. No se trata de una de sus simulaciones informáticas. Sus actos tendrán consecuencias, doctora, se lo advierto.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Emily.

—Es el futuro —respondió él de manera airada.

Y dándose la vuelta, se alejó del grupo para continuar con su guardia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paula, asustada por la súbita tensión.

—No disponemos del módulo de terraformación —dijo sin paños calientes.

—¡¿Qué?! —exclamó Taro—. Sin el módulo de terraformación no podremos modificar la atmósfera del planeta.

—No, no podremos —confirmó Emily—. Pero el equipo de ingeniería trabajará en la elaboración de filtros para nuestras instalaciones. Y construiremos otro módulo en el futuro, tenemos los conocimientos y muchas de las herramientas, solo necesitamos encontrar las materias primas necesarias para conseguirlo.

—Tardaremos años en lograrlo… —se quejó Gorka con amargura.

—Lo sé. Solo os puedo pedir que tengáis paciencia y algo de fe —contestó Emily.

Necesitarían tiempo para asimilar el duro golpe que suponía la nueva situación.

—Pero ¿qué ha ocurrido para que no tengamos el módulo? —preguntó la soldado Ferrara.

Emily les contó, de manera muy resumida, todo lo que había pasado en la Asimov ocho meses atrás: el agujero negro, el sabotaje, el posterior juicio, las decisiones que se tomaron y, sobre todo, en qué condiciones se tomaron. Escucharon con atención las explicaciones sobre el peligro que todos habían corrido sin siquiera ser conscientes de ello.

—No sé qué decir —logró articular Chad al cabo de unos instantes—. Salvo que nos has salvado la vida a todos.

—Ahora debemos continuar hacía adelante —añadió Emily—. Sea como sea, saldremos de esta. Todos juntos. Cueste lo que cueste.

—¡Así se habla! —exclamó Paula.

—Bueno, pues tendremos que asumir ciertas cosas, supongo… —decidió Taro encogiéndose de hombros.

—¿Puedo contar con vuestra discreción? —preguntó Emily mientras miraba a todo el grupo, militares y civiles—. Nadie más debe saberlo, al menos no de momento. Podría llegar a cundir el pánico y eso sería muy peligroso.

Todos asintieron en silencio.

—Gracias —dijo—. Y ahora, me temo que tenemos cosas que hacer.

Se disponían a volver a sus tareas cuando sus visores comenzaron a parpadear.

—Emily, los drones han detectado movimiento al otro lado del valle —informó Ada.

—Muéstramelo en pantalla —pidió.

Ada mostró las imágenes que uno de los drones estaba captando. Vieron el valle paralelo, quizá algo más profundo que en el que se encontraban y con algo más de vegetación. Un río bastante caudaloso lo cruzaba, trazando una serie de curvas que respetaban los límites de las colinas de alrededor.

Y entonces los vio, cerca del río. Animales, decenas de ellos. Parecían cuadrúpedos.

—Ada, traza una ruta hacia la zona —pidió Emily.

—Hecho —respondió la IA, mostrando en sus visores una línea

trazada en tiempo real que marcaba la trayectoria que debían seguir para subir a la colina más cercana y cruzar hacia el otro valle—. Tardareis casi dos horas y media en llegar hasta allí.

—Capitán Garth, ¿lo está viendo? —preguntó Emily.

—Sí —respondió el capitán con un monosílabo contrariado.

—Prepararemos el equipo e iremos hacía allí —ordenó Emily sin miramientos.

El capitán lanzó un suspiro de resignación y comenzó a vociferar órdenes.

—¡Sargento Ortiz! ¡Parrish! —ladró—. Preparen una de las mulas con el equipo científico necesario y el kit de supervivencia.

—¡A la orden! —respondieron ambos.

—Les ayudo —se ofreció Gorka mientras se dirigía con ellos al interior de la bodega para preparar todo el equipo necesario y asegurarlo encima del autómata.

—Yo también —dijo Paula—. Necesito llevar mi equipo de largo alcance, por si las moscas.

Emily se acercó a Chad.

—¿Tienes todo lo que necesitas para tomar muestras?

—Sí. De hecho, ya he empezado —confesó con una enorme sonrisa mostrando dos pequeños tubos transparentes que contenían una muestra de la gruesa hierba roja que estaban pisando y de otra planta que Emily no había visto.

—Eso es… ¿una flor? —preguntó con muchas dudas.

—Eso parece, sí —respondió Chad muy orgulloso de su hallazgo.

La flor era muy diferente a las terrestres. El tallo era rojo, como casi todas las plantas del planeta, y aunque la parte superior tenía una forma que podría recordar a la de una margarita común, su receptáculo era de un llamativo color morado muy claro y sus pétalos eran de un verde oscuro muy intenso.

—Desde luego, es muy curiosa —reconoció Emily—. Pero los colores parecen estar al revés si los comparamos con los de la Tierra.

—Sí, es debido al nivel de radiación ultravioleta que recibe el planeta. Es mucho más elevado que en la Tierra. Esa es otra de las cosas que supongo que el módulo de terraformación no podrá solucionar ya —dijo resignado.

—No, pero lo haremos nosotros —le aseguró Emily con su mano en el hombro del biólogo—. Prepárate, que nos vamos de safari, me temo.

El soldado Parrish salió del interior de la bodega con la mula detrás

de él. No iba del todo cargada, pero llevaba lo esencial para tomar muestras y hacer mediciones, además de los equipos médicos y de telecomunicaciones.

Mientras todo el mundo se preparaba para comenzar la expedición, Emily decidió realizar la primera comunicación con la estación espacial desde la superficie del planeta.

—Estación Asimov, ¿me reciben? —preguntó.

—Alto y claro, doctora Rhodes —respondió una voz familiar al otro lado del canal—. ¿Qué tal es el tiempo por allí?

—Lo cierto es que bastante bueno, subdirector Green. Tenemos unos agradables catorce grados y no se esperan cambios para las próximas horas —recitó Emily con voz de presentadora de informativo. —El subdirector emitió una sonora carcajada—. Nos disponemos a abandonar la zona de seguridad de la Ícaro, los drones han detectado movimiento a unos pocos kilómetros de aquí —añadió.

—Sí, lo estamos viendo en la pantalla ahora mismo —dijo emocionado el subdirector—. Es increíble, hay vida animal en el planeta.

—Eso parece.

—Entiendo que no habrá comunicación en un rato. Os monitorizaremos desde aquí arriba. Tengan mucho cuidado.

—Lo tendremos.

Ya estaban todos dispuestos en dos hileras, con el capitán y el teniente encabezando la marcha y el soldado Parrish y el sargento Ortiz cerrándola, delante solo de la mula.

—¡Adelante! —dijo el teniente Beaufort—. Mantengan los ojos abiertos. Les recuerdo que esto no es una excursión, consideren que podemos estar en territorio enemigo.

La marcha comenzó en silencio y en poco tiempo llegaron hasta los imponentes árboles que habían visto desde la nave. Chad había detectado tres especies diferentes, pero todas tenían cosas en común, anchos y leñosos troncos, y escasas pero enormes hojas rojizas que casi evitaban que la luz solar tocara el suelo a su alrededor.

—Tienen raíces adventicias —dijo al pasar cerca de uno de los enormes árboles cuyos troncos dejarían en evidencia a las secuoyas de la Tierra—. Mirad cómo las raíces nacen en el propio tronco y se incrustan en la tierra. Supongo que, dado el tamaño de estas especies, necesitarán aferrarse a la superficie con todo lo que puedan.

—Parecen muy antiguos —comentó Paula al observar el musgo rojizo que se veía en una de las caras del tronco y las lianas que colgaban medio podridas de las abundantes ramas del colosal árbol.

—Puede que lo sean —aceptó Taro.

Chad recogió de la mula una pequeña sierra eléctrica de cadena y se aproximó a uno de los árboles. Puso en marcha el aparato y lo acercó a una de las raíces. Mantuvo unos instantes la sierra, pero algo no salió como él quería. La apartó de nuevo y la detuvo, mirándola con curiosidad. Después miró la raíz. Algo no funcionaba.

—¿Qué ocurre, Chad? —se interesó Emily.

—Las raíces… Bueno, supongo que el árbol en sí, es muy duro —dijo—. Mucho más de lo normal. Apenas le he hecho un rasguño.

Emily y Gorka se acercaron a Chad, que volvió a intentar cortar un fragmento de raíz. Apretó la sierra con más fuerza y consiguió hundirla un poco, pero insuficiente. Gorka decidió volver a la mula y recoger una sierra de disco de carbono endurecido. Intentó la misma operación, y a pesar de que también le costó lo suyo, consiguió hacer un primer corte. El segundo fue incluso más complicado, ya que la raíz ya no estaba fija por ambos extremos. Emily y Chad tuvieron que sujetarla para que Gorka pudiera ejercer presión. Tras mucho esfuerzo, lograron arrancar un pequeño fragmento de raíz de árbol.

Chad miró el trozo de raíz con curiosidad.

—Fijaos —dijo—. A pesar de ser una madera muy oscura, se notan muchísimos círculos concéntricos, mucho más delgados que los de las especies de la Tierra.

—Eso nos indica que en el planeta hay diferentes estaciones, pero mucho más cortas. Cada círculo representa un año de Kepler-442b —dijo Emily.

—Eso es —confirmó Chad—. Y debido a que el año es más corto aquí, el espacio entre los círculos es mucho más estrecho de lo normal.

—¿Cuantos años tiene este árbol? —preguntó curioso Gorka.

—En realidad, no podemos saber la edad del árbol —corrigió Chad—. Contando los círculos solo sabremos la edad de esta raíz concreta, que puede que brotara muchos años después que el propio árbol.

—¿Cuantos círculos hay, Ada? —preguntó Emily.

—Hay 8.631 círculos —respondió.

—Vaya, eso son muchos años keplerianos —exclamó Gorka.

—¿Cuantos años terrestres son esos? —preguntó Chad.

—2.181 años.

—Impresionante —murmuró Chad—. Creo que nada de lo que he aprendido en la facultad va a ser extrapolable en este planeta.

La comitiva comenzó a subir la colina que separaba ambos valles. Al no haber ningún tipo de camino trazado entre la vegetación, la

marcha se hizo más lenta, ya que todos tenían que asegurar sus pasos para no acabar rodando colina abajo.

—También hay insectos —dijo la soldado Ferrara—. Acabo de ver pasar algo pequeño volando.

—Yo también creo que he visto uno, y grande, además —respondió Paula.

Cuando llegaron a la cima de la colina pudieron observar de primera mano el segundo valle. El paraje era muy similar al otro, pero había muchísimos más árboles al otro lado del río. Parecía que allí comenzaba un bosque bastante frondoso, con algún tipo de helecho color rojizo que rellenaba casi la totalidad de los espacios entre los diferentes árboles.

Desde esa posición no eran capaces de ver a la manada de animales que estaban buscando. A medida que avanzaban iban descubriendo nuevas especies de hierba, flores de varios colores, arbustos, árboles y hasta una especie de seta que Chad almacenó con sumo cuidado para su posterior estudio. A pesar del revés del módulo de terraformación, era más que notorio que tanto Chad como Taro estaban disfrutando. A cada paso que daban descubrían nuevas especies vegetales y tipos de rocas.

Bajaron una pequeña pendiente y al volver a remontar un repecho, el capitán Garth levantó el puño derecho ordenándoles que se detuvieran. Se giró hacia Emily y señaló sus dos ojos para después señalar hacia el frente.

Emily llegó a la altura y desde allí los contempló, a menos de cien metros.

—Guau —murmuró—. Ada, ¿estás grabando esto?

—Sí, Emily.

—Fijaos, van en manada —comentó Chad, que había acelerado el paso para colocarse en vanguardia—. Por lo menos hay veinte, y tienen tres, no, cuatro crías.

—Ada, zoom —pidió Emily.

Lo que estaban viendo era una manada de animales cuadrúpedos, de gruesas y fuertes patas, que se habían acercado al río para beber. Tenían el cuerpo cubierto de un largo y oscuro vello de una tonalidad parda y brillante. De no ser por el cuello largo y el hocico, recordarían a los rinocerontes de la Tierra, aunque estos ejemplares no disponían de cuerno alguno. Y, además, tenían dos enormes ojos, uno a cada lado de la cabeza.

—¿Nos acercamos? —preguntó Paula, dando unos pasos hacia adelante.

—Con cuidado —dijo Emily, nerviosa—, puede que sean peligrosos.

—No lo sabremos si no nos acercamos más —insistió mientras avanzaba poco a poco.

El capitán y el teniente se aproximaron despacio a los animales sin dejar de apuntarlos con sus fusiles de asalto. Garth podía ser una persona odiosa, pero desde luego era profesional y metódico en su trabajo.

Alguno de los animales comenzó a mover el hocico con curiosidad. Pronto, toda la manada estaba atenta a Paula, que se estaba acercando a ellos.

—Tranquilos —les dijo, sin saber bien si se lo decía a los animales o a ella misma.

De cerca eran más grandes de lo que parecían. No eran tan gruesos ni pesados como un rinoceronte, pero tenían una altura similar.

El resto del grupo siguió a Paula despacio para no asustar a la manada. Aun así, el animal más cercano a ella emitió un ligero gruñido y se alejó un poco al trote. Paula eligió al siguiente más próximo, que masticaba unos tiernos brotes de vegetación que asomaban entre unas rocas.

Paula siguió acercándose poco a poco y comenzó a extender el brazo derecho hacía su cuello. Solo la separaban unos centímetros del animal, que no parecía preocupado, ya que seguía comiendo con indiferencia.

—Buen chico —susurró Paula cuando lo tocó. El animal pareció agradecer las caricias.

—Muy bien, Paula —murmuró Gorka—. Eso es tenerlos bien puestos.

El resto del equipo no quiso acercarse demasiado para no asustar al animal, pero podían seguir las imágenes a través de la cámara del casco de Paula.

—No sé si será de utilidad, Chad, pero parece que tiene dos orificios nasales y diría que esto son orejas también.

De repente y sin venir a cuento, Paula se apartó y gritó, lo que asustó a su nuevo amigo, que se alejó de ella. El resto de su manada lo imitó al instante.

—Sí, diría que son orejas —dijo sonriente mientras se daba la vuelta.

—Luego ya te puedes lavar bien las manos —respondió divertida la soldado Ferrara.

Todos se relajaron, sobre todo el capitán Garth, que había estado

bastante tenso durante la escena. A continuación, instó a los presentes a acabar sus tareas.

—Aquí tienen el río, recojan sus muestras y vámonos. Estamos al descubierto —añadió, señalando al frondoso bosque del otro lado del río.

Taro se aproximó al agua y recogió unas cuantas muestras y alguna piedra de la misma orilla y lo guardó todo en la mula. Chad, por su parte, se centró en las plantas acuáticas que crecían cerca de la orilla. Ni siquiera con el traje se atrevieron a adentrarse en el río, que era bastante caudaloso y en esta zona bajaba con fuerza.

Estaban satisfechos con su primera incursión, así que decidieron acatar la sugerencia del capitán y regresar a la Ícaro por el mismo camino.

28
Resultados preliminares

5 de mayo del año 0

Localización 1. Kepler-442b

De regreso en la Ícaro, todos pasaron por la zona descontaminación antes de acceder a la zona habitable de la nave sin peligro de portar ningún patógeno peligroso. A fin de cuentas, acababan de tener el primer contacto con una especie animal alienígena. Acto seguido, Taro y Chad clasificaron y almacenaron con mimo las muestras recogidas para que fueran analizadas en el laboratorio.

—¡Estoy canino! —aseguró Gorka cuando ya pudieron quitarse los trajes y dejarlos en la terminal de carga—. Me comería uno de esos rinocerontes lanudos que hemos visto hace un rato.

—¡Secundo la moción! —aplaudió el joven soldado Parrish.

—Pues mucho me temo que tendremos lo mismo de todos los días —se quejó Paula.

—Verduras y proteínas artificiales —dijo la soldado Ferrara con un tono de hastío.

—Dejen de quejarse —les instó el teniente Beaufort—. Podría ser mucho peor. ¿Es que ya no se acuerdan de las papillas de avena con sabor a corcho?

—En quince minutos nos vemos en el comedor —los citó Emily ya despojada de su traje.

Todos asintieron y Emily salió de esa estancia para subir a la planta superior, donde se encontraban los camarotes. Se sentía algo cansada, y la escalera supuso un esfuerzo extra. Era la primera vez que sentían la gravedad del planeta sin tener el exotraje puesto, y ese treinta por ciento extra era bastante notable.

Tuvo que descansar unos instantes en su camarote antes de quitarse el mono. Habían decidido no utilizar las duchas, así que se limpió con toallitas higiénicas. Se cambió la ropa interior por otra nueva y se puso el uniforme habitual.

—Ada, ponme con el subdirector Green en privado —pidió cuando estuvo lista.

—Enseguida.

—Hola, Emily —oyó al subdirector—. ¿Qué tal os va por allí?

—Bien, bien. Supongo que habréis visto las imágenes.

—Claro, que emoción —exclamó—. Sois los primeros humanos que encontráis vida en otro planeta, ¡enhorabuena!

—La verdad es que ha sido muy emocionante —admitió Emily—. Pero yo quería hablarte de otra cosa.

—Claro, ¿va todo bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, sí, pero le he contado a todo el equipo lo del módulo de terraformación.

El subdirector guardó silencio y al cabo de un rato, respondió:

—Bien, está bien. No veo por qué no deberían saberlo. Supongo que cuanta más información tengan, mejores decisiones podrán tomar.

—Sí, esa era la idea.

—Aunque espero que, por lo menos de momento, sean capaces de no gritarlo a los cuatro vientos. Bastante tiene la tripulación con la ausencia de la Galileo.

—Confío plenamente en ellos. Les ha costado un poco encajarlo, pero lo han entendido a la perfección—le aseguró Emily—. Solo quería que lo supiera de mi boca, antes de que se entere por un tercero.

—Garth —adivinó el subdirector.

Emily guardó silencio, sin confirmar nada.

—No te preocupes por él. Por lo que a mí respecta, tú estás al mando de la misión. Él solo es el encargado de la seguridad del equipo —afirmó David—. Y si alguna de tus decisiones le importuna, se puede ir al infierno. Estoy convencido de que tendrás buen criterio. Así que tranquila, has hecho lo correcto.

—Gracias, David —dijo Emily—. Aprecio mucho tu opinión.

—Aquí estaré siempre que lo necesites. Y ahora vete a comer algo, supongo que estarás hambrienta y cansada.

—Por descontado —reconoció Emily—. Este extra de gravedad se hace pesado sin el exotraje.

—Bueno, ya verás como cuando volváis a la Lavadora os parecerá que flotáis —rio.

Se despidieron y Emily se dirigió al comedor. Llegaba tarde, para variar. Allí esperaban ya todos, excepto el copiloto Wilson y el capitán Garth. Había un buen ambiente, hasta con dos o tres conversaciones simultáneas. Paula, Gorka y Chad charlaban sobre los animales y sobre cómo Paula había conseguido acercarse a ellos. Taro, Robert y la piloto Balakova parecían estar centrados en la composición de la atmósfera y cómo se habían notado las diferentes capas cuando las

atravesó la nave esa misma mañana. El soldado Parrish, la soldado Ferrara y los sargentos Ortiz y Cameron charlaban sobre el rendimiento de los exotrajes en unas condiciones diferentes a las que habían sido probados hasta entonces.

Emily no pudo evitar esbozar una sonrisa al verlos a todos tan entusiasmados y centrados en la misión. Con este grupo de personas trabajando en equipo tenía muy claro que la humanidad tendría la supervivencia asegurada. Por primera vez en muchos años, volvió a sentir lo que era estar en familia.

—¡Emily Rhodes! —exclamó Paula cuando reparó en ella—. ¡La primera persona de la historia en pisar un planeta de otro sistema solar!

Todos dejaron de lado sus conversaciones, se volvieron hacía ella y comenzaron a aplaudir. Notó los ojos de los demás clavados en ella, haciéndola sentir orgullosa por lo que acababan de conseguir, pero también incómoda por llevarse un mérito que a buen seguro no tenía ninguna importancia, más allá de los hitos históricos. Ella solo había dado un simple paso.

—Parad, parad —les pidió, gesticulando con las manos—. Vais a hacer que me ponga roja como un tomate.

Paula acudió al rescate y la abrazó.

—Te lo mereces. Acabamos de hacer historia, y es todo gracias a ti —esgrimió la joven.

—Todos hemos trabajado duro para llegar hasta aquí —protestó Emily.

—¡Bueno! ¡Ya estamos todos! —dijo Gorka en alto—. ¿Podemos comer ya, por favor? Mi estomago va a empezar a auto digerirse.

La soldado Ferrara y el sargento Ortiz comenzaron a sacar unas bandejas precocinadas de uno de los frigoríficos de la pequeña estancia de la nave que hacía las veces de cocina y las metieron tal cual en los hornos que tenían al lado. Tras apenas treinta segundos después, la bandeja ultracongelada estaba lista para comer. El equipo de aprovisionamiento de la Asimov se había portado de maravilla y había preparado unas buenas raciones de comida para los expedicionarios.

Las bandejas calientes, los cubiertos y los vasos de agua fueron pasando de mano en mano hasta que todos tuvieron delante su ración de comida.

—Antes de que nadie tome su primer bocado en nuestro nuevo planeta —dijo Robert, levantándose de su asiento— me gustaría brindar por aquellos que no están aquí. Por los que no lo consiguieron. Por los que no sobrevivieron al viaje, por la tripulación de la Galileo,

pero, sobre todo, por todos los que dejamos atrás, en la Tierra.

Todos se levantaron de sus asientos y alzaron sus vasos.

—¡Salud! —gritaron con una única voz.

El menú del primer día consistía en una pequeña ensalada de brotes tiernos y algo de lechuga junto con unos tomates cherry y remolacha y zanahoria encurtidas. El plato fuerte eran unos bistecs artificiales con una guarnición de champiñones gratinados y puré de patatas. Era un festín del que dieron buena cuenta.

—Bueno, supongo que tendremos que volver al tajo —dijo Chad una vez que todos acabaron de tomar el café o el té, en el caso de Taro —. Las muestras y plantas del laboratorio no se van a analizar solas.

Recogieron la mesa y se prepararon para el trabajo. Emily chocó con Robert cuando ambos intentaban abrir la esclusa del depósito de desperdicios a la vez.

—Tú primera —dijo Robert sonriendo.

—Ha sido un brindis muy bonito —comentó Emily mientras limpiaba su bandeja.

—Gracias. —Robert parecía complacido—. Me ha parecido oportuno recordar a los que no están. Lo cierto es que es increíble lo que estamos viviendo hoy. Creo que no seremos conscientes de ello hasta pasado un tiempo.

—Sí, la verdad es que todavía no me hago a la idea.

—Eres consciente de que tu frase de esta mañana se estudiará en el futuro, ¿verdad? —añadió Robert con una sonrisa que hizo que Emily agachara la cabeza, ruborizada.

—Reconozco que no sé muy bien lo que he dicho, estaba un poco nerviosa y he cambiado de idea sobre la marcha.

—Ha sido muy apropiado, una frase a la altura del momento —le aseguró él.

—Gracias. —Emily le miró a los ojos.

—Perdonen, ¿me permiten…? —dijo el sargento Ortiz sosteniendo su bandeja.

—¡Oh! ¡Claro! —exclamó ella como si saliera de un trance. No se había dado cuenta de que estaban obstruyendo el paso a los demás.

Ambos se apartaron con una sonrisa nerviosa y dejaron que el sargento limpiara su bandeja. No sabía qué más añadir, así que decidió cortar por lo sano.

—Luego nos vemos, supongo.

—Claro —respondió Robert—. ¡Vuelta al trabajo!

Emily se dio media vuelta y salió del comedor para dirigirse a su

camarote, donde decidió estudiar las imágenes captadas y preparar la localización que visitarían al día siguiente. Así que, sin parar ni un solo segundo, bajó a la planta intermedia en busca de un lugar donde poder estar tranquila. Se detuvo un instante en el laboratorio, donde Taro y Chad ya habían empezado con los análisis de las muestras recogidas.

—¿Qué tal todo? —preguntó mientras accedía a la estancia—. Parece un buen laboratorio —añadió mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Sí que lo es —respondió Chad, entusiasmado—. No es como los que tenemos en la Asimov, pero podremos hacer muchas cosas aquí.

—Tenemos tanto que estudiar que no sabemos muy bien por dónde empezar, la verdad —añadió Taro, con el mismo entusiasmo.

Emily se dio cuenta de que estaban siendo educados, pero estaban ansiosos por empezar y su presencia allí se lo impedía. Parecían dos niños con juguetes nuevos, así que decidió dejarlos solos.

—Pero avisadme si encontráis algo interesante —pidió a modo de despedida.

Salió de la estancia y entró en una de las tres salas multiuso que había en la planta intermedia. Cuando cruzó la puerta sin previo aviso, sorprendió a Gorka y a Paula separándose deprisa y bajando los brazos. Emily se quedó petrificada, muerta de vergüenza por lo que creía que acababa de interrumpir.

—Vaya… yo… perdonad —balbuceó nerviosa mientras levantaba las manos en señal de disculpa—. Por favor, seguid trabaj… bueno, con lo que estabais…

Se dio la vuelta con rapidez, pero la puerta se había cerrado tras ella, de modo que se dio un sonoro golpe en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Paula corriendo a su lado.

—Ada, ¿puedes abrir la puerta? —pidió mientras se palpaba la frente con una mano y levantaba la otra con el pulgar extendido hacía arriba.

Salió roja como un tomate de la sala y se dirigió a otra. Aunque había sido una situación un tanto violenta, Emily se alegró mucho de lo que acababa de presenciar.

Entró en la sala de enfrente, esta vez con algo más de cautela. Estaba vacía. Se sentó en una de las mesas y comenzó a revisar las imágenes y los datos que los drones habían recogido hasta ese momento.

—Ada, hazme un resumen de lo que has recabado.

—Claro —respondió la inteligencia artificial—. De momento, ya

tenemos claro que la atmósfera tiene seis capas diferenciadas, aunque no hemos determinado su composición. Debemos tener en cuenta la temperatura de la superficie, la distancia con su estrella y la cantidad de energía que emana. Casi con total seguridad una de las capas estará formada por dióxido de carbono, metano u óxido nitroso. Todos esos compuestos provocan cierto efecto invernadero que permite que la temperatura sea mayor de lo que en un inicio se preveía.

—¿Puede afectar a la habitabilidad?

—Sí, pero en estas condiciones resulta beneficioso. Nos vendría bien incluso una capa más densa, para aumentar unos grados la temperatura.

—Entiendo —dijo Emily—. ¿Cómo podríamos conseguir esa capa sin disponer del módulo de terraformación?

—Dependerá del tipo de compuesto que forme la capa —dijo Ada —. Pero si fuera de dióxido de carbono, la solución podría ser la combustión de combustibles fósiles, como el carbón o el petróleo. En los siglos XX y XXI la humanidad fue capaz de hacerlo a una escala mundial, lo que provocó un aumento paulatino de las temperaturas. La actividad volcánica del planeta también puede ayudar a crear ese efecto.

—¿Cómo de activos son los volcanes?

—Ahora mismo hay tres volcanes activos. Uno en este mismo continente, al noroeste, a miles de kilómetros de aquí. El segundo está en la costa Oeste del otro de los grandes continentes, y el tercero se encuentra en el más pequeño y desértico de los tres.

—Bien, continúa con el resumen.

—Hasta que los doctores Williams y Murakami realicen los análisis pertinentes al agua, la tierra y los especímenes recolectados no podremos sacar muchas más conclusiones, aparte de que el aire es casi respirable. Sin embargo, las altas concentraciones de elementos nocivos y tóxicos hacen que por el momento no sea factible sobrevivir sin respiración asistida.

—¿Cuánto tiempo sería posible sobrevivir sin asistencia? —preguntó Emily.

—Depende mucho de la genética de cada individuo —respondió—. Podrían ser desde unas horas, sobre todo si se realizan esfuerzos físicos, hasta semanas o meses si el individuo tiene unas condiciones superiores a la media. Si lo quieres enfocar pensando en las posibilidades de supervivencia de la colonia, disponemos de medicación para evitar muchos de los síntomas, pero no en cantidades ilimitadas. Recomendaría encontrar primero los componentes necesarios para poder fabricar más en los laboratorios.

—Al menos, si seguimos un plan tendremos alguna posibilidad.

—Desde luego, no es la situación perfecta, pero he de reconocer que podría haber sido mucho peor. Las condiciones del planeta han superado con creces mis expectativas más optimistas.

—Vaya, ¿y eso por qué? —preguntó Emily.

—La humanidad había encontrado en los últimos siglos miles de planetas candidatos a albergar la vida humana, pero debido a la distancia se basaban en suposiciones poco fundamentadas y márgenes muy laxos. El hecho de haber conseguido llegar a la primera a un planeta tan parecido a la Tierra era bastante improbable.

—Podías haberlo dicho antes de salir —se quejó Emily.

—Las probabilidades de escoger uno habitable eran más o menos las mismas se eligiera el que se eligiera, así que asumí que el riesgo era muy similar en cualquier caso —dijo Ada— De todas maneras, y visto lo visto, me alegro de que nadie me cuestionara este tema.

—Y además, la Galileo ya había partido, así que supongo que hubiéramos acabado aquí de todas formas.

—Es más que probable.

—Bien, ¿qué más sabemos?

—La radiación ultravioleta es demasiado alta —continuó Ada—, lo que es un problema casi tan grande, si no mayor, que el del aire irrespirable.

—Explícate.

—La radiación ultravioleta, en niveles tan elevados como los de este planeta, pueden provocar quemaduras severas en la piel humana. Además, si no se toman suficientes precauciones afecta a la visión, pudiendo provocar cataratas o incluso ceguera.

—¿Cómo podemos evitarlo?

—En la Tierra había una capa de ozono en la atmósfera —respondió—. Si la hay aquí debe de ser muy débil. Pero a juzgar por la diferencia de radiación detectada entre la superficie del planeta y donde se encuentra la Asimov ahora, casi te diría que es inexistente. Crear una capa de ozono será mucho más complejo, no hay nada que podamos hacer, aparte de construir un generador de ozono que pueda ayudarnos a crear esa capa.

—Entiendo. Parece un problema si queremos quitarnos los exotrajes algún día.

—Sí, de momento representa el mayor de los problemas.

—Muy bien, háblame de la localización en la que estamos.

—Según lo que han recabado y siguen recogiendo los drones,

hemos podido mapear una superficie de unos novecientos kilómetros cuadrados. —Ada presentó imágenes y un mapeado virtual de la zona —. De momento, al menos durante estas misiones iniciales, no he considerado aumentar el radio de acción, prefiero que se mantengan cerca de la nave para evitar una posible amenaza.

»La superficie recorrida no es muy diferente a lo que has visto. Abundante vegetación, con diferentes variedades y especies de árboles. Por norma general, todo es más grande aquí, pero teniendo en cuenta el factor extra de gravedad, es posible que tenga sentido. Por lo demás, hemos encontrado el río en el que habéis estado y unos cuantos afluentes y arroyos menores. El mar está a unos veinte kilómetros al oeste de aquí. No hay playas de arena fina como en la Tierra, aunque eso supongo que lo veréis en primera persona mañana, cuando viajemos a la otra costa del continente.

»Al este hemos encontrado algunas zonas más elevadas, aunque no demasiado. Aquí estamos a unos ciento veinticinco metros por encima del nivel del mar. Estimo que los sistemas montañosos que hemos localizado llegarán más o menos a los mil metros de altura.

»Por lo demás, nada reseñable. Aparte de la manada con la que habéis estado, hemos observado algún otro grupo reducido de animales más pequeños. No he querido interrumpir vuestra comida, ya que estaban a demasiada distancia como para acudir. Además, los he perdido de vista poco después.

—Al menos parece que hay vida en el planeta. ¿Algo reseñable?

—Quizá haya echado en falta la presencia de animales voladores —comentó Ada—. Pero entiendo que no todos los planetas pueden evolucionar de la misma manera.

—Ojalá fuera ese el mayor problema, para eso sí que tenemos solución —suspiró Emily—. Bien, mantén los drones orbitando esta zona. Cuando estén a punto de quedarse sin batería, hazlos regresar para que Gorka ponga a punto los otros dos.

—De acuerdo.

—¿Qué me puedes decir de la localización de maña…? —Emily estaba a punto de acabar la pregunta cuando Taro entró en la sala muy excitado.

—¡Emily! —dijo—. Tienes que ver esto.

Se levantó de la silla y siguió a Taro hasta el pequeño laboratorio de la Ícaro. Allí aguardaba Chad sentado, pensativo.

—¿Qué ocurre? Me estáis asustando.

—Esta mañana he tomado varias muestras del aire —comenzó Taro —. La primera nada más aterrizar y la segunda en el río. Aunque no

hubiera mucha distancia, la mayor presencia de vegetación lo hacía interesante para comprobar las diferencias.

—Vale, sí, te he visto hacerlo. ¿Qué ocurre?

—Bien, he sacado los filtros de partículas del medidor y he comenzado a analizar lo que han capturado. Hay una alta concentración de dióxido de carbono, algo de metano y alguna otra porquería más que no viene a cuento. He introducido el filtro en el microscopio atómico y he visto que hay algo más. Mucho más, de hecho.

Taro manipuló el equipo para que proyectara la imagen del microscopio en el terminal del laboratorio. En la pantalla apareció una especie de red de puntos difuminados unidos con unas líneas imperfectas, formando algo similar a un panal de escaques hexagonales, pentagonales, triangulares y de múltiples formas y capas, en apariencia caótico y sin seguir ningún patrón concreto.

—¿Se supone que debo entender lo que estoy viendo? —preguntó Emily.

—Es una única molécula —explicó Taro, que sin duda esperaba otra reacción.

—Mi fuerte no era la química molecular, cuéntame qué tiene de especial como si fuera un niño de nueve años —pidió.

—Una molécula sin información genética, suspendida en el aire, que está formada por millones, decenas de millones de átomos, tal vez más. Es algo impensable. Para que te hagas una idea, la molécula más grande conocida por el hombre es la *titina*, una proteína que dota de elasticidad a nuestros músculos. Pero esa proteína la construye nuestro propio cuerpo, no flota en el aire como un globo.

—¿Y eso significa que…?

—Está molécula no es natural. Es artificial —reveló Taro.

Los ojos de Emily ahora sí que se abrieron como dos platos.

—Y no solo eso —añadió Taro—, es tan compleja que, sea quien sea quien la haya creado, su nivel tecnológico es infinitamente más avanzado que el nuestro.

—Creo que voy a vomitar… —dijo Chad, que estaba recostado en su silla masajeándose las sienes.

—¿No puede tratarse de algún problema con el equipo? —preguntó Emily, haciendo caso omiso de los problemas estomacales de Chad.

—No —negó Taro con seguridad—. Hemos revisado todos los filtros, limpiado el microscopio, y hay moléculas como esta por todas partes, incluso en el agua del río.

—¿Y estáis seguros de que no es natural? —insistió.

—La probabilidad de que sea natural es la misma de que una nave como esta crezca en un árbol.

—Dios mío —susurró Emily mientras tomaba asiento, impresionada—. Esto puede cambiarlo todo.

—Eso me temo —afirmó Taro—. No estamos solos.

29
La guardia

5 de mayo del año 0

Localización 1. Kepler-442b

La noticia sobre la molécula alienígena corrió como la pólvora por la nave. La cena fue un constante goteo de preguntas hacia Taro y Chad, que respondieron a todas casi sin poder probar bocado.

—¿Para qué sirve esa molécula? —preguntó Paula.

—Nos costará descubrirlo, ya que es muy compleja —reconoció Taro—, pero con la ayuda de Ada quizá podamos tener una respuesta en unas cuantas semanas.

—Si ha sido una especie mucho más avanzada que nosotros, ¿por qué no hemos visto otros rastros suyos? —intervino el soldado Parrish —. En el planeta no parece que haya vida inteligente.

Emily se había hecho esa pregunta varias veces desde el descubrimiento de Taro. ¿Dónde estaban? ¿Por qué habían creado esa molécula? ¿Tenía todo esto algo que ver con la desaparición de la Galileo?

—Me temo que no lo sabemos, al menos no todavía —respondió Taro— Puede que estén escondidos, o que no vivan en este planeta, o puede que ya no existan y la molécula haya prevalecido aquí.

—Si resulta que es peligrosa, ¿cómo vamos a vivir aquí? —quiso saber el sargento Ortiz.

—No disponemos del módulo de terraformación, de modo que íbamos a tener que vivir en barracones asistidos durante algún tiempo de todas formas —dijo—. La parte positiva de la molécula es que es tan inmensamente grande que hasta un filtro de mala calidad sería capaz de filtrarla. Así que imagino que este descubrimiento no va a alterar en absoluto nuestros planes.

El capitán Garth, que estaba en una de las esquinas del comedor, cenó sin decir una palabra. Cuando terminó, se levantó de su silla y se dirigió al resto con voz sombría, cansado de la conversación monotemática:

—Sin ánimo de fastidiar su pequeña conferencia científica —dijo —, la noche va a caer en breve y les recuerdo que será más larga de lo normal, así que debemos estar preparados para cualquier cosa. Haremos turnos de guardia por parejas. Sargento Ortiz, usted y el

ingeniero Martínez harán la primera guardia de cinco horas —dijo mirando a Gorka—. Soldado Ferrara, usted y el doctor Williams harán la segunda. Por último, el teniente Beaufort y la doctora Rhodes harán la última de las guardias de la noche.

A Emily le dio un vuelco el corazón al oír al capitán.

—Les aconsejo que aprovechen para descansar bien cuando puedan. Esta maldita gravedad puede pasarles factura mañana. Buenas noches.

Acto seguido salió por la puerta dejando al resto en el comedor. A todos les pareció lógico realizar guardias. De hecho, él mismo había hecho la primera durante la comida, junto con el copiloto Wilson. La ausencia total de luz por las noches y la duración de estas podría suponer exponerse a numerosos peligros. A pesar de que la nave estaba provista de diferentes sensores y disponían de drones, convenía ser todo lo precavidos posible.

—Prepararé los drones para que nos hagan compañía en el turno de noche —dijo Gorka, levantándose también de la mesa.

—Te acompaño —se ofreció Paula.

Emily sonrió con discreción. Luego también se levantó y se dirigió a la sala de comunicaciones de la nave. La noche estaba al caer, y eso significaba perder la conexión con la Asimov.

—¿Qué tal va todo por allí, Emily? —saludó el subdirector desde su oficina de la estación.

Emily le contó el descubrimiento de la tarde y observó las reacciones de asombro y preocupación del subdirector.

—¿Crees que los creadores de la molécula pueden estar relacionados con la ausencia de la Galileo?

—No lo sé, de momento no hemos encontrado ninguna otra pista que invite a pensarlo —reflexionó Emily—. Pero conviene que todos seamos muy cautelosos estos días, por lo que pueda pasar.

—Sí, debemos tener mucho cuidado, no sabemos quién puede estar al acecho. Extremad la precaución.

—Vamos a tener dos drones en todo momento vigilando la zona —explicó—. Y nosotros mismos haremos guardias.

—Bien. Mañana volveremos a contactar, mantenme informado de cualquier nuevo descubrimiento.

—Sí, subdirector.

—Intenta descansar, ha sido un día largo y emocionante.

Emily acabó la conversación y se dirigió a su camarote. Saludó al sargento Ortiz, que salía en ese instante del suyo, y entró dispuesta a descansar hasta que la llamaran para su guardia.

Se tumbó en la cama y apagó las luces. Sin embargo, no le fue fácil conciliar el sueño. El descubrimiento de esa molécula la había dejado muy intranquila y estuvo dando vueltas en la cama pensando en las diferentes posibilidades que se les presentaban. ¿Tendría esa especie algo que ver con la desaparición de su padre y la Galileo al completo? ¿Para qué servía y por qué estaba tan presente en el planeta? No se le ocurrió ninguna respuesta.

Tras dos horas dando vueltas en la cama, el cansancio y el sueño hicieron mella en ella y poco a poco le fueron ganando la batalla.

—Emily. Es la hora.

Se despertó de sopetón, sobresaltada, en medio de una fase de sueño profundo. La voz de Ada la sacó de su trance. Miró su muñeca. Las siete de la mañana. Todavía no estaban utilizando el formato horario del planeta y eso resultaba confuso ya que, a pesar de ser pronto por la mañana, allí continuaba siendo de noche. Tendrían que acostumbrarse a los días de veintinueve horas, o hacer que los segundos fueran un poco más largos.

Se levantó de la cama como un zombi. La sesión de preguntas sin respuesta de anoche no la había permitido descansar bien y ahora Ada la sacaba de lo mejor del sueño. Pero no quedaba otra, el deber llamaba y Robert la esperaba para hacer la guardia. Se puso el uniforme y salió con paso lento y pesado del camarote en dirección al comedor. Necesitaba una buena ración de cafeína si quería aguantar las cinco horas que le correspondían.

Allí encontró a Chad, con cara amodorrada.

—Buenos días, Emily —saludó con voz cansada tras acabar de beberse un vaso de agua—. Supongo que ya puedo volver al camarote. El teniente Beaufort está con la soldado Ferrara en la sala de sensores.

—Bien, gracias. Ve a descansar —dijo Emily bostezando, somnolienta.

Chad salió del comedor en busca de su recompensa en forma de mullida almohada. Mientras, Emily cogió la jarra de café templado que había en la pequeña encimera y se sirvió una cantidad generosa en un vaso. Le dio un buen trago. No era el mejor café del mundo, pero la mantendría despierta, así que volvió a llenar el vaso.

Se dirigió a la sala de sensores donde, tal y como le había dicho Chad, encontró a la soldado Ferrara y a Robert charlando sobre el funcionamiento de los sensores y las cámaras de la nave.

—Buenos días, doctora Rhodes —la saludó Robert, que sonrió al ver la cara de dormida de su compañera de guardia.

—Buenos días —respondió—. ¿Qué tal ha ido la guardia?

—Bien, sin novedad —informó la soldado Ferrara—. Fuera sigue más oscuro que las axilas de un grillo. Aparte de oscuridad absoluta, no hemos visto ni oído nada.

—Vaya a dormir, soldado —dijo el teniente—. Ahora nos toca a la doctora y a mí vigilar el campamento.

—Que pasen una guardia tranquila —se despidió Ferrara.

—Bueno, ¿y qué se supone que debemos mirar? —preguntó Emily, que ocupó la silla que se había quedado vacía.

—Básicamente se trata de vigilar que nada extraño se acerque a la nave y controlar los sensores. Nada emocionante, me temo —explicó Robert—. Y con esa cara de dormida que trae, quizá no sea lo más adecuado para mantenerla despierta.

—Estoy bien, en cuanto me acabe esto volveré a ser persona. —Levantó el vaso de café—. Por favor, tutéame ahora que estamos a solas —pidió con un pequeño vacío en el estómago—. Se me hace extraño hablar de usted a alguien de mi edad.

—De acuerdo, Emily —aceptó con una sonrisa—. Además, lo mejor será que hablemos para evitar quedarnos dormidos. Cuéntame algo sobre ti.

Emily lo miró con curiosidad.

—No sé, ¿qué quieres saber?

—Lo cierto es que sé muy poco sobre cualquiera de vosotros. Aparte de que eres la hija del director Rhodes y que vivías en Orlando, no se mucho más. ¿Dejaste más familia en la Tierra?

—A la familia de mi tío. Y creo que tengo una tía por alguna parte.

—¿Crees?

—Sí, es un caso un poco extraño. Solo la he visto una vez en toda mi vida, cuando era pequeña. Solo sé que me regaló un colgante que aún conservo y no volví a saber nada más de ella. La familia de mi madre era originaria de Países Bajos, supongo que volvería a su casa.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años —dijo Emily mientras se llevaba la mano al colgante que su padre le entregó antes de marcharse—. Y mi abuela, que fue como una madre para mí, murió dos meses antes de empezar el viaje.

—Vaya, lo siento mucho —murmuró Robert—. No lo sabía.

—Tranquilo, supongo que así es la vida. ¿Y qué hay de ti?

—Yo dejé a mis padres y a mis dos hermanos pequeños en la Tierra —le contó. Había melancolía en sus palabras.

—Tuvo que ser difícil. ¿Estabas muy unido a ellos?

—Mucho, siempre hemos estado muy unidos. Yo nunca tuve muchos amigos cuando era pequeño, ¿sabes? En mi barrio no estaba muy bien visto tener un buen expediente académico, así que mi madre pasaba mucho tiempo conmigo y con mis hermanos.

—Seguro que era una gran mujer. ¿A qué se dedicaba?

—Daba clases de yoga en un centro social a tiempo parcial. Entre mi padre y ella sacaban lo justo para darnos a mis hermanos y a mí las oportunidades que ellos no tuvieron.

—¿Yoga? Qué interesante. Supongo que algo habrás aprendido.

—Sí —sonrió—. Es una actividad muy útil para mejorar la concentración y la coordinación entre cuerpo y mente. Tanto mis hermanos como yo practicamos desde pequeños —dijo mientras cerraba los ojos e inspiraba profundamente.

—Te habrá costado mucho separarte de ellos —siguió Emily.

—Así es, pero fueron ellos mismos quienes me animaron a alistarme en el programa. Solo querían lo mejor para mí, supongo. Espero que lo consiguieran, no pasa un solo día en que no piense en ellos.

—Estoy segura de que lo consiguieron —afirmó Emily.

—Eso espero. Tantas vidas, tantas esperanzas y sueños… —suspiró Robert.

—Ahora deberíamos concentrarnos en conseguir nuestros sueños —lo animó Emily—. ¿Qué harás cuando este planeta sea habitable?

—Me gustaría formar una familia —afirmó Robert, mirándola directamente a los ojos—. Puede parecerte cursi, pero me encantaría tener una granja. Mis abuelos vivían en un pueblecito pequeño a unos ochenta kilómetros de Marsella. No tenían mucho, pero fueron muy felices con una pequeña huerta y unas pocas gallinas. Supongo que añoro esos momentos, cuando era solo un niño y pasaba los veranos en su casa.

—Suena muy bien, la verdad.

—Sí, creo que es un buen plan de jubilación —añadió sonriente—. ¿Y qué busca la doctora Rhodes aquí? ¿Cuáles son sus sueños?

—La verdad es que no lo he pensado mucho —admitió—. Desde que mi padre se marchó mi único objetivo ha sido reunirme con él. Es casi lo único que tengo. Pero ahora que… —hizo una breve pausa para escoger bien las palabras—, digamos que la situación ha cambiado, la verdad es que no sé muy bien qué esperar de la vida. Aunque lo de la granja me ha sonado muy bien…

Ambos se miraron fijamente. Emily pudo sentir que algo estaba

empezando a ocurrir entre los dos. Notó cómo su pulso se aceleraba y un cosquilleo surgía de lo más profundo de su estómago. Aun así, ninguno se atrevió a dar el paso. Por fin, una alarma en la pantalla rompió la magia del momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Robert, señalando uno de los drones en la pantalla del radar.

—Parece que se está quedando sin batería —respondió Emily, acercándose a mirar.

Uno de los dos drones de Gorka estaba gastando más batería de lo normal. Mientras uno marcaba casi un cincuenta por ciento de energía, el otro acababa de llegar al diez.

—Ada, que aterrice delante del portón de la nave —ordenó Emily —. Mañana le pediré a Gorka que lo revise. Quizá esté defectuoso o haya acusado más el paso del tiempo.

—De acuerdo —contestó Ada.

Un pequeño silencio incómodo se hizo entre ambos.

—¿Te preocupa lo de la molécula? —preguntó Robert cambiando de tema.

—Reconozco que he estado intranquila las últimas horas. Y sigo preocupada por lo que haya podido pasarle a la Galileo.

—Estará siendo muy difícil para ti toda esta situación.

—Tengo mis momentos —confesó—. Pero no puedo dejar que esos pensamientos me invadan. Sé que a mi padre no le gustaría que me deprimiera, que me abandonara en una esquina compadeciéndome de mi misma.

—Desde luego, es la actitud correcta. Pero si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes —se ofreció Robert.

—Gracias. Supongo que solo necesito algo de tiempo para asumir la situación. Aunque creo que jamás perderé la esperanza de encontrarlo.

—Imagino que también estará siendo duro para el subdirector —comentó Robert—. Creo que estaban muy unidos, ¿no?

—Sí, sí que lo estaban —confirmó Emily—. Eran casi inseparables. Vino muchas veces a mi casa cuando empezaron con el proyecto, para mí ha sido como de la familia. Ayudó muchísimo a mi padre cuando murió mi madre. Y también ha cuidado de mí y de mi abuela cuando mi padre se marchó. Ha sido como mi segundo padre.

—Es evidente que tenéis mucha complicidad —reconoció Robert.

Siguieron charlando de todo un poco durante el resto de la guardia. El tiempo se les pasó volando. En un momento dado, Robert miró su muñeca y comenzó a revisar las pantallas y algunos medidores.

Parecía estar buscando algo. De repente, emitió un sonido de asentimiento.

—Sígueme —le pidió mientras se levantaba de su asiento.

Emily obedeció sin saber muy bien a dónde se dirigían. Bajaron a la planta inferior y entraron en la estancia de los exotrajes.

—Ponte tu traje —dijo él.

—¿Vamos a salir? ¿Y el mono?

—No nos hará falta, vamos a estar solo un rato.

Ambos se colocaron los trajes, pasaron por las esclusas de descontaminación y accionaron el mecanismo de apertura de la bodega. Aunque no había luz fuera, la iluminación del interior les permitía ver lo que había en el exterior. Además, el propio traje activó la cámara infrarroja cuando abandonaron la nave, permitiéndoles ver las imágenes en el visor del casco. En el radar también podían ver el único de los drones que quedaba en vuelo. El otro ya se encontraba a la izquierda de la rampa de acceso a la Ícaro.

—¿Para qué hemos salido? —preguntó Emily con curiosidad.

Robert señaló hacía el oeste y se sentó en el césped.

—Te recomiendo que desactives los infrarrojos —respondió.

Lo hizo y miró en la dirección en la que señalaba Robert. Acto seguido dejó escapar una exclamación.

A pesar de que seguían en la más absoluta oscuridad, los primeros rayos de luz, de un bellísimo e intenso color morado, comenzaban a reflejarse en la atmósfera. Poco a poco fueron intensificándose, y entre las diferentes tonalidades de violeta y morado aparecieron algunas franjas de color verde que poco a poco se tornaron en azul. Esos colores más fríos le daban un aspecto irreal que nada tenía que ver con un amanecer en la Tierra.

Emily se sentó al lado de Robert a contemplar el increíble espectáculo que suponía ver aquel primer amanecer. Casi de manera inconsciente, se agarró del brazo y apoyó la cabeza en el hombro del militar. Ninguno quiso estropear ese momento con palabras vacías, pero ambos maldijeron tener que contemplar semejante espectáculo a través de un traje metálico.

Según iban pasando los minutos, la luminosidad le iba ganando la batalla a la oscuridad, y las tonalidades más frías fueron tornándose en otras más cálidas, impregnando el cielo de un rosa pálido que acabó por convertirse en el anaranjado que se habían encontrado el día anterior.

A Emily le habría encantado quedarse allí más tiempo, pero supuso que alguien podría levantarse en breve y tenían mucho trabajo que

hacer antes de moverse a la siguiente localización del planeta, así que recogieron el dron sin batería y volvieron al interior de la nave.

30
El artefacto

6 de mayo del año 0

Localización 1. Kepler-442b

El capitán Garth les esperaba en el interior de la sala de sensores.

—¡Buenos días, capitán! —El teniente Beaufort se cuadró ante su mando, un tanto sorprendido por la presencia del capitán.

—Descanse, teniente —dijo el capitán con su habitual cara de pocos amigos—. ¿Por qué llego a la sala de vigilancia y me encuentro con que han salido al exterior?

—Uno de los drones ha tenido un problema con la batería, señor —respondió el teniente—. Y hemos considerado inteligente que Ada aterrizara el dron para su posterior arreglo.

El capitán escudriñó el rostro de ambos intentando encontrar algún tipo de gesto que les delatara. Emily temía que los hubiera visto sentados en la hierba mirando el amanecer, pero nada de lo que había dicho Robert era mentira. De hecho, habían revisado el dron con las primeras luces del día en busca de alguna conexión fallida. Al cabo de unos instantes, el capitán continuó:

—Muy bien, hágame un resumen de lo que ha ocurrido esta noche, teniente.

—Nada reseñable, señor. Los drones no han detectado nada durante sus vuelos. El único incidente destacable ha sido el problema con la batería —repitió—. Mientras uno se quedaba sin ella, el otro todavía conservaba el cincuenta por ciento.

—¿Alguna explicación? —preguntó mirando a Emily.

—No, capitán. Será solo una degradación de la batería —respondió ella—. Le pediré al doctor Martínez que lo revise en cuanto pueda.

—Muy bien, les tomaré el relevo. Vayan a desayunar algo y a asearse si lo desean —dijo—. Partiremos en una hora a la segunda localización.

El teniente Beaufort saludó a su superior y ambos salieron de la sala en dirección al comedor.

—¿Crees que nos habrá visto? —preguntó Emily cuando ya parecía no haber oídos indiscretos.

—Es posible —dijo Robert—. Pero da igual, ha merecido la pena.

—Eso por descontado.

En el comedor ya estaban el sargento Ortiz, Gorka y Taro con sus respectivos cafés y su, como a Taro le gustaba denominarlo, «té hecho con agua de fregona». El sargento Ortiz había resultado ser de lo más jovial. A pesar de ser el último en unirse a la expedición, parecía haber congeniado muy bien con Gorka, ya que ambos hablaban español.

—Buenos días —saludaron los tres. El sargento Ortiz, además, se cuadró ante su superior.

—Buenos días, ¿han descansado bien? —preguntó el teniente.

—Muy bien —dijo Taro—. Creo que me voy a acostumbrar muy rápido a estas noches tan largas, sobre todo si eso significa que podré dormir más tiempo.

—¿No notáis el cansancio extra por la gravedad? —preguntó Emily.

—Sí, pero de momento es soportable —reconoció Gorka—. Además, se supone que por eso solo vamos a estar tres días fuera de la Asimov ¿no?

—Entre otras cosas, sí —dijo Emily mientras se servía su segunda ración de cafeína del día, esta vez bien calentito.

—¿Algo reseñable en la guardia, teniente? —preguntó el sargento.

—No —respondió Robert—, salvo un dron que se ha estropeado.

—Cierto —dijo Emily—. Gorka, si puedes, échale un vistazo cuando lleguemos a la segunda localización. Aparentemente está bien, pero la batería ha llegado al diez por ciento mucho antes que la del otro.

—Sin problema. Si el viaje a la segunda localización me lo permite, lo haré.

Poco a poco fueron apareciendo los demás: la teniente Balakova, que había estado revisando la nave; Paula y la sargento Cameron. Todos salvo Chad y la soldado Ferrara, que al haber hecho el turno intermedio de guardia, era previsible que necesitaran algo más de descanso.

Después del café y algo de comer, Emily se aseó y se puso el mono del exotraje. Como todavía tenían un rato, aprovechó para hablar con el subdirector Green. La conversación fue corta, ya que no había mucho que contar, salvo que la noche había transcurrido sin incidencias. Además, la piloto Balakova ya había contactado con la Asimov en cuanto la comunicación fue de nuevo posible.

En poco tiempo estaban todos preparados para viajar hasta la siguiente localización del planeta, en la costa este del mismo

continente en el que se encontraban. En esta ocasión, Ada había encontrado una pequeña extensión de terreno muy cercana al mar que resultaba muy interesante y les iba a permitir conocer de primera mano uno de los océanos.

Cada uno ocupó su posición en la cabina de la nave, ataviados con los trajes y fijados a los asientos.

—Muy bien, encendamos motores —anunció la piloto Balakova.

El copiloto Wilson realizó unos ajustes en la consola de la nave y los motores se pusieron en marcha con su característico sonido electromagnético. Emily pudo comprobar que el sensor del motor que ayer no funcionaba bien hoy tenía un mucho más tranquilizador color verde. A buen seguro, la piloto y el copiloto estuvieron revisándolo el día anterior.

La nave comenzó a tomar altura y en las imágenes proyectadas en el suelo pudieron ver de nuevo el río que habían visitado el día anterior, aunque esta vez no había ni rastro de la manada de animales que encontraron.

—Hoy no atravesaremos la atmósfera —anunció la piloto—. Volaremos a unos catorce mil metros de altura, como en un vuelo comercial normal. El exotraje es tan solo por si la cabina se despresuriza, no sabemos cómo de movidito será el viaje.

—¿Cuánto estiman que va a durar? —preguntó el capitán Garth.

—Unas tres horas, capitán —dijo—. Hay unos quince mil kilómetros entre las dos costas.

—Eso es mucha distancia —añadió Chad dando un silbido.

—Y, aun así, ni siquiera es la zona más ancha del continente. En el norte, la distancia entre ambas costas es incluso mayor —dijo el copiloto.

Una vez cogieron suficiente altura, pudieron contemplar numerosos núcleos nubosos en la distancia, algunos de aspecto bastante amenazador, aunque estaban a mucha distancia como para afectar al vuelo.

—Pueden levantarse si quieren, les avisaremos cuando lleguemos o si atravesamos alguna zona de turbulencias —dijo el copiloto Wilson.

Gorka aprovechó para revisar el dron que se había estropeado. Otros decidieron levantarse para estirar las piernas un poco. Emily, en cambio, permaneció sentada durante el vuelo, repasando diferentes informes sobre las tres localizaciones y del planeta en general. Si no fuera por la novedad y la emoción de estar haciendo algo que nadie hasta la fecha había hecho, habría resultado hasta bastante aburrido.

Pasadas un par de horas, en las que Emily tuvo que luchar consigo

misma para no quedarse dormida bajo el sopor que le provocaba el ronroneo de los motores de la Ícaro, la piloto avisó al resto de que se disponían a comenzar la maniobra de descenso.

Al volver a la cabina, Gorka se acercó donde Emily.

—La batería está frita —dijo—. Tendremos que cambiársela cuando volvamos a la Asimov. Aquí no puedo hacer mucho más. De momento es mejor no utilizarlo.

—Tenemos otros tres, los podemos escalonar para que siempre haya dos en el aire —propuso Emily.

—Eso es.

En principio, todo parecía en calma en el planeta, no habían tenido que cruzar ningún sistema tormentoso ni habían observado nada fuera de lo común al atravesar el continente. Habían visto en la distancia algunas zonas con menor densidad de vegetación, pero podría deberse al clima o a la propia orografía, ya que habían descubierto lugares en los que no se veían grupos montañosos o ríos. Taro tomó buena nota de todo lo que veían, pero le parecía de lo más normal.

Ya podían ver el mar en la distancia cuando comenzaron a descender. Tenía una tonalidad verdosa. El agua parecía mucho más cristalina y clara que la del océano de la otra costa. Pero desde esa distancia, y con la luz que imprimía la estrella, era muy difícil definir un color comparable con alguna de la Tierra.

Además, parecía que el tiempo era un poco diferente a este lado del continente, mucho más nublado. La luz solar apenas atravesaba las abundantes nubes. La temperatura era de unos once grados centígrados. No demasiado fría, pero desde luego mucho más que la del ecuador de la Tierra en esta época del año.

—Ada, busca un lugar seguro para posar la nave —pidió el copiloto Wilson.

—Enseguida.

Ada mostró en la pantalla de los pilotos una ruta que los llevaba a una zona accesible relativamente cerca del mar, a tan solo medio kilómetro de un pequeño acantilado con lo que parecía un acceso que descendía hasta la orilla. Emily pudo observar que la costa estaba formada por acantilados y zonas boscosas muy cercanas al mar. No había rastro de ninguna playa en toda la línea de costa.

—Un momento —dijo Ada mientras la piloto Balakova comenzaba con la maniobra— Allí hay algo extraño.

—¿Dónde? —preguntó la piloto.

Ada marcó en el radar una sombra alargada que destacaba entre la vegetación del lugar. Todos se apresuraron a mirar por las ventanas

panorámicas de la Ícaro para ver qué era lo que Ada había detectado.

—Yo no veo nada —dijo Gorka, que estaba a ese lado de la nave.

—¡Allí! —gritó la piloto—. Es alargado, mucho más alto que los árboles. ¿Lo ven?

Emily tuvo que esforzarse al máximo para poder verlo. Se trataba de una forma recta que apuntaba hacia el cielo, como una gigantesca lanza clavada en el suelo. Tendría, por comparación con los árboles, que ya de por si eran muy grandes, unos ciento veinte o ciento treinta metros de altura y no era fácil verlo desde allí, entre las copas de los árboles, si no lo estabas buscando. Era de un color oscuro que se mimetizaba con la vegetación.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el capitán Garth.

—No lo sé, pero no parece natural —respondió Taro.

—Deberíamos bajar a echar un vistazo —propuso Emily.

—Teniente Balakova, busque un lugar cercano, pero no demasiado, donde aterrizar —ordenó el capitán Garth.

Ada actualizó casi de inmediato el plan de aterrizaje en la terminal de pilotaje.

—Sí, capitán —respondió—, aunque me temo que aquí no tenemos tanto espacio como en el otro punto.

Los pilotos comenzaron la maniobra y descendieron a unos cuatrocientos metros de la estructura, que a medida que se acercaban y llegaban al nivel de la superficie, destacaba cada vez más. Desde luego, no había dudas de que era artificial.

—Es una especie de obelisco —murmuró la soldado Ferrara.

—Sí, recuerda mucho a los del antiguo Egipto —añadió Chad.

En cuanto tomaron tierra, el capitán Garth comenzó a lanzar órdenes a diestro y siniestro.

—¡Quiero a todo el mundo perfectamente armado y preparado para cualquier eventualidad! —gritó—. ¡Teniente! ¡Formen una línea de protección frente a la rampa de la nave!

Los militares salieron a toda prisa de la cabina mientras el capitán Garth se giraba hacia Emily:

—Doctora Rhodes, prepárense para salir, pero permanezcan en la nave hasta que yo les indique que es seguro.

Emily, al ver lo alterados que estaban todos, prefirió acatar sin rechistar las órdenes del capitán.

—Entendido.

Tanto piloto como copiloto permanecieron en la cabina, pero Emily y los demás se dirigieron hacia la bodega cuando los militares la

abandonaron.

—Ada, conecta la imagen y el audio del casco del teniente Beaufort en nuestros trajes —pidió Emily. Quería ver lo que ocurría en todo momento.

Empezó a ser consciente de la gravedad del asunto al ver cómo los cinco militares se colocaban en formación y comenzaban a avanzar en fila india entre la abundante vegetación del lugar. Al llegar al primero de los árboles, se detuvieron y cada uno puso su mano en el hombro del compañero que le precedía. Comenzó a pensar que igual no había sido tan buena idea investigar la zona sin una exploración previa con drones. Sus piernas empezaron a moverse en el rítmico vaivén que siempre afloraba cuando estaba muy nerviosa.

Los militares, totalmente coordinados y sigilosos, continuaron avanzando entre la maleza, siempre atentos a los flancos y parando de vez en cuando para evaluar el terreno. De repente, todos se detuvieron en seco y apuntaron en la misma dirección.

—¿Qué ha sido eso? —gritó el soldado Parrish con voz nerviosa.

—No lo sé —dijo el teniente Beaufort—. Estén atentos, pero disparen tan solo si es estrictamente necesario.

A Emily le costó ver lo que estaban mirando, hasta que distinguió una sombra que se alejaba de la zona dando brincos. Emily y el resto solo podían ver las imágenes de las cámaras, pero el sistema de detección de movimiento y amenazas de los exotrajes a buen seguro que les había avisado de la extraña presencia.

—Creo que solo era un animal —dijo la soldado Ferrara—. Por el tamaño parecía un ciervo.

—O un saltamontes gigante —apuntó el soldado Parrish.

—Continuemos la marcha —ordenó el capitán Garth—. Vigilen bien los flancos.

Según el radar solo habían recorrido la mitad del trayecto que separaba la nave de la estructura. Les quedaba otro tanto. La tensión en la bodega era si cabe mayor que en el exterior. Gorka y Paula habían desenfundado sus pistolas y Taro tenía su mano derecha apoyada en la empuñadura de su *katana*. Emily permanecía detrás de ellos sin poder quitar ojo de las imágenes que Ada les proyectaba en el visor del casco.

La formación militar continuaba avanzando despacio, vigilando en todas direcciones y deteniéndose cada poco tiempo para reagruparse. Al cabo de un par de minutos llegaron a un claro de algo más de diez metros de ancho, ocupado casi en su totalidad por la base de la estructura.

Emily pudo entrever que era totalmente lisa, casi sin impurezas, y de un color gris oscuro, pero con cierta tonalidad morada. La vegetación había crecido alrededor de ella y podía verse alguna especie de enredadera de grandes hojas intentando abrirse camino hacia la cima.

El grupo de militares se plantó en la esquina derecha de la cuadrada estructura y se dispuso a rodear la base. El teniente Beaufort se asomó tímidamente e hizo un gesto de que continuaran al ver que no había peligro. Una tras otra, y en perfecta sincronía, fueron doblando las cuatro esquinas hasta llegar de nuevo al punto de partida. No había nada más que vegetación. Ni hendiduras, ni nada que se pareciera a una puerta.

Abrieron un poco el radio alrededor de la estructura y repitieron el mismo movimiento. Cuando parecía que todo era seguro. El capitán dio más órdenes:

—Soldado Parrish, sargento Ortiz, acompañen a los civiles hasta aquí. El resto mantendremos la posición.

Emily y los demás pudieron relajarse por fin.

—¿Despliego los drones? —preguntó Gorka.

—Todavía no —dijo Emily—. Pero quédate aquí y déjalos preparados. El resto, vamos a inspeccionar la zona.

Fueron al encuentro de los dos militares, que estaban ya casi de vuelta en la nave. Volvieron a recorrer el camino con mucha cautela. Emily y Chad desenfundaron sus armas y siguieron las indicaciones que el sargento Ortiz les iba dando. Cada uno cubría un flanco y el soldado Parrish, que cerraba la marcha, vigilaba la retaguardia. Por primera vez experimentaron en primera persona lo que se sentía al avanzar en una zona que podría ser hostil.

Las pulsaciones y la respiración de Emily estaban desenfrenadas, pero los sensores del traje no les advirtieron de nada en todo el trayecto, y llegaron al claro sin mayor problema. Allí aguardaba el resto del equipo, que mantenía la posición, alerta.

—¡Guau! —exclamó Chad—. Es más alto de lo que parecía.

—Taro, ¿de qué crees que está hecho? —preguntó Emily.

—No lo sé, pero parece una especie de aleación metálica —respondió.

Emily se adelantó al resto y acarició casi por instinto la superficie con el guante, a pesar de que el traje le impedía sentir la naturaleza del material.

—Ada —dijo—. Analiza lo que puedas con los sensores y cámaras del traje.

Pasaron unos segundos mientras Ada realizaba sus cálculos. Emily se alejó un poco, examinando las esquinas de la estructura y las otras caras de la base. Aparentemente no tenía ningún desperfecto, era lisa y las esquinas formaban un perfecto ángulo recto, carentes de imperfecciones.

—La temperatura de la superficie coincide con la temperatura ambiente —dijo Ada, tras concluir su análisis preliminar—. El color del artefacto no aporta ningún tipo de información, y con los sensores de los trajes no puedo extraer muchos más datos. Necesitaría alguna muestra para poder realizar pruebas, medir la densidad o exponer el material a diferentes químicos y espectroscopias.

—Entiendo —dijo Emily—. Capitán, ¿podemos desplegar los drones para analizar la estructura desde diferentes ángulos?

El capitán pensó su respuesta durante unos segundos.

—Hágalo —accedió—. Hagan lo que tengan que hacer y vayámonos cuanto antes.

Se notaba que no estaba cómodo en estas situaciones en las que tocaba defender la posición. Si los rumores sobre él eran ciertos, era un especialista en incursiones y misiones de asalto en las que él tomaba la iniciativa. Ser el blanco de un posible atacante no entraba dentro de su zona de confort.

—Gorka, ¿me recibes? —preguntó Emily.

—Alto y claro —se oyó por radio.

—Pon uno de los drones en marcha, que inspeccione el obelisco a una distancia prudencial.

—Entendido.

Un par de minutos después, Emily comenzó a recibir las imágenes de la cámara del dron, que tardó apenas unos instantes en llegar a la zona superior de la estructura. Dio unas cuantas vueltas alrededor de ella. Parecía construida con el mismo material que la base.

—¿Qué es eso? —preguntó Taro, que observaba también con detenimiento las imágenes—. Parece que en la punta hay algo.

El dron fue ganando altura, pero manteniéndose todavía a cierta distancia. En la parte superior, en la zona en la que la sección cuadrada del obelisco comenzaba a cerrarse hacia la punta, formando una pequeña pirámide, se abrían cuatro huecos que apuntaban en las cuatro direcciones en un ángulo de unos treinta grados hacia el cielo.

—Parecen unas aberturas —dijo Chad—. Pero no se ve a través de ellas. Quizá comuniquen con la base del obelisco.

—Ada, acerca el dron a cinco metros de las hendiduras.

El aparato se acercó a los huecos, que no tendrían mucho más de

un metro de ancho y metro y medio de altura. No se veía nada que indicara si esas hendiduras tenían algún tipo de utilidad.

—Súbelo un poco, a ver si con un ángulo de visión mayor vemos algo.

En cuanto empezó a ascender, el dron salió despedido hacia atrás sin control. Algo lo había desplazado varios metros en dirección contraria. Tras hacer varias piruetas en el aire, fue capaz de reponerse por sí solo y volver a una posición normal. Sin embargo, parecía que uno de los motores estaba dañado.

—Creo que voy a tener que aterrizarlo —dijo Gorka por radio—. Nos estamos quedando sin drones. Os mando al otro.

Martínez puso en vuelo al dron restante, que en breve apareció también por la zona.

—Ada, parece que sale aire a presión de ahí dentro —sugirió Emily —. Recoge con el dron una hoja de un árbol e intenta ascender todo lo que puedas. Luego baja poco a poco desde la punta del obelisco, intentando esquivar los chorros de aire.

—Entendido —dijo Ada.

El dron desplegó un pequeño brazo mecánico y recogió con algo de esfuerzo una hoja de la copa de un árbol cercano. Luego comenzó a ascender alineándose con una de las esquinas del obelisco para intentar evitar que fuera lo que fuera lo que salía de las hendiduras lo golpeara. Subió unos cuantos metros y se dejó caer como le había indicado Emily. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, soltó la hoja, que comenzó a caer. Antes de que llegara a la altura de las hendiduras salió despedida unos cuantos metros, tal y como había ocurrido con el otro dron.

—Parecen unas toberas de aire —aventuró Emily.

—¿Y por qué iba una especie alienígena súper avanzada a instalar un aire acondicionado? —preguntó Chad con cierto escepticismo.

—¿Tal vez para terraformar el planeta? —sugirió Paula.

Emily se quedó pensativa durante unos instantes, dándole vueltas a la idea que acababa de sugerir Paula.

—O para esparcir una avanzada molécula cuyo propósito todavía desconocemos —acabó diciendo.

—¿Están insinuando que este trasto, obelisco o como lo quieran llamar, es un módulo de terraformación? —preguntó el capitán Garth.

—Sí, es una posibilidad —respondió Emily.

—Bien, ¿y qué necesitan para averiguarlo? —añadió—. A ser posible, sin tener que permanecer aquí durante mucho más tiempo.

—Me gustaría tomar una muestra del material del que está

compuesto el obelisco —dijo Taro—. Pero me temo que voy a necesitar algo más que un martillo y un cincel para poder hacerlo.

—Pues manos a la obra —dijo Emily.

Taro, Chad y Paula volvieron a la nave escoltados por el soldado Parrish. Allí recogieron una sierra eléctrica común, un láser de corte y una lanza térmica. En pocos minutos estaban de nuevo alrededor del obelisco. Gorka había decidido unirse a ellos, una vez recuperado el dron averiado.

—Probaremos primero a cortar un poco del material con la sierra —dijo Taro mientras encendía la herramienta, que comenzó a emitir el zumbido eléctrico que hacía que el disco de acero endurecido con carbono girara a miles de revoluciones. Al colocarlo contra la esquina, salieron despedidas cientos de chispas en las dos direcciones del corte. La cantidad de humo que se generaba hizo que tuviera que detenerse a los pocos segundos.

—Se ha cargado el disco —dijo Taro mientras todos contemplaban el amasijo incandescente que antes había sido el disco.

—No le ha hecho ni un solo rasguño —comentó el soldado Parrish, que seguía de cerca la operación.

Taro soltó la sierra y cogió el láser de corte. Se aproximó a la misma zona y comenzó a operar. Al cabo de un rato apagó el láser para comprobar el efecto causado en la estructura.

—Apenas le ha hecho una pequeña hendidura —dijo Taro impresionado.

—Déjame a mí —pidió Gorka, que estaba encendiendo la lanza térmica—. Si esto no lo corta, nada de lo que tengamos podrá hacerlo.

Taro se apartó y Gorka comenzó a pasar la lanza térmica por la superficie del obelisco. Los trajes advirtieron de una fuente de calor que provenía de la propia herramienta. Unos instantes después, la zona alrededor del corte comenzó a ponerse al rojo vivo, y una pequeña esquirla de metal incandescente acabó cayendo al suelo, prendiendo algunas hojas de enredadera.

—No sé de qué está hecho, pero nunca había visto nada igual —musitó Gorka, apagando la lanza térmica.

—Cojamos ese pedazo de metal y marchémonos de aquí cuanto antes —ordenó el capitán.

31
En calma

6 de mayo del año 0

Localización 2. Kepler-442b

Regresaron sin más novedad a la Ícaro, donde decidieron moverse hacia el punto de aterrizaje original, a unos pocos kilómetros de allí. Nadie quería permanecer cerca de la estructura alienígena, por seguridad.

La piloto Balakova había notificado ya a la estación Asimov el hallazgo y el subdirector estaba al tanto de todo. Aun así, quiso que Emily le diera su punto de vista, así que, nada más descontaminar su traje subió a la sala de comunicaciones.

—Hola, doctora Rhodes, soy el comandante Bauer —oyó por radio —. ¿Cree que el hallazgo puede representar una amenaza?

—Todavía es pronto para aventurar nada —respondió ella—. Podría tratarse de un simple sistema de ventilación o incluso de terraformación. Desde luego, las lecturas cerca de la estructura eran normales y nada nos ha atacado ni hemos tenido problema alguno al acercarnos al artefacto. De hecho, hemos podido cortar un pedazo del material. Tenemos que analizar bien lo que hemos conseguido antes de dar una respuesta a esa pregunta, comandante.

—¿Qué tenéis pensado hacer ahora? —continuó el subdirector.

—Seguiremos con el plan inicial, vamos a mover la nave unos kilómetros hacia el sur, a la posición que Ada había seleccionado como más apropiada para establecer una base —dijo Emily—. Está a tan solo cuarenta y cinco metros de altura sobre al nivel del mar y dispone de un pequeño acceso que nos permitirá tomar las primeras muestras de agua y flora marina.

—Bien, id con cuidado, estos últimos descubrimientos nos tienen muy intranquilos a todos —dijo el subdirector.

—¿Se ha percibido alguna actividad inusual en el planeta desde que estamos aquí? —preguntó Emily.

—No, nada —respondió el subdirector—. Todo parece estar en calma. Nadie ha desplegado una flota de naves de combate, si es lo que estás pensado.

—No pensaba en algo tan drástico —rio Emily—. Pero supongo que me vale esa respuesta.

—Lo que sí vemos es un pequeño frente tormentoso mar adentro, cerca de su posición —añadió el comandante Bauer—. Tengan mucho cuidado.

—Lo tendremos. Les informaremos cuando volvamos de la siguiente excursión —concluyó Emily.

Regresó a la cabina en la que ya se encontraba todo el mundo sentado, ansioso por alejarse de esa zona. En menos de diez minutos aterrizaban en el siguiente emplazamiento, una vasta explanada con mucho pasto y vegetación menor. El mar se encontraba bastante cerca.

Se prepararon para salir de la nave y, de nuevo, el equipo militar tomó la iniciativa para crear un perímetro defensivo con balizas y sensores.

Taro y Chad volvieron a cargar el material necesario en la mula, y Gorka desplegó uno de los drones que quedaban intactos. Había decidido utilizarlos de uno en uno, al menos mientras revisaba y reparaba los otros dos.

—Parece que el tiempo es diferente aquí —comentó Chad.

—Sí. Desde la Asimov me han dicho que se ve un pequeño frente tormentoso que viene del este —dijo Emily, señalando en esa dirección.

Lo cierto era que las nubes, a pesar de la distancia, parecían realmente amenazadoras. Aun así, tenían tiempo de sobra para ir y volver antes de que el frente llegara a tierra.

En fila de a uno, liderados por el teniente Beaufort y con la sargento Cameron cerrando la marcha, la comitiva comenzó su pequeña excursión de apenas unos cientos de metros hasta el acantilado. Una vez allí, pudieron contemplar por primera vez el vasto océano que se abría ante sus ojos.

El mar estaba en calma, apenas unas minúsculas olas golpeaban la costa, que parecía aguantar impertérrita los tímidos embates del océano. Daba la impresión de que el único elemento capaz de levantar el oleaje fuera el propio viento que había comenzado a soplar en dirección al interior del continente.

—Hay muy poco oleaje —apuntó Gorka.

—Sí —confirmó Taro—. La ausencia de lunas en el planeta afecta al tamaño de las olas y a las mareas. Ya tendremos tiempo de estudiar las corrientes y el fondo marino, pero desde luego, aquí parece muy plácido.

Comenzaron a bajar por una escarpada pendiente que encontraron en el borde del pequeño acantilado y que les permitía descender

serpenteando entre afiladas rocas. No era del todo difícil, pero lo irregular del terreno los obligaba a permanecer atentos para evitar las zonas resbaladizas que les hicieran rodar cuesta abajo o, lo que era peor, caer decenas de metros y acabar en las afiladas rocas de debajo. La vegetación era escasa, y el suelo estaba cubierto sobre todo por guijarros y tierra que Taro se afanó en almacenar y etiquetar para sus investigaciones.

Llegaron a la pequeña playa, por llamarla de alguna manera. Era muy estrecha y no había arena, si no piedras y rocas de diferentes tamaños. Mientras el resto se dedicaba a mirar hacia el apacible mar, Taro se había dado la vuelta y daba la espalda al océano.

—¿Qué está mirando, doctor Murakami? —le preguntó la soldado Ferrara.

—Este acantilado me va a decir más sobre el planeta que cualquier cosa que encontremos en otras localizaciones.

—Es solo una pared —comentó incrédula.

Taro y la soldado Ferrara contemplaban un muro pétreo con diferentes capas de minerales y sedimentos en un ángulo de inclinación cercano a los treinta y cinco grados.

—¿Ve todas esas líneas que forman las rocas? —preguntó Taro, señalando los cientos de diferentes capas casi verticales.

—Sí.

—Cada una de ellas representa los sedimentos de una época diferente. Dependiendo del color, grosor y material de la capa, se puede adivinar la actividad geológica que ha tenido el planeta a lo largo de millones de años.

Taro puso una mano encima de la otra, y la otra encima de nuevo.

—Pero aquí las capas están casi en vertical —observó la soldado Ferrara—. ¿Cómo es eso posible?

—Los movimientos tectónicos de los planetas, este incluido, provocan que las capas que originalmente se encontraban en horizontal cambien su orientación —explicó Taro—. Es como si tuviera dos alfombras y metiera la esquina de una de ellas debajo de la esquina de la otra. La que queda arriba no estará del todo horizontal. Con las placas tectónicas pasa algo parecido, y la fricción que ambas capas de tierra generan es lo que conocemos como terremotos.

—Entiendo —dijo la soldado, asintiendo con satisfacción—. Cuando hay un terremoto, un trozo de tierra se mete debajo de otro y lo empuja hacia arriba, cambiando la orientación de las capas.

—¡Exacto! ¡Muy bien! —la felicitó Taro orgulloso—. Y si se fija, los

grosores y los tipos de materiales nos pueden indicar qué es lo que pasó en el planeta y durante cuánto tiempo. Por ejemplo, ¿ve esta fina línea de roca negra que hay aquí?

—Sí.

—Podría indicarnos que, durante un periodo de tiempo, la actividad volcánica de esta zona fue muy grande, provocando que la ceniza de las erupciones se posara en la tierra, formando una capa que con el paso del tiempo se ha solidificado.

—Ajá —asintió el sargento Ortiz, que escuchaba atento la pequeña clase de geología práctica que estaba improvisando Taro.

—También podría deberse al impacto de un meteorito, como el que acabó con los dinosaurios en la Tierra. Cada capa nos cuenta una historia que ocurrió hace millones de años y que se prolongó en el tiempo. Periodos de glaciación, actividad sísmica, restos fósiles… Todo eso se puede obtener si sabes observar las señales.

Detrás de ellos, el resto del grupo continuaba contemplando el mar y la estrecha línea de tierra al nivel del mismo. Gorka quiso testear la profundidad del agua y comenzó a caminar mar adentro.

—No te alejes tanto —le advirtió Paula.

—Los trajes son estancos y aguantan mucha presión, no hay peligro.

—No es la presión del mar lo que me preocupa ahora mismo —apuntó ella.

Gorka se detuvo en seco cuando se encontraba sumergido hasta la cintura. No había caído en la cuenta de que podía haber depredadores marinos que pudieran atacarles tan cerca de la costa. Estaban en otro planeta, tal vez las costumbres culinarias de las criaturas marinas eran diferentes aquí.

—Mejor me vuelvo —dijo, dando media vuelta y desandando sus pasos.

Chad, por su parte, había encontrado un pequeño banco de algo que se podría llamar algas. Aunque eran de un color marrón oscuro, recordaban vagamente a las de la Tierra, así que guardó unos trozos para su posterior estudio, además de tomar muestras del agua del mar.

—Deberíamos movernos —sugirió Emily, que señalaba la pequeña tormenta que se había formado en la distancia y que se acercaba con rapidez.

—Sí, no tiene buena pinta —coincidió Robert.

Sobre sus cabezas, unas oscuras nubes habían cubierto casi todo el horizonte y cada vez se encontraban más cerca de la costa. El primer rayo cayó de repente. Luego, tras un breve periodo de tiempo, un

potente estruendo retumbó en la costa. Todos se giraron hacia la tormenta, sorprendidos por su inusitada violencia.

—¡Vámonos de aquí! —gritó el capitán Garth con una tremenda urgencia en su tono de voz—. ¡Ya!

Un segundo rayo impactó en el mar, generando otra potente onda sonora. Sin perder un minuto, todos se apresuraron hacia la pendiente por la que habían accedido a esa estrecha porción de costa.

El teniente Beaufort organizó el grupo y esperó a que la última persona se situara delante de él. Ascendieron con cierta dificultad, apremiados por la repentina cercanía de la tormenta, que ya estaba casi encima de ellos. Comenzaron a caer unas finas gotas de agua, que al cabo de unos segundos ya creaban una tupida cortina que lo empapaba todo y formaba un denso barro en la pendiente.

A medio camino, entre las sinuosas curvas del terreno, Emily pisó una roca inestable que rodó hacia atrás y la hizo perder el equilibrio. Comenzó a resbalar pendiente abajo sin control. Trató de agarrarse a cualquier cosa que pasaba por su lado, pero no fue capaz.

Justo cuando había perdido la esperanza, una mano la agarró *in extremis*. Tenía los pies al borde de un precipicio de treinta metros de altura.

—Ya te tengo —dijo Robert—. Aguanta. Intenta coger algo de tracción con los pies. Si me muevo yo, perderás el apoyo y los dos acabaremos allí abajo.

Emily obedeció con el corazón en la garganta, pero gracias al subidón de adrenalina pudo reaccionar y comenzar a remontar apoyando las rodillas contra las rocas del borde. Una vez que estuvo a salvo, ambos se dejaron caer en el suelo, exhaustos por la repentina tensión.

—Te dije el otro día que debías mejorar tu aterrizaje —bromeó Robert.

—Me temo que necesito más clases particulares sobre el uso de exotrajes… —respondió Emily en el mismo tono.

—Deberíamos levantarnos —dijo él tras recuperar el aliento. Tenían la tormenta encima.

Se pusieron de pie con cuidado para no resbalar y continuaron ascendiendo por la pendiente con precaución. La fina pero abundante lluvia dificultaba la visión, y la parte final de la ascensión fue un tanto tortuosa.

En cuanto estuvieron todos en la explanada pudieron relajarse un poco, pero pronto los frecuentes rayos y sus correspondientes truenos los convencieron de no perder ni un momento. La estampa era

peligrosa a pesar de su belleza. Esa tormenta parecía ser mucho más amenazadora que las de la Tierra.

Taro había aprovechado el trayecto hasta la nave para recoger agua de lluvia. Parecía el único que estaba disfrutando con la situación.

Entraron en la Ícaro y cerraron la rampa de la bodega tras de sí. Estaban empapados y un poco alterados por la violencia de la tormenta que arreciaba en el exterior. Ya estaban secos y descontaminados cuando llegaron a la sala de los exotrajes.

Emily se quitó el casco y se quedó sentada en un pequeño banco de la estancia, con la vista clavada en el suelo, pensativa. Había estado a punto de precipitarse desde una gran altura. Aun con el traje puesto, las consecuencias habrían sido muy graves. De no haber sido por la agilidad de Robert, ahora no estaría allí sentada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Robert, poniéndose en cuclillas delante de ella.

Emily tardó unos instantes en reaccionar, pero asintió levemente con la cabeza.

—Gracias —susurró, todavía impresionada.

Robert sonrió con ternura y pasó su mano por la cabeza de Emily, que aún tenía el cubrecabezas del mono puesto. Tardó un rato en reaccionar y quitarse el traje. Seguía sin recuperarse del todo.

—¿Estás bien? —le preguntaron Paula y la soldado Ferrara poco después.

—Sí, sí, tranquilas, estoy bien —respondió mientras esbozaba media sonrisa—. Sigo un poco impresionada, supongo que no estoy acostumbrada a este nivel de acción.

La tormenta continuaba ganando fuerza en el exterior y ya estaba casi encima de la nave. Los rayos y los truenos cada vez eran más frecuentes. Buena parte de la tripulación se dirigió a la cabina, el único lugar con ventanas al exterior.

Dejando aparte el temor que provocaba, el espectáculo era precioso. A cada minuto, decenas de rayos caían en todas direcciones, los truenos sonaban casi de manera constante, sin dejar apenas espacio para el silencio. Además, el sonido era muy perturbador. Había algo diferente en él que hacía que se sintieran mucho más potentes y amenazadores.

—Espero que la nave traiga pararrayos de serie —murmuró Gorka.

—Diría que aquí estamos a salvo —dijo la piloto Balakova, también impresionada—. Pero esta tormenta no tiene nada que ver con ninguna que hayamos visto en la Tierra.

—De hecho, ni siquiera podemos conectar con la Asimov —añadió Paula—. Sea como sea, la tormenta interfiere con las comunicaciones.

—Bueno, esperemos que amaine pronto —dijo la sargento Cameron —. Aunque la verdad es que no tiene pinta de que lo vaya a hacer en breve.

—Voy a aprovechar para cambiarme de ropa —anunció Emily.

—Sí, no es mala idea —respondió Taro—. Hay trabajo que hacer.

Emily entró en su camarote y se sentó en la cama. Ya se le había pasado un poco el susto, pero todavía le temblaban las manos. Intentó mantenerse ocupada. Se quitó el mono y se aseó con las toallitas.

Los truenos seguían resonando sin descanso. Cuando se estaba poniendo de nuevo el uniforme, un estruendo mucho más potente y cercano que los anteriores provocó que la luz se apagara. Sobresaltada, Emily levantó los brazos, pensando que el techo se le venía encima. Además, al no tener ventanas en los camarotes, acababa de quedarse a oscuras.

—¿Ada? —preguntó, todavía con el susto en el cuerpo.

No hubo respuesta. Eso significaba que toda la nave estaba sin energía. Acabó de ponerse el uniforme a ciegas y se levantó de la cama con los brazos extendidos para no chocar contra las paredes. Tanto las puertas de la Ícaro como las de las arcas disponían de un sistema de seguridad que las desbloqueaba en caso de perder el suministro eléctrico, así que Emily solo tuvo que empujarla hacia un lado para poder abrirla.

En el pasillo todo continuaba a oscuras, aunque se veía algo de penumbra y cada poco tiempo, un pequeño flash de luz que llegaba desde el acceso a la planta intermedia. Recordó que su implante ocular le permitía utilizar los infrarrojos, pero al ver los destellos pensó que quizá no fuera buena idea utilizarlos en estas circunstancias, ya que podrían llegar a deslumbrarla.

Oyó a alguien palpar una de las puertas del pasillo. Se acercó al ruido.

—¿Hola? —preguntó.

—¡Soy Chad! No sé cómo abrir la puerta —gritó al otro lado.

—Solo tienes que echarla hacia un lateral —le ayudó Emily—. Hacia la derecha.

—¡Eso es lo que intento!

Emily se aproximó a la puerta y empujó. La abrió sin más problema. Al otro lado, intuyó a Chad gracias a los múltiples destellos que la permitían ver algo de vez en cuando.

—¡Ah! ¡Esa derecha! —exclamó él, asumiendo su error con humor.

—Vamos abajo, no sé qué está pasando.

Avanzaron con cuidado, aprovechando los destellos de luz que les permitían confirmar que el camino por el que iban era seguro. Ya en la planta intermedia, pudieron ver en mejores condiciones gracias a la tenue luz que entraba por los ventanales de la cabina. Allí estaban Taro, el sargento Ortiz y la soldado Ferrara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emily.

—Creo que nos ha caído un rayo encima —dijo la soldado Ferrara encogiéndose de hombros—. El ingeniero Martínez y los pilotos han ido a revisar qué ha pasado y por qué el generador secundario no se ha puesto a funcionar.

Fuera, la tormenta, lejos de debilitarse, parecía mucho más cerrada si cabe. La luz era muy escasa y la lluvia no permitía ver nada que estuviera a más de cinco metros de las ventanas. A nivel eléctrico no había perdido nada de fuerza. Desde luego, si algo o alguien en este planeta planeara atacarles, este sería sin duda un buen momento: sin comunicaciones, sin electricidad y sin apenas visibilidad.

Tras un par de larguísimos minutos, la luz de la cabina volvió, pero al cabo de unos instantes se apagó de nuevo. Diez minutos después todo volvió a funcionar, esta vez de manera definitiva.

—Bien, a ver si dura —dijo Taro—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Emily salió de la cabina con él, pero se quedó en la sala de comunicaciones. Quería intentar hablar con la Asimov.

—Ada —llamó—. ¿Estás ahí?

—Sí —oyó su voz—. Pero todavía tengo que cargar ciertas cosas, creo que ha habido un problema con el suministro eléctrico.

—Sí, así es, acaba de recuperarse.

—Bien, dame un momento que acabe de cargar mis módulos y de hacer un diagnóstico.

Mientras esperaba, apareció Paula.

—Venía a ver si conseguía establecer conexión con la Asimov —dijo.

—Creo que me he adelantado —respondió Emily—. Ada está reiniciándose.

—¿Ya te encuentras mejor?

Gracias al imprevisto apagón, Emily había olvidado por completo el pequeño percance de hacía un rato.

—¡Ah! Sí, estoy bien.

—Ya estoy disponible —oyeron decir a Ada.

—¿Tienes contacto con la estación Asimov? —preguntó Emily.

—Me temo que no. La tormenta bloquea por completo la señal.

—Vete a descansar si quieres, o a hacer otra cosa —dijo Paula—. Yo me encargo de restablecerlo todo. Algo se me ocurrirá.

—Vale, todo tuyo —aceptó Emily—. Voy a beber algo al comedor.

No había nadie en la gran sala y pudo relajarse con una infusión de menta y jengibre. Calentó el agua y dejó que reposara un rato.

Desde hacía años, cuando quería estar tranquila y relajarse Emily se tomaba una infusión de menta y jengibre. Era lo que su abuela Karen bebía de forma habitual. En parte, la reconfortaba porque la recordaba a ella, le llevaba a tiempos pasados, más tranquilos. Reparó en el pequeño colgante que se balanceaba debajo de su muñeca derecha. A pesar de que estos últimos meses se había centrado más en el recuerdo de su padre, Emily se acordaba con mucha frecuencia de ella. Casi podía oírla diciéndole que dejara esos trastos y saliera a la calle, como la gente normal. El recuerdo la hizo sonreír.

—¡Emily!

Se sobresaltó. Sin darse cuenta, se había quedado dormida sobre la mesa del comedor.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó sin saber muy bien quién la llamaba.

—Siento despertarte —dijo Taro desde el quicio de la puerta—, pero Chad y yo hemos descubierto algo importante que queremos que veas.

—¡Oh! ¡Genial! —Se desperezó y siguió al científico hasta el laboratorio, donde esperaba el bueno de Chad—. Bien, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Chad ha analizado el agua de mar y de lluvia —empezó Taro.

—Resulta —siguió Chad—, que tanto el agua de lluvia como la del mar contienen moléculas como la que encontramos ayer.

—Interesante —concedió Emily.

—El agua de lluvia es posible que las haya arrastrado al caer y encontrárselas flotando en el aire —dijo Chad—. En cuanto a la del mar, puede que sea una simple consecuencia del mismo efecto, ya que la concentración es algo menor con respecto al agua de lluvia.

—¿Y bien? ¿Son diferentes al agua de lluvia o de mar de la Tierra?

—Bueno, la del mar tiene un contenido menor de oxígeno y sal de lo normal, pero supongo que muchas especies de la Tierra podrían sobrevivir allí sin mayor problema. El agua de lluvia, pues es agua, arrastra más o menos los elementos que encontramos en el aire —explicó Chad con media sonrisa de satisfacción.

—¿Algo más? —insistió Emily. Intuía que se estaban guardando algo.

—También hemos analizado el aire que hemos encontrado en la zona de aterrizaje —anunció Taro.

—¿Hay moléculas?

—Sí —respondió haciendo una pausa.

—¿Y?

—La concentración de moléculas es veinte veces mayor aquí —concluyó Chad sin respetar el suspense que quería darle su compañero al momento.

—Así que a Chad se le ha ocurrido analizar el dron que sobrevoló el obelisco —siguió Taro—. Resulta que, en la zona del motor afectado, donde más impactó el aire que salía de la ranura, hay una concentración muchísimo mayor que en el resto de la superficie del dron.

—Lo que significa que el obelisco es el que genera o esparce esas moléculas —razonó Emily.

—¡Exacto! —exclamó Chad—. Tenías razón.

—Es muy interesante. ¿Y qué hay del trozo de metal?

—¡Oh! Nunca he visto nada igual —aseguró Taro visiblemente emocionado—. Todavía no hemos obtenido todo lo que me gustaría saber sobre él, supongo que necesitaré analizarlo en el laboratorio del arca. Su estructura molecular es fascinante. He detectado cobalto y níquel en el fragmento, pero tiene algún tipo de polímero que es el que permite que la ordenación de los metales sea casi perfecta. Al igual que ocurre con la molécula, no hay ninguna duda de que esto lo ha construido una raza con tecnología mucho más avanzada que la nuestra.

«Algo me dice que esto no son buenas noticias», pensó Emily.

32
El accidente

7 de mayo del año 0

Localización 2. Kepler-442b

El día amaneció nublado, pero en calma. La tormenta había amainado casi de madrugada, así que Gorka, Paula y los pilotos aprovecharon los primeros rayos de luz para salir al exterior y comprobar los posibles daños en la nave.

Emily apenas había podido dormir al principio de la noche debido a la gran cantidad de truenos que seguían azotando la zona, así que se había unido durante un rato a las dos personas que hacían guardia. Cuando por fin pudo conciliar el sueño, casi tuvo que levantarse de nuevo.

«Las noches son más largas, pero yo cada día tengo más sueño», refunfuñó para sus adentros.

Se arrastró hasta el comedor para tomar un café. Allí estaban Chad y la soldado Ferrara, que acababan de hacer la guardia.

—Buenos días —saludó Emily con los ojos casi cerrados—. ¿Qué tal ha ido?

—Comparado con la tarde de ayer, muy tranquila —respondió la soldado Ferrara.

—Sin novedad en el frente, señora —dijo Chad haciendo el gesto militar.

—¿Sabéis si hemos recuperado la radio? —preguntó Emily.

—Creo que no —repuso Chad—. Paula ha salido afuera esta mañana, creo que están revisando los láseres de las comunicaciones de la nave.

Emily desayunó y conversó un rato más con ellos, hasta que la cafeína comenzó a hacer efecto y pudo desperezarse por completo. Después se dirigió a por su traje para ir a comprobar qué problemas tenía la nave.

Cuando salió al exterior comprobó que el suelo estaba muy encharcado, lo que parecía normal teniendo en cuenta que no había parado de llover con fuerza durante la tormenta. La luz era todavía muy tenue, y la cantidad de nubes hacían que esa mañana fuese especialmente pálida. La tonalidad se asemejaba bastante a una fotografía antigua con un filtro de color sepia. Vio a Gorka y al

copiloto revisando uno de los motores direccionales de la nave. Emily se acercó a ellos.

—¿Qué tal, chicos? —preguntó—. ¿Se ha roto algo?

—Bueno, en realidad creemos que no —respondió Gorka—. Pero los sensores se han vuelto un poco locos, es posible que alguna cosa se nos haya quedado frita.

—¿Nos ha golpeado un rayo? —preguntó.

—Míralo tú misma —dijo Gorka, señalando la parte superior del fuselaje de la nave.

Emily caminó unos pocos pasos y dirigió la mirada a donde le indicaba Gorka. Acto seguido se llevó las manos a la cabeza. Una gruesa línea oscura con múltiples ramificaciones y cambios de dirección se había dibujado en el fuselaje blanco de la Ícaro, como si de un tatuaje se tratara. No había duda de que uno de los miles de rayos que cayeron había impactado contra la nave.

Más arriba, unos cuantos metros por encima del suelo, estaban Paula y la piloto Balakova. Parecían estar manipulando algún compartimento, presumiblemente el de las comunicaciones.

—Hola, Emily —oyó tras de sí.

—Buenos días, Robert —respondió ella.

—¿Dando un paseo matutino? —preguntó.

—Estirando las piernas y disfrutando del aire fresco del traje, supongo —dijo con sarcasmo.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Un poco desvelada —reconoció—. Por cierto, con tanto ajetreo, no sé si ayer te di las gracias por lo que pasó en el acantilado.

—Tranquila, lo hiciste —respondió con una sonrisa—. Y aunque no lo hubieras hecho, no pasaría nada. Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo por otro compañero.

—Bueno, espero que tu vida no dependa nunca de mi destreza.

—Estoy seguro de que estaría en muy buenas manos —rio con fuerza.

—¿Sabes lo que ha pasado? —preguntó Emily, señalando a las dos personas subidas al fuselaje.

—Parece que el impacto de ayer ha fastidiado alguna placa —explicó Robert—. El láser está bien, pero la controladora no ha aguantado tanto.

—¿Y no tenemos repuesto?

—No de esa pieza.

—Paula —llamó Emily—. ¿Me recibes?

—Sí Emily, a ti te recibo —respondió Paula. Sonaba un tanto desesperada.

—¿Qué ocurre? El teniente me ha dicho que una de las controladoras se ha quedado frita.

—Así es. Creo que el láser está bien, pero la placa base que lo controla está literalmente derretida. Y no tenemos repuesto para eso.

—¿Qué se puede hacer?

—Estoy planteándome utilizar uno de los equipos de comunicación portátil e intentar adaptarlo para poder comunicarnos con la Asimov. Me llevará algo de tiempo, pero creo que para esta noche lo podría tener en funcionamiento.

—Bien, hagámoslo —la animó Emily.

Emily y Robert volvieron a dirigir sus pasos hacia el motor que revisaban Gorka y el copiloto Wilson.

—¿Cómo está todo por aquí? —preguntó Emily—. ¿Cuál es el estado general de la nave?

—Ya hemos revisado los cuatro motores —anunció el copiloto—, hemos cambiado algunos sensores que nos daban lecturas erróneas y parece que está casi todo a punto. Aunque el motor número tres va y viene. A pesar de que le hemos cambiado los fusibles y el cebador, sigue haciendo cosas raras.

—Eso suena preocupante —dijo Emily—. ¿Hay motivos para alarmarse?

—Es el motor que lleva dando lecturas extrañas desde que empezamos la misión. Pero nos está entregando la potencia que le pedimos y ha pasado los test de la máquina de diagnósticos —explicó el copiloto, que se encogió de hombros y señaló la máquina que portaba con él.

—Muy bien, si encuentran algo más, háganmelo saber —les pidió Emily.

—¿Estás pensando en posponer el viaje a la siguiente localización? —preguntó Robert.

—Si no hay suficientes garantías, sí —respondió Emily.

—Esperemos que sea lo que sea, puedan arreglarlo.

—Confío plenamente en ellos.

El capitán Garth salió del interior de la nave y se dirigió a donde estaban.

—Descanse —ordenó mientras el teniente Beaufort se cuadraba ante él—. Doctora —saludó de forma fría a Emily—. Póngame al día, teniente.

El teniente le contó toda la información de la que disponían hasta ese momento, la situación con las comunicaciones, el estado general de la nave y los planes para solucionar los pequeños problemas detectados.

—Bien, revise el equipo —pidió—. Partiremos en una hora.

—Disculpe, capitán, pero esa decisión no le corresponde —intervino Emily.

—Disculpe, doctora, pero me importa un carajo lo que usted piense. Este emplazamiento es peligroso y nos moveremos a la siguiente ubicación, tal y como estaba planificado.

—Señor —dijo el teniente—. Con el debido respeto, si me permite…

—No, teniente —interrumpió el capitán—, no le permito una mierda. Y creo que acabo de darle una orden, ¿no es cierto?

—Sí… —admitió Robert a regañadientes— Sí, señor.

Beaufort saludó al capitán y se dirigió al interior de la nave, contrariado por la terquedad de su superior.

—Debería ser usted más respetuoso, capitán. Y también tener algo menos de ego, le irá mejor si hace caso a los técnicos.

—¿Debo tomarme eso como una especie de amenaza, doctora? —masculló a escasos centímetros de Emily.

—No —dijo ella con toda la tranquilidad que le fue posible reunir —. Es un consejo amistoso. Si le amenazara, no tendría usted ninguna duda.

—Tenga mucho cuidado, doctora, no le conviene tenerme en su contra —añadió el capitán, que a duras penas podía contener su enfado—. ¿Cree usted que por ser la hija del director Rhodes me va a temblar la mano?

El capitán miró a Emily con un desprecio tal en sus ojos que ella no pudo aguantar la mirada y acabó apartándola.

—Y eso —añadió, dándose la vuelta sabiéndose ganador de la conversación—, sí que era una amenaza.

Emily soltó de repente todo el aire que retenía en sus pulmones. Estas situaciones la ponían muy tensa, pero no podía dejar que alguien como el capitán campara a sus anchas y tirara por los suelos el buen ambiente del grupo. Caminó alrededor de la Ícaro un rato hasta calmarse antes de volver adentro.

Una hora después tuvo una pequeña conversación con Gorka y el copiloto; quería saber si ellos daban el visto bueno a la nave.

—Bueno, teniendo en cuenta que tiene mil años, diría que está en bastantes buenas condiciones —apuntó Gorka.

—¿Puede haber problemas si retomamos la misión? —preguntó Emily.

—Sí, claro que puede haberlos —dijo el copiloto Wilson—. Nunca vamos a poder garantizar del todo la ausencia de problemas. Lo que sí que podemos decirle es que todos los sistemas, a excepción de la radio y de un par de sistemas auxiliares, están funcionando y han pasado todos los test de las máquinas de diagnóstico. Incluso Ada nos ha dado el visto bueno.

—Muy bien, entonces —aceptó Emily—. Supongo que podemos marcharnos. Buen trabajo, chicos.

Una hora después, todos ocuparon sus asientos en la cabina, de nuevo listos para partir hacia la última de las localizaciones de la misión de exploración. No disponían de comunicaciones, pero estaban convencidos de que los veían desde allí arriba, al menos cuando no estaba nublado.

La última de las localizaciones estaba situada en la costa este del otro continente, que era un poco más pequeño que en el que se encontraban ahora. Apenas cinco mil kilómetros de océano separaban ambos continentes, lo que era curiosamente la misma distancia que entre Nueva York y Lisboa. Después tendrían que cruzar los doce mil kilómetros de extensión que tenía el otro territorio. El viaje iba a ser similar en duración al del día anterior.

Como de costumbre, los pilotos realizaron todas las comprobaciones previas al vuelo antes de encender los motores con su característico zumbido. Emily se dio cuenta de que, en el holograma de la consola central, el sensor del motor del primer día volvía a parpadear en naranja. Supuso que el sensor volvía a dar problemas después de la caída del rayo, así que no dijo nada.

El viaje fue bastante apacible mientras atravesaban el océano que separaba ambos continentes, pero poco antes de avistar tierra distinguieron a lo lejos una gigantesca columna de humo en una zona situada mucho más al norte de su trayectoria.

—Fíjense —dijo la piloto Balakova—. Aquello parece un volcán.

Todos desviaron la mirada hacia los efectos visibles de la erupción, que surgía de una zona costera y ascendía hasta las capas superiores de la atmósfera para después extenderse por una amplia zona, impregnándolo todo de cenizas.

«Ese debe de ser uno de los volcanes activos de los que habló Ada cuando se revisaron las zonas de aterrizaje», pensó Emily.

Durante el resto del viaje descubrieron paisajes muy diferentes dentro del segundo gran continente. Por algún motivo, daba la impresión de que había mucha más variedad de especies vegetales en

él. Desde esa altura se veían diversas tonalidades de rojo, zonas con vegetación que tornaba a un morado apagado e incluso, para sorpresa de Chad, también vieron alguna zona con vegetación de un color más verdoso. Parecía un lugar mucho más vivo si cabe que el anterior.

La piloto no tardó en comenzar el descenso hacía la última de las localizaciones. Ada trazó la ruta en la pantalla y ambos pilotos se dedicaron únicamente a seguir las instrucciones.

Estaban ya a menos de quinientos metros de altura cuando un extraño ruido, como de sobrecarga eléctrica, se percibió entre el sonido habitual de los motores. De repente, una fuerte explosión sacudió la Ícaro. Emily pudo entrever entre el caos que el sensor naranja del holograma se había convertido en rojo y parpadeaba con fuerza. La nave comenzó a girar hacia la derecha, sin control. Piloto y copiloto es concentraron en las maniobras para estabilizarla, sin demasiado éxito de momento. En la cabina se oyeron gritos y murmullos nerviosos. Solo los pilotos parecían mantener la calma.

—¡Agárrense bien! —gritó la piloto—. Vamos a realizar un aterrizaje de emergencia.

La Ícaro continuaba dando vueltas sin control, cada vez más cerca del suelo.

—Trescientos metros —advirtió Ada.

—¡Apaga el motor delantero izquierdo! —gritó la piloto.

El motor desapareció del holograma y la nave disminuyó algo su rotación, pero todavía continuaba girando sin parar.

—¡Vamos a morir! —oyeron a Chad murmurar, presa del pánico.

—No, si yo puedo evitarlo —dijo la piloto Balakova, que agarraba con firmeza los controles de la nave.

—Ciento cincuenta metros.

La piloto intentó ladear la nave en el sentido contrario a la rotación y consiguió enderezar algo el rumbo. Sin embargo, el impacto era ya inevitable.

—Cincuenta metros.

El caos se desató con un gran estruendo y multitud de sonidos de metal chirriando y rasgándose por toda la nave. Durante unos interminables segundos, hojas y ramas pasaron por el enorme ventanal de la cabina de los pilotos, arañando con fuerza el fuselaje de la Ícaro. La sujeción de los trajes evitó que salieran despedidos de sus asientos, aunque más de uno vio pasar la vida frente a sus ojos.

La nave continuó con su inercia, golpeando los troncos de los árboles durante unos interminables segundos, hasta que una fuerte sacudida estuvo a punto de desmontar la cabina cuando colisionaron

contra el suelo. Poco después, por fin se detuvo.

Acababan de estrellarse al final de una zona boscosa, después de atravesar gran parte del bosque, que de alguna manera había amortiguado el impacto que, sin duda alguna, pudo ser mucho peor.

Emily solo abrió los ojos cuando fue evidente que la nave se había detenido del todo.

—¿Están todos bien? —preguntó la piloto.

—Creo… creo que sí —dijo la sargento Cameron.

—Sí —corroboró Paula.

—Por aquí bien también —dijo Chad con un hilo de voz.

Emily giró la cabeza en todas direcciones. Parecía que todos se movían y estaban de una pieza.

—Ada, hazme un diagnóstico —pidió la piloto.

—No dispongo de conexión con el núcleo de la nave, pero los daños son catastróficos, me temo —informó Ada—. Lo último que he podido recibir es que hay varias brechas en el casco, tres de los motores tienen daños irreparables y hemos perdido mucho oxígeno. Se había cortado el suministro justo antes de perder la conexión con el núcleo.

La piloto se levantó de su asiento y comprobó uno por uno el estado del resto del equipo.

—Bien, tenemos que salir de aquí —dijo.

Todos se apresuraron a levantarse de sus asientos y se dirigieron hacia la escotilla que había al lado del pasillo de la cabina. La piloto accionó la palanca de apertura de emergencia y un gran tobogán inflable se desplegó desde la parte inferior de la escotilla.

—Vamos, de uno en uno —dijo—. Con tranquilidad.

Todos siguieron las indicaciones de la piloto y abandonaron la Ícaro que, ironía del destino, tenía los motores ardiendo bajo sus alas.

Una vez fuera, Emily pudo contemplar lo dantesco de la situación. En un planeta desconocido, sin radio para comunicarse con la estación Asimov y con unos trajes cuyo soporte vital era limitado.

«¿Puede ir peor?, pensó con resignación.

33

Vida

7 de mayo del año 0

Localización 3. Kepler-442b

La única parte positiva de lo que acababa de ocurrir era que, al menos, estaban todos en perfectas condiciones. Las sujeciones de los asientos de la cabina de la Ícaro habían evitado un mal mayor, y los propios trajes protegieron el cuello de los tripulantes de sacudidas bruscas. Aun así, la moral estaba por los suelos. Por si no fuera ya difícil de por sí sobrevivir en un entorno y situación como la que estaban viviendo, esta desgracia los situaba al límite.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó el soldado Parrish—. Sin radio, sin nave…

—Nuestro principal objetivo tiene que ser el de contactar con la Asimov y procurarnos un lugar seguro donde poder pasar la noche— propuso el teniente Beaufort.

—Primero debemos volver a entrar en la nave y apagar los pequeños fuegos que siguen activos. De lo contrario, podríamos perder el material que no se haya hecho añicos —apuntó Paula.

—Así es —asintió la piloto Balakova—. Tenemos que empezar a movernos. ¡Wilson! —llamó—. Sígame, necesitamos los extintores.

—¡Teniente! —reaccionó también el capitán Garth—. Acompáñeme. Ayudaremos a los pilotos a recuperar todo el material posible. La prioridad es extraer el módulo de supervivencia de la bodega.

—Sargento Cameron —llamó el teniente—. Protejan al resto de la tripulación.

Tanto el teniente Beaufort como el propio capitán siguieron los pasos de los pilotos, que utilizaron los propulsores de sus trajes para regresar a la Ícaro a través de la escotilla de emergencia por la que habían salido todos hacía unos instantes.

El resto de la tripulación se quedó fuera de la nave, esperando mientras contemplaban cómo el fuego declarado en tres de los motores se extendía por la abundante vegetación de la zona. El suelo estaba seco, pero la humedad era bastante abundante, así que por lo menos las llamas no parecían extenderse sin control.

—¿Qué es eso del módulo de supervivencia? —preguntó Paula.

—Es una especie de enorme tienda de campaña plegable —respondió la soldado Ferrara—. Tiene capacidad para veinticinco personas y permite conectar mediante mangueras los suministros de agua, aire y electricidad de la nave, si siguen operativos, claro.

—Pero, si el aire del planeta es irrespirable, ¿cómo entraremos y saldremos de ella? —preguntó Gorka.

—Tendremos que llevar el exotraje puesto —explicó la sargento Cameron—. El módulo tiene un compartimento en la entrada con un mecanismo que elimina el aire del exterior y después lo inunda con el del interior, igualando ambas estancias.

—Pero… —comenzó a objetar Chad —. ¿Y qué hay de los patógenos del planeta? ¿Tiene ese compartimento algún mecanismo para descontaminarnos al entrar?

—Me temo que no, doctor Williams —respondió la sargento—. Vamos a tener que convivir unas horas con vuestra nueva molécula.

—Si es que está presente en este continente —puntualizó Taro.

Aun así, la respuesta de la sargento Cameron no pareció convencer del todo a Chad, que parecía preocupado.

—Desconocemos las consecuencias que esa molécula puede tener sobre nuestro organismo —se quejó—. ¿Y si afecta al cerebro? ¿Y si acabamos todos muertos? Creo que estoy hiperventilando.

—Tranquilo, Chad —intentó calmarlo Emily—. Lo más probable es que la molécula sea inocua y se diseñara para objetivos muy específicos. Además, al controlar nosotros el suministro de aire, la exposición, en cualquier caso, será mínima; tan solo lo que se adhiera a nuestros trajes.

La piloto arrojó un objeto desde la escotilla de emergencia, una pequeña y alargada caja metálica de color naranja que se deslizó por el tobogán hasta donde se encontraban ellos.

—La caja negra de la nave —dijo Gorka mientras se acercaba a recogerla.

—¿Negra? —preguntó Chad—. Pero si es naranja.

—Las cajas negras nunca han sido negras —explicó Gorka—. Se les pone un color chillón para poder localizarlas con facilidad.

El copiloto Wilson arrojó tres extintores de color rojo. El sargento Ortiz y el soldado Parrish los recogieron del suelo.

—Intenten apagar alguno de los focos de fuego —ordenó la sargento Cameron.

Los militares se acercaron al motor más cercano. No les costó mucho apagarlo. De hecho, parecía estar a punto de extinguirse solo ya que no había afectado a la vegetación de alrededor. A pesar de que

este tipo de motores no utilizaba combustible inflamable, las piezas habían cogido demasiada temperatura y habían provocado unas tímidas llamas anaranjadas que habían afectado a los materiales de alrededor. El que la atmósfera de este planeta tuviera una proporción menor de oxígeno que la de la Tierra también jugaba a su favor.

El teniente Beaufort se asomó por la escotilla.

—Vamos a necesitar algo de ayuda para abrir la compuerta de carga de la bodega —dijo—. Ingeniero Martínez, ¿puede echarnos una mano?

—¡Claro! —respondió él.

—Sargento Cameron —continuó el teniente—, reúna un grupo para sacar el módulo de la zona trasera de la nave y traerlo hasta está zona de aquí. —Señaló la pequeña explanada que se abría delante de ellos.

—¡A la orden, señor! —exclamó la sargento.

—Busque una zona lo suficientemente ancha como para trasladar la enorme estructura del módulo de supervivencia.

—Entendido —dijo la sargento—. Bien, ya lo han oído, vamos a intentar atravesar por algún sitio este amasijo de árboles con el que nos hemos topado. Por aquí no se ve ninguna abertura lo bastante grande como para traer el módulo así que inspeccionaremos el otro lado de la nave.

Mientras Gorka saltaba de nuevo al interior para ayudar al teniente y al capitán a abrir la rampa de la bodega, el resto del equipo rodeó la parte delantera de la Ícaro para intentar encontrar una zona más accesible por la que llegar a la parte trasera de la nave.

Tanto la sargento Cameron como la soldado Ferrara iban muy atentas a cualquier movimiento que pudieran detectar en los alrededores, aunque el estruendo del accidente habría ahuyentado a cualquier animal o depredador que pudiera merodear por la zona. Aun así, convenía ser especialmente precavidas, dada la situación.

Por suerte, había un pequeño claro al otro lado del lugar del accidente que permitía un acceso lo bastante cómodo a la parte trasera de la nave. El grupo se dirigió hacia la rampa, que continuaba cerrada. Estaba tan deformada por el impacto que era normal que no pudiera abrirse con normalidad. Dentro se oían golpes y una sierra mecánica.

Se colocaron detrás de la nave y entonces vieron el verdadero alcance del destrozo que el accidente había causado en el bosque. Un gigantesco surco de más de doscientos metros de largo se abría desde la parte trasera de la Ícaro, que lo había destrozado todo a su paso.

Tras unos cuantos golpes más y algún corte de sierra adicional, la

rampa cayó de golpe. Dentro estaban el capitán, el teniente y el doctor Martínez, que portaba una de las sierras de disco de la nave.

—¿Alguien ha pedido un módulo de supervivencia? —bromeó Gorka.

Utilizaron una plataforma elevadora para bajar el enorme cubo que albergaba el módulo de supervivencia plegado y recogido. Sin embargo, la plataforma no podía atravesar la cantidad de ramaje, barro y metal retorcido que había a lo largo del enorme surco que había provocado el accidente, así que tuvieron que levantarlo entre todos para llevarlo al claro de la parte delantera de la nave.

Fue un proceso costoso. Tuvieron que organizarse para distribuir el peso, pero sobre todo, para atravesar esa primera zona devastada, con multitud de barro y zonas irregulares llenas de restos de vegetación rojiza y enormes ramas de árboles que hicieron muy difícil realizar cualquier maniobra.

Si no hubieran dispuesto de los trajes, no habría sido posible sacar la enorme estructura de la bodega de carga. A pesar de tener algún problema para atravesar una zona más densa, coordinándose pudieron cumplir el objetivo y llevar el módulo a una zona más llana y agradable.

—Dejémosla aquí mismo —dijo el capitán Garth.

Soltaron por fin el enorme cubo de tela aislante lo bastante próximo a la nave para poder acercar los suministros con mangueras y cables. Para entonces, el sargento Ortiz y el soldado Parrish ya habían sofocado las tímidas llamas que se habían esparcido por la zona de los motores de la Ícaro.

—Bien, ya solo queda montarla —dijo Gorka—. ¿Alguien se ha leído las instrucciones?

—En realidad debería inflarse, más que montarse —explicó la sargento Cameron—. Tenemos que desplegarla y fijarla al suelo para después enchufarle los suministros y que el propio aire haga que se hinche.

—Antes hay que comprobar que los suministros de la nave son funcionales —intervino el capitán—. Ahora que Ortiz y Parrish han apagado las llamas, entiendo que es seguro que volvamos a entrar para hacer una evaluación de los daños y recuperar todo aquel material que nos pueda servir de ayuda. Sargento Cameron —ordenó —. Usted y el soldado Parrish fijen un perímetro de doscientos metros alrededor del campamento.

—A la orden —dijo la sargento.

—Teniente —continuó—. Usted y el ingeniero Martínez, revisen los suministros de aire, agua y electricidad de la nave y dispónganlos para

ser utilizados desde el módulo de supervivencia.

—Sí, señor —asintió el teniente.

—E intenten ver si podemos disponer de alguno de los drones para asegurar la zona.

—Yo os ayudo —se ofreció Taro.

—Doctora Rhodes —dijo, dirigiéndose a Emily—. La radio es ahora una prioridad todavía mayor si cabe. Encárguese de eso con la ingeniera Gonçalves.

—Bien —respondió sin más, sorprendida por la amabilidad del capitán, algo nuevo en él.

Además, en este caso tenía razón, la nave no tenía aspecto de poder volver a volar y las comunicaciones eran vitales para salir de este embrollo, así que obedeció sin rechistar.

Tanto Paula como Emily se acercaron al tobogán de la escotilla de emergencia. Habría unos seis metros entre el suelo y el pequeño hueco de salida de la nave. Emily había entrenado esta situación durante las últimas semanas, incluso en alturas mayores, pero ver lo estrecho de la escotilla le hizo ponerse nerviosa. Tampoco es que fuera un salto muy peligroso; si no lo conseguía, volvería a caer por el tobogán.

Paula fue la primera en intentarlo.

Se colocó en posición y tomó impulso para que su traje la elevara hasta la abertura, por la que entró sin problemas. Emily visualizó de nuevo la postura de su compañera e intentó imitarla. Cogió impulso pero se quedó corta. Aun así, fue capaz de apoyar las punteras de los pies dentro de la nave y Paula la agarró de la mano y tiró de ella.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió Paula—. Supongo que tendremos que buscar el equipo de comunicaciones portátil.

—Sí, ¿sabes dónde está?

—Sé dónde estaba, en la bodega. Esperemos que no se haya ido muy lejos —dijo con algo de preocupación.

Ambas se dirigieron a la planta inferior, donde pudieron comprobar las deformaciones y roturas del casco de la nave en primera persona. Los tabiques de separación de las diferentes estancias estaban destrozados. De los techos colgaban multitud de cables eléctricos e hidráulicos. Había incluso tierra y vegetación del bosque esparcida por doquier.

Tuvieron que atravesar un estrecho e irregular pasadizo que se había formado a partir del amasijo de metal que antes había sido parte del hangar y las cámaras de esterilización. Pudieron acceder a la parte final, donde vieron el rover de la nave con alguna abolladura que otra,

pero en apariencia de una pieza. Sin embargo, casi todo el material que llevaban a bordo se había desestibado con el accidente. Volvieron a contemplar el gigantesco surco que habían dejado a su paso a través de la rampa de salida de la bodega. Parecía un escenario más propio de una guerra.

—¿Qué tenemos que buscar? —preguntó Emily.

—Es una especie de mochila, como de este tamaño. —Paula hizo un gesto.

—Ada, ¿estás ahí? —llamó Emily. Necesitaba que le mostrara alguna imagen que le revelara el aspecto de esa mochila.

—Sí, aunque no tengo conexión con ningún núcleo central de la nave, por lo que mis respuestas serán limitadas —respondió la IA—. Tan sólo puedo atender peticiones relativas a tu exotraje.

—Entendido, tendremos que buscarlo a la vieja usanza.

Registraron los recovecos del hangar. Estaba todo esparcido por todas partes, piezas rotas por doquier. Una de las dos mulas estaba partida por la mitad en una posición imposible. El equipo de comunicaciones podía estar en casi cualquier parte de la bodega.

—¿Dónde estaba antes del accidente? —preguntó Emily.

—Fijado a una de las mallas de sujeción de este lado —respondió Paula, señalando un hueco en el que solo había restos de equipo destrozado—. Pero ahora no está aquí.

Emily se subió con cuidado a una zona de la bodega que tenía bastantes escombros amontonados para echar un vistazo desde arriba e intentar acceder a recovecos que de otra manera no podría. No vio nada que encajara con la descripción.

Paula seguía dando vueltas por diferentes montones de equipo. Encontró una caja de herramientas más o menos intacta.

—Esto puede sernos útil —dijo mientras lo dejaba cerca de la rampa de salida.

Emily bajó de la montaña de escombros y se le ocurrió mirar debajo del rover, en la parte de atrás de la bodega. Había mucho equipo destrozado también bajo del vehículo. Vio una pequeña caja con algo que parecían unas antenas, de unos diez centímetros de longitud sobresaliendo de ella.

—¿Podría ser esto? —preguntó.

Paula se acercó al todoterreno blindado y se agachó para ver a lo que se refería Emily.

—¡Sí! ¡Eso es! Intenta sacarlo.

Emily se arrastró hacía la caja, que se encontraba entre montones de equipo y escombros, y estiró el brazo hasta encontrar las correas de

la mochila y agarrarlas. Lo complicado fue salir de debajo del vehículo con el traje puesto y sin casi espacio para maniobrar.

—Tira de mí hacía afuera —pidió con medio cuerpo debajo del rover.

Paula se acercó a los pies de Emily y la a arrastró hasta que pudo ponerse en pie. Llevaba consigo la mochila de comunicaciones.

—¿Qué tal está? —preguntó, mirando la caja—. ¿Crees que podrás hacer algo con ella?

—Está bastante golpeada, dudo que funcione —respondió Paula mientras manipulaba los botones de la pequeña caja de comunicaciones.

—¿Podrás arreglarla?

—Tengo que abrirla —dijo Paula—. Con un poco de suerte, igual consigo hacer algo reutilizando piezas del sistema de comunicaciones de la Ícaro.

—Bien, pues vamos a intentarlo.

Ambas salieron de la nave de nuevo llevando consigo todo lo que habían podido encontrar que pudiera resultarles de utilidad. Paula se puso a trabajar en el sistema de comunicaciones en cuanto llegaron a la zona del módulo de supervivencia.

La enorme tienda de campaña, de una resistente tela de color verde militar, estaba ya del todo desplegada y anclada al suelo, solo faltaba conectarle los suministros.

Gorka y el teniente Beaufort, por su parte, ya habían concluido con la revisión de los sistemas de soporte vital. En este caso la suerte había estado a su favor y tanto los tanques de agua como los de oxígeno, mucho más protegidos que el resto de los sistemas de la nave, estaban intactos. Prueba de ello era que ya habían conseguido conectar las mangueras al maltrecho fuselaje de la Ícaro y entre todos las estaban colocando para poder conectarlas también al campamento.

—¿Tenemos suministros? —preguntó Emily cuando vio que todos estaban colaborando para extender las mangueras.

—Tenemos oxígeno y agua —dijo el sargento Ortiz—, pero el ingeniero Martínez dice que la fuente de alimentación principal de la nave tiene demasiados daños como para poder arreglarla con lo que disponemos aquí. Han ido a revisar la fuente auxiliar para ver si se puede utilizar.

Emily se puso a ayudar de inmediato a llevar una de las múltiples mangueras que había que colocar cerca de las tomas del módulo de supervivencia. Pronto tendrían todo lo necesario para sobrevivir, al menos durante un tiempo. Solo quedaba el pequeño detalle de que

necesitaban electricidad para poner todo eso en marcha.

Las horas pasaban y los trajes iban consumiendo sus recursos. Chad comenzaba a ponerse nervioso.

—¿Y qué ocurrirá cuando nuestros trajes se queden sin oxígeno? —preguntó.

—Bueno, si conseguimos suministro eléctrico, podríamos cargar los trajes dentro del módulo —dijo la sargento Cameron.

—¿Y si no lo conseguimos?

—En ese caso supongo que tendremos que comprobar cómo de inhóspito es este planeta —respondió casi sin inmutarse.

—¿Por qué no damos una vuelta y observamos un poco la zona? —le preguntó Emily a Chad al ver que el biólogo iba a empezar a hiperventilar de verdad.

Ambos se separaron del grupo unos metros, hasta casi llegar a los límites del perímetro de seguridad.

—Estas especies de árboles son diferentes a las del otro continente, ¿verdad? —preguntó Emily para distraerlo.

—Sí, son distintas —respondió Chad con otro tono—. De hecho, por algún motivo hay muchísima más variedad aquí que en los otros dos emplazamientos, lo que me parece sumamente extraño.

Emily echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que había muchos más tipos de vegetación en esa pequeña zona en la que se encontraban. Se veían flores de diferentes y curiosos colores: naranjas, amarillas, verdes… También había arbustos, algún tipo de helecho y muchas plantas que no podían compararse con nada que hubieran visto antes. Con los árboles pasaba algo parecido, eran muy diferentes entre sí y no recordaban ni de lejos a ninguno de la Tierra. Por norma general, la mayoría cumplían el patrón observado en el otro continente. Troncos muy anchos y hojas muy grandes, aunque se veían algunas excepciones.

—¿Por qué te parece extraño? —preguntó.

—Lo normal es que los bosques, debido a las condiciones climáticas del entorno, suelan estar compuestos de una o dos especies predominantes —explicó Chad—. Aunque se pueden encontrar bosques más heterogéneos en la Tierra, lo habitual es que las especies más preparadas para poblar un determinado hábitat sean las que acaben predominando, impidiendo que otras especies menos preparadas se desarrollen.

»Sin embargo —continuó—, aquí veo decenas de especies en una pequeña porción de terreno. Es muy improbable que habiendo tantas compitiendo por los recursos todas hayan proliferado en sintonía

natural. Es como si alguien hubiera plantado todo esto de forma aleatoria y que esa distribución haya perdurado durante todo este tiempo.

—¿Insinúas que este es el jardín de los creadores del obelisco?

—Puede, no lo sé, pero eso también es muy extraño —dijo—. El obelisco está a miles de kilómetros de aquí, y este lugar parece estar mucho más lleno de vida. Si miras al suelo, verás pequeños insectos, algunos hasta se parecen, salvando las distancias, a los de la Tierra. Cuando hemos ido a buscar el módulo de supervivencia he contado siete especies diferentes de setas. Y si te fijas, entre los árboles verás alguna criatura voladora, no me atrevo a llamarlos pájaros. Pero lo que más me llama la atención —añadió—, es que por primera vez desde que llegamos a este planeta se oye algo más aparte del movimiento de los árboles al son del viento.

Emily se detuvo a escuchar. La situación de emergencia actual no la había dejado pararse a observar el entorno en el que se encontraban. No se había dado cuenta de que, a diferencia de los dos días anteriores, en los que el silencio era casi total, aquí había gran variedad de sonidos. Sonidos animales. Había vida.

34
La noche más oscura

7 de mayo del año 0

Localización 3. Kepler-442b

Gorka y el teniente Beaufort aparecieron en el exterior de la Ícaro con la única mula superviviente, curiosamente la que tenía la etiqueta de la Copérnico. La habían cargado con la fuente eléctrica auxiliar de la nave, un bloque bastante grande, pero manejable.

Entre ambos colocaron la fuente cerca del módulo de supervivencia.

—¿Tenemos electricidad? —preguntó Emily.

—Creo que sí —dijo Gorka—, ahora lo comprobaremos.

—¿Y qué hay de los drones?

—Destrozados entre los escombros —respondió—. La mayoría de la carga se ha desestibado y han quedado aplastados.

—Entiendo —dijo ella con pesar.

Gorka conectó la fuente a la terminal eléctrica de la enorme estructura hinchable y extendió el cable hacía la Ícaro.

—Tenemos que pasar este cable por dentro de la nave hasta las bombas de agua y oxígeno —pidió Gorka.

—Voy yo —se ofreció el soldado Parrish, que cogió uno de los extremos de los cables.

Desapareció con ellos por la puerta de la escotilla y volvió a aparecer al cabo de un rato haciendo un gesto con el pulgar hacia arriba. La conexión estaba lista.

—Llegó la hora de la verdad —dijo Gorka.

Accionó el botón de encendido de la fuente de alimentación, pero no ocurrió nada.

—¿Ya está? —preguntó Chad, extrañado al no oír ningún sonido.

—No, no sé qué pasa —farfulló Gorka mientras revisaba la fuente.

Tardó un rato en darse cuenta de que la propia fuente tenía un interruptor general en la parte posterior. Lo encendió y volvió a apretar el botón. Esta vez, un leve sonido eléctrico surgió de la fuente de alimentación y varias luces y pilotos se encendieron en el panel frontal.

—Ahora sí —sonrió victorioso—. Ya tenemos suministro.

El teniente Beaufort se encargó de accionar la bomba de oxígeno del módulo de supervivencia, que comenzó a insuflar aire hacia el interior. Pocos minutos después, aquello ya tenía forma de tienda de campaña. Una tienda enorme.

—Hay que poner las barras de sujeción interiores —dijo la sargento Cameron mientras recogía un montón de travesaños metálicos del suelo.

—La ayudo, sargento —se ofreció Emily.

La tienda tenía un pequeño compartimento que hacía las veces de intercambiador de ambientes. Para entrar, era necesario abrir la primera de las lonas. Disponía de un cierre especial que permitía sellar de manera hermética la entrada.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó Emily.

—Es fácil —explicó la sargento Cameron—. Una vez hayamos sellado la puerta del compartimento, solo tenemos que accionar este botón de aquí.

La sargento señaló un par de botones rojo y verde que colgaban de un mecanismo.

—El botón verde es para entrar y el rojo para salir de la tienda —añadió mientras pulsaba el verde—. Ahora, el sistema eliminará el aire exterior del compartimento.

Emily oyó el sonido del aire siendo aspirado y de las paredes del compartimento pegándose por la generación de un vacío artificial dentro de la pequeña estancia de entrada.

—Es importante no accionarlo si no se lleva el traje —advirtió la sargento— ya que nos quedaríamos sin oxígeno aquí dentro.

Otro sonido similar, pero con efecto contrario, comenzó a insertar aire en el compartimento, devolviendo las paredes de lona a su estado normal. Cuando un pequeño piloto se iluminó en verde, la sargento Cameron abrió otra de las lonas que permitía el acceso a la estancia más grande.

—¡Vaya! —exclamó Emily—. Esto es mucho más amplio de lo que parecía desde fuera.

—Sí, tiene capacidad para veinte trajes y veinticinco personas —dijo la sargento señalando el recibidor, donde se podían ver unas terminales de suministros que permitían cargar de electricidad, agua y oxígeno los trajes.

La estancia más grande estaba al fondo. Se trataba de una estructura diáfana con espacio más que de sobra para veinticinco esterillas o colchones. También había un par de pequeños espacios que

harían las veces de servicios o vestidores para proporcionar algo de intimidad a la tripulación.

—Bien, vamos a ir poniendo las barras verticales —dijo la sargento—. Coja dos como estas y únalas así.

Emily encontró las barras e hizo lo que la sargento le indicaba.

—Ahora intente introducir este extremo en la parte superior de la tienda —le explicó—. Yo haré lo mismo en este otro punto.

Emily introdujo uno de los extremos en un agujero que había en el centro del techo de la tienda y después metió el otro extremo en un agujero similar en el suelo. La sargento Cameron hizo lo mismo en dos agujeros parecidos que había un poco más al fondo de la misma. Ya habían conseguido estabilizar el techo con respecto al suelo.

—Ahora cogeremos el resto de las barras e iremos haciendo algo similar, pero uniendo la parte superior del techo con las paredes laterales.

Entre las dos fueron dotando de cierta estructura a la tienda de campaña, que, junto con las sujeciones del exterior, parecían hacerla bastante sólida. Cuando acabaron de colocar todas las barras, realizaron el proceso inverso y salieron de nuevo al exterior.

—¿Qué tal ahí dentro? —preguntó Chad—. ¿Es cómodo?

—Lo cierto es que parece bastante acogedor —dijo Emily—. Es como irnos de acampada con los *boy scouts* ¿no?

—Supongo —aceptó Chad—, aunque no creo que nos pongamos a cantar canciones y asar nubes de malvavisco alrededor del fuego.

—Bueno, confórmate con que no tengamos que sufrir una tormenta como la de ayer en estas condiciones.

Chad se quedó parado pensando en la situación del día anterior. Emily se arrepintió de haberlo dicho, sabiendo lo aprensivo que era el biólogo.

—Tranquilo, la mujer del tiempo ha dado una buena previsión para toda la semana —bromeó—. Podrás ponerte las bermudas si quieres.

La broma pareció calmarle, pero siguió con sus particulares preguntas.

—¿Vamos a dormir en el suelo?

—No, luego cada uno se traerá las mantas y el colchón de su camarote —dijo la sargento Cameron.

—¿Y la comida? —siguió.

—También la traeremos.

—Y esta magnífica tienda, ¿tiene servicios? —preguntó.

La sargento Cameron, como otras veces, se quedó mirándole con

los brazos en jarra.

—Vale, entiendo —respondió Chad, dando a entender que los pañales iban a ser de uso obligatorio en estas circunstancias—. No sé si me acaba de convencer la vida de colono.

—Es un poco tarde para arrepentirse, ¿no cree, doctor? —le dijo la sargento Cameron.

Emily se acercó a donde Paula trabajaba sin descanso, intentando comprobar el equipo de comunicaciones portátil.

—¿Qué tal va? —preguntó.

—Creo que voy a poder hacer algo —respondió—. Pero me va a llevar algún tiempo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No, al menos de momento. El accidente ha dañado varios componentes de la placa.

—¿Es grave?

—Bueno, quizá luego tenga que subirme al casco de la nave a recuperar alguna pieza del sistema de la propia Ícaro para soldarla aquí.

—¿Cómo funciona? —preguntó Emily.

—¿Esto?, es tan solo un amplificador de señal —explicó Paula—. Los trajes, y sobre todo nuestros implantes, tienen un alcance bastante limitado. Si nos alejáramos mucho de la Ícaro, bueno cuando estaba de una pieza, no nos sería posible comunicarnos.

—¿Tan poco alcance tienen?

—Los trajes podrían comunicarse con un satélite, por ejemplo. Pero claro, en tierra firme hay obstáculos: montañas, valles, bosques… que impedirían que la señal llegara correctamente a la Ícaro. La nave sería luego la encargada de enviar por láser la información a la estación.

—¿Y con este amplificador llegaríamos a la Asimov? —preguntó Emily.

—Por sí mismo no llega, pero permite acoplarle un láser de alto rango como el que tiene la Ícaro —dijo, señalando un pequeño conector.

—Eso suena a que te llevará tiempo.

—Sí, no creo que lo tenga arreglado para hoy, lo siento.

—Tranquila, bastante es que consigas algo —dijo Emily—. Supongo que estaremos bien.

Comenzaba a atardecer. El capitán se acercó al grupo y les pidió que se reunieran a su alrededor.

—Como ven —comenzó—, la situación es un tanto preocupante

por el estado de la nave y las condiciones del planeta. Además, debemos tener en cuenta que hemos encontrado una construcción alienígena. Así que, por seguridad, esta noche haremos los turnos de tres en tres. El primer turno lo haremos el copiloto Wilson, el ingeniero Martínez y yo mismo. El segundo será para el soldado Parrish, la ingeniera Gonçalves y el doctor Murakami. Acabarán la noche el teniente Beaufort, el doctor Williams y la soldado Ferrara.

«Vaya, está noche no tengo guardia», pensó Emily, un poco decepcionada por no poder ver otro amanecer.

—Ahora deberíamos aprovechar lo que queda de luz para aprovisionar de mantas y alimentos el módulo de supervivencia —ordenó el capitán—. Así que, si son tan amables, que cada uno se procure aquello que necesite para pasar la noche.

Todos se dirigieron a la escotilla de la Ícaro para recoger lo necesario.

—Doctora Rhodes —la detuvo el capitán—. ¿Qué noticias tenemos de la radio?

—El módulo portátil está estropeado —respondió Emily—, pero Paula cree que podrá arreglarlo si recupera alguna pieza de la Ícaro.

—¿Podemos hacer nosotros algo? —preguntó el capitán.

—Supongo que necesitará a alguien que la ayude a acceder a la parte superior del fuselaje de la nave, donde está la caja de comunicaciones.

—De acuerdo. Cuando todos vuelvan, lo dispondré para que pueda recuperar lo que necesite.

—Gracias, capitán —dijo Emily.

Todos sacaron las mantas y esterillas de los camarotes de la planta superior de la nave. Además, el sargento Ortiz y la soldado Ferrara comenzaron a deslizar por el tobogán múltiples raciones de comida congelada, artículos de higiene y varias bolsas de la infame papilla con sabor a avena.

Cuando habían acabado de hacer acopio de víveres, el capitán ordenó a la sargento Cameron que ayudara a Paula a acceder a la parte superior de la nave, donde se encontraba el sistema de telecomunicaciones de la Ícaro. Emily no sabía si era algo pasajero o se debía a las circunstancias actuales, pero notaba un pequeño y positivo cambio en el capitán.

Pronto comenzó a oscurecer y fue complicado ver sin luz artificial o sin utilizar el visor de infrarrojo del traje o de los implantes.

—Comenzaremos la guardia ya —dijo el capitán—. Vayan entrando en la tienda y poniendo a cargar los trajes en sus terminales.

Entraron a través del pequeño compartimento que permitía cambiar de atmósfera. Emily dejó su exotraje en una de las terminales de carga y tomó su primera bocanada de aire. Olía a plástico y a cerrado, pero nada a lo que no se pudieran acostumbrar. No quería comentarlo en alto, pero le preocupaba la exposición que tendrían a la molécula alienígena. Tampoco tuvo mucho tiempo para pensarlo, ya que la soldado Ferrara parecía haberle leído la mente.

—Esperemos que esa dichosa molécula no nos mate mientras dormimos.

—Bueno, al menos no si estamos teniendo un buen sueño —añadió el soldado Parrish con una sonrisa.

Emily reparó en Chad, que no dijo nada pero se le veía intranquilo fuera de su traje. Se acercó a él.

—¿Estás bien?

—Sí, supongo que no me queda otra —admitió con resignación.

—Estate tranquilo, no va a pasarnos nada —dijo Emily, tratando de darle toda la seguridad que pudo.

—Sí, lo sé, es improbable.

Emily se dirigió a la zona del fondo de la tienda para poder asearse un poco en la intimidad que proporcionaban los dos pequeños cubículos que habían instalado allí. Se quitó el mono del exotraje, se aseó con unas toallitas y se puso su ya habitual uniforme.

—Creo que deberíamos cenar algo e irnos a descansar —estaba diciendo la sargento Cameron—. Mañana va a ser otro día duro, aunque esperemos que no tanto como el de hoy.

—Sí —coincidió el soldado Parrish—. Tengo hambre, aunque no sé si suficiente como para comerme una ración de comida a medio descongelar.

—Pues la alternativa es la papilla horripilante —dijo con sorna la soldado Ferrara—. Así que elige.

—Creo que cenaré el helado —decidió el soldado, optando por el menor de los males.

Emily había dejado su esterilla al lado de la de Chad, sin darse cuenta de que la del otro lado era la de Robert. La puso nerviosa enterarse de que iban a dormir tan cerca.

—¿Ya te has puesto cómoda? —le preguntó Robert, todavía con el mono puesto.

—Sí, no aguantaba más con esa dichosa ropa.

—Supongo que me he acabado acostumbrando a tenerlo puesto —dijo él—. Son muchos años haciendo maniobras y prácticas con ellos, ya ni lo siento.

—Toma, Emily —Paula le dio una bandeja de comida.

—Gracias.

—Teniente —le ofreció también la suya.

—Gracias, Paula. Creo que, antes de nada, voy a ponerme yo también más cómodo.

Emily miró su bandeja de comida congelada. Eran un par de filetes artificiales de pescado hechos a la plancha con algo de guarnición.

—Esto tendría muy buena pinta si no pudiera romper un cristal con ello —dijo Emily al comprobar el estado de congelación de su bandeja.

—Puedes pensar que es un helado —propuso Chad mientras lamía uno de sus filetes.

Emily no pudo evitar soltar una carcajada que resonó en toda la tienda. El resto también comenzó a reír con la ocurrencia de Chad. Pero la verdad es que no parecía tan mala idea.

—Podría ser peor, la verdad —dijo sonriente la piloto Balakova.

Cuando el teniente volvió de cambiarse de ropa, se encontró a toda la tripulación lamiendo el pescado. Su cara de extrañeza provocó aún más risas.

—Me niego a preguntar qué es lo que están haciendo —dijo mientras se sentaba en su esterilla—. Aunque parece divertido.

Así que, sin dudarlo, les imitó.

Todos rieron durante un buen rato. Les vino muy bien ese momento distendido para relajarse un poco después de un día tan aciago y largo. Charlaron algo, pero pronto apagaron las luces, ya que tres de ellos tenían que hacer el segundo turno de guardia.

A pesar de las preocupaciones y de la situación, Emily cayó rendida.

Todo era muy confuso.

Emily comenzó a oír una alarma en su cabeza y abrió los ojos sobresaltada. Todo estaba a oscuras, pero fuera parecía estar desatándose un infierno. Se oían disparos de fusil y unos gruñidos guturales que helaban la sangre y que parecían provenir de la parte lateral de la tienda. A través de su implante, Emily oía los gritos de Taro y el soldado Parrish.

—¡Nos atacan! ¡Maldita sea!

—¡¿Qué demonios?! —gritó el capitán, igual de sobresaltado que el resto de los que se encontraban dentro de la tienda—. ¡A los trajes! ¡Rápido!

El capitán estaba ya casi dentro del suyo cuando Emily empezó ser consciente de lo que ocurría. Robert pasó casi por encima de ella mientras se dirigía veloz hacia su traje. Alguien encendió una luz. Todos estaban ya de pie, en un caótico ir y venir por la tienda.

Emily se dirigió a toda prisa a por su exotraje. El corazón le latía a mil por hora.

«¿Qué o quiénes nos está atacando?», pensó mientras escuchaba los terroríficos gruñidos y gemidos del exterior.

Los disparos habían cesado.

El resto del equipo militar ya estaba en la cámara de salida cuando Emily alcanzó su traje. Se introdujo en él mientras veía a Gorka meterse en el suyo.

—¡Paula! —le gritó a Emily—. Paula está afuera.

La piloto Balakova, Gorka y Emily entraron todo lo rápido que pudieron en la esclusa de salida y, tras realizar el cambio de atmósfera, consiguieron salir al exterior. Estaba muy oscuro. Emily encendió la luz de su casco para poder ver algo. No parecía haber nada extraño en la explanada donde estaban acampados, pero dentro del bosque aledaño se podían oír todavía algunos gruñidos, algo lejanos ya.

Emily observó a su alrededor. Solo podía ver a los recién salidos proyectando haces de luz mientras se dirigían gritando a los límites de la zona abierta, todos igual de desconcertados. Vio a Taro en medio del claro, con una rodilla clavada en el suelo y empuñando su katana con el filo apoyado en la tierra. En la otra mano relucía su *wakizashi*. Corrió hacia él.

—¡Taro! —gritó preocupada—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado?

Taro se giró hacia ella con los ojos abiertos como platos. Tenía las pupilas dilatadas, en estado de shock. Se le veía exhausto, sin aliento. Tenía el traje y el filo de sus dos armas totalmente cubierto de un líquido denso de color azulado.

—¡¿Taro?! —preguntó de nuevo, casi histérica—. ¿Dónde está Paula? ¿Dónde está el soldado Parrish?

—¡Paula está aquí! —oyó a Gorka desde detrás suyo—. Está muy asustada, pero creo que está bien.

—¿Qué demonios ha pasado? —El capitán volvió del límite del área segura con cara de pocos amigos—. ¿Dónde está Parrish? —preguntó mientras agarraba con fuerza a Taro de un brazo.

—Está… está muerto —dijo Taro casi en un susurro y con la mirada perdida—. Ellos… se lo han llevado.

—¿Quiénes? —preguntó el capitán con más vehemencia y agarrándole de ambos brazos—. ¿Quiénes se lo han llevado?

—Los *Yokai* —murmuró Taro, clavando en el capitán una mirada penetrante.

—Taro —lo llamó Emily—. ¿Qué es lo que has visto? ¿Qué es un *Yokai*?

—Un… demonio —respondió Taro.

Se les heló la sangre.

—Estás cubierto de algo que parece sangre —dijo el capitán—. ¿Dónde están los heridos? ¿No has podido acabar con ninguno?

—He acabado con muchos —dijo Taro muy serio—. Decenas de ellos.

—¿Entonces? ¿Dónde están los cuerpos?

—Ellos… se llevaron a sus caídos.

El capitán se cansó de preguntar a Taro y se dirigió como una flecha hacía donde se encontraba Paula, todavía sin reaccionar a los intentos de Gorka por tranquilizarla.

—¡¿Qué demonios ha ocurrido aquí?! —le preguntó a gritos.

—Tranquilícese, capitán —se interpuso Gorka—. Está en estado de shock.

—Quítese de en medio —le increpó el capitán.

—Usted no va a tocarla ni un pelo —amenazó Gorka.

—Le he dicho que se aparte —bufó el capitán apuntando a Gorka con su fusil.

—Atrévase a disparar —le retó Gorka con una determinación que asustó a la propia Emily, que en vista de lo que estaba ocurriendo, y para evitar males mayores, se apresuró a intermediar entre ambos.

—Capitán —dijo con voz suave—. Podemos ver las imágenes de las cámaras, no es necesario llegar a esto.

Agarró el cañón del fusil y consiguió que bajara el arma.

—Ya hablaremos usted y yo —gruñó el capitán.

—Cuando usted quiera —le respondió Gorka, volviéndose a atender a Paula.

—Ada, muéstranos las imágenes del traje de Taro.

—Enseguida.

Ada proyectó las imágenes en los visores de todo el equipo, salvo en las de los dos supervivientes. La imagen, de visión infrarroja, comenzaba mostrando a Taro y el soldado Parrish conversando amigablemente. Detrás de ellos se podía vislumbrar el borde de uno

de los bosques donde habían acampado. Sin embargo, de repente el radar mostró un par de puntos rojos en la esquina superior derecha. Pronto fueron cinco, luego doce, y en poco tiempo había decenas de puntos rojos dirigiéndose al campamento a toda velocidad. Los gruñidos que comenzaban a sonar por todas partes eran aterradores, como de otro mundo.

Unos segundos después pudieron ver a los primeros. Su piel era de un gris muy pálido, mortecina. De más o menos un metro y medio de altura, caminaban semi erguidos sobre dos alargadas piernas, aunque utilizaban los reversos de sus enormes y afiladas garras para darse un mayor impulso en la carrera. Sus fauces eran feroces y recorrían la parte inferior de sus cabezas de lado a lado repletas de afilados colmillos, decenas de ellos. Pero, sin duda, lo más perturbador era la ausencia de otros órganos o facciones en la parte frontal de su cabeza. Por encima de su boca tan solo había cráneo. Donde debería haber dos orejas, este se hundía hacía el interior, formando una especie de recoveco auditivo. Pudieron observar cómo se paraban para mover la cabeza hacia ambos lados con rápidos gestos, orientándose en la oscuridad.

En poco tiempo había varias decenas de esas criaturas corriendo hacia Taro y el soldado Parrish, quien desenfundó el fusil sin pensárselo dos veces y empezó a disparar. Algunas criaturas fueron derribadas por los disparos, pero eran demasiadas. Taro desenfundó su katana y esperó en posición de defensa a que se le acercarán.

La primera le llegó desde la derecha y saltó hacía Taro intentando alcanzarlo con las enormes garras de sus extensos miembros superiores. Él dio un paso hacia ella y, en un rápido y limpio movimiento de su cuerpo, clavó la katana en el torso utilizando su propio impulso para empujarla por encima de él y extraer la hoja. La siguiente vino desde el frente y Taro, girando su cuerpo trescientos sesenta grados, asestó un tajo en diagonal que casi parte en dos al atacante.

El soldado Parrish seguía disparando en todas las direcciones mientras intentaba recular en dirección a la tienda. «¡Nos atacan! ¡Maldita sea!», se oyó cómo gritaba. Pero Taro no pudo descansar ni un solo instante. Esta vez llegaron dos al mismo tiempo, uno por cada lado. Tuvo que sacar su otra arma para, rodilla en suelo, asestar dos golpes certeros. Al primero lo degolló con su *katana*; al segundo lo apartó de un golpe de su *wakizashi*, malhiriéndolo, pero le bastó otra pirueta para rematarlo.

Una tras otra, las criaturas iban cayendo a sus pies a medida que se acercaban a Taro. Pronto Emily perdió la cuenta de los enemigos caídos, pero continuaban llegando, cada vez más. Acorralaron al

soldado Parrish entre varios. Taro intentó avanzar hacia su compañero, pero eran demasiados, no podía moverse del sitio sin que tres enemigos le cerraran el paso. Uno de ellos, que saltó desde atrás, le arrancó el casco al soldado Parrish de un potente tajo. Intentó defenderse como pudo, pero consiguieron inmovilizarle los brazos y lo acabaron derribando. Taro seguía fajándose de las criaturas, pero ya había dejado de ver al soldado Parrish, que se encontraba en el suelo rodeado de enemigos.

«¡Luz!», se oyó gritar a Taro. La cámara cambió de inmediato la tonalidad de la grabación, pasando del blanco y negro a unos colores apagados.

De repente, las criaturas, cuya piel era en realidad de un tono azulado muy pálido, dejaron de acercarse a Taro, solo enseñaban sus enormes hileras de colmillos y su puntiaguda lengua, amenazándole en la distancia. Vieron cómo los supervivientes arrastraban a sus compañeros caídos, pero no se distinguía por ninguna parte dónde estaba el soldado Parrish. Seguramente habría sido arrastrado por alguno de los grupos de criaturas que continuaban con vida. En poco tiempo el lugar volvía a estar desierto. Entonces, cuatro figuras vestidas con un exotraje y armadas con fusiles de asalto aparecieron en el campo visual de la cámara de Taro que, exhausto, hincó la rodilla en el suelo.

—¡Dios mío! —murmuró Emily—. ¿Qué demonios son esas cosas?

—Sean lo que sean, tienen a Parrish —dijo la soldado Ferrara, sosteniendo un pedazo del casco de su compañero desaparecido—. Tenemos que ir en su búsqueda.

—No sabemos cuántas de esas criaturas quedan con vida, podrían ser cientos —dijo el sargento Ortiz.

—No debemos abandonar esta posición para meternos en un bosque a oscuras —intervino el teniente Beaufort—. Sigue habiendo civiles aquí.

—Da la impresión de que se han asustado con la luz —comentó la sargento Cameron.

—El teniente tiene razón —dijo el capitán—, pero no pienso abandonar a su suerte a un soldado valiente como Parrish. Necesito dos voluntarios para seguir el rastro.

—Yo —dijo la soldado Ferrara sin dudarlo.

—Y yo —replicó el teniente Beaufort, quitándole la palabra de la boca a la sargento Cameron.

—Yo también quiero ir. —Emily dio un paso al frente.

El capitán Garth se quedó algo pensativo, pero acabó por acceder

al ofrecimiento.

—Bien, síganme los tres —ordenó—. Sargento Cameron, se queda al mando del campamento. No usaremos la radio si no es estrictamente necesario.

—Sí, capitán. —Parecía decepcionada.

Emily desenfundó su pistola y siguió con cuidado los pasos de Garth, que abría el paso. El bosque parecía cerrado, debido a la gran cantidad de follaje que había entre los árboles, y la luz de los propios cascos que se reflejaba en las plantas más cercanas no permitía ver con nitidez más allá de un par de metros. Al menos de momento, no se oían gruñidos ni ningún tipo de actividad en el bosque, aparte de los insectos del lugar.

El capitán consiguió encontrar un pequeño rastro de sangre roja entre toda la hierba pisada y la propia sangre de las criaturas. Les hizo un gesto al resto para que estuvieran atentos al rastro, que por el momento parecía bastante evidente y fácil de seguir. Tras avanzar unos cuantos metros más, el capitán detuvo la marcha levantando su puño derecho en alto. Unos pasos más adelante parecía que había algo en el suelo, no demasiado grande. El capitán se acercó fusil en mano mientras Emily y los demás cubrían su avance y se agachó a recogerlo. Era un trozo de bota del traje del soldado Parrish, cubierto de sangre de color carmesí.

Emily sintió nauseas, pero se concentró en controlar su cuerpo. El rastro de sangre crecía por momentos y Emily se temió lo peor. Continuaron avanzando entre árboles de diferentes especies y vegetación de todo tipo. El capitán Garth estuvo a punto de abrir fuego cuando un animal que se encontraba en algún árbol cercano echó a volar.

Unos minutos después encontraron lo que no querían ver. Una masa sanguinolenta de color rojizo de lo que hacía unos minutos habían sido las vísceras del soldado Parrish.

—¡Malditos bastardos! —bufó con desesperación la soldado Ferrara sin poder reprimirse.

El capitán hizo un gesto para que peinaran la zona de alrededor, pues el rastro de sangre finalizaba allí. Los cuatro se separaron unos metros, pero a pesar de que la zona estaba tan pisada como si hubiera pasado por allí una manada de elefantes, no había más rastros, ni siquiera de sangre azulada.

—Creo que deberíamos volver —propuso el teniente Beaufort—. Me temo que ya no encontraremos al soldado Parrish.

35
El primer encuentro

8 de mayo del año 0

Localización 3. Kepler-442b

Amanecía cuando los cuatro exploradores regresaron al campamento. El cielo permanecía nublado, y por la concentración de nubes no parecía que fuera a despejar en breve. No habían intercambiado una sola palabra en todo el camino de vuelta. Allí les esperaban el resto de componentes de la expedición con el corazón en un puño.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la sargento Cameron—. ¿Qué han visto?

—El soldado Parrish ha muerto —dijo muy serio el capitán Garth, pasando de largo.

Todos ahogaron el llanto por el joven soldado, que había dado su vida defendiendo el campamento.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó el sargento Ortiz—. No tenemos radio, no tenemos un refugio. Este lugar no es seguro.

—Tenemos que contactar con la Asimov como sea —dijo el teniente Beaufort—. No deberíamos permanecer en este lugar cuando caiga la noche.

—Sí, supongo que podrían volver —respondió Emily—. Hablaré con Paula.

Le preocupaba tener que pedirle que volviera al trabajo después de haber presenciado la masacre.

Emily guardó el arma y se dirigió hacia Paula, que permanecía apoyada contra unas cajas de suministros acompañada por Gorka.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Mejor —asintió ella.

—¿Te ves capaz de hablar?

—Sí.

—¿Vistes algo anoche que pudiera ayudarnos de alguna manera?

—No, yo… estaba intentando arreglar este maldito trasto cuando empezamos a oír los gruñidos.

Paula hizo una pequeña pausa, emocionada al recordar la escena.

—Supongo que, al estar con la luz del casco encendida, no se acercaron a mi —sollozó—. Pero al pobre Brian… Yo… me quedé paralizada por el miedo… ni siquiera pude reaccionar… y tampoco me di cuenta de que la luz podría ser la clave…

—Está bien, Paula —intentó tranquilizarla—. Nadie en una situación así puede pensar con claridad.

—Supongo. —Se encogió de hombros mientras un par de lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Sabes que, si no fuera importante, no te lo pediría en tu estado anímico, pero necesitamos contactar con la Asimov.

—Lo sé.

—¿Crees que podrás?

—Sí —asintió con la cabeza—. No te preocupes, ya estaba cerca de conseguir algo cuando ocurrió todo.

—Yo la ayudaré —se ofreció Gorka.

Ambos se pusieron manos a la obra.

Emily decidió entonces centrarse en Taro.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Emily.

—Bien, creo —respondió—. Aunque lamento no haber podido hacer nada por salvar al pobre soldado Parrish.

—No digas eso, Taro. No es culpa tuya, eran demasiados. Además, nadie habría sido capaz de rechazar a tantos como hiciste tú.

—¿Los habéis encontrado?

—No. El rastro seguía mucho más lejos —reconoció Emily—. Hemos regresado cuando hemos… bueno, cuando ya no había posibilidad de hacer nada más.

—Chad dice que son fotosensibles, que parecen utilizar una especie de sonar natural para geolocalizar a sus enemigos y al resto de sus congéneres. Supongo que mientras haya luz, estaremos a salvo.

—Sí, eso parece. ¿Crees que eran inteligentes?

—¿Inteligentes? ¿Como para crear un obelisco? No —aseveró Taro—. Pero sí que parecían comunicarse entre ellos. Chad dice haber visto en las grabaciones a una de las criaturas que no atacó en ningún momento, sino que permaneció atenta, contemplando el ataque, ladeando su cabeza a uno y otro lado. Y en cuanto encendí la luz, pareció cambiar el tono de su gruñido. Fue entonces cuando todos comenzaron a retirarse.

—¿Un líder?

—Sí. Y otra cosa todavía más interesante. La sangre de las criaturas.

—¿Qué le pasa? —Emily observó el traje de Taro con curiosidad. Había algo diferente en él.

—Al aparecer los primeros rayos de sol, poco menos que ha entrado en ebullición y casi se ha desintegrado por completo.

Emily reparó en las manchas de sangre que había en el traje. Ya no eran líquidas, ni siquiera azules. Habían tomado un tono más oscuro, casi negro y estaban resecas.

—Chad ha recogido las muestras que ha podido, pero teme que no haya ya gran cosa que analizar.

Emily buscó alrededor de la zona del combate y todas las manchas de sangre azulada que había en el suelo, sobre la hierba, parecían haber sufrido el mismo proceso. Tan solo quedaban pequeñas sombras resecas en la vegetación.

—Deberías intentar descansar un poco —dijo Emily—. Si estáis en lo cierto y no pueden sobrevivir a la luz del día, deberíamos aprovechar para comer algo, descansar y recargar los trajes. No sabemos cuándo podremos contactar con la estación.

Todos acordaron entrar en la tienda, aunque el capitán Garth decidió dejar por lo menos a dos personas armadas fuera, por seguridad.

Emily se pasó media mañana repasando las grabaciones de Taro y de Paula. Pudo corroborar que la linterna de Paula le había salvado la vida, y también lo que decía Chad sobre el líder de las criaturas. Había una presencia en el borde del bosque que parecía dirigir al resto por medio de algún tipo de comunicación sonora. Helaba la sangre verla en la distancia.

Taro descansó un rato en su esterilla, pero Paula, que casi no había pegado ni ojo la noche anterior, continuaba concentrada en la reparación de las comunicaciones. Emily quería saber qué tal le iba, pero sin atosigarla, así que la dejó tranquila con Gorka, que parecía saber lo que hacía.

De repente comenzó a oírse ruido estático desde la mochila de telecomunicaciones. Acto seguido, una voz metálica sonó en la tienda: «Aquí el control de misión de la estación espacial Asimov. Este mensaje va dirigido a la tripulación de la Ícaro. Si están oyendo esto, el punto de encuentro se ha establecido en la localización número tres».

Emily se acercó rauda a donde estaba Paula, que lucía una amplia sonrisa.

—¡Genial! —la felicitó—. ¡Tenemos radio!

—Sí —confirmó—. Pero hay un problema.

—¿Cuál? —preguntó Emily, rebajando su tono eufórico.

—Que el módulo emisor no voy a poder arreglarlo con lo que tenemos aquí.

Emily se quedó un rato pensativa. Eso representaba un contratiempo.

—Entiendo. Aunque al menos sabemos que tenemos un punto de extracción —dijo señalando el aparato, que continuaba emitiendo en bucle el mismo mensaje una y otra vez.

Emily creía recordar que el protocolo para los casos en los que se extraviaba una expedición exigía utilizar un punto conocido por todos para el rescate. Por supuesto, se deberían tomar las precauciones necesarias en caso de amenaza de otra civilización o de exposición a algún tipo de patógeno. Todos eran conscientes ya de que iban a tener que pasar una temporada en cuarentena debido al descubrimiento de la molécula alienígena.

El capitán y el teniente se acercaron a escuchar las novedades.

—Si el mensaje es correcto, deberían estar buscándonos en la localización tres —dijo el teniente Beaufort.

—Tenemos que movernos de aquí —dijo Emily—. Llevamos ya más de un día sin contactar con ellos. El protocolo es claro en ese sentido.

—Pero debemos tener en cuenta que aquí, al menos de momento, podemos recargar los trajes —dijo el capitán—. Si nos movemos, perderemos la capacidad de carga.

—Eso nos daría unas veinticuatro horas de oxígeno —argumentó el teniente.

—Es jugárnoslo todo a una carta —respondió el capitán—. Si no están en la localización tres, tal vez no tengamos la posibilidad de volver, al menos no de día.

—Siempre será mejor eso que afrontar otra noche aquí —dijo Emily.

—Deberíamos recoger lo que sea importante y que podamos llevarnos con nosotros e intentar llegar hasta el punto de extracción —insistió el teniente Beaufort.

—Pero ni siquiera sabemos en qué punto estamos ahora mismo —argumentó el capitán—. ¿Cómo vamos a saber llegar al punto de extracción si no sabemos ni dónde estamos?

—Bueno, Ada ya había cartografiado el planeta al completo antes de partir. La cartografía está disponible en nuestros trajes —comentó Emily—. Podría abrir la caja negra de la nave para encontrar la última ubicación conocida. Si contrastamos las imágenes de la cartografía con el entorno, tendremos una posición aproximada de muestra situación.

—Es buena idea —dijo Robert.

—Bien, póngase a ello, doctora —ordenó el capitán—. Teniente, tenemos que gestionar al máximo la carga de los trajes. Llévese a alguien y cargue la mula con todo lo que estime importante.

—Sí, señor.

El teniente comenzó a preparar la marcha mientras Emily recogía la caja negra de la nave y empezaba a manipularla. Gracias a que fue previsora, la versión reducida de Ada había incluido todo tipo de información sobre la Ícaro, así que pudo consultar mediante su implante ocular lo que necesitaba saber para manipular y extraer información de la caja negra de la nave. En menos de media hora ya disponía de la localización aproximada en la que se encontraban, e incluso había podido contrastarlo con la cartografía.

—Capitán, tengo lo que necesitamos.

—Bien, pásemelo.

Emily le envió toda la información que había recabado para que la pudiera consultar a través de su implante.

—Parece que la aproximación se hizo desde el sur —explicó Emily —. Lo he corroborado también con la teniente Balakova.

—Ya veo.

—Estamos a unos veinticinco kilómetros al sur de la localización tres —aseguró Emily—. Ahora el problema es cómo orientarnos. Sin los drones, Ada no puede trazarnos una ruta.

—Parece que hay un río bastante caudaloso un poco más al norte de nuestra posición. Si lo alcanzamos solo tendríamos que seguir su curso en dirección noreste y después hacia el este —dijo el capitán—. Lo encontraremos. Me las he visto en peores.

Todo el mundo se afanó en recuperar lo que fuera vital para la expedición, como las muestras del laboratorio, armas o tecnología que pudiera ser de utilidad y estuviera de una pieza. En un par de horas, pasado el mediodía, la mula estaba ya cargada y los trajes con la batería y suministros casi al máximo. Aprovecharon para comer dentro de la tienda antes de desconectarlo todo. Nadie tenía ganas de hablar.

Cuando salieron, desconectaron la tienda y aseguraron la fuente de alimentación en la mula, que casi iba al tope de su capacidad. El resto lo dejaron tal cual había quedado tras el accidente.

—¿Vamos a dejar el rover también? —preguntó Gorka.

—No cabemos todos en él —respondió el teniente—. Y casi con toda seguridad, el transporte que envíen a recogernos será ligero, preparado para la cuarentena que nos espera, así que tendríamos que

dejarlo abandonado en el punto de extracción. Está mejor aquí.

—Qué pena.

—Supongo que algún día volveremos a por él —pronosticó el teniente.

Tomaron dirección norte sin mirar atrás cuando abandonaron el claro para adentrarse en el bosque. Querían salir de allí cuanto antes. Tenían el tiempo justo para llegar al punto de extracción antes de que anocheciera.

La marcha iba a buen ritmo. Al principio, los militares avanzaban con cautela, parando cada cierto tiempo para observar el entorno, pero pronto aumentaron la velocidad, ya que nadie se paraba a distraerse con la diversidad animal que encontraron en el bosque, ni siquiera Chad.

La vegetación y maleza entre los árboles era abundante en algunos lugares, y Taro abrió paso en algún punto con su katana. Chad había perdido ya la cuenta de las diferentes especies vegetales que había visto. Por suerte para él, podría revisar más adelante todas las imágenes para catalogarlas con la ayuda de Ada.

—Deberíamos estar llegando al río —comentó Emily, revisando las imágenes.

—Llevamos casi once kilómetros sin descanso —se quejó Chad.

—Pararemos un rato cuando lleguemos al río y encontremos un lugar seguro para hacerlo —dijo el teniente.

—Pero solo podremos comer la papilla del traje —siguió Gorka, que marchaba con Paula justo detrás de ellos.

—Quién me iba a decir a mí hace unos días que iba estar deseando volver a la estación y comer las dichosas setas de los menús —dijo Chad.

—Sí —reconoció Emily—. Tampoco me importaría comer algo de brócoli.

Tras ascender y descender varias colinas llegaron a una un poco más escarpada que las demás, aunque la superaron sin más problemas gracias a la asistencia de los trajes. Desde arriba pudieron oír el discurrir del agua en la parte inferior del valle. Aun así, llegar hasta la orilla no fue sencillo. El bosque era bastante cerrado y los nubarrones del cielo no ayudaban demasiado a ver por dónde pisaban.

Consiguieron bajar a la orilla del río, que resultó tener un buen caudal y bajar con bastante fiereza. Escogieron una pequeña explanada rocosa para hacer un alto. El río parecía algo más tranquilo en esa zona, al no haber tanto desnivel.

—¿Cuánto habrá hasta la otra orilla? —preguntó el sargento Ortiz

mientras se sentaba en una roca observando el agua.

—Calculo que unos cien metros —respondió Taro.

—¿Habrá peces aquí? —quiso saber la soldado Ferrara.

—Vista la cantidad de fauna que hay en este continente, diría que es bastante probable —asintió Chad—. Aunque tampoco sé si los llamaría peces.

—Yo solía ir a pescar con mi abuelo —les contó el sargento Ortiz —. Y este parece un buen sitio para hacerlo, el agua está embalsada.

—Por desgracia, no tenemos tiempo para comprobarlo —dijo la soldado Ferrara.

Las conversaciones comenzaron a fluir de nuevo, una vez habían dejado bien atrás su anterior campamento.

Emily, que apenas había hablado durante ese pequeño descanso, miraba fijamente la quietud de las aguas. Le daba paz observar el pausado avance del río hacia tierras más bajas. Dio un pequeño sorbo del tubo de su derecha. De repente, el visor de su casco detectó movimiento en la otra orilla. Dos figuras que caminaban erguidas acababan de aparecer de entre los árboles del otro lado del río, en dirección a la orilla.

Se le heló la sangre al verlos y su corazón volvió a latir con fuerza.

—Zoom —pidió.

Ada aumentó el zoom de su visor y pudo observar a las dos figuras con más detenimiento. Tenían la piel muy oscura, aunque se notaba una cierta tonalidad rojiza. Sus ojos eran grandes y completamente negros, sin fondo blanco. Su cara no tenía demasiadas facciones, apenas una boca de proporciones humanas y lo que se asemejaban a dos agujeros respiratorios. En vez de pelo parecían tener una especie de protuberancia ósea que hacía que la parte superior de su cráneo no fuera redondeada. También se dio cuenta de que solo tenían cuatro dedos en las manos. No fue capaz de determinar su altura, dada la distancia, pero podría ser similar a la humana.

Le llamó la atención el hecho de que llevaban ropajes y aparejos encima. Uno de ellos, algo más alto que el otro, llevaba puesta una especie de cazadora de piel oscura y unos calzones de tela que le colgaban por debajo de las rodillas. El otro, que aparentaba ser más joven, vestía un jubón de tela de color marrón. Ambos iban descalzos y cargados con diferentes aparejos que parecían útiles de pesca: un arpón, un par de cestas e incluso algo similar a una rudimentaria caña de pescar.

—¿Alguien está viendo lo mismo que yo? —preguntó Chad.

—Sí —dijo Paula.

La presencia tampoco pasó inadvertida para el capitán Garth, que reaccionó en cuanto su visor le notificó la presencia de los extraños.

—¡Malditos bastardos! ¡Vuelven a por nosotros! —espetó mientras cogía el fusil de su espalda—. ¡Pagareis por lo que le habéis hecho a Parrish!

Emily reaccionó con rapidez y se abalanzó sobre el capitán para desviar su fusil hacia arriba. El ruido de la ráfaga fue atronador y muchos de los animales del bosque huyeron despavoridos. Las dos criaturas, asustadas, tiraron sus útiles de pesca al suelo y comenzaron a correr de vuelta al bosque.

El capitán, fuera de sí, empujó violentamente a Emily, que cayó hacia atrás y se golpeó contra las rocas de la orilla. Gorka se abalanzó sobre el capitán e inmovilizó sus brazos desde la espalda, mientras el teniente Beaufort intentaba desarmarlo.

—¡Soltadme! —gritó él intentando escapar de la llave.

La sargento Cameron apuntó a Gorka con su fusil, mientras la soldado Ferrara y el sargento Ortiz no sabían muy bien qué hacer.

—Le ruego que se tranquilice y suelte el arma, capitán —le pidió el teniente mientras intentaba arrebatarle el fusil.

Pero Garth no atendía a razones y continuaba gritando.

—¡Suelten al capitán! —exigió la sargento Cameron.

—Acaba de abrir fuego contra una raza alienígena sin motivo alguno, contraviniendo el párrafo 7b de la normativa 126 de la iniciativa —respondió el teniente con una voz tan seria que hasta la sargento Cameron titubeó—. Y, además, ha atacado a la civil al mando de la expedición. Capitán, tengo que pedirle que deponga su actitud, de lo contrario…

—De lo contrario, ¿qué? —interrumpió—. Maldita alimaña, siempre se ha puesto del lado de los agresores, igual que en la Copérnico… No pienso volver a tolerar este tipo de insurrecciones.

Utilizó el propulsor de su traje para zafarse de Gorka, que salió despedido hacia atrás. Acto seguido se abalanzó sobre el teniente que, sorprendido por la agilidad del capitán, acabó por perder el equilibrio. Garth consiguió recuperar su fusil y pisó contra el suelo el brazo con el que el teniente sujetaba su arma. Luego le apuntó a la cabeza.

—¿Y ahora qué, maldito hijo de mil padres? —le espetó—. ¿Cree que me va a temblar el pulso? ¿Cree que no seré capaz de meterle un balazo entre ceja y ceja?

—Capitán, cálmese por favor —pidió Emily, incorporándose.

—¡Y usted, maldita zorra! —gritó el capitán, girando el fusil hacia ella—. Le juro que, si se vuelve a entrometer, le vacío el cargador a

usted y a su ingeniero valiente —dijo señalando a Gorka—. Y después de eso, acabo con este maldito grano en el culo —volvió a dirigirse al teniente Beaufort.

El capitán giró amenazante su cuerpo para apuntar al resto de presentes. Luego bajó el arma, no sin antes amenazar de nuevo al teniente Beaufort.

—Ya hablaremos usted y yo, teniente —bufó entre dientes.

El capitán miró hacia el otro lado del río y dio por perdida la oportunidad.

—¡Se acabó el descanso! ¡Ferrara! ¡Sargento Cameron! —espetó—. Quiero que sean especialmente celosas con la otra orilla. Si se mueve un puto grillo, quiero ser el primero en saberlo. Ese par de bastardos habrán ido a avisar a sus congéneres.

La situación seguía tensa, pero todos obedecieron sin replicar. Emily ayudó a Robert a levantarse y este recogió su fusil del suelo, más herido por la humillación que por el propio golpe.

Reanudaron la marcha en silencio, lo que le permitió a Emily centrarse en sus propios pensamientos.

«¿Qué había querido decir el capitán con que Robert siempre se pone del lado de los agresores?», pensó. «¿Y qué eran esas criaturas? No se parecían en nada a las que atacaron el campamento» «¿Serían las que construyeron el obelisco? ¿Las que crearon la molécula?».

Tras un par de kilómetros siguiendo el curso del río, llegó la hora de dirigirse hacia el este. Quedaban pocas horas de luz y el cielo nublado dificultaba la visión, así que encendieron las linternas de los cascos para poder ver con más nitidez. Subieron una colina y cruzaron un par de zonas boscosas hasta que visualizaron un claro que podía coincidir con las características del punto de extracción.

Allí les esperaba un transporte.

La capitana Mei los saludó por radio en cuanto asomaron entre los árboles.

—¡Me alegro de verlos! —saludó—. Casi habíamos perdido la esperanza de encontrarlos.

—Y nosotros también —reconoció Chad.

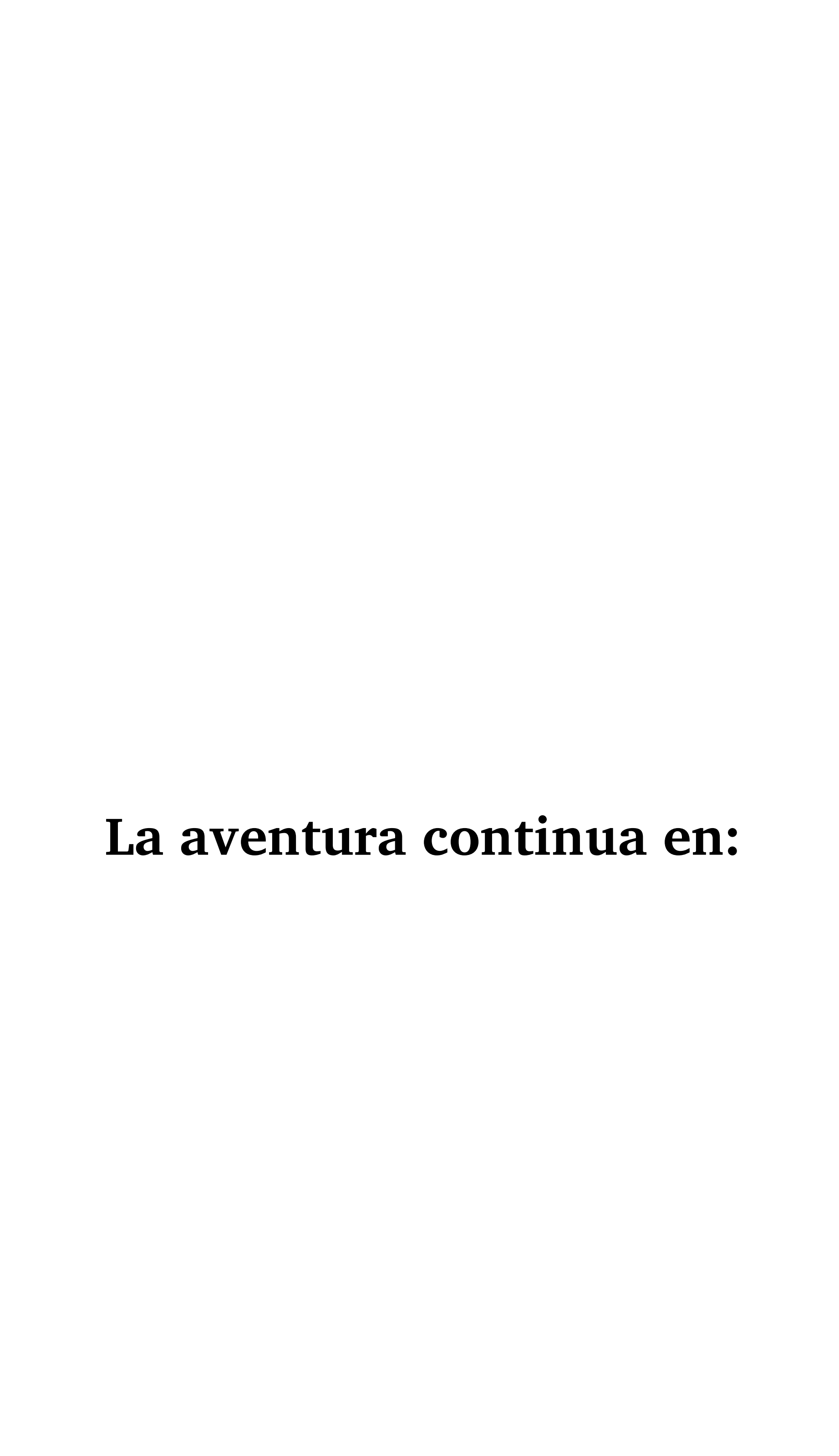
La nave era un simple transporte médico adaptado para la misión. Subieron sin mediar palabra y pasaron por la cámara de descontaminación antes de entrar en la cabina del pasaje.

—Me temo que no podrán quitarse el traje todavía —anunció la capitana—. Tendrán que pasar unos días en observación, por precaución.

—Suena a música celestial —dijo la soldado Ferrara.

La capitana Mei encendió los motores cuando estuvieron todos asegurados en sus asientos y comenzó el ascenso hacia la estación espacial. Volvían al punto de partida, pero con muchas más preguntas que respuestas y con la pérdida irreparable del soldado Parrish.

Emily observó las caras de sus compañeros, sus miradas reflejaban con fidelidad el pesimismo y la incertidumbre que ella misma experimentaba. El proyecto Orfeo no podía haber comenzado su andadura de peor manera. Habían sufrido pérdidas irremplazables tras el encuentro con el agujero negro, no había rastro de la Galileo y el planeta estaba plagado de seres endemoniados que dificultarían el establecimiento de una colonia. Se preguntó qué les depararía el futuro, si podría algún día saber qué fue de su padre y si la humanidad estaría condenada a la desaparición. Tendrían que luchar para sobrevivir.



La aventura continua en:

El Culto de los Gaal-El (El Proyecto Orfeo, Libro 2)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C. y Nuria M. por ser las mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras.

Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **www.frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **Facebook**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



El Culto de los Gaal-El (El Proyecto Orfeo, Libro 2)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

